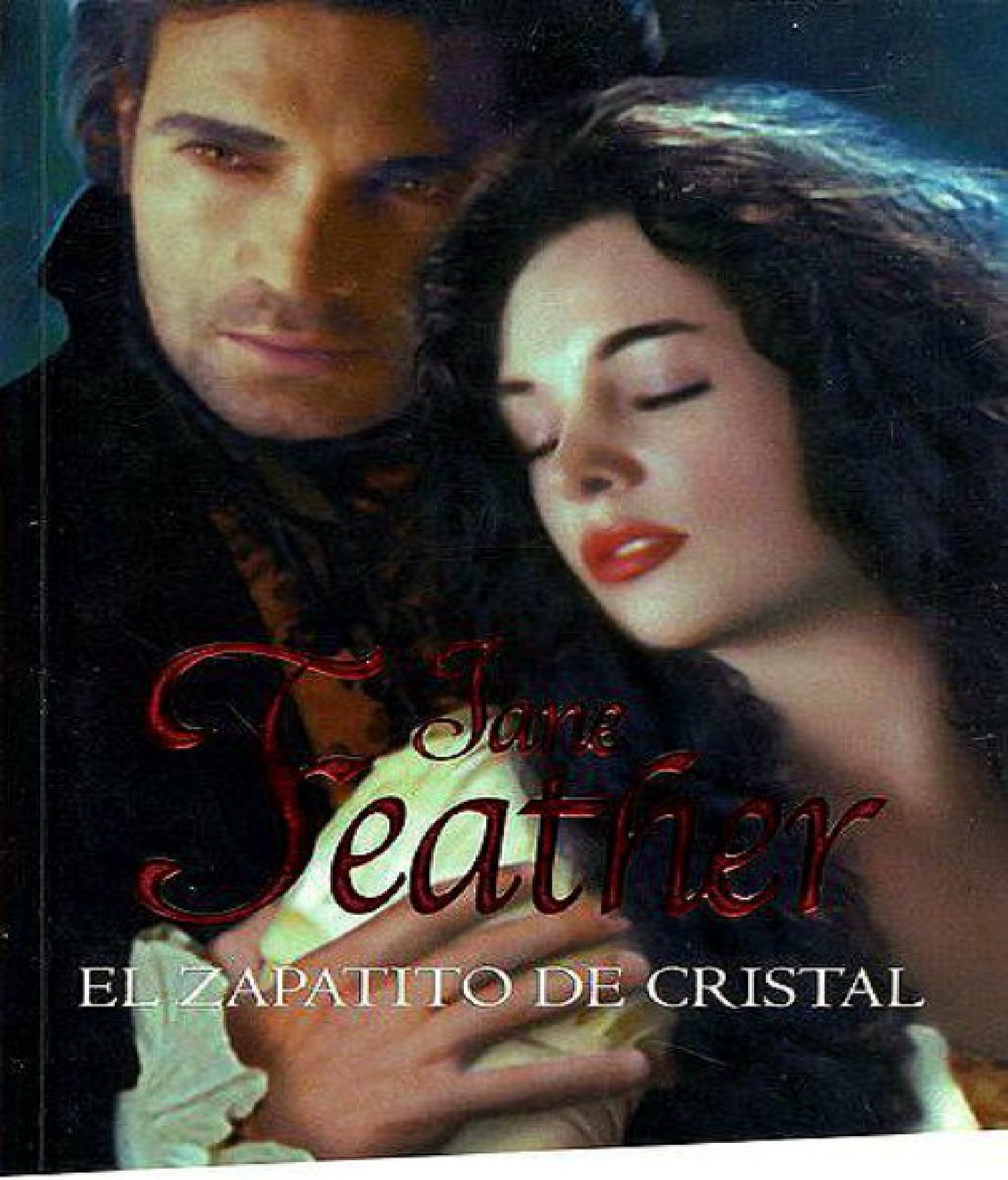

RBA bolsillo

(BRAZALETE MÁGICO 01) - EL ZAPATITO DE CRISTAL

Los padrinos de la joven Cordelia Branderburg conciertan su boda con un hombre que ella no ha visto jamás. El matrimonio la lleva a Versalles y como regalo de compromiso recibe una pulsera con un diminuto colgante con forma de zapatito de cristal, muy adecuado para emprender el rumbo hacia un futuro de cuento de hadas. Pero Cordelia, joven resuelta y completamente adorable, no tardará en toparse con problemas, descubrirá horrorizada que su marido es un tirano totalmente despreciable que no se detendrá ante nada para satisfacer sus retorcidos deseos. Irá acompañada a la boda por el sensual y burlón vizconde Leo Kierston, de mirada dorada. Para Cordelia será amor a primera vista, pero Leo, sin embargo, sólo parece ver en ella a una niña mimada.

Título Original: *The diamond slipper*
Traductor: Nonell, Elisabet
©1997, Feather, Jane
©2007, RBA
Colección: RBA bolsillo
ISBN: 9788479015268

Generado con: QualityEbook v0.42

PRÓLOGO

París, 1765.

—No... por favor, basta.

Las palabras surgían apenas como un suspiro a través de los labios resecos y agrietados de la mujer. Débilmente, intentó apartar el cáliz de plata que le acercaban a la boca.

—Debes tomártelo, querida. Te sanará.

El hombre sostenía la cabeza de la mujer con el brazo. Con los ojos cerrados, la enferma estaba demasiado débil para resistirse y él pudo verter el contenido del cáliz en su garganta. Al notar el sabor agridulce tan familiar, la mujer gimió extenuada. Dejó caer la cabeza contra el brazo del hombre y éste la acompañó suavemente hasta reclinarla en la almohada. Se quedó mirando su hermosa cara blanca, de piel tan transparente que casi se dibujaban los huesos de su cráneo. Luego, ella abrió los ojos. Por un momento, parecieron más claros y brillantes que nunca.

Durante un largo instante, su mirada agonizante sostuvo la del hombre. Después cerró los párpados y sus labios se abrieron, con una respiración tan difícil que era más bien un sollozo.

El hombre dio un paso atrás para fundirse con las sombras de los cortinajes de la cama. Tomó una copa de vino de la mesita de noche y bebió un sorbo, sin que sus ojos castaños y fríos abandonaran un solo momento la cara de la mujer. Ya faltaba poco.

Se oyó un lloriqueo apagado desde el otro lado de las cortinas de la cama. Las apartó a un lado y entró en la cálida habitación

iluminada por el fuego de la chimenea.

CAPÍTULO 01

El cortejo de carruajes dorados tirados por caballos alegremente engualdrapados y con penachos de plumas, y el séquito de oficiales resplandecientes en sus uniformes azul y oro de Versalles, atravesó las grandes puertas doradas del palacio y se detuvo en el centro de la enorme plaza.

—¡Mira esos dos carruajes! —Exclamó una muchacha rubia peligrosamente asomada a una alta ventana, dirigiéndose a su compañera, que asomaba a su lado—. Me acompañarán los dos a Francia. ¿Cuál prefieres, Cordelia? ¿El carmesí o el azul?

—No veo mucha diferencia —respondió lady Cordelia Brandenburg—. Pero qué ridiculez. Aquí viene el marqués de Dufort, entrando en la ciudad como si hubiera hecho todo el viaje desde Francia, cuando sólo ha salido de Viena hace una hora.

—Es el protocolo —le reprochó escandalizada la archiduquesa María Antonia—. Así es como debe ser. El embajador francés debe entrar en Viena como si viniera de Versalles. Debe pedirle formalmente la mano a mi madre, en nombre del delfín de Francia. Luego, me casaré por poderes antes de viajar a Francia. —Cualquiera diría que no has estado prometida con el delfín desde hace tres años —hizo constar Cordelia—. Menudo revuelo se armaría si la emperatriz rechazara la petición del embajador —dijo risueña y maliciosa, pero a su compañera no le pareció gracioso.

—No seas absurda, Cordelia. No te permitiré tanta impertinencia cuando sea la reina de Francia —dijo frunciendo la naricilla.

—Teniendo en cuenta que tu futuro esposo sólo tiene dieciséis años, supongo que tendrás que esperar un poco antes de convertirte en reina —repuso Cordelia, completamente indiferente al rapapolvo de su real amiga.

—¡Oh, bah! Eres una aguafiestas. Cuando me convierta en delfina, seré la señora más importante y popular de Versalles. —Toinette se envolvió en un torbellino de seda carmesí, mientras hacía girar el aro de su miriñaque. Con un gesto exuberante, empezó a bailar por la habitación, ejecutando impecablemente los pasos de un minuet con sus pies, calzados con delicadas chinelas.

Cordelia le echó un rápido vistazo por encima del hombro, pero volvió a mirar la escena mucho más interesante que se desarrollaba a sus pies, en el patio. Toinette era una bailarina de talento, y no desperdiciaba jamás la oportunidad de demostrarlo.

—Vaya, ¿quién debe de ser? —murmuró Cordelia, con un repentino toque de interés en su voz.

—¿Quién? ¿Dónde? —Toinette volvió de nuevo a la ventana y apartó hacia un lado a Cordelia, creando un fuerte contraste al contraponer su dorada cabecita con los rizos de su amiga, negros como el azabache.

—Allí. Está desmontando del garañón blanco. Un Lippizaner, creo.

—Sí, debe de serlo. Mira qué líneas. —Ambas muchachas eran apasionadas amazonas, y por un momento, el caballo les interesó más que su jinete.

El hombre se quitó los guantes de montar y miró a su alrededor. Era alto, delgado, llevaba un traje de montar oscuro, y una capa corta con un reborde escarlata echada en los hombros. Como si se hubiera dado cuenta de que lo estaban observando, alzó la vista hacia la fachada color ocre crema del palacio. Dio un paso atrás y volvió a mirar, protegiéndose los ojos con la mano.

—Entra —dijo la archiduquesa—. Nos ha visto.

—¿Y qué? —Respondió lady Cordelia—. Sólo estamos mirando. ¿Lo encuentras atractivo?

—No lo sé —contestó Toinette, con un toque de mal genio—. Es una falta de etiqueta espantosa, quedarse mirando de esta forma. ¿Qué diría mamá?

No le costó mucho a Cordelia imaginarse qué diría la emperatriz María Teresa si se encontrase a su hija y a su amiga mirando por la ventana, como un par de chismosas en la ópera. A pesar de todo, algo le impedía abandonar la ventana, aunque Toinette le estirara del brazo.

El hombre siguió mirándola. Juguetonamente, Cordelia lo saludó con la mano y le envió un beso. Por un momento, pareció totalmente desconcertado, luego se echó a reír y se llevó los dedos a los labios.

—¡Cordelia! —La archiduquesa estaba escandalizada—. ¡No pienso quedarme aquí, si sigues comportándote de esta forma! Ni siquiera lo conoces.

—Oh, algún secretario privado, supongo —contestó displicente Cordelia—. Dudo que nos lo encontremos, con todo el jaleo. —Sacó media docena de rosas amarillas del jarrón que había en el profundo alféizar de la ventana e, inclinándose hacia delante tanto como pudo, las lanzó al vacío. Cayeron como una nube alrededor del jinete; una de ellas aterrizó en su hombro y se quedó prendida en los pliegues de su manto. Él consiguió desprenderla y la insertó cuidadosamente en el ojal de su chaqueta, luego se quitó el sombrero emplumado y le dedicó una reverencia con un magnífico floreo antes de desaparecer de su vista, al entrar en el palacio por la puerta situada bajo la ventana.

Riendo, Cordelia se apartó de la ventana.

—Qué divertido ha sido —dijo—. Es muy divertido cuando la gente entra en el espíritu del juego. —Frunciendo el ceño con aire intrigado, y juntando así los delicados y finos arcos de sus cejas, prosiguió—. Un simple secretario privado no montaría un Lippizaner, ¿verdad?

—No, es evidente que no. —La archiduquesa seguía molesta—. Probablemente has estado coqueteando con un alto funcionario de

Versalles. Ha debido tomarte por una ayudante de cocina, o algo parecido.

Cordelia se encogió de hombros.

—No creo que sea nadie importante. De todas formas, estoy segura de que no me reconocería de cerca.

—Pues claro que sí —se burló Toinette—. Nadie más tiene el pelo tan negro.

—Oh, bueno, pues me lo empolvaré —declaró Cordelia, seleccionando un grano de uva de un repleto frutero de cristal y metiéndoselo en la boca. Un reloj de plata situado encima de la chimenea hizo sonar su bonito carillón.

—¡Dios mío ¿tan tarde es? —exclamó—. Tengo que irme volando, o llegaré tarde.

—¿Tarde, para qué?

Por un momento, Cordelia adoptó una actitud forzadamente solemne.

—Te lo diré antes de que te marches a Francia, Toinette. —Y salió corriendo de la habitación, envuelta en una nube de muselina amarillo claro.

La archiduquesa hizo un mohín, enojada. A Cordelia no parecía importarle que su amistad estuviera a punto de llegar a su fin. Versalles había decretado que cuando María Antonia se casara con el delfín y se trasladara a Francia, debía dejar atrás todo lo relacionado con la corte austríaca. No podía llevarse ninguna de sus damas, ninguna de sus pertenencias, ni siquiera su ajuar.

Desconsolada, empezó a arrancar granos de uva de los racimos, preguntándose qué secreto debía de estar guardando Cordelia. Estaba tan juguetona y vivaracha como siempre, pero desaparecía a menudo durante horas, y a veces parecía abrumada por un grave problema. Algo realmente inusual para una persona de su carácter.

Cordelia, muy consciente de la contrariada perplejidad de su amiga, corrió por el pasillo hacia el ala este del palacio. No podía arriesgarse y confiar en nadie: no era tan sólo un secreto demasiado

peligroso, sino que además no tenía derecho a revelarlo. Christian se jugaba con ello su sustento. Dependía de la benevolencia de su maestro, Poligny, el músico de la corte imperial, y perderla implicaría perder también los auspicios de la emperatriz. Una benevolencia que sin duda dejaría de tener si acusaba públicamente a Poligny de robarle las composiciones a su alumno. La acusación debía realizarse desde una posición inexpugnable.

Cordelia giró por un pasillo poco transitado y entró en una larga galería, a través de una puerta de madera maciza. Se hallaba en el ala oeste del palacio y la galería estaba bordeada por pesados biombos de tapices. Se agachó para poder entrar detrás del tercero.

—¿Dónde te habías metido? ¿Por qué nunca puedes ser puntual, Cordelia? —Los grandes ojos castaños de Christian estaban llenos de ansiedad, su boca se apretaba de inquietud y su semblante era pálido.

—Lo siento. Estaba contemplando la entrada en el patio del séquito nupcial francés —dijo—. No te enfades, Christian. He tenido una idea genial.

—No sabes lo horrible que es tener que estar aquí escondido, temblando en cuanto se acerca un ratón —susurró con dureza y con el ceño fruncido y abriendo surcos en su despejada frente—. ¿Qué idea?

—¿Y si publicáramos un pasquín anónimo, diciendo que la última ópera de Poligny ha sido en realidad escrita por su mejor alumno, Christian Percossi?

—¿Pero cómo podemos demostrarlo? ¿Quién dará crédito a una acusación anónima?

—Publicando tu partitura original en este escrito y firmando «Un amigo de la verdad», o algo parecido. Si incluyéramos una muestra de las composiciones de Poligny para mostrar la diferencia entre ambas caligrafías eso sería suficiente para que la gente empezara a hablar.

—Pero me habrá expulsado de palacio antes de que pueda pasar nada —dijo Christian con desánimo.

—¡Qué pesimista eres! —Exclamó Cordelia, alzando sin querer la voz y abandonando el discreto registro que habían estado empleando hasta entonces—. A veces me pregunto por qué me molesto en ayudarte, Christian.

Sonrió un poco avergonzado.

—¿Porque somos amigos?

Cordelia gimió con fingida frustración. Ella y Christian Percossi eran amigos desde hacía cinco años. Era una amistad secreta, puesto que en la rígida jerarquía de la corte de la emperatriz María Teresa era impensable una amistad íntima entre un humilde pupilo del músico de la corte y lady Cordelia Brandenburg, ahijada de la emperatriz y compañera inseparable de su hija, María Antonia, conocida por sus íntimos con el nombre de María Antonieta.

—Escucha —dijo, tomando con urgencia las largas y finas manos del músico en las suyas. Todo el mundo sabe que la emperatriz es muy justa. Puede ser tan almidonada como una gorguera, pero no permitirá que Poligny te expulse sin un juicio justo. Sólo tenemos que asegurarnos de que lea el pasquín y las pruebas antes de que Poligny pueda hacerte nada. Y tenemos que pillar a Poligny por sorpresa, para que no tenga tiempo de defenderse atacándote.

Con sus manos todavía firmemente apretadas en las suyas, se alzó de puntillas para besarle ligeramente.

—No te desanimes, Christian. Ganaremos, ya lo verás.

Christian la abrazó. Hubo un tiempo en que creyeron que había algo más que amistad entre ellos, pero sus ingenuos experimentos les habían convencido rápidamente de que no estaban destinados para ser amantes. A pesar de todo, él seguía apreciando la sensación de su grácil figura bajo el traje cortesano y el aroma de su pelo y de su piel.

Cordelia echó la cabeza hacia atrás, mirando sonriente los ansiosos ojos castaños del músico, disfrutando de la belleza angulosa de su cara. Deslizó las manos por sus rebeldes rizos rubios.

—Te quiero, Christian. Incluso más de lo que quiero a Toinette, creo. —Frunció el ceño, extrañada por esta nueva idea. Nunca hasta entonces había intentado comparar los sentimientos que le inspiraban sus dos mejores amigos. Luego, sacudió la cabeza en un característico rechazo de un tema tan poco importante. No les fallaría nunca, a ninguno de los dos, si la necesitaban.

—Intenta reunir las pruebas y hablaremos más tarde. Pero ahora tengo que irme.

Christian dejó caer sus manos para liberarla y la miró impotente a la cara.

—Ojalá no tuviéramos que escondernos por los rincones, robando momentos para hablar. Era mucho más fácil cuando éramos niños.

—Pero ahora ya no lo somos —declaró Cordelia—. Y ahora me vigilan mucho más de cerca. Además, en cuanto le sueltes tu sorpresa a Poligny, nadie debe sospechar de mi implicación. Así podré hablarle a la emperatriz a tu favor... o por lo menos —rectificó —a Toinette, mientras todavía esté aquí.

Volvió a darle un rápido apretón de manos, intentando transmitirle algo de su propia resolución y optimismo. Christian era tan sensible y tan fácil de desmoronar. Debido a su indiscutible genialidad, por supuesto, pero a veces resultaba algo irritante.

—Ahora, me marcho. Espera cinco minutos antes de salir.

De puntillas, lo besó de nuevo y salió de detrás del biombo, dejando a Christian con la tenue fragancia de agua de azahar con que se perfumaba el pelo y la perdurable impresión de su vivaz personalidad, como un evanescente arco iris.

Cordelia se encontró de nuevo en la larga galería. Se alisó las faldas, se dio la vuelta para dirigirse tranquilamente hacia la puerta del final de la galería, y de pronto se topó cara a cara con el hombre que montaba el Lippizaner.

Éste abandonó la contemplación de una escena de caza especialmente sangrienta que adornaba un tapiz en la pared del fondo. Todavía vestía su capa de montar bordeada de rojo escarlata,

que destacaba vistosamente contra el blanco impecable de su camisa con volantes.

—Vaya, vaya —dijo—, pero si es la muchacha de las flores. ¿De dónde habéis salido?

Cordelia se sintió enmudecer por primera vez en su vida, bajo el escrutinio de un par de risueños ojos dorados, con destellos de color avellana y verde. De repente su corazón latía desbocado. Se dijo a sí misma que sería por el temor a que hubiera oído su intercambio clandestino con Christian, pero por algún motivo esta posibilidad no parecía preocuparle. Algo distinto estaba causando esta tumultuosa confusión, esa humedad en las palmas de las manos.

—¿Se os ha comido la lengua el gato? —preguntó, alzando una ceja fina y oscura.

—De detrás del biombo... estaba detrás del biombo —consiguió decir por fin Cordelia—. Me estaba ajustando el traje... se había soltado un corchete.

Consiguió recobrar su maltrecha compostura y sus ojos le lanzaron un altivo desafío, retándole a cuestionar su mentira.

—Ya veo. —Leo Beaumont se la quedó mirando, con divertida curiosidad. Fuera lo que fuera lo que había sucedido detrás de aquel biombo, poco tenía que ver con una reparación del atuendo. Corchetes y ojales no causaban un rubor tan delicioso ni una sensación tan transparente de culpabilidad. Dirigió demostrativamente la mirada hacia el biombo, y sus ojos se volvieron risueños cuando creyó haber comprendido. Una cita secreta.

—Ya veo —repitió, la voz burbujeante de regocijo—. Me siento herido, creía que vuestros besos eran exclusivamente míos.

Cordelia tragó saliva y sin darse cuenta pasó la lengua por sus labios. ¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué no le decía que se ocupara de sus asuntos? Se dijo a sí misma que tenía que quedarse, para evitar que él investigara que había detrás del biombo y descubriera a Christian.

—¿Quién sois? —preguntó con una grosería que esperaba que le distrajera.

—Vizconde Kierston, a vuestro servicio. —Se inclinó con solemnidad, aparentemente impasible ante su falta de finura.

Un vizconde inglés. No se trataba de un simple secretario, entonces. Cordelia se mordisqueó el labio. La mirada del vizconde, de la forma más irritante, no dejaba de sostener la mirada de sus ojos azul grisáceos. De cerca cumplía con creces la promesa de su distante observación desde la ventana. Se encontró haciendo inventario. Alto, delgado, con una frente ancha y un pronunciado pico en las entradas de su pelo, casi tan negro como el suyo, recogido con un postizo en la nuca. Había algo inquietantemente sensual en su boca, un labio superior muy largo sobre un mentón profundamente partido.

¡Lucifer! ¿En qué estaba pensando? Su pensamiento voló de nuevo hacia Christian, escondido tras el biombo, pero su imagen parecía borrosa bajo la imperturbable mirada del vizconde y su propio desconcierto embelesado.

—Ahora ya me lleváis ventaja —señaló suavemente, advirtiendo la elegancia de su traje, el colgante de plata de su garganta y la cinta cuajada de perlas de su pelo—. Supongo que no sois ni una florista, ni una doncella de servicio, a pesar de vuestra afición a los besos.

Cordelia se sonrojó y dijo con torpeza:

—Espero que este pequeño incidente quede entre nosotros, milord.

—Pero si vuestro saludo a mi llegada me ha parecido delicioso —contestó con una sonrisa.

—He cometido una imprudencia al lanzar las flores, señor —dijo ella con frialdad—. A veces soy imprudente, pero no ha sido más que un juego, y no pretendía ser descortés, ni... ni...

—Excesivamente familiar —vino Leo en su ayuda—. Os aseguro que no me lo he tomado a mal, en absoluto, y para demostrároslo, permitidme cumplir con una distante promesa.

Sujetando el mentón de Cordelia entre el pulgar y el índice, la besó antes de que ella tuviera tiempo de comprender del todo lo que había querido decir. Sus labios eran frescos y flexibles, pero firmes.

En lugar de apartarse, conmocionada y ofendida, Cordelia respondió instintivamente abriendo sus labios a la fuerte embestida muscular de su lengua, inhalando codiciosamente el aroma de su piel. Las manos del hombre acariciaron su espalda, bajaron hasta agarrar sus nalgas, levantándola hacia él. Ella se apretó junto a su cuerpo, la respiración acelerada y agitada, mientras rompían sobre ella cálidas oleadas de hambrienta pasión. Mordisqueó el labio inferior del hombre, pasándole las manos por el pelo, su cuerpo totalmente a la merced de esta desesperada ansiedad.

Leo retrocedió. Sé la quedó mirando, su propia pasión desaparecía lentamente de sus ojos.

—Dios mío —dijo en un murmullo—. Dios del cielo. ¿Quién eres?

Cordelia sintió cómo el color se retiraba de su cara, a la vez que se desvanecía su salvaje y descontrolada pasión, y empezaba a comprender lo que había hecho. Comprendía qué había hecho, pero no por qué. Todavía le ardía el cuerpo, aún le temblaban las piernas. Mascullando algo entre dientes, se dio la vuelta y huyó corriendo galería abajo, levantándose las faldas con una mano, mientras el aro de su miriñaque oscilaba y sus enjoyados tacones repiqueteaban en el suelo de mármol.

Leo sacudió la cabeza anonadado. Lo que había empezado como un simple y juguetón devaneo con una joven atractivamente traviesa había adquirido un cariz asombroso. No estaba acostumbrado a perderse en los besos de una ingenua, pero fuera quien fuera la muchacha, había conseguido tejer una poderosa magia con su desbordante pasión. Pensativo, llevó la mano a su labio mordido. Luego, con otro pequeño gesto de cabeza, se dio la vuelta para abandonar la galería.

Lanzó una mirada de soslayo al biombo del que había salido la muchacha. Seguramente ocultaba a algún jovencito que había caído

víctima de aquella marea de deseo. Golpeó ligeramente la estructura de madera con los dedos.

—Ya puedes salir, no corres peligro.

Dejó que el amante oculto escapara a sus anchas y se dirigió hacia los aposentos de los invitados, con el ceño profundamente fruncido y arqueando sus esculpidas cejas.

Christian salió cuando el eco de las botas se perdió en la distancia. Escrutó la galería, de arriba abajo. Ni rastro de Cordelia. ¿Qué había sucedido? Les había oído hablar, pero estaban demasiado lejos de él para poder comprender sus palabras. Pero luego se había producido un largo silencio, un silencio sólo animado por el rumor de pies rozando el mármol, el frufrú de ricos tejidos. Entonces, había oído los pasos de Cordelia alejándose corriendo por la galería. ¿Qué había sucedido ahí fuera? ¿Quién era aquel hombre? ¿Y qué había estado haciendo con Cordelia?

Torciendo con fiereza el gesto, el joven músico se dirigió hacia su humilde estancia, encima de las cocinas.

Un lacayo esperaba a Leo en el salón de los aposentos de los invitados.

—Lord Kierston, Su Alteza Imperial requiere vuestra presencia —le dijo con cierta premura—. Está acordando audiencia al duque de Brandenburgo. Si sois tan amable de seguirme.

Leo siguió al lacayo a lo largo de los pasillos del palacio. Conocía bien sus intrincados recovecos tras la visita realizada seis años atrás, cuando había tenido una audiencia privada con la emperatriz austríaca en nombre de su propia familia, que pretendía estar emparentada con los Habsburgo a través de un primo lejano. Como casi todas las familias de la nobleza inglesa, los Beaumont tenían lazos familiares por todo el continente y siempre encontraban un hogar y una cálida bienvenida en cualquier corte real.

Durante los últimos tres años, sin embargo, Leo había pasado gran parte de su tiempo en la corte de Versalles, cultivando la

amistad del viudo de su hermana, el príncipe Michael von Sachsen, porque sólo así podía vigilar de cerca a las hijas de su hermana.

—Ah, vizconde Kierston, cómo me alegro de que podáis participar en esta histórica ocasión —le saludó cordialmente la emperatriz. María Teresa era a la sazón una viuda de cincuenta y tres años y, tras dar a luz a dieciséis hijos, sólo conservaba ya una sombra de su antigua belleza. Extendió la mano para que la besara, y le señaló una silla con un gesto.

—Estamos muy informales esta tarde —apuntó con una sonrisa —. Hablábamos de los preparativos para la boda de Cordelia Brandenburg con el príncipe Michael von Sachsen.

Leo se inclinó ante el duque de Brandenburgo, tío de la futura novia, con la anodina expresión de un experto diplomático.

—Mi cuñado desea que le represente para casarse por poderes con su sobrina, duque. Espero que apruebe esta decisión.

—Oh, ciertamente —sonrió el duque Franz Brandenburg con sus carnosos labios, revelando unos dientes amarillos y afilados como colmillos—. He estado estudiando los contratos de matrimonio y todo parece estar en orden. —Se frotó las manos con un gesto de satisfacción. El precio de Cordelia era alto, pero el príncipe Michael von Sachsen, el embajador prusiano en la corte de Versalles, no había regateado siquiera.

Leo se contentó con una breve inclinación. Michael había decidido de repente tomar otra esposa, una joven virgen que pudiera darle un heredero varón. Sus hijas gemelas podrían venderse en el mercado matrimonial cuando llegara el momento adecuado, pero no podían heredar ni perpetuar el nombre de Von Sachsen. Cordelia Brandenburg, la ahijada de la emperatriz, era una buena candidata para un príncipe Von Sachsen. A sus dieciséis años, estaría ya bien formada en cuanto a los requisitos sociales, pero carecería todavía de experiencia y sofisticación, y, por supuesto, sería virgen.

El único interés de Leo en la futura esposa de su cuñado era porque sería la madrastra de sus sobrinas gemelas, que ahora

estaban en una edad en la que necesitaban la suavizante influencia de una madre. Su padre era un autócrata distante que dejaba sus cuidados cotidianos en manos de una anciana indigente de la familia, a la que Leo despreciaba. Louise de Nevry era demasiado estrecha de miras para supervisar la educación y el bienestar de las briosas hijas de Elvira.

Se dio cuenta de repente de que estaba apretando los puños y la mandíbula, tan fuerte que una punzada de dolor le subió por un lado del cráneo. Se forzó a sí mismo a relajarse. Cada vez que pensaba en la muerte repentina de su hermana gemela, una tensión casi insoportable y una rabia difusa se apoderaba de él. Había sido tan innecesaria. Tan abrupta. Su matrimonio la había cambiado, sin duda, había moderado su maravillosa exuberancia, y su fácil risa se oía menos a menudo. Pero cuando la había dejado camino de Roma aquel febrero de 1765, ella estaba tan llena de vida y tan hermosa como siempre. Todavía podía ver sus intensos ojos azules, los mismos que los de la madre de ambos, sonriendo mientras se despedían. En lo más profundo de aquellos ojos había visto una sombra, pero él la interpretó como señal de melancolía por su separación. Siempre habían odiado estar demasiado lejos el uno del otro.

Una semana más tarde, ella ya estaba muerta. Y ahora, cuando conjuraba su imagen, lo único que veía era esa sombra en sus ojos, y ahora recordaba que esa sombra había estado allí durante muchos meses, y que a veces su risa había sonado forzada, y que una vez había sorprendido una expresión en su cara que no había visto jamás. Casi de terror. Pero Elvira se había reído cuando intentó sonsacarla, y él no le había dado mayor importancia hasta después de su muerte. Ahora, apenas podía pensar en otra cosa.

—¿Lord Kierston?

Volvió a la realidad sobresaltado. La emperatriz le estaba hablando.

—Tengo entendido que el monarca francés os ha garantizado que si Cordelia contrae matrimonio con el príncipe Michael, podrá

acompañar a mi hija hasta Versalles —preguntó la emperatriz.

Quien había dado estas garantías había sido en realidad madame du Barry, la amante del rey, pero como todo el mundo sabía, la palabra de Du Barry era tan válida como la del monarca.

—Sí, en efecto, Majestad. Usted comprenderá que será muy duro para la archiduquesa dejar atrás todo lo que conoce al casarse con el delfín.

—Mi hija adoptará Francia como su propio país —declaró María Teresa—. Sabe cuál es su deber. Sabe que ha nacido para obedecer —afirmó con decisión—. Y Cordelia, por supuesto, estará encantada de acompañar a María Antonieta y de aceptar un matrimonio tan ventajoso. ¿Le ha hablado ya de este asunto, duque? —Se giró hacia Franz con una interrogante sonrisa.

El duque se encogió de hombros.

—No me ha parecido necesario, madame. Cordelia también sabe que ha nacido para obedecer. Ahora ya ha llegado el momento adecuado para comunicarle su buena fortuna.

¿Buena fortuna? El semblante de Leo era totalmente inexpresivo. Michael era un seco príncipe prusiano, de temperamento rígido; una muchacha de dieciséis años podía contemplar con cierto escepticismo tan buena fortuna. Michael no era tan rígido cuando se casó con Elvira, pero su muerte le había ensombrecido de alguna manera.

—Así pues, mi sobrina se casará con el príncipe Michael por poderes y acompañará a la delfina hasta Versalles. Vos, vizconde, seréis su escolta, según tengo entendido.

—Sí, duque. Será un verdadero honor y un privilegio. —Leo inclinó la cabeza en señal de aprobación, pensando hastiado lo tedioso que sería acompañar a una boba debutante en un viaje tan largo y difícil.

—Cordelia debe ser informada de inmediato. Llamad a lady Cordelia.

La emperatriz despidió a su secretario con un gesto y éste salió presuroso de la sala tras hacerle una reverencia.

—Quiero que este asunto quede resuelto antes de que empiecen las festividades de la boda. Terminaremos con todas las formalidades para poder disfrutar de esta feliz ocasión sin preocupaciones —sonrió María Teresa con benevolencia.

Cordelia miraba fijamente el texto latino que tenía delante. Las palabras no cobraban sentido; la estructura gramatical era impenetrable. Mientras batallaba torpemente con la traducción, era consciente de la sorprendida impaciencia del Abbé Vermond, arzobispo de Toulouse, tutor de Cordelia y de María Antonieta. Cordelia no se equivocaba nunca, se complacía en descifrar las dificultades del latín, al igual que las de la filosofía, la historia y las matemáticas. A diferencia de Toinette, cuyo margen de atención era prácticamente inexistente, Cordelia solía ser una alumna brillante y rápida. Pero hoy, no.

Sentía calor y frío, alternativamente, oscilando entre una sensación de confuso bochorno y desconcertada ira cuando pensaba en su encuentro con el inglés. Y luego, cuando su cuerpo recordaba la impronta de él a través de la ligera muselina de su traje, cuando sus labios recordaban el sabor de su boca, se sentía inundada por una vibrante añoranza que sabía que debía considerar vergonzosa, pero que no despertaba en ella el menor atisbo de culpabilidad o vergüenza. Era puro y excitante placer.

Giró la cabeza para mirar la rubia cabellera de Toinette, inclinada sobre sus libros. La archiduquesa garabateaba en el margen del texto dibujitos de pájaros y flores. Bostezó, cubriéndose delicadamente la boca con su bonita mano blanca, su aburrimiento era palpable en la cálida estancia llena de sol primaveral.

¿Había sentido Toinette alguna vez esos extraños estremecimientos, esa embriagante descarga de una promesa desconocida? Cordelia estaba segura de que no. Toinette habría confesado añoranzas tan misteriosas a su amiga.

Llamaron a la puerta. Toinette se incorporó, parpadeando para alejar la neblina de sus ojos. Cordelia contempló con moderada

curiosidad al lacayo, de pie en la entrada.

—Lady Cordelia debe presentarse inmediatamente ante la emperatriz.

—¿Qué querrá mi madre de ti? —Preguntó Toinette, torciendo el gesto—. ¿Por qué querrá verte sin mí?

—No tengo ni idea —Cordelia limpió su pluma cuidadosamente y la colocó sobre el secante, al lado del tintero. Semejante citación era algo sin precedentes, pero nadie hacía esperar a la emperatriz.

—Si me disculpáis, mon pére.

Con una reverencia, se dirigió hacia la puerta. El lacayo se inclinó ante ella y la acompañó hasta la sala de audiencias de la emperatriz, aunque Cordelia conocía perfectamente el camino.

Entró en la sala de audiencias, estudiando rápidamente a las personas presentes. Le recorrió un estremecimiento de sorpresa y horror al descubrir al vizconde inglés de pie detrás del trono de la emperatriz. Bajando la vista, hizo una profunda reverencia a la emperatriz, perdiéndose así la expresión de los ojos del vizconde. Su tío, con la pierna aquejada de gota apoyada en un taburete y la mano reposando en el puño de plata de su bastón, la saludó con una breve inclinación de cabeza.

Leo se dio la vuelta, intentando recuperar la compostura. ¡Ella era Cordelia Brandenburg! No una debutante boba sino una jovencita traviesa, provocativa y sensual. Tal como había sido Elvira antes de su boda.

—Cordelia, querida, vuestro tío os ha concertado un enlace muy ventajoso —dijo la emperatriz sin más preámbulo—. El príncipe Michael von Sachsen es el embajador prusiano en la corte de Versalles. Como su esposa, tendréis vuestro lugar en dicha corte y podréis seguir siendo la amiga y compañera de María Antonieta.

La mente de Cordelia era un torbellino. En un primer momento fue incapaz de asimilarlo. ¿Iba a casarse, igual que Toinette? ¿Se marcharían juntas a Francia? Era demasiado bueno para ser verdad, librarse de la tiránica autoridad de su tío y de las limitaciones de la corte austríaca. Y vivir, en cambio, en el

deslumbrante palacio de Versalles, en el mundo de cuento de hadas de la corte francesa.

—El vizconde Kierston, cuñado del príncipe, lo representará en vuestro enlace por poderes que tendrá lugar el día después del matrimonio por poderes de la archiduquesa con el delfín —le estaba diciendo su tío con su voz monótona y autoritaria.

Leo se volvió lentamente de cara a la habitación. Cordelia se lo quedó mirando fijamente.

—Seréis... seréis mi esposo. —No sabía qué estaba diciendo, las palabras surgían por voluntad propia.

—Por poderes, niña, por poderes —corrigió severamente la emperatriz—. El príncipe Michael von Sachsen será vuestro esposo.

—Sí... sí, por supuesto. —Pero Cordelia apenas oyó a la emperatriz. Miró al vizconde y un cálido río de excitación se derramó por sus venas. No encontraba palabras para describir su causa; parecía surgir de algún manantial borboteante que existía tanto en su mente como en sus entrañas. Era una sensación tan extraña y terrorífica como maravillosa.

Sonrió a Leo con una mirada tan obviamente sensual que Leo temió que las demás personas presentes la vieran y no pudieran evitar interpretarla correctamente. El vizconde dio un paso adelante, buscando algo en su bolsillo.

—Traigo un regalo de compromiso del príncipe Michael, lady Cordelia. —Intentó mantener un tono de voz neutro, y evitó mirarla a los ojos al colocar un pequeño paquete en su mano—. También encontraréis una miniatura del príncipe. —Dio un paso atrás, fuera del alcance de su vista.

Cordelia abrió la cajita de terciopelo y desenvolvió el papel de seda. Sacó una pulsera de dijes de oro, con incrustaciones de perlas, y la levantó hacia la luz de la ventana. Los dijes enjoyados se mecieron en la ligera brisa.

—Muy bonita —aprobó la emperatriz.

Leo torció el gesto. No se había interesado en absoluto por el regalo de compromiso del príncipe. No le había parecido importante.

Pero la pulsera había sido de Elvira, un regalo de su esposo al nacer las gemelas. Sus labios formaron una línea más fina. Michael administraba cuidadosamente su dinero, pero regalar a su nueva esposa una joya perteneciente a otra fallecida parecía algo demasiado insensible, como mínimo.

—¡Oh, mirad, aquí hay otro colgante! —Cordelia se distrajo momentáneamente de su agitación emocional. Levantó un diminuto zapatito de cristal y diamantes—. Mirad, qué delicado es. —Permanecía en la palma de su mano, con los diamantes centelleando a la luz—. Debe querer que sea mi amuleto particular.

—Mandaremos la pulsera y el colgante a los joyeros, Cordelia, para que le añadan el zapatito —dijo María Teresa, con un tono que indicaba su deseo de ir al grano—. Dejadlo sobre esta mesa. Ahora, mirad la miniatura del príncipe Michael.

Con reluctancia, Cordelia dejó la pulsera y desenvolvió el paquetito circular que había acompañado a la caja. El retrato de su futuro esposo la miraba desde un marco de laca. Resultaba difícil hacerse una idea de qué persona había tras esa imagen llana. Vio unos ojos claros bajo unas cejas muy pobladas, una boca recta y delgada, una mandíbula protuberante. Su cabello estaba oculto bajo una peluca rizada y empolvada. Parecía tener poco sentido del humor, ser incluso bastante severo, pero como estaba acostumbrada a vérselas con ambas características en su tío, no se inmutó por este motivo. Aparentemente, no presentaba defectos físicos obvios, aparte de su edad. No estaba, definitivamente, en la flor de la juventud. Pero si éste era el único inconveniente de su futuro esposo, entonces debía considerarse más afortunada que muchas de sus iguales, que eran vendidas, les gustara o no, a quienquiera que fuera por el interés de sus familias.

Lanzó una rápida mirada al vizconde Kierston. ¿Estaría él casado? Esa extraña efervescencia de excitación volvió a inundar sus venas. Con los ojos muy abiertos, estuvo a punto de avanzar hacia él, pero el vizconde se apartó, con una advertencia tan fuerte en su mirada que ella se recompuso rápidamente.

—¿Es muy reciente este retrato? —preguntó, como sabía que debía hacerlo.

—Fue realizado el mes pasado —replicó el vizconde.

—Comprendo. Y el príncipe ¿tiene también una miniatura mía?

—Sí, evidentemente —dijo su tío con un toque de impaciencia—. La recibió hace meses. Sería inimaginable que el príncipe Michael se ofreciera a desposaros sin haber visto vuestro retrato.

—Claro, por supuesto —murmuró Cordelia—. Pero yo, cómo no, debo aceptarle como esposo. —Lo dijo en voz muy baja, pero Leo lo oyó. Sus labios dibujaron una sonrisa, a pesar de su incomodidad ante la enervante intensidad de la mirada de Cordelia.

—El vizconde te escoltará durante el viaje a Versalles —zanjó el duque, golpeando el suelo con su bastón. No había oído lo que ella había dicho, pero la conocía bien y suponía que había sido alguna impertinencia.

—Estaré sumamente agradecida por la escolta de Su Señoría —dijo Cordelia, esbozando una recatada reverencia ante el vizconde —. Debo total obediencia a los deseos de mi emperatriz y de mi tío. —Alzó rápidamente los ojos para encontrarse con los del vizconde y, una vez más, éste quedó desconcertado ante la luz de la pasión que ardía en sus profundidades azules y grises. ¿Qué era ella? ¿Una muchacha inocente ante el despertar de su sensualidad? ¿O una mujer que había guardado los secretos de este territorio en su sangre desde el momento de nacer?

El fino vello de su nuca se erizó con la escalofriante certeza de que acabaría descubriéndolo.

CAPÍTULO 02

Christian merodeaba por el pasillo, delante de la sala de audiencias de la emperatriz. Sabía que Cordelia estaba allí, con la emperatriz y su tío. El palacio entero bullía en rumores. Los chismes corrían en boca de las sirvientas más rápido que una pantera persiguiendo a su presa, y el nombre de lady Cordelia estaba en boca de todas ellas. No se había dicho nada específico, pero todo el mundo estaba de acuerdo en que la llegada de la delegación francesa repercutiría en el futuro de lady Cordelia tanto como en el de la archiduquesa.

Christian se mordisqueó una cutícula suelta, apoyado en la jamba de una ventana. Sabía que no podrían hablar abiertamente en el pasillo, a la vista de todos, pero se sentía demasiado aprensivo y curioso para esperar pacientemente que Cordelia fuera en su busca. Algo extraño había sucedido poco antes entre ella y el hombre de la galería. Quería saber qué había sido y si eso tenía alguna relación con lo que estaba sucediendo ahora, fuera lo que fuese.

La puerta de la sala de audiencias se abrió y salió un hombre alto vestido con un traje de montar oscuro. Por un momento se detuvo en el pasillo y su expresión, que había sido tranquila y neutral un segundo antes, cobró vida de repente. Christian no sabía de quién se trataba, pero el destello de sus ojos color avellana era tan atrayente que estuvo a punto de abandonar la jamba de la ventana para dirigirse hacia él. El extranjero frunció el ceño con aire

perplejo y la luz de sus ojos se volvió de repente especulativa. Luego, sus labios tensos se relajaron, curvando las comisuras en una atractiva sonrisa. Sin dejar de sonreírse para sus adentros, avanzó por el pasillo, pasando por delante de Christian sin dedicarle una simple mirada, con su corta capa de montar escarlata oscilando a cada uno de sus largos pasos.

Christian se preguntó dónde debía residir el fuerte carisma del extranjero. Parecía poseer una cualidad curiosamente magnética. Luego, apartó esta cuestión de su mente y siguió montando guardia. La emperatriz estaba reteniendo a Cordelia mucho más tiempo de lo normal. El duque Franz Brandenburg fue el siguiente en salir de la estancia, apoyando todo el peso en su bastón, y con su habitual cara de pocos amigos afeando su semblante de fuerte mandíbula. Avanzó por el pasillo pesadamente, ignorando al músico. Una sirvienta pasó muy rápida, casi corriendo, pero Cordelia seguía sin aparecer.

Christian se dio la vuelta para contemplar el patio inferior desde la ventana. Estaba repleto de carros, carruajes y caballos, debido a los preparativos del palacio para entretener a quienes habían venido para escoltar a la archiduquesa hacia su vida futura.

El ligero tamborileo de unos pies calzados con chinelas le hizo girarse de nuevo hacia el pasillo. María Antonieta avanzaba bailando por el pasillo hacia la puerta de su madre. Toinette pocas veces se desplazaba caminando.

Christian torció el gesto cuando la archiduquesa fue admitida en la sala de audiencias. ¿De qué asunto se podía tratar para que la emperatriz hubiera llamado a las dos muchachas? ¿A lo mejor les habían visto, a Cordelia y a él, intercambiando susurros urgentes en cualquier rincón de los jardines? Preocupado y febril, empezó a caminar arriba y abajo del pasillo, ajeno a las miradas curiosas que suscitaba entre las atareadas sirvientas.

En la recámara privada de la emperatriz, contigua a la sala de audiencias, María Antonieta abrazaba a su amiga con lágrimas de alegría.

—No puedo creerlo, Cordelia. Vendrás conmigo. No estaré sola.

—El rey ha sido muy considerado, niña. —Su madre sonrió con benevolencia ante los dedos entrelazados de su hija y su amiga. Esta amistad la complacía, sobre todo porque Cordelia, un año mayor y mucho más sensata que la archiduquesa, ejercía a menudo sobre ella una influencia aleccionadora. Aunque era preciso reconocer que la vivacidad de Cordelia a veces las llevaba a ambas por mal camino, María Teresa confiaba en que el matrimonio y sus pesadas responsabilidades sociales, por no hablar de la maternidad, neutralizarían cualquier vivacidad indeseable en las dos muchachas.

—¿Es su retrato? ¡Oh, déjame ver! —Toinette tomó la miniatura y la examinó con aire crítico—. Es muy viejo.

—¡Tonterías! —Reprendió la emperatriz—. El príncipe está en la flor de la vida. Es un hombre de gran riqueza y muchas influencias en la corte.

—¿Cómo es posible que el vizconde sea el cuñado del príncipe Michael, madame? ¿Acaso está casado con la hermana del príncipe? —Cordelia se dijo a sí misma que era una pregunta perfectamente razonable, y que su interés en la cuestión era puramente periférico.

—El príncipe Michael estuvo casado con la hermana del vizconde —le informó la emperatriz—. Lamentablemente, ella murió hace unos años, dejando unas hijas gemelas, creo.

Pero podía estar casado con otra. ¿Por qué no conseguía quitarse al vizconde Kierston de la cabeza? ¿En qué podía afectarla a ella, si estaba casado o no? Cordelia se reprendió a sí misma, pero con cierta falta de convicción.

—¡Oh, entonces serás mamá inmediatamente —exclamó Toinette, haciendo una pirueta—. ¿Te gustará, Cordelia?

Otro detalle que nadie había pensado en comunicarle, reflexionó Cordelia, sobresaltada por esta información. ¿Cómo podía ella saber si sería capaz de asumir el papel de madre para dos niñitas desconocidas? No estaba preparada para ser la madre de nadie, apenas estaba empezando a probar sus propias alas.

—Eso espero —dijo, sabiendo que ésta era la única respuesta aceptable para la emperatriz.

—Debes prenderte la miniatura en el traje —dijo Toinette—. Como la mía —e indicó con un gesto el retrato del delfín que ahora llevaba encima. Hábilmente, prendió la miniatura del príncipe al corpiño de muselina de Cordelia. Dio un paso atrás, examinando su obra, y asintió levemente con la cabeza, en señal de satisfacción.

—Ahora ya estás prometida como es debido, como yo.

—Bueno, ahora debéis daros prisa y vestiros para el baile de esta noche —les instruyó María Teresa con otra sonrisa cariñosa—. Estaréis tan bellas las dos... dos novias exquisitas. —Con una ligera palmadita en la cabecita rubia y en la morena, les dio un beso a ambas—. Ahora, dejadme. Debo leer ciertos documentos antes de la cena.

Toinette cogió del brazo a Cordelia y se la llevó bailando de la presencia imperial.

—¡Es tan excitante! —dijo atropelladamente—. ¡Soy tan feliz! Tenía tanto miedo, aunque no me atrevía a admitirlo, pero ahora ya no me asusta en absoluto irme. Cautivaremos la corte de Versalles, todo el mundo caerá a los pies de las dos bellísimas novias de Viena. —Riendo, soltó el brazo de Cordelia y avanzó revoleando por el pasillo. La mente de Cordelia estaba demasiado ocupada con su propia confusión para poder compartir la exuberante animación de Toinette, y la siguió a paso más lento.

—¡Cordelia!

Christian la agarró del brazo al pasar junto a la ventana, y tirando de ella se la llevó hacia el exiguo espacio.

—¿Qué sucede? ¿Qué está pasando? ¿Quién era el hombre con quien estabas en la galería?

Cordelia echó un vistazo por encima del hombro. Un mayordomo había aparecido doblando la esquina del pasillo y avanzaba engreído hacia la puerta de la emperatriz.

—Voy a casarme —susurró—. Y aquel hombre es el vizconde Kierston; será mi esposo por poderes. Pero no podemos hablar

aquí. Ven al invernadero, como siempre, a medianoche. A esa hora podré escabullirme del baile. He tenido una idea absolutamente genial, que resolverá todos tus problemas.

Cuando parecía estar a punto de protestar, ella le tocó los labios con un dedo, lanzó otra rápida ojeada al mayordomo que se acercaba, saltó de puntillas y le dio un beso en la mejilla. Luego se escabulló, para marcharse andando pausadamente por el pasillo. Christian oyó su cortés saludo al funcionario mientras esperaba que éste pasara antes de abandonar la jamba de la ventana.

Cordelia siempre estaba llena de ideas geniales, pero ¿cómo podía el hecho de casarse y seguramente abandonar Viena resolver alguno de sus propios problemas? Sólo significaría, simplemente, que él perdería a su mejor amiga.

La recepción de gala que iniciaba la semana de festividades para celebrar el matrimonio de la archiduquesa con el delfín de Francia tenía lugar en la Gran Galería. Las altas ventanas se abrían a la extensión de jardines iluminados por las antorchas, en los que jugaban fuentes de colores con sus delicadas cascadas reflejándose en los espejos de cristal, enmarcados de oro, que adornaban la galería.

Cordelia no dejaba de consultar el reloj, ni siquiera cuando los jóvenes acalorados, con sus pelucas empolvadas y el carmín de las mejillas corriéndose bajo los esfuerzos de la danza y el calor de las cuatro mil velas, la hacían girar siguiendo los pasos de la línea de danzantes. Normalmente, le gustaba bailar, pero esta noche estaba trastornada. Horas antes, Christian había dado un recital, y su música exquisita había embelesado a su público. Poligny había asentido benévolamente durante todo el concierto, atribuyéndose descaradamente el mérito de la composición y de la actuación de su discípulo. Al final, la emperatriz había entregado a Poligny un pesado portamonedas, satisfecha por la impresión que sus músicos habían causado a sus invitados. El mecenazgo de artistas y genios era una obligación real, pero resultaba muy satisfactorio cosechar tal reconocimiento. Daba por supuesto que Poligny compartiría el

portamonedas con Christian, pero Cordelia sabía tan bien como éste que debería considerarse afortunado si veía una simple guinea.

Christian circulaba ahora alrededor de la galería, bailando cuando se veía obligado a hacerlo, aceptando cumplidos cuando era necesario, comportándose de la forma más agradable posible, como debía hacerlo alguien que vivía del mecenazgo imperial. Ocultó su pena y su ira por la actitud de Poligny ante todo el mundo.

El palacio entero sabía ya que lady Cordelia Brandenburg iba a casarse con un príncipe prusiano, embajador en la corte de Versalles, y que la archiduquesa María Antonieta no se vería obligada a viajar sola hacia su nueva vida. Pero Christian estaba desolado. París estaba en el otro extremo del mundo. Desde el momento en que se había topado con una niñita que lloraba furiosamente en el invernadero de los naranjos, cinco años atrás, Cordelia había sido su mejor amiga. Él la había consolado, en aquella ocasión y en muchas otras desde entonces, de la misma manera que ella le había apoyado, alentando su confianza en sí mismo, creyendo siempre en él, por mucho que Poligny lo ridiculizara, se burlara de él o lo utilizara. Sólo cuando estaba con Cordelia, Christian creía de veras en su propio genio.

Cordelia evitaba a Christian, como hacía siempre en público, pero no parecía ser capaz de guardar la misma discreción cuando se trataba del vizconde Kierston. Sus ojos no dejaban de escrutar la sala en su búsqueda. Él no estaba nunca en la pista de baile, prefería mantenerse al margen, conversando con algún cortesano francés o austríaco de alto rango. Cordelia comprobó que él no parecía mirar mucho a las mujeres, las cuales, por su parte, no podían quitarle la vista de encima, tan distinguido, en un traje de seda color gris claro, un chaleco de listas negras y un pañuelo de volantes al cuello, su pelo negro sin empolvar recogido en la nuca con un lazo de terciopelo gris...

¿Estaría casado? ¿Tendría una amante? No podía dejar de pensar en él... ni dejar de mirarle. Su imagen la atormentaba, las preguntas acosaban su mente. Tenía la sensación de haber

contraído una fiebre cerebral, con oleadas alternativas de calor y frío, y plena incapacidad para concentrarse en nada. Sus parejas de baile la encontraban distraída y casi brusca, y pocas veces le pedían un segundo baile.

Cordelia no era consciente de que el vizconde la estaba observando con tanta atención como ella a él. Leo estaba pensando en que ella no tenía ningún parecido físico con Elvira, que era rubia y escultural, muy distinta del duende de esa belleza oscura con cutis de crema y ojos profundos, a veces azules como turquesas y a veces grises como el carbón. Sin embargo, estaba convencido de que ambas mujeres compartían algo peculiar: pasión y un apetito sensual que podía enloquecer a un hombre. Había observado a Elvira antes de su boda ejerciendo su magia con su risa desbordante de placer y el gesto despreocupado con el que echaba hacia atrás su cabellera rubia.

El príncipe Michael no había sido el primero en su cama, pero eso era algo previsible cuando una mujer tan vivaz y sofisticada como Elvira había esperado hasta cumplir los veinte años antes de aceptar a un marido. Ella había insistido en que Michael no le había preguntado nunca por su pasado. Era un hombre mundano, no podía esperar que una mujer mundana fuera virgen. Pero a veces Leo se preguntaba si eso era realmente cierto. Michael cultivaba una cortesía diplomática sin fisuras, que Leo nunca había visto resquebrajarse, pero costaba creer que no existieran otras corrientes bajo esa lisa superficie.

Leo tomó un sorbo de champán y observó a la futura segunda esposa del príncipe realizando los movimientos del minuet con elegancia pero sin entusiasmo. Su pareja parecía aburrirse. Lady Cordelia giró sobre sí misma y una vez más sus ojos se encontraron con los del vizconde. Un rubor encendió sus mejillas, sus labios se entreabrieron, sus ojos resplandecieron.

Leo le dio la espalda con un revuelo. Santa madre de Dios, ¿qué estaba haciendo esa mujer? Primero, algún desgraciado detrás del

biombo, y ahora, estaba utilizando su magia contra él, ¡que Dios le protegiera!

Los relojes de palacio dieron las doce y los invitados abandonaron la galería hacia los comedores para cenar, donde les esperaban champán quemado, ocas verdes, perdices en galantina, lenguas de alondra, mousse de salmón, barquillos de ostras y empanadillas de cangrejo.

Leo permaneció en la galería, mirando melancólicamente los jardines, cuyos céspedes y caminitos de gravilla aparecían iluminados por la luz de los ventanales. Tomó otro sorbo de su copa, escanciada de nuevo. A sus espaldas, los músicos seguían tocando suavemente, y desde los comedores se filtraban las risas y el tintineo del cristal y la porcelana.

Una silueta apareció a sus pies, en la escalinata curvilínea de piedra que llevaba al jardín. Pasó bajo la hilera de llameantes antorchas que bordeaban la terraza enlosada de piedra, y su pelo negro refulgió con destellos azules. Su traje de fiesta de gasa color marfil se onduló y le ciñó con gracia el cuerpo al adentrarse en un caminito de gravilla entre los parterres y alejarse rápidamente hacia el invernadero.

Y ahora, ¿adonde demonios iría, escabullándose de tal manera, en plena noche? Leo dejó su copa en el alféizar de la ventana y atravesó la galería hasta la gran escalinata que bajaba hasta las puertas de la escalera de piedra. Si eso era otro escarceo amoroso, tenía la obligación, como representante de Michael, de ponerle fin. Ahora estaba prometida y ya no podía seguir correteando a sus anchas, como una niña que persigue mariposas.

Alcanzó a ver un atisbo de marfil desapareciendo en la oscuridad del invernadero, y apretó el paso.

En el interior del edificio de cristal, lleno de dulces fragancias, Cordelia avanzó sin dudar por el tercer pasillo, taconeando en el suelo de piedra. Incluso en una noche tan templada se habían encendido los braseros para mimar las orquídeas raras, los exóticos árboles frutales, las exuberantes parras de la pérgola.

—¿Christian? ¿Estás aquí? —Su voz sonó exageradamente alta en el silencio, al llegar al final del pasillo y escrutar la oscuridad a su alrededor.

—Aquí. —Christian salió de detrás de una palmera. Su cara estaba pálida en la penumbra—. ¿Es cierto? ¿Te marchas a Francia para casarte con un príncipe prusiano?

—Sí —le respondió ella dulcemente—, pero escucha. ¿Por qué no me acompañas? Puedes encontrar un nuevo mecenas en Versalles y ser tu propio maestro, no un discípulo. Si consigo persuadir a la emperatriz para que te libere, como una especie de regalo de boda, podrás librarte de Poligny.

—Pero aunque la emperatriz me libere, no tengo dinero. ¿Cómo haría el viaje?

—¿Por qué piensas siempre en las dificultades? —Replicó Cordelia, impaciente, golpeándole el brazo con su pequeño puño—. Ya encontraremos la manera.

Christian seguía dubitativo, pero volvió al asunto que atañía a Cordelia.

—¿Es él? —Rozó la miniatura prendida a su vestido con la punta del dedo, como si fuera algo repugnante o dañino.

—Sí. Tengo que llevarlo. —Levantó el retrato hacia ella y se quedó mirándolo—. ¿Crees que me gustará el príncipe?

Christian examinó la miniatura más de cerca.

—Parece severo. Pero quizá sea sólo el retrato —añadió rápidamente, ansioso por tranquilizarla—. La gente siempre parece demasiado estirada en los retratos.

—Mmm. —Ahora le tocaba a Cordelia parecer dubitativa—. A saber si le gustaré yo a él.

—Pues claro que sí. ¿Cómo podrías no gustarle a alguien? —La abrazó con fuerza—. Te echaré tanto de menos.

—No, no lo harás —murmuró ella contra su pecho—. Porque vendrás conmigo.

—¿Estáis locos los dos?

Christian dio un salto atrás con un grito de sobresalto, y soltó a Cordelia. Por encima de su cabeza, se quedó mirando estupefacto la pálida mancha de la cara del vizconde Kierston.

—Eso es lo más estúpido, lo más insensato que haya oído jamás. Lady Cordelia está comprometida; el palacio está lleno de guardias, oficiales, invitados. ¡Y vosotros dos os besáis y abrazáis entre los naranjos, como un par de estúpidos aldeanos!

Cordelia se quedó mirándolo, y olvidó el extraño efecto que tenía sobre ella en su resentimiento ante esta furiosa y apabullante censura.

—No estábamos haciendo nada de eso, casualmente. Aparte de que no es asunto tuyo lo que yo haga o deje de hacer —afirmó, mientras Christian seguía intentando recuperarse.

—Te olvidas de algo. Seré el representante de tu esposo —contestó Leo secamente—. Y por lo tanto, tu comportamiento es asunto mío en alto grado, milady. Y sobre todo, tratándose de semejante estupidez caprichosa. ¿Has tenido en cuenta qué pasaría si os descubrieran? —Les retó con la mirada, su ira convirtiéndose lentamente en exasperación—. No sois más que un par de niños insensatos.

Se volvió hacia Christian, todavía mudo, y le dijo con un tono algo más suave: —Márchate ya. No tienes nada más que hacer aquí. Si deseas hacerle un favor a Cordelia, apártate de ella hasta su partida. Será más fácil para los dos. —Una sonrisa resplandeció en la penumbra, y dio una palmadita en el hombro de Christian—. El primer amor duele, ya lo sé. Pero el dolor se calma.

Christian miraba perplejo al hombre que suponía ser el vizconde Kierston, puesto que había dicho que sería el esposo por poderes de Cordelia. Y que, al parecer, estaba completamente equivocado. Carraspeó, y dijo:

—Pues claro que quiero a Cordelia, señor, es mi mejor amiga. Pero no estamos enamorados, si es eso lo que insinuáis.

—No —confirmó Cordelia de manera cortante—. Sólo estábamos conversando entre amigos.

—¡Una conversación entre amigos en plena noche, estrechamente abrazados en un solitario invernadero! —ironizó Leo ¿Por qué clase de idiota me tomas?

—Por uno tan ciego como un murciélago —replicó Cordelia—. Christian sólo me daba un abrazo de amigo.

—Será mejor que me marche —dijo Christian, comprendiendo fácilmente la incredulidad de Leo—. No era una cita amorosa, señor, pero es cierto que Cordelia no debería estar aquí conmigo. No está bien que la ahijada de la emperatriz mantenga una amistad con un simple músico. —Habló con contenida dignidad, hizo una rígida reverencia y se marchó.

La exasperación de Leo se desvaneció poco a poco. La compostura del muchacho era convincente. Quizá había llegado a una conclusión errónea, pero eso no alteraba en absoluto el hecho de que la prometida de Michael no tenía derecho alguno de comportarse de aquella forma, por inocente que fuera su intención. Se volvió hacia Cordelia, que permanecía quieta y callada en la sombra. Le hizo señas con el dedo.

—Ven aquí, milady.

Cordelia avanzó hacia la tenue luz y le devolvió su mirada escrutadora. Todo su enfado se había evaporado y volvía a sentirse presa de aquella extraña sensación. Estaban solos, en este lugar oscuro y fragante, y sólo se le ocurría una manera de disipar la confusión que bullía en su cerebro, vertiéndose en sus venas con cada latido de su corazón.

—¿Puedes besarme como lo has hecho esta tarde?

—¿Si puedo qué?

—Por favor, bésame —repitió ella lentamente—. Es muy importante.

—¡Por Dios, eres increíble!

Cordelia no dijo nada, simplemente se le acercó. Él quería apartarse, pero no podía, era como si ella lo hubiera envuelto en una maraña invisible. Sentía el calor de su cuerpo, la fragancia de

su piel y de su pelo. Ella levantó silenciosa la mirada, los ojos luminosos y muy abiertos.

—Por favor. —Cordelia alzó las manos para capturar su cara y la atrajo hacia la suya.

¿Por qué no podía moverse? ¿Por qué no podía detenerla? Era incapaz de resistirse al poder de su pasión y de evitar el surgimiento de la suya propia. Le rodeó el cuello con ambas manos, sintiendo el pulso que latía desbocado contra su pulgar. La boca de Cordelia se abrió bajo la suya, la lengua penetró en busca de la suya, saboreando la carne de sus mejillas, el húmedo reverso de su lengua, recorriéndole los labios. Los pechos de Cordelia, desbordándose del pronunciado escote, pedían a gritos ser tocados. Las manos de él bajaron por la columna de su cuello y llegaron a los suaves relieves carnosos. Un dedo se hundió en el escote hasta el pezón, que se puso duro y erecto a su tacto. Mientras tanto, la boca hambrienta de ella no dejaba de envolverle, como si quisiera sacarle del núcleo de su cuerpo, con su exigente dulzura embriagándole la lengua.

Con un esfuerzo supremo, se arrancó la red que el cuerpo de ella estaba tejiendo a su alrededor, una telaraña cuyos sutiles hilos estaban hechos con su aroma, su sabor y la levedad de aquel cuerpo bajo sus manos.

—¡Santa madre de Dios! ¡Basta! —La apartó bruscamente, y se pasó las manos por la cara y la boca, recorriendo las huellas que había dejado en su carne—. ¿Qué clase de hechicera eres?

Cordelia negó con la cabeza, diciendo con dulce asombro:

—No soy una hechicera. Pero te quiero.

—No seas absurda. —Se esforzó por recuperar la compostura—. Eres una niña mimada y testaruda.

—No —volvió a negar con la cabeza—. No, no lo soy. Nunca había querido a nadie de esta manera. Oh, una vez, Christian y yo creímos que nos amábamos de esta forma, pero no duró ni una semana. Nunca deseé que me besara de la manera que necesito que me beses tú. Yo sé lo que siento.

Había una convicción tan serena en su voz, en sus ojos, en su sonrisa... Parecía tan petulante, satisfecha y segura de sí misma como un gato ante un cuenco de leche.

Leo se echó a reír, pensando desesperadamente que quizá si reaccionaba con una actitud tolerante y divertida podría quebrantar su intimidante confianza en sí misma.

—No sabes nada, querida niña. Nada de nada. Estás presa en un torbellino de emociones que todavía no comprendes. Unas emociones que pertenecen a la cámara nupcial y que pronto entenderás. Me siento culpable. No debería haberte besado nunca.

—He sido yo quien te ha besado a ti —corrigió ella con sencillez —. Porque lo necesitaba.

Se mesó el pelo, alborotando los mechones negros que le caían sobre la amplia frente.

—Escúchame bien, Cordelia. Todo ha sido culpa mía. No debería haberte provocado de aquella forma en la galería, esta tarde. No me daba cuenta, por Dios, de que estaba jugando con fuego. Pero ahora debes olvidarte de todas esas tonterías sobre el amor. Vas a ser la esposa del príncipe Michael von Sachsen. Es tu destino. Y si no lo aceptas, sólo conseguirás hacerte daño.

CAPÍTULO 03

La lluvia azotaba los cristales de la ventana y una corriente fría hacía vacilar las llamas de la chimenea. El príncipe Michael von Sachsen dejó la pluma y se inclinó hacia el fuego, acercando sus manos al calor. París, en abril, no siempre gozaba de un clima templado con árboles reverdeciendo y flores primaverales meciéndose a la brisa, sino que el viento y la lluvia podían ser tan crudos como en cualquier día de invierno.

Volvió a tomar su pluma y continuó escribiendo sobre el grueso papel pergamino del tomo encuadernado en piel, cubriéndolo de torcidos garabatos que parecían arañas. Al final de la página abandonó la pluma. En veinte años, no había descuidado una sola entrada diaria. Estas entradas daban cuenta exacta de todo el día. Cada suceso, cada pensamiento relevante era puntillosamente registrado.

Releyó la entrada antes de secar la página con arena y cerrar el libro. Llevó el diario hasta un cofre chapado en hierro que se encontraba bajo la ventana, extrajo una llave de su bolsillo y abrió el candado de latón, que mantenía cerrado con llave incluso cuando se encontraba en la habitación. Contenía demasiados secretos peligrosos. Levantó la pesada tapa y colocó el tomo al final de una fila de volúmenes idénticos, todos con el dorso hacia arriba mostrando el año en relieve. Acarició los lomos con la mano. Con el dedo índice agarró por la parte superior el volumen del año 1765 para sacarlo del cofre. De pie, con la chimenea a sus espaldas,

abrió el libro. La página correspondía al seis de febrero. La única línea decía: A las seis y media de esta tarde, Elvira ha pagado por su infidelidad.

El príncipe cerró el libro y lo volvió a guardar en el cofre. La tapa cayó con un golpe seco. Giró la llave en la cerradura y guardó de nuevo la llave en el bolsillo. Un leño verde siseaba en la rejilla de la chimenea acentuando el silencio de la habitación; un silencio que en realidad reinaba en toda la casa a horas tan intempestivas de la noche. Levantó su abandonada copa de coñac y tomó un sorbo mientras observaba fijamente el chisporrotear del fuego; después, inquieto, volvió al escritorio donde había estado escribiendo su diario.

Abrió un cajón del que sacó una miniatura con el marco de madreperla. Un rostro joven y sonriente le miraba. Los tirabuzones negros como el azabache enmarcaban el semblante de piel fresca, con grandes y profundos ojos de un gris azulado y la nariz algo respingona que le daba un cariz algo travieso.

Lady Cordelia Brandenburg, de dieciséis años, ahijada de una emperatriz y sobrina de un duque. Gozaba de un linaje impecable y un rostro muy atractivo... pero no se asemejaba en nada a Elvira. Cordelia era tan morena como rubia había sido Elvira. Su mirada se desvió hacia el retrato que descansaba sobre la repisa: Elvira justo después del nacimiento de las gemelas. Reclinada en una chaise longue, luciendo una túnica de terciopelo carmesí. Su voluptuoso busto, aun más abundante tras el parto, se marcaba a través de un corpiño ribeteado de encajes. El pliegue de terciopelo fino acariciaba la curva de su cintura. Una mano abandonada descansaba sobre su regazo. Alrededor de su muñeca brillaba el brazalete con dijes que su marido le había regalado al nacer sus hijas. A primera vista, el observador podría no percatarse de su peculiaridad, pero el artista había plasmado el intrincado diseño del brazalete y un rayo de sol lo proyectaba en agudo relieve contra el exuberante regazo carmesí. Elvira sonreía en un gesto que Michael recordaba bien, aquel gesto

que lo hacía enloquecer. Tan desafiante, tan burlón. Incluso cuando estaba aterrorizada y él podía sentirlo, le sonreía así.

¿Cuántos amantes había tenido? ¿Con cuántos hombres le había traicionado? Incluso ahora, cuando Elvira ya no estaba para mofarse de él con su desafío, la duda se retorcía en su alma como un rollizo gusano.

Volvió a contemplar la miniatura en su palma. Al principio, había deseado a Elvira, pero nunca más volvería a permitirse semejante debilidad. Tomaría a esta otra mujer porque necesitaba un heredero. Y una mujer en su cama. No era un hombre a quien le gustara pagar por sus placeres; eso era algo que le dejaba un gusto ácido en la boca. Esta refrescante joven le devolvería sus enflaquecidas energías, le aportaría placer y le daría el fruto de sus entrañas. Y podría hacerse cargo debidamente de las gemelas. Leo tenía razón en afirmar que necesitaban una educación más completa que la que su institutriz podía darles. El príncipe sentía escaso interés por ellas, pero era necesario que fueran instruidas en los deberes femeninos, si quería que fueran buenas esposas. Ya estaba planeando sus esponsales. Con cuatro años, eran demasiado jóvenes para facilitarle provechosas conexiones. Desde luego, no se casarían hasta dentro de nueve o diez años, pero un hombre inteligente se preparaba con anticipación.

Aún no le había comentado estos planes al tío de las niñas. Pero Leo tampoco tenía cartas en este asunto, aunque probablemente él opinaría lo contrario. Sentía tanta devoción hacia ellas como lo había hecho por su hermana, cuyo fallecimiento lo había dejado destrozado. En cuanto recibió la noticia viajó de Roma a París en menos de una semana y, tras el funeral, abandonó Francia durante doce meses. Nunca dijo ni una palabra sobre su paradero o sus actos durante ese año de duelo.

Michael tomó otro sorbo de coñac. La fervorosa atención de Leo hacia las hijas de Elvira era el pequeño precio que debía pagar a cambio de su amistad incondicional. Su cuñado era un amigo muy valioso. Conocía a toda la corte, y sabía exactamente de qué hilo

tirar para conseguir rápidamente cualquier propósito, era un diplomático nato, un compañero divertido, un conversador inteligente, un excelente jugador de cartas, un cazador apasionado y un experto jinete.

Y el más adecuado para hacerse cargo de los detalles de la boda de un amigo. Michael sonreía para sus adentros al recordar lo encantado que se había mostrado Leo ante la perspectiva del segundo matrimonio del príncipe. Ni una pizca de resentimiento por el hecho de que su hermana fuera reemplazada, sólo regocijo al pensar que las gemelas tendrían una madre y que se acabaría la soledad conyugal de su amigo.

En efecto, Leo Beaumont era un hombre noble, aunque un poco ingenuo.

—¡Oh, Cordelia, estoy tan cansada! —Toinette se dejó caer en una silla con un suspiro—. Estoy tan harta de escuchar discursos, de pie como un muñeco, mientras parlotean sin parar sobre protocolo y precedentes. Y ¿por qué tengo que seguirles el estúpido juego esta tarde?

Se volvió a levantar de un salto, con una energía que desmentía el cansancio que había dicho sentir.

—¿Por qué tengo que anunciar delante de todo el mundo que renuncio a reclamar el trono de Austria? ¿No es evidente? Además, Joseph, Leopold, Ferdinand y Maximiliano me preceden en la línea sucesoria.

Cordelia mordió una pera especialmente jugosa.

—Si esto te resulta tedioso, Toinette, espera a llegar a Francia. La boda de verdad será el doble de pomposa que toda esta parafernalia. —Sorbió el jugo antes de que resbalara por su barbilla.

—Menudo consuelo me procuras —respondió Toinette afligida, dejándose caer de nuevo—. Para ti es muy fácil, nadie presta atención a tu boda.

—Sí, soy muy afortunada —espetó Cordelia secamente—. Por casarme a la sombra de la archiduquesa María Antonia y Louis

Auguste, delfín de Francia.

—¡Oh! —Toinette se incorporó—. ¿Te molesta que tu boda se celebre con tanta discreción? No pretendía herirte. Debe ser terrible que nadie te preste atención en un momento tan importante.

Cordelia se echó a reír.

—No, no es terrible en absoluto. Sólo te mostraba la otra cara de la moneda. En realidad, nada me gustaría menos que ser el centro de atención. —Arrojó el corazón de la pera en una bandeja de plata y se limpió la boca con el revés de la mano.

—Oh. El joyero ya te ha devuelto el brazalete. —Toinette captó el destello de oro en un rayo de sol.

—Sí, y es de lo más extraño —respondió Cordelia quitándoselo con el ceño fruncido—. No me fijé en su diseño la primera vez que lo vi, pero es una serpiente con una manzana en la boca. Mira. —Se lo extendió a la archiduquesa.

Toinette lo tomó y lo sostuvo en la palma de su mano casi con cautela.

—Es precioso pero es... es... oh, ¿cómo decirlo?

—¿Siniestro? —Cordelia se adelantó—. ¿Repulsivo?

Toinette se estremeció y tocó la alargada cabeza de la serpiente en cuya boca se alojaba una manzana de perla.

—Sí, lo es un poco, ¿verdad? Creo que es muy antiguo. —Lo devolvió con otro pequeño escalofrío.

—Medieval, según dijo el joyero. Estaba muy interesado... Dijo que nunca había visto nada parecido a excepción de una ilustración de un salterio del siglo XIII. ¿No te parece extraño que, a pesar de ser tan antiguo, sólo tenga estos tres dijes? En realidad, son sólo dos, si no contamos el zapatito, que es mío.

—Quizá los otros se hayan ido perdiendo a lo largo del tiempo.

—Mmm. —Cordelia acarició la delicada filigrana de una rosa de plata, cuyo centro era un rubí granate junto al que colgaba un diminuto cisne, con todos los detalles—. Me pregunto a quién habrá pertenecido. ¿De dónde vendrá? —reflexionó.

—Debe de ser muy valioso.

—Sí —asintió Cordelia, volviendo a abrochárselo en la muñeca —. En parte me gusta llevarlo y en parte, no. Es una especie de fascinación macabra, pero me encanta el zapatito. Me recuerda a la Cenicienta de camino al baile.

Ahogó una risita ante la incrédula mirada de su amiga.

—Sí, ya sé que no soy una pobre sirvienta rescatada por un príncipe, pero sí iremos a Versalles, que, según dicen todos, es un castillo de cuento de hadas y nos escaparemos de este quisquilloso protocolo y mi tío no podrá volver a intimidarme. Podremos bailar hasta morir, si queremos, y nunca más tendremos que barrer las cenizas de la cocina... ¡Oh, Dios mío! ¿Qué hora es? —Se sobresaltó, exclamando con mortificación—. ¿Por qué llego siempre tarde? —al tiempo que el reloj de la capilla marcaba el mediodía y el gong resonaba por todo el patio al otro lado de la ventana.

—Porque te parece elegante —respondió Toinette con una risita cómplice—. ¿Adonde llegas tarde, esta vez?

—Tenía que estar a las doce menos cuarto en la capilla para ensayar con el capellán mi boda por poderes. Y no quería llegar tarde. El brazalete es el culpable de mi retraso. —Cordelia tomó otra pera del frutero y se dirigió hacia la puerta—. No creo que importe mucho, el padre Félix nunca espera que llegue a tiempo.

—Pero tu marido quizá sí —comentó la archiduquesa, comprobando su reflejo en un espejo de mano con el dorso de plata.

Cordelia sonrió con desparpajo. —¿Mi marido por poderes, o el de verdad?

—El príncipe Michael, claro. El vizconde sólo es una marioneta.

—Oh, no creo que sea el caso —dijo Cordelia reflexivamente—. Leo Beaumont no es una marioneta. En cualquier caso, no creo que tenga que ensayar también. —Le mandó un alegre beso a Toinette al salir.

Sólo había vuelto a ver al vizconde de lejos desde el encuentro en el invernadero, dos noches atrás. Extrañamente, había apreciado esa distancia. Lo guardaba en su pensamiento como un secreto profundo y dichoso, atesorando su imagen, que había llenado los

sueños de sus noches y sus ensueños en plena vigilia. Se había sentido sólo despierta a medias mientras le miraba desde la distancia, refugiándose en este absorbente, extraordinario y envolvente amor que la había alcanzado como un rayo, encendiéndola con un deseo tan ardiente que se diría verdadera fiebre.

Ahora volvía a estar preparada para el hombre de carne y hueso. Su cuerpo levitaba con la simple idea de estar cerca de él, sentir su calor, aspirar su aroma. Sus oídos deseaban escuchar su voz, sus ojos ansiaban devorar su rostro. Esa tarde, durante la ceremonia de renuncia, él se encontraría a su lado, en el lugar del príncipe Michael.

Empujó la puerta de la capilla y avanzó por el oscuro interior impregnado de incienso.

—Os pido disculpas por mi retraso, padre. —Advirtió la presencia de Leo Beaumont antes incluso de verle paseando nervioso ante el altar. El corazón le dio un vuelco—. Os pido perdón, señor. No sabía que también debíais ensayar.

—El padre Félix me ha informado de que no os han enseñado que la puntualidad es una gracia de reyes —respondió Leo, mordaz.

—Oh, sé que es una gran descortesía llegar tarde. —Se acercó suavemente, sus ojos brillaban en su rostro radiante—. Es que estaba charlando con Toinette. El joyero me ha devuelto el brazalete y mientras lo admirábamos el tiempo ha pasado sin darme cuenta. —Extendió la mano tomando los dedos de él entre los suyos.

Deliberadamente, él soltó su mano, la tomó por la muñeca y la llevó hacia la luz del rosetón que coronaba el altar. Siempre se había sentido perturbado por su curioso diseño. La serpiente que tentó y destruyó a Eva. Alguna vez llegó a pensar que Elvira era la reencarnación de Eva y que Michael había elegido su regalo con gran tino. Notó que ahora le faltaba el corazón de jade. Era el dije que Michael había regalado a Elvira. Seguramente había tenido el tacto de mandarlo retirar antes de pasar el regalo a la sustituta de Elvira.

De pronto, tomó conciencia del pulso de Cordelia, que corría alocado entre los dedos con los que sujetaba su muñeca. Su piel era cálida. La miró a los ojos y ella le devolvió una sonrisa de una seducción tan radiante, sus ojos estaban llenos de una excitación tan dichosa, que dejó ir la muñeca como si fuera una tea ardiendo. Por unos instantes, cerró los ojos ante la deslumbrante fuerza de su invitación.

—Bueno, ahora que ya estáis aquí, acabemos con este asunto. Tengo otras cosas de las que ocuparme. —Se giró con brusquedad hacia el altar—. Padre, si estáis preparado.

El capellán avanzó asintiendo ansioso.

—No llevará mucho tiempo, señor. Es sólo para cerciorarnos de que estáis familiarizados con la ceremonia y la bendición de los anillos.

Cordelia se colocó al lado de Leo y su vestido le rozó el muslo. Giró el rostro para mirarle.

—No os ofendáis, milord. Lamento de veras haberos hecho esperar.

—No es necesario que te acerques tanto a mí —le espetó él en voz baja, dando un paso a un lado.

Cordelia pareció apenada.

—Disculpadme, milord. ¿Os ocurre algo?

—No —Leo negó con la cabeza ahogando un suspiro—. Nada en absoluto, padre. —Dirigió la mirada al frente, intentando ignorar la palpitante presencia que había a su lado. ¿Cómo demonios podría controlarla durante el largo viaje hasta París? O más bien, ¿cómo conseguiría controlar sus propias manos?

La ceremonia era muy corta, y el padre Félix no tuvo reparos en acelerarla, viendo la impaciencia del vizconde y la inquieta distracción de lady Cordelia. Al cabo de diez minutos, cerró el libro aliviado.

—En realidad, eso es todo. La bendición de los anillos sólo durará cinco minutos y, por supuesto, se pronunciará un sermón ante la congregación. Os confesaréis antes de la ceremonia, lady

Cordelia, para estar en estado de gracia en el momento de hacer vuestros votos.

—¿Y su Señoría también se confesará?

—Al ser una boda por poderes, milady, el vizconde Kierston no tiene las mismas obligaciones.

—Sin contar que no practico vuestra fe —dijo Leo—. Ahora, si me disculpáis, debo ocuparme de ciertos asuntos.

El padre Félix esbozó una bendición y desapareció en la sacristía.

—¡Oh, no, espera! —Cordelia se arremangó las faldas para correr y darle alcance, mientras el vizconde se dirigía hacia la puerta de la capilla—. No te vayas todavía. —Deslizó su mano para cogerle del brazo y llevárselo hacia una pequeña capilla lateral—. ¡Qué alivio debe de ser no tener que confesarse! —Arrancó un mordisco de la pera que había guardado en la mano durante todo el ensayo —. Suelo ser bastante olvidadiza cuando se trata de recordar mis pecados.

Su risita era tan contagiosa que Leo no pudo evitar una sonrisa por respuesta.

—La memoria selectiva tiene sus ventajas. —No conseguía apartar la vista de los dientecitos blancos clavándose en la fruta.

—Me pregunto si el amor puede considerarse pecado —murmuró Cordelia a través de otro bocado de pera—. No sé por qué ha tenido que pasar esto, que te ame de esta forma, pero ha sucedido, y en realidad no creo que Dios lo vea con malos ojos.

—¡Oh, por lo que más quieras, Cordelia! —Explotó Leo, liberándose de un tirón—. No sabes lo que dices. —La miró severamente—. Y te cae jugo de pera por la barbilla.

—Pues claro que sé lo que digo —protestó Cordelia con firmeza, rebuscando en sus bolsillos—. ¡Oh, qué fastidio, he perdido el pañuelo! Es que, sabes, son tan jugosas estas peras.

Mascullando una exclamación, Leo sacó su propio pañuelo y le limpió el mentón.

—Tienes que olvidarte de esta caprichosa tontería, Cordelia. ¿Me has oído? —De un manotazo, volvió a meterse el pañuelo en el bolsillo.

—Te he oído, pero no lo considero ninguna tontería. —Le dedicó una serena sonrisa—. Mañana por la noche, en la capilla de los Habsburgo, serás mi esposo.

—¡Por poderes! —alzó los brazos al cielo exasperado—. ¡Esposo por poderes!

—Ya, bueno, eso es sólo un detalle. —Buscó a su alrededor algún lugar donde deshacerse del corazón de la pera, luego, encogiéndose de hombros, se lo metió en el bolsillo—. ¿No te das cuenta, Leo? Esto es algo predestinado. Lo sé, lo llevo en la sangre. Hay algunos obstáculos, por supuesto, pero nada que no podamos superar.

—¿Te has vuelto completamente loca? —Se la quedó mirando con expresión de impotencia.

Ella negó con la cabeza.

—No. Bésame, y verás qué quiero decir.

—Oh, no. —Dio un paso atrás para alejarse de ella, con los brazos extendidos para evitar su avance. Era Eva, y el brazalete de serpiente brillaba en su fina muñeca cuando extendió la mano para alcanzar la suya.

—Bésame —repitió, en voz baja y dulce, llamándole con los ojos con un embrujo de sirena, los labios entreabiertos ofreciéndole entrada hacia los fastuosos secretos de su cuerpo. Ella lo cogió de la mano y se le acercó. Los colores de los vitrales jugaban en su cara alzada hacia la luz, y una barra de oro atravesaba su garganta blanca como la leche—. Bésame, Leo.

Apresó su cara con las dos manos. El impulso de juntar su boca con la de ella era irresistible. Sus labios parecían cantar con el recuerdo de las veces que la habían besado, y ella alzaba la cara hacia él con la maravillada expresión de su despertar sensual. Notaba los dedos dejando su impronta en el suave cutis de su cara. Debía de haber un demonio, en ella o en él, no lo sabía, pero era

preciso exorcizarlo. Bajó la vista hacia ella, y sus ojos parecían dispuestos a penetrar la coraza de su cuerpo, para alcanzar el alma que albergaba.

Bruscamente, dejó caer las manos de su cara. Dio media vuelta y salió de la capilla, y la puerta se cerró con un portazo a sus espaldas.

Cordelia se mordió el labio, decepcionada. Se sentía vacía, como si le hubieran prometido algo para negárselo luego, incomprensiblemente. Y sin embargo, estaba segura de que él también sentía lo mismo que ella, que de alguna manera estaban destinados el uno al otro. Era una certeza tal que no podía ignorarse ni cuestionarse.

CAPÍTULO 04

Leo se aburría, pero nadie lo hubiera dicho a juzgar por su sonriente atención, su fluida conversación, la diplomática compostura con la que parecía estar disfrutando de la velada. Nada le disgustaba tanto como los bailes de disfraces, y en París o Londres habría aparecido con su atuendo habitual, quizá con un antifaz en la mano, como simbólica contribución a las festividades. Pero en Viena era un invitado extranjero, el miembro de una delegación, y sería descortés menospreciar el entretenimiento brindado por su anfitriona. De manera que ahora iba vestido de senador romano, con una toga ribeteada de púrpura, pero como si quisiera subrayar su desagrado, llevaba el antifaz negligentemente colgado de un dedo.

Pasó el peso de su cuerpo de una pierna a la otra, y miró el reloj. A medianoche, todo el mundo se habría desenmascarado, y si conseguía escabullirse un poco antes, podría regresar vestido de sí mismo sin suscitar comentarios.

Entre tanto, seguía conversando con la atención dividida, mientras sus ojos escudriñaban en secreto la muchedumbre, en busca de Cordelia. La había visto en el banquete, vestida con un traje de fiesta de tafetán acolchado azul celeste, sobre un corpiño de un azul más claro. Sus rizos negros azulados le caían en cascada sobre los blancos, hombros, retenidos en la nuca por una peineta de perlas. Llevaba en la muñeca el brazalete de compromiso y observó

cómo jugueteaba con él, inconscientemente, cuando sus manos estaban ociosas.

Había intentado no mirarla pero, al fracasar en su empeño, se había concentrado en al menos ocultar su observación. Ella le había lanzado varias miradas explícitas a través del amplio espacio de la mesa del banquete, pero él se había negado a devolvérselas, pretendiendo entretenerse con el brillo de los candelabros, el mar de cristal de las copas y las relucientes superficies de las bandejas de plata y oro que se extendían entre ellos.

Aun así no podía negar cuan fascinante era. Desbordaba de vida, y su luz y sus risas contagiaban a sus compañeros de mesa. Parecía centellear, en el centro de las personas de su alrededor, y Leo vio de nuevo a Elvira. Nadie podía estar en la misma habitación que Elvira sin volverse más ingenioso, más hermoso, más atractivo, más animado. Incluso Michael, en la primera época de su matrimonio, había parecido adquirir algunos de sus matices.

A veces, Amelia y Sylvie mostraban destellos del espíritu de su madre, pero estaban intimidadas por su severa institutriz, que cumplía las estrictas órdenes de su patrono de aniquilar cualquier señal de indeseable vivacidad en las niñas, y formarlas y educarlas para que conocieran sus obligaciones.

Leo, consciente de repente de su tensa mandíbula, se esforzó en volver de nuevo a la sala de baile. Hizo una vaga observación a su interlocutor, con quien se mantenía a un lado de la sala, pero sin dejar de buscar con los ojos a Cordelia entre el gentío de danzantes. Debía haberse disfrazado después de la cena, pero estaba seguro de que la reconocería, por elaborado que fuera su disfraz. Nada podía ocultar a la esencial Cordelia.

Cuando otro invitado recabó la atención de su interlocutor, Leo aprovechó la oportunidad para desplazarse alrededor de la sala de baile, evitando a los bomberos estratégicamente colocados con sus dispositivos; ochocientos de ellos, estacionados en las jambas de las ventanas para vigilar los millares de velas. Le habían dicho que la emperatriz había ordenado instalar medicinas, camillas de

emergencia y médicos en los apartamentos que rodeaban la estructura temporal de madera de la sala de baile, en los jardines del Palacio Belvedere. Algo típico, pensó, de la obsesión por los detalles de aquella soberana.

Cuatro parejas estaban bailando una cuadrilla. Se detuvo para observarlos y su mirada se vio atrapada al momento por una grácil figura escandalosamente vestida con pantalones que moldeaban sus pantorrillas y sus muslos. Una túnica cubría gran parte de sus caderas, pero cuando se movía al bailar, la túnica se movía con ella, ofreciendo tentadores atisbos de un pequeño y redondeado trasero.

Llevaba el pelo recogido en una redecilla de seda para despejar la frente, y su antifaz de seda negra le cubría los ojos y la nariz, pero Leo supo de inmediato que era Cordelia. ¡En nombre de Lucifer! ¿A qué estaba jugando? Sus labios se plegaron en un mudo silbido, y miró involuntariamente hacia el estrado donde la emperatriz estaba sentada con su hija, sus hijos, y los cortesanos de más alto rango, tanto de Francia como de Austria. ¿Tendría la emperatriz la más mínima idea de que su ahijada estaba disfrazada de forma tan escandalosa? Cordelia se encontraba a salvo del duque Franz, porque su gota le impedía asistir al baile, pero seguía arriesgándose a incurrir en serias censuras. Nadie a su alrededor le quitaba la vista de encima.

Estaba provocativa, y absolutamente seductora. Y después del matrimonio por poderes del día siguiente por la noche, estaría sólo a su cargo hasta que la entregara al príncipe Michael. Sería responsabilidad suya que la muchacha no desacatara abiertamente las convenciones en el largo trayecto a través de Francia. Habría reglas de etiqueta rígidamente definidas para este periplo ceremonial, con sus numerosas etapas para que el pueblo francés conociera a su nueva delfina, y en él no tendría cabida inconformismo alguno, por atractiva que fuera la rebelde.

Y era realmente atractiva. A pesar de torcer el gesto, con desaprobación, no podía negar cuánto le conmovía.

Los últimos acordes de la música cesaron y la elegante danza llegó a su fin. Cordelia sonrió distraída a su pareja y se apartó de ella, cruzando la pista de baile con la libertad de movimientos que le permitía su atuendo. Para Leo era evidente que estaba buscando a alguien, al dar la vuelta a la sala avanzando con una gracia felina en sus largas piernas, una gracia que estremeció a Leo con un escalofrío que le recorrió la columna vertebral. A juzgar por las flechas que llevaba a la espalda, se había disfrazado de Diana Cazadora. No parecía ser consciente de la atención que despertaba. Las miradas y los murmullos, escandalizados y envidiosos, y en muchos casos indiscutiblemente lascivos, seguían cada uno de sus pasos.

Michael sufriría un infarto si la viera, pensó Leo. Pero en lugar de sentirse escandalizado, sintió ganas de reír. Pura locura. Lo último que quería hacer era alentar a esta muchacha. Por Dios, ¿por qué habría aceptado asumir esta responsabilidad? Pero por supuesto, él había creído que se trataría de una tímida y obediente debutante. Y en lugar de ello...

Impaciente, empezó a cruzar la sala en su dirección, intentando no perderla de vista. Ella se había detenido al lado del joven músico, Christian Percossi, que estaba escuchando atentamente a un general de pobladas patillas. Leo vio cómo rozaba el brazo de su amigo al pasar. Luego, una espalda la ocultó de su vista por un segundo, y cuando pudo ver de nuevo con claridad, Diana cazadora había desaparecido.

Frustrado, se detuvo, mirando a su alrededor. Luego, vio cómo el joven Percossi se dirigía resueltamente hacia las puertas que llevaban al patio desde la sala de baile.

Evidentemente, otra cita. Leo alzó la vista al cielo. Apresuró el paso, siguiendo al músico.

El aire de la noche era fresco; las estrellas centelleaban cristalinas contra el telón de fondo de terciopelo negro. Leo se estremeció en su fina toga, después del calor de la sala de baile, con sus innumerables velas encendidas y la cálida presión de los

cuerpos. Una alfombra roja cubierta por un toldo se extendía desde la sala de baile hasta la estructura principal del Palacio Belvedere; unas antorchas iluminaban el camino que desaparecía en las rutilantes fauces del palacio. No había ni rastro de su presa, pero Leo recorrió el sendero hasta el palacio. El gran vestíbulo de entrada estaba extrañamente tranquilo. Un solitario lacayo, que atravesaba corriendo la vasta extensión de mármol, lanzó una ojeada curiosa al vizconde vestido de romano y pareció dudar, luego un reloj invisible dio las doce de la noche y él siguió presuroso su camino.

Leo oyó la voz de Cordelia, baja pero apremiante y excitada, procedente de una antecámara a la izquierda de la grandiosa escalinata. Entró sin más ceremonia en la reducida estancia y se sintió aliviado al descubrir a los dos jóvenes decentemente separados, al lado de la ventana abierta. A pesar de todas las protestas de pura amistad, no habían conseguido convenirle por completo. Pero era evidente que no se trataba de una cita entre amantes.

Cordelia intuyó su presencia y se giró rápidamente hacia la puerta.

—¡Ah! —dijo—. Eres tú.

—Sí, soy yo. —Avanzó hacia el centro de la habitación—. En nombre de Cristo redentor, ¿qué estás haciendo así vestida?

—Yo le estaba preguntando precisamente lo mismo, señor. —Christian pasó una mano distraída por sus rubios rizos. Iba Vestido de trovador, un disfraz muy poco imaginativo pero decoroso—. Es escandaloso, Cordelia. ¿Y si la emperatriz descubre tu identidad? ¿O tu tío? ¿Te imaginas qué te haría tu tío?

—Sí —contestó alegremente Cordelia—. Pero no lo hará, y la emperatriz tampoco. Sólo Toinette lo sabe, y ella no me traicionaría jamás.

—Cordelia, eres imposible. —Christian se volvió hacia Leo, para recabar inconscientemente su apoyo.

—Ven aquí, Cordelia. —Leo la tomó de la mano y la condujo hacia un espejo que había en la pared—. Ahora, mírate y dime qué ves.

Cordelia, con la cabeza inclinada a un lado, examinó su reflejo. Parecía una extraña pregunta; era obvio lo que veía.

—Me veo a mí vestida de Diana Cazadora.

—No, a ti vestida de la forma más provocativa y seductora.

—Pero es que es un baile de disfraces. Es parte de la diversión, ir de incógnito y ser un poco picarona.

—Todavía no eres suficientemente adulta, ni sensata, ni sofisticada, para excitar a los hombres.

—¿De veras? —Le interrumpió Cordelia—. ¿Te excito a ti?

Leo perdió el habla por un momento y fue Christian quien exclamó:

—¡Cordelia!

—No he sido yo quien lo ha dicho primero —protestó—. ¿Y a ti, te excito, Christian?

—No... quiero decir, podrías hacerlo. —Volvió a peinarse los bucles con la mano—. Es que es muy escandaloso, Cordelia. Eres la ahijada de la emperatriz, y estás a punto de casarte...

—Precisamente —se interpuso Leo, recuperando el hilo. Agarró a la muchacha por los hombros, registrando la grácil estructura bajo sus manos, y volvió a colocarla ante el espejo—. Mírate bien, Cordelia. No te das cuenta del efecto que ejerces sobre los varones. A todos los hombres de la sala de baile se les hacía la boca agua al mirarte, mientras te deslizabas despreocupadamente a través del gentío como un hada inocente en medio de un sueño. Te lo digo claramente, tu esposo no apreciaría este tipo de comportamiento.

Notó cómo parte de su efervescencia abandonaba el delgado cuerpo bajo sus manos. Cordelia suspiró.

—No sé por qué tenéis que enfadaros tanto los dos, cuando nadie más, excepto nosotros y Toinette, sabe quién soy. Y son más de las doce, por lo que puedo simplemente desaparecer y nadie se enterará de nada. Además, no noté que nadie salivara así conmigo.

—Ésta, supongo, es tu única excusa —dijo Leo secamente—. Si hubieras calculado el efecto que tuviste, serías completamente insoportable.

Cordelia se apartó a un lado y se quedó mirando por la ventana con aire arisco. Estaba acostumbrada a las reprimendas por culpa de su vivacidad, pero no de esta manera, y en absoluto viniendo de Christian.

—Quizá haya sido un error —concedió por fin, con la voz algo apagada. —Bueno, ¿podemos dejar de hablar ya de este tema, por favor? Tengo algo mucho más importante que discutir.

—¿Algo privado? —preguntó Leo, alzando una ceja.

Cordelia se volvió para darle la cara y mirarle intensamente, sus ojos desprendían un destello turquesa a través de las rendijas de su antifaz de seda negra.

—Me gustaría confiar en ti. Creo... creo que quizá puedas ayudarnos.

—Oh —Su ceja casi desapareció bajo el cuero cabelludo. —Cordelia, no creo que...—empezó Christian, dubitativamente.

—El vizconde Kierston nos ayudará —le interrumpió Cordelia —¿Lo harás, verdad? —Apoyó la mano en su antebrazo, sobre la piel desnuda que no cubría la toga. A pesar de su preocupación, le miró con una expresión casi asustada, mientras sus dedos recorrían la cálida epidermis. Leo apartó el brazo.

—Vete a cambiarte ahora mismo —dijo, manteniendo la voz desapasionada, sólo a costa de un esfuerzo enorme—. Me niego a hablar de lo que sea mientras estés así vestida.

—¿Pero os quedaréis los dos aquí, y me esperaréis? —preguntó ansiosa—. No tardaré más que unos minutos.

—Christian y yo intentaremos conocernos mejor en tu ausencia —respondió Leo fríamente.

—Muy bien. —Corrió hacia la puerta—. Christian, puedes explicarle la situación con Poligny mientras me cambio. Y luego, cuando vuelva, os contaré mi plan a los dos.

El vizconde negó con la cabeza, mientras ella desaparecía.

—Creo que necesito una copa de champán para recuperar el equilibrio. —Se dirigió hacia el tirador de la campanilla junto a la puerta y llamó a un lacayo.

—Cordelia tiene este efecto, a veces —aventuró Christian con una tímida sonrisa—. Está tan llena de energía y de ideas que a menudo me desconcierta.

En la sonrisa de Leo asomaba una punta de arrepentimiento, pero no respondió. Dio sus órdenes al lacayo que había aparecido al instante, y luego dijo:

—Muy bien, ponme pues al corriente, Christian.

Cordelia voló escaleras arriba hacia la pequeña estancia que ocupaba cuando la corte sentaba sus reales en el Palacio Belvedere. No era ni mucho menos tan elegante o espaciosa como sus aposentos en el Schonbrunn, aunque tampoco tan apretujada como los del antiguo Palacio Hofburg, pero la corte estaba acostumbrada a desplazarse de un palacio a otro según las obligaciones ceremoniales de la emperatriz, y Cordelia se sentía en casa en cualquiera de ellos.

Tiró de la campanilla y corrió hacia el armario, pasándose la túnica por encima de la cabeza mientras lo hacía.

—Pero virgen santa, ¿qué te habías puesto, niña? —Matilde apareció en la puerta a los pocos minutos de haber sido convocada. El ama de cría de Cordelia cumplía ahora las tareas de dama de compañía, aunque siguiera riñéndola, acariciándola, consolándola y curando sus dolencias, como si todavía fuera su cría de pecho—. ¿Qué diría tu tío? ¿Y la emperatriz? —Cerró rápidamente la puerta a sus espaldas, como si hubiera ojos indiscretos en el pasillo.

—Oh, no empieces, Matilde. —Cordelia emergió de la túnica y la tiró al suelo—. Sólo Toinette sabía quién era, y le ha parecido fantásticamente divertido. —Tironeó de la cinturilla de sus pantalones, mientras examinaba el contenido del armario.

—¡Le pediré a la costurera que me haga un traje de arpillera que me llegue hasta las orejas! ¡Ése debería gustarle al mojigato del

vizconde Kierston! —sonrió, recuperado el ánimo, mientras se quitaba los pantalones a patadas y se deshacía de su camisa.

—Pero bueno, ¿qué cotorreas, de qué me estás hablando? —Matilde recogió la ropa lanzada al vuelo por la habitación—. Si alguien ha tenido la sensatez de reprenderte por esta travesura, bien hecho está.

Cordelia no respondió. Sacó del armario un vestido con ramitos de muselina.

—Éste estará bien. Es casi tan seductor como un almiar. Átame el corsé, Matilde.

Se volvió de espaldas a la sirvienta, agarrándose al pilar de la cama mientras Matilde tiraba de las cintas de su corsé.

—Bien, gracias. —Poniéndose en jarras, asintió satisfecha—. Supongo que cuando tenga bebés, se me pondrá una cintura enorme. Bueno, ¿dónde están mis medias?

Matilde se las alcanzó sin mediar palabra. Estaba acostumbrada al torbellino de Cordelia.

—Toquilla —declaró Cordelia, poniéndose el corpiño y el traje—. Necesito una toquilla tan discreta que no enseñe ni un centímetro de pecho.

Matilde sacudió la cabeza resignada y le alcanzó una toquilla de batista blanca. Cordelia se la anudó a la espalda del vestido.

—Oh, el pelo. No puedo llevar esa redecilla, me descubriría. —Se la quitó de un gesto, y sacudió sus bucles negros—. Serías un ángel si me lo cepillaras rápidamente.

Así lo hizo Matilde, pasando el cepillo por las trenzas negras hasta que brillaron con destellos azulados.

—Eres un encanto, Matilde, y no sé qué haría sin ti. —Cordelia se lanzó al cuello de su sirvienta y le estampó un sonoro beso—. No me esperes despierta. Me desvestiré yo sola. —Recogió su abanico y salió bailando de la habitación, dejando atrás a una sonriente Matilde que tendría que ordenarlo todo después del ciclón.

Las notas de música seguían flotando desde la sala de baile cuando Cordelia bajó de un salto los dos últimos escalones de la

escalinata de mármol que daban al vestíbulo de entrada. No se paró para recobrar el aliento, sino que se apresuró hacia la antecámara. Se detuvo en el dintel, bajo una antorcha en una hornacina de la pared, e hizo una reverencia con formal deliberación.

—Espero que no encontréis nada que objetar a mi indumentaria, lord Kierston. —Alzó la vista y la antorcha llameante se reflejó en sus oscuros iris.

—Yo lo calificaría de considerable mejoría, madame —replicó él con una fría inclinación de cabeza.

—Tengo la intención de pedirle a la costurera que me fabrique uno de esos atuendos que llevan las mujeres en los harenes del sultán —dijo—. Algo que cubra cada centímetro de mi piel, con un velo en la cabeza, para que nadie vea nada de mi persona, excepto los ojos. ¿Le parecería bien, señor? Así, no podría ser nunca una tentación o...

—¡Domina esa lengua, Cordelia! —le interrumpió él, intentando ocultar una burbuja de regocijo, bajando los párpados para esconder los risueños destellos que sabía que emitían sus ojos. Aunque Cordelia se cubriera de pelo de caballo, seguiría siendo una tentación, pero no estaba dispuesto a decírselo.

—¿Acaso os tiento a vos, milord? —le lanzó una rápida mirada de sus ojos burlones, con sus largas pestañas negras aleteando en una perfecta parodia del coqueteo.

—¡Cordelia! —exclamó de nuevo Christian. No había visto nunca a su amiga comportándose de esta forma—. ¿Has tomado demasiado champán?

Ella negó con la cabeza, sin apartar los ojos del vizconde.

—¿Y bien, os tiento, milord?

—Demasiadas cosas —replicó intentando quitarle hierro a la situación—. Pero pocas de ellas son agradables.

—Sólo estaba bromeando —dijo ella, aunque sabía que no era cierto, pero se sentía poseída por una especie de demonio en cuanto estaba junto al vizconde, y al parecer, no podía contenerse

—. Me parece que no tienes mucho sentido del humor. Si lo tuvieras, no llevarías un disfraz tan aburrido y poco original.

Leo echó una ojeada a su reflejo en el espejo.

—¿Qué tiene de malo? —Sonaba ofendido.

—Es aburrido. Yo te hubiera vestido de legionario romano, en lugar de eso... con una toga corta y unas mallas, y esas sandalias con tiras entrecruzadas que suben hasta las rodillas. Eso, ves, no habría sido nada aburrido. Oh, y una corona de laurel dorada en la cabeza. Muy atractivo.

Leo estaba tan ocupado intentando imaginarse vestido de esta guisa, con una imagen que le había sido presentada de forma tan alegre y despreocupada, que tardó un minuto en darse cuenta de que, de nuevo, ella había conseguido desconcertarle. Echó una ojeada a Christian y su malestar aumentó cuando vio que el joven sonreía.

—Cordelia tiene un gran talento para los disfraces, milord —dijo éste sin que nadie le hubiera preguntado—. Diseña todo el vestuario para las obras de teatro que la familia real representa en el teatro de Schonbrunn. Ya sé que lo que llevaba esta noche era escandaloso, pero también estaba muy bien hecho.

Leo miró de nuevo su imagen en el espejo y se sorprendió reflexionando que, en realidad, sí era un disfraz muy aburrido. Las vestiduras de un legionario hubieran sido mucho más originales e interesantes.

¡Dios mío! ¿Qué más le faltaba por pensar?

—Cordelia llamaba tanto la atención como un flamenco en un palomar —censuró—. Ahora, ¿podríamos pasar al tema que nos ocupa? Si Poligny está pirateando la obra de Christian, entonces debemos denunciarle.

—Sí, pero aunque lo hiciéramos, la posición de Christian aquí sería insostenible, incluso con el apoyo de la emperatriz. Poligny tiene tantos amigos, tantas influencias...

—Eso es lo que yo te dije —señaló Christian—y me acusaste de pesimista.

—Bien, he estado pensando más a fondo sobre el tema. —Cordelia se acercó a la mesa y a la botella de champán—. ¿Hay una copa para mí?

—Me temo que no. —Leo tomó un sorbo de su propia copa.

—No importa, compartiré la de Christian. —Acompañó las palabras con los hechos, extrayendo la copa de Christian de sus dóciles dedos—. Esto es lo que se me ha ocurrido: Christian debería denunciar a Poligny en un panfleto que saldrá a la calle el día en que nos marchemos todos de Viena.

Leo agudizó su mirada. ¿También el músico se marchaba?

—Pero ¿no parecería entonces que temo defender mi posición? —Christian recuperó su copa y bebió un sorbo.

—Quizá, pero no si tus pruebas son indiscutibles. —Alargó la mano hacia la copa, hablando rápido pero condensando sus ideas —. Causará un revuelo enorme, por lo menos, y las noticias llegarán a París, de manera que al llegar allí ya serás una celebridad, y no costará mucho encontrar un influyente mecenas. Todo el mundo sabe que eres un genio. Y si no lo saben, lo descubrirán inmediatamente, en cuanto te pongas a tocar. ¿Qué te parece?

Se volvió hacia Leo, que había estado observando el intercambio entre ambos jóvenes con cierto agrado. La naturalidad de su relación parecía completamente libre de los trasfondos típicos entre amantes; le recordaba su propia relación con Elvira.

El dolor, tan agudo y fresco como siempre, le envolvió. Levantó la botella y llenó de nuevo su copa.

Cordelia, consciente de la sombra repentina en los ojos del vizconde, miró a Christian. Pero Christian fruncía el ceño, absorto en el tema que estaban discutiendo.

—¿Crees que mi marido estaría dispuesto a patrocinar a Christian? —preguntó, mientras el vizconde tomaba un sorbo de champán y parecía emerger del negro paisaje en el que había estado sumido—. Sólo inicialmente, quiero decir. Sólo para presentarle a las personas adecuadas.

Leo se acarició la barbilla, y pensó en dicha posibilidad. Abrazar la causa de un músico joven y pobre, aunque fuera un genio, no parecía ser en absoluto algo creíble en Michael.

—Yo no confiaría demasiado en ello —dijo por fin.

Christian pareció apesadumbrado, pero Cordelia dijo impulsivamente:

—¿Pero suponiendo que se lo pidiera yo, como regalo de boda? No sería tan descabellado.

Leo no pudo evitarlo y se echó a reír.

—Mi querida muchacha, una recién casada no se presenta ante su marido por vez primera para pedirle un regalo de bodas.

—Supongo que no —admitió ella con desánimo.

—Además, no tengo dinero para el viaje —señaló Christian.

—Oh, el dinero no sería problema, yo tengo —dijo ella, recuperando su entusiasmo—. Puedo prestarte todo lo que necesites.

—No deseo que me prestes dinero, Cordelia.

—¡Bah! Falso orgullo —contestó displicente. —Ya me lo devolverás cuando seas rico y famoso y conocido en el mundo entero. Pero necesitas un mecenas en París. Quizá el rey... —Lanzó una mirada interrogativa a Leo.

—No es imposible. El monarca es un mecenas generoso, pero no resulta fácil captar su atención.

Cordelia se mordisqueó el labio. Se le ocurría una solución, pero se preguntaba si sería impertinente sugerirla. Lo sería, por supuesto, pero quien nada arriesga, nada gana. Sin embargo, sería imperdonable poner en evidencia a ambos hombres cara a cara.

—El champán me ha dado mucha sed —dijo—. Ojalá tuviera un poco de limonada.

—Iré a buscarte un vaso —saltó Christian al momento, como Cordelia había previsto. Dejó la copa de champán en la mesa, y salió corriendo de la habitación.

Cordelia recogió la copa abandonada y tomó un sorbo de champán, intentando encontrar la forma de plantear tan delicado

tema.

—Creía que el champán te daba sed —observó Leo, apoyándose en una mesa alta entre dos ventanas, cruzando los brazos y contemplándola con irónica mirada.

—Quería pedirte algo en privado —dijo ella.

—¿Por qué será que tengo la sensación de un peligro inminente? —se giró hacia atrás para recoger su propia copa.

—¿Podrías ser tú el mecenas de Christian?

Leo cerró los ojos por un momento.

—Por favor. Tampoco sería tanta molestia, ¿verdad? —Se le acercó, y le puso de nuevo la mano en el brazo—. Es un verdadero genio. Ya lo verás.

Leo abrió los ojos e inclinó la cabeza para mirarla. Inmediatamente, se arrepintió. Ella le estaba mirando, las mejillas encendidas, el pelo revuelto enmarcando el corazón de su cara. No podía apartar la vista del profundo hoyuelo de su mentón, del arco pleno y sensual de aquellos labios. Ella se apartó el pelo de la cara con un gesto impaciente, recogiéndolo detrás de las orejas, y él distinguió entonces las pequeñas conchas pegadas a los lados de su cabeza. Sus lóbulos eran largos, y pedían a gritos la caricia de sus dientes.

—Por favor —rogó ella bajito—. Significaría tanto para mí. Christian no puede desperdiciar su genio aquí. ¡No sería justo para el mundo!

—¿Cómo podría ser responsable, entonces, de privar al mundo de un genio? —preguntó, sus labios esbozando una sonrisa involuntaria—. Pero tú serías capaz de encantar a las aves para que renunciaran al aire, a los peces para que salieran del agua, Cordelia.

Los ojos de Cordelia se encendieron y él se dio cuenta de que había cometido un nuevo error.

—¿Serías capaz, milord? —Mordisqueó su labio inferior con sus dientecitos blancos.

Leo capturó su cara con ambas manos, introduciendo los dedos en los enmarañados bucles. La besó en los labios con dureza, como si quisiera castigar a ambos por esta locura que no podía evitar. Su lengua forzó y abrió los labios de ella, explorando, arrasando su boca, casi como si penetrara así su cuerpo hasta el obstinado, irresistible espíritu que lo animaba. Las manos le sujetaban la cara con fuerza, mientras luchaba a través de la neblina de la enajenación para controlar su creciente erección.

Pero, increíblemente, ella se reía contra su boca; su aliento era un húmedo y dulce susurro, y su lengua bailaba con la de él. Su cuerpo se pegaba al suyo, sus manos avanzaban con seguridad hasta las nalgas del hombre, atrayéndolo hacia ella.

—Márchate de aquí.

Cordelia se mantuvo firme. Se pasó las manos por el pelo, apartando los desordenados rizos de la cara.

—¿No crees que podrías quererme un poco, Leo? ¿Ni siquiera un poquito?

Con una salvaje imprecación, Leo se separó de un empujón y abandonó la habitación.

Cordelia atrapó la uña del pulgar entre sus dientes. Por lo menos, no había dicho que no. Pero quizá cometía un error al guiarse simplemente por sus instintos, como siempre lo había hecho. Quizá su franqueza le ahuyentara porque estaba acostumbrado a los sofisticados juegos del coqueteo ante los relucientes espejos de Versalles. Pero es que ella no sabía jugar a estos juegos. No sabía ser otra cosa que ella misma.

Demasiado agitada para acostarse, y demasiado alterada para conversar con alguien de forma coherente, se dirigió hacia los jardines barrocos de palacio, donde el aire de la noche refrescara sus mejillas. Esta explosión de pasión la había conmocionado. En cierto momento, incluso se había asustado, cuando intuyó en él una fuerza que podía arrebatarla en una vorágine en la que perdería el sentido de su propia identidad.

Se estremeció, preguntándose con una profunda y líquida oleada en sus entrañas, cómo sería experimentar esa fuerza desatada.

CAPÍTULO 05

Por centésima vez aquel día, Cordelia se dispuso a escrutar la miniatura de su futuro marido. Era como si cada vez que estudiaba aquel semblante tranquilo e inexpresivo esperara encontrar algún indicio sobre el hombre de carne y hueso. Sabía que su propia miniatura se le parecía bastante, pero de alguna manera, no reflejaba la persona que ella era. Seguramente, el príncipe Michael debía sentirse tan frustrado por este hecho como ella misma.

El reloj dio las cinco. En una hora estaría casada por poderes con el hombre que la miraba desde el marco de laca. Sin embargo, ella se sabía muy poco preparada, deplorablemente, para el matrimonio y para su papel de esposa y de madre, ya fuera para las dos niñitas del príncipe como para criar a sus propios hijos. Una comezón de ansiedad le recorría la piel al pensar que avanzaba a ciegas hacia lo desconocido.

Matilde entró afanosa, los brazos desbordantes de tela plateada.

—Vamos, vamos, niña. El tiempo pasa, y debes bajar para reunirte con tu tío a las seis menos cinco. —Extendió el traje sobre la cama, jadeando ligeramente, las mejillas sonrosadas. Estaba cosido con tantos hilos de plata y aljófares, que pesaba casi tanto como la propia Cordelia.

Cordelia dejó la miniatura y se levantó. El traje que llevaría en su segunda boda ya estaba empaquetado en los baúles forrados de cuero que se llevaría a París. Estaba hecho de tela de oro, y pesaba todavía más que éste.

Se deshizo de su salto de cama con un gesto impaciente que disimulaba su repentina aprensión, y se quedó quieta mientras Matilde le ataba el corsé y fijaba las cintas de su miriñaque. Era tan ancho que tendría que deslizarse de lado para cruzar cualquier puerta que no fuera una de las más grandes, de hoja doble. Dio un paso para ponerse la primera de las seis enaguas por los pies.

Veinte minutos después, ya estaba finalmente encorsetada en el traje de novia. Su pelo había sido empolvado y peinado horas antes, y cuando se examinó en el espejo basculante de cuerpo entero vio a una mujer completamente desconocida. Una muñeca pintada y empolvada, con talones enjoyados tan altos y unas prendas tan rígidas y pesadas que sólo podía andar dando cortísimos pasitos. No era la primera vez que debía soportar un traje de ceremonia, desde que había abandonado la sala de estudios, pero no por ser algo conocido le resultaba menos molesto.

El duque Franz Brandenburg estaba pesadamente apoyado en su bastón, reloj en mano, cuando su sobrina entró en el saloncito de los aposentos imperiales del Palacio Hofburg.

—Llegas tarde —refunfuñó irascible como de costumbre—. No soporto la falta de puntualidad.

Cordelia le hizo una reverencia y no intentó defenderse. Eran las seis menos cuatro minutos, pero para su tío un minuto era tanto como una hora.

—Ven —dijo cojeando hacia la puerta—. Sería la descortesía más flagrante hacer esperar al vizconde Kierston. Es sumamente generoso por su parte aceptar semejante responsabilidad, y no hay ninguna necesidad de hacérselo más molesto de lo que ya es. —Tardíamente, le ofreció su brazo en la puerta—. Debe de ser un amigo muy cercano, o un confidente del príncipe Michael, para rendirle este servicio. A menos, por supuesto, que esté en deuda con él —añadió, mordaz—. Debe de ser eso. Ninguna persona sensata se ofrecería voluntariamente para asumir esta carga.

Cordelia mantuvo la boca cerrada mientras la voz cascarrabias siguió divagando en su habitual tono desdeñoso. Por supuesto, no esperaba otra cosa de su tío. Su sobrina era una carga para él, por lo tanto, lo era sin duda también para cualquier otro hombre.

María Antonieta se casaría por poderes al día siguiente en la iglesia de los agustinos, de dimensiones adecuadas para dar cabida a la corte en pleno. La ceremonia de Cordelia, en cambio, tendría lugar en la pequeña capilla gótica al lado de la escuela de equitación. La lista de invitados se había mantenido reducida, pero no se había hecho concesión alguna en cuanto a la formalidad de la ceremonia.

La familia real estaba presente, así como los miembros más distinguidos de la delegación francesa. El duque avanzó cojeando por el pasillo central, el bastón resonando a cada paso, con su sobrina del brazo. El obispo de St. Stephan les esperaba de pie ante el altar.

¿Dónde estaba el vizconde? Cordelia recorrió rápidamente la oscura capilla con la mirada. Estaba nublado, y el sol de la tarde no iluminaba los vitrales de colores. Por poderes o no ¿no debería esperarle su marido en el altar? Nadie parecía inmutarse por este hecho, y su tío, por suerte callado ya, siguió su acompasado progreso hacia el altar, sin vacilar ni un momento.

Al llegar al altar, el vizconde Kierston salió de la sombra de un pilar de piedra, donde había estado hablando en voz muy baja con otro cortesano. Su aparición fue tan casual que cualquiera hubiera dicho que acababa de cambiar de opinión. Cordelia, momificada en su rígido traje de novia y peinado lacado y empolvado, sintió que le invadía el resentimiento por tratar esta ocasión... por tratarla a ella, de una forma tan despreocupada. Era una verdadera boda. Tan vinculante en el terreno religioso y en el terreno legal como cualquier otra. La segunda boda, en París, no tendría mayor peso ni importancia.

El vizconde se situó al lado de Cordelia, con una corta inclinación de cabeza hacia el duque, pero ignorándola a ella. Su actitud podía

ser despreocupada, pero su atuendo era tan formal como el de la novia. El traje negro azulado estaba ricamente bordado con arabescos de plata. Llevaba el pelo oculto bajo una peluca con coleta, envuelta a su vez en seda de color azul oscuro y atada en ambos extremos con cintas de seda a juego. Numerosos diamantes titilaban desde los pliegues de su pañuelo con ribetes de encajes, y centelleaban desde sus largos dedos, y bordeaban las hebillas de plata de sus zapatos de tacón rojos.

Cordelia decidió que su aspecto era intimidante, de una elegancia severa, pero realmente hermoso. Su resentimiento se evaporó tan rápido como había surgido. Era consciente de cada línea de su ágil y delgada figura, de los pómulos firmemente dibujados, la boca sensual, las largas y abundantes pestañas negras, que tanto destacaban junto a la blancura de su peluca. El pulso de Cordelia se aceleró y las palmas de las manos se le humedecieron dentro de sus guantes de seda.

¿Y si estuviera realmente casándose con el vizconde Kierston? Alentadas por esta pregunta, sus propias respuestas rituales fueron tan fervientes que sorprendieron incluso al obispo, que la miró con curiosidad a la luz de las velas.

Los labios de Leo se tensaron cuando escuchó los votos de matrimonio en boca de Cordelia. Sabía lo que ella estaba pensando. Le había declarado su amor, y por mucho que quisiera descartarlo como producto de una fantasía juvenil, el timbre de sinceridad en su voz, la fuerza de esta sinceridad en sus ojos, no podían descartarse tan fácilmente.

Como tampoco podía ignorar el poder que ejercía sobre él, contra su voluntad, contra sus convicciones más enraizadas, contra toda racionalidad.

El obispo bendijo las alianzas y éstas volvieron a su cajita de oro, para ser presentadas de nuevo en la segunda boda, cuando el verdadero novio asumiera su papel.

—Bueno, todo ha ido razonablemente bien —declaró el duque Franz cuando salieron de nuevo al sombrío patio medieval rodeado

de altos muros, enfrente de la capilla—. Y os deseo lo mejor con vuestra nueva carga, milord. —Tomó un pellizco de rapé, con un floreo del pañuelo, como si se despidiera de los onerosos años de su tutoría.

Mientras recibía la enhorabuena de la emperatriz, Cordelia, al igual que todo el mundo, oyó el agrio comentario. Era de una grosería tal que penetró la armadura que se había fabricado para protegerse. Se giró para encararse con su tío, una dolida lágrima brillando en los ojos.

María Teresa le dio unas palmaditas en el hombro, diciendo amablemente:

—Siempre te hemos querido mucho, Cordelia. Te considero como una de mis propias hijas, y sé que seguirás siendo la íntima amiga y compañera de María Antonieta.

Cordelia hizo una reverencia tan pronunciada como pudo en su voluminoso atuendo sin perder el equilibrio y dar con el trasero en el suelo.

—Soy consciente de todas las bondades que el rey ha tenido conmigo, y nunca podré expresarle mi gratitud como es debido.

María Teresa sonrió en señal de aprobación, y se volvió hacia el vizconde.

—Confío en que seréis capaz de instruir a la princesa von Sachsen sobre los entresijos de la vida en Versalles durante el viaje, lord Kierston. Sé que allí rigen costumbres distintas.

Leo se inclinó.

—Haré todo lo posible, madame. —Supuso que esa tarea le incumbía, una más de la larga lista que acompañaba el hecho de hacerse cargo de la esposa de Michael. ¿Cómo había podido aceptar este demencial proyecto? No le cabía en la cabeza. Aunque por supuesto, si hubiera podido imaginar cómo sería Cordelia, no habría aceptado jamás. Pero ¿cómo podría un hombre en sus cabales imaginar siquiera a alguien como Cordelia?

¿Cómo reaccionaría Michael al verla? Esperaba una jovencita recatada, totalmente inexperta, impecablemente educada, imbuida

en su papel de total obediencia al monarca, al padre, al esposo. Y se encontraría casado con Cordelia.

—Estate quieta, Amelia, mientras te ato la cinta. No seas tan inquieta.

—Sí, madame. —Los ojos de Sylvie se encontraron con los de su hermana gemela, y ambas se fundieron en risitas ahogadas.

—Por lo que más quieras, niña, ¿qué te pasa hoy? —Louise de Nevry, la institutriz de las niñas, tiró hacia atrás el pelo de Sylvie con innecesaria brusquedad. No conseguía comprender qué mosca les picaba en días como ése. Desde que se despertaban, parecían compartir algún secreto que les provocaba ataques de risa al más mínimo comentario que se les dirigiera. Y todas las regañinas del mundo resultaban inútiles. Ató la cinta del pelo color lavanda con un apretado nudo y apartó a la niña.

—Ahora, Sylvie, ven aquí para que te peine.

—Sí, madame. —Amelia avanzó obediente, el capullo de rosa de su boca temblaba de risa reprimida. Este intercambio de identidades era una de las diversiones favoritas de las dos niñas. Si se despertaban antes de que la niñera entrara por la mañana, cambiaban de lugar en la cama antes de que pudiera verlas, y Amelia sería Sylvie y Sylvie, Amelia, durante el resto del día. Y nadie se daría cuenta de nada.

Madame de Nevry anudó la trenza con la cinta verde con la que su padre identificaba a Sylvie, de la misma manera que la de color lila identificaba a Amelia; luego hizo girar a la niña y la escrutó con mirada crítica.

—Esta frivolidad es indecorosa —la regañó mientras la niña se esforzaba en contener la risa—. Indecorosa y estúpida. ¿Qué motivos podéis tener para reíros?

Miró a su alrededor, recorriendo la sala de estudios con sus paredes de oscuros paneles, sus suelos de roble desnudos y su escaso mobiliario. Las ventanas sin cortinas estaban siempre firmemente cerradas para impedir que los ruidos o distracciones del

mundo exterior pudieran llegar hasta las niñas durante sus clases. No distinguió motivo alguno para reírse en este entorno; todo estaba exactamente como debía estar.

—El príncipe debe de estar esperándoos. ¿Qué es eso, llevas tinta en las manos, Sylvie?

Amelia extendió ambas manos. Sus uñas estaban pintadas con un ungüento amarillo de amargo sabor para que no se las mordiera. Amelia no se mordía las uñas, ésa era la costumbre de Sylvie. Pero la niñera ni siquiera se había fijado cuando había untado las uñas supuestamente mordidas aquella mañana, como cada día.

—¡Qué pensará vuestro padre! —Refunfuñó la institutriz. —Vete ahora mismo a lavártelas. —Alzó la vista para consultar el reloj, mordisqueándose el labio; no podían llegar tarde a su presentación semanal ante el príncipe.

Louise era una mujer enjuta, de rasgos angulosos y escasos cabellos grises que mantenía ocultos bajo una voluminosa peluca coronada por una cofia. Solterona amargada y emparentada de lejos con los Von Sachsen, dependía de la caridad del príncipe, a cambio de la cual se esperaba de ella que educara a sus hijas. Pero como poca era la educación que había recibido ella misma, los estudios serios no tenían gran presencia en la sala de estudios del palacio parisiense del príncipe, en la rué du Bac. En lugar de ello, las niñas debían quedarse sentadas durante largos períodos de tiempo, con la cabeza erguida, los hombros rectos, una postura mantenida con la ayuda de tableros en la espalda. Aprendían a hacer reverencias y a andar con los pasitos rápidos y deslizantes de rigor en Versalles, de manera que parecían dos juguetes de cuerda en miniatura, con sus faldas y miriñaques flotando sobre el suelo, moviéndose al parecer sin la ayuda de algo tan vulgar como unas piernas y unos pies. Madame de Nevry, intérprete mediocre del clavicordio, se esforzaba sin embargo en impartir las nociones elementales del instrumento a sus pupilas, pero ni una ni otra parecían demostrar interés o aptitud alguna para esta disciplina. Nunca se le había

ocurrido a la institutriz que esta falta de interés pudiera tener algo que ver con sus métodos didácticos.

La niña regresó con sus dedos manchados de tinta enrojecidos y en carne viva por la piedra pómez de la niñera. Hizo una reverencia a su institutriz y le mostró las manos para que las inspeccionara.

—No es propio de ti ensuciarte así las manos —dijo madame de Nevry—. Suele ser tu hermana la que acaba con más tinta en las manos que en el papel.

La otra niña no pudo reprimir una carcajada. Madame de Nevry paseó su mirada desafiante de una a la otra de sus dos pequeñas discípulas.

—¡Basta ya! Informaré de esta conducta a vuestro padre.

Las niñas intercambiaron una rápida mirada y recobraron al momento la seriedad. Veían a su padre una vez a la semana, durante diez minutos, pero no cabía duda sobre la autoridad suprema que regía sobre la sala de estudios. Sabían que a madame de Nevry le temblaban las rodillas cuando estaba en presencia del príncipe Michael. Lo sabían, porque su semblante estaba todavía más pálido y amargado, y ella más quisquillosa y severa, antes de la presentación semanal.

—Vamos, es hora de bajar. —La gobernanta empujó a las niñas hacia la puerta que tenía enfrente. La sala de estudios estaba situada bajo el alero, en lo alto de la casa, y las tres emprendieron la bajada por tres tramos de la escalera trasera, cubierta de una gastada moqueta y con las paredes cubiertas de descolorido papel pintado con relieves de terciopelo. Estas escaleras eran utilizadas sólo por el servicio.

En el pequeño vestíbulo al pie de los últimos escalones, Louise inspeccionó por última vez a sus pupilas, alisando una cinta verde por aquí, un pañuelo arrugado por allá.

—Ahora, hablad sólo cuando os hablen, y limitaos a contestar las preguntas de Su Alteza. ¿Está claro?

Las gemelas hicieron una venia y asintieron con un murmullo. No necesitaban que les recordaran las reglas. Su padre era un

personaje tan distante y majestuoso en sus vidas, que ni se les ocurriría abrir la boca en su presencia sin una orden directa.

La institutriz se alisó sus propias faldas, se ajustó la cofia, y navegó hacia la puerta que llevaba al gran vestíbulo de la mansión. Sus pupilas la siguieron, desvanecido ya en ellas cualquier rastro de frivolidad, y concentrándose en andar a cortos pasitos deslizantes sin mover la cabeza y con la espalda recta. Sólo entraban en la zona principal de la casa en estas ocasiones semanales, pero se esforzaban tanto en no cometer ningún error que nunca veían nada de su entorno, reteniendo sólo una confusa mezcla de detalles dorados y bonitos y suaves colores, ricas alfombras, o el taconeo de sus diminutos pies sobre el mármol.

Un lacayo empolvado y con librea les saludó con una reverencia a su paso. Las niñas le ignoraron porque les habían enseñado que no debían hacer caso de los sirvientes a menos que tuvieran que darles una orden. Otro lacayo abrió de par en par las puertas de paneles pintados, anunciando con voz altisonante: —Las señoritas Amelia y Sylvie. Madame de Nevry.

Las niñas entraron delante de la institutriz, ambas con la mirada fija en el suelo, conscientes de la gran superficie de alfombra que se extendía entre ellas y la figura de su padre, en el otro extremo del salón. Todo parecía enorme en esta estancia. Una consola, en la pared al lado de la puerta, era tan alta como sus cabezas. Los sofás y sillas estaban hechos para gigantes. Tendrían que trepar por sus resbaladizas patas para poder sentarse en ellas. Pero como nunca les pedirían que se sentaran, la cuestión no tenía en realidad importancia alguna.

El príncipe Michael las llamó con un gesto. Estaba apoyado contra la repisa de la chimenea, sosteniendo algo en la cerrada palma de la mano. Iba vestido para la corte. La mirada de sus ojos claros se agudizó bajo los elaborados bucles de su peluca, al enfrentarse con la presencia de sus hijas.

—Vuestro informe, madame.

Las niñas contuvieron la respiración. A veces, madame de Nevry enumeraba un catálogo de pequeñas ofensas, cosas que ellas habían olvidado o que ni siquiera les había comunicado. No sabían por qué lo hacía, excepto que parecía suceder después de haberse quejado a la niñera de tener que ocuparse de tantos problemas. Otras veces, informaba de una semana sin incidentes, y el príncipe las despedía con un gesto satisfecho.

La institutriz hizo una venia.

—Amelia sigue teniendo dificultades para dominar las cursivas, señor, y Sylvie es reacia a practicar su música.

Michael frunció el ceño. ¿Era Sylvie, la que llevaba la cinta verde, o Amelia? Nunca se acordaba, a pesar de que había sido él mismo quien había establecido esta forma de identificarlas. Ambas niñas permanecían con la mirada fija en la alfombra, como era debido, pero advirtió que las dos mantenían sus regordetas manos agarradas con fuerza contra su regazo. Parecían muy pequeñas, y le asombraba que dos personas distintas pudieran ser tan idénticas. Era de suponer que sus caracteres serían distintos, aunque su personalidad propia tampoco tuviera importancia alguna.

—¿Algo más?

—Cierto grado de indecorosa frivolidad, señor.

Las niñas permanecieron quietas.

¿Cómo podían dar muestras de frivolidad indecorosa, esas dos muñecas rígidas e inexpresivas? Al príncipe Michael le pareció realmente extraordinario. Sin embargo, tenía otras cosas en mente, y decidió que no valía la pena ocuparse de esos deslices.

—Ya se ocupará su madre de corregir esas faltas —dijo.

Louise pareció haber sido alcanzada por un relámpago.

—¿Dis... disculpad, señor? ¿Su... su madre?

Amelia y Sylvie se olvidaron de su temor y alzaron la vista, mostrando a su padre dos pares de grandes ojos azules, dos boquitas como capullos de rosa, dos naricitas. Los rasgos de Elvira. No distinguía ninguno de sus propios rasgos en ellas, pero su paternidad no le interesaba. Si hubieran sido varones, habría sido

muy distinto. Pero las niñas no eran más que simple moneda de cambio, que emplearía sensatamente. Al parecer, tenían muchas probabilidades de llegar a ser tan hermosas como Elvira, y si este potencial se cumplía, no debería encontrar grandes dificultades en concertar ventajosos enlaces para ellas.

—Pe... pe... pero si nuestra madre está muerta, señor —tartamudearon al unísono.

—Vuestra primera madre, sí —dijo con un toque de impaciencia —. Pero vais a tener una nueva madre. Podéis ver su aspecto. —Les acercó la miniatura.

Amelia la recogió con un rápido movimiento, como si temiera estar poniendo los dedos en una trampa. Las dos niñas observaron el retrato y no dijeron nada.

Louise sintió que el suelo le fallaba bajo los pies. Una señora en la casa era una noticia muy mala para una gobernanta. Tendría que congraciarse con la nueva princesa, que podría muy bien amenazar la autoridad hasta entonces indiscutible que ejercía sobre las niñas.

—Os ruego aceptéis mi enhorabuena, príncipe. —Se inclinó con rigidez—. ¿Se celebrará pronto el enlace?

—La boda ya ha tenido lugar, por poderes, en Viena. El vizconde Kierston acompañará a la princesa hasta aquí con el séquito de la delfina. —Alargó la mano para recuperar la miniatura. Amelia se la entregó con una reverencia, y volvió a fijar la vista en la alfombra de inmediato.

Louise se esforzaba en evitar que su descontento y su irritación se reflejaran en su cara. No le sorprendía que su patrón no hubiera considerado necesario compartir antes esta información, pero le sorprendía en cambio el silencio del vizconde Kierston al respecto. Se interesaba tanto por las niñas, parecía extraordinario que no hubiera insinuado algo sobre un asunto tan importante. Se moría de ganas de ver el retrato, pero al parecer, no estaba previsto. El príncipe lo dejó caer en el bolsillo de su sobretodo.

—Podéis retiraros.

Las niñitas hicieron una reverencia y abandonaron la sala andando de espaldas. La mano de Amelia buscó la de Sylvie al adelantarla en la puerta. Su gobernanta, tras otra rígida reverencia, las siguió. Nadie dijo nada hasta que hubieron regresado a la sala de estudios; luego Amelia saltó alegremente.

—Es tan bonita.

—Sí, como una verdadera princesa —asintió Sylvie, esbozando una pequeña danza—. Y monsieur Leo también volverá.

—¡Basta ya, ahora mismo! —Madame de Nevry parecía muy enfadada y disgustada—. No toleraré que bailéis y saltéis como un par de marimachos de la plebe.

Las niñas se serenaron, pero sus ojos seguían brillando. Por una vez, le llevaban ventaja a la institutriz. Sabían que no había visto la miniatura de la nueva princesa y sabían también cuan ofendida se sentía.

—Tenía el pelo negro, madame —se compadeció Sylvie.

La gobernanta quería hacer la pregunta que le quemaba en la boca, ¿qué edad tendría esta nueva princesa von Sachsen? Pero no podía rebajarse y preguntárselo a sus pupilas. El mayordomo lo sabría todo. Monsieur Brion siempre se enteraba de todo antes que nadie. Sería casi tan denigrante preguntárselo a él, pero no le quedaba más remedio.

—Ya es hora de ir a la cama —anunció.

Las niñas todavía no sabían leer el reloj, pero sí sabían que era mucho más temprano que de costumbre. El sol todavía no se había puesto, y no habían cenado todavía. Se quedaron mirando a su institutriz consternadas.

—Os habéis portado muy mal las dos. Esas risas indecorosas tienen que terminar. Cenaréis pan con leche, y os iréis inmediatamente a la cama.

Sabían que las protestas sólo empeorarían las cosas. Como también sabían que les tocaba sufrir el despecho de su institutriz. En la cama, por lo menos, arropadas tras los cortinajes cerrados del lecho, podrían hablar en susurros sobre este increíble

acontecimiento y hacer conjeturas totalmente a salvo acerca de la bonita muchacha que vendría a vivir con ellas.

Y monsieur Leo vendría con ella. Llevaban muchas semanas sin verle, y echaban de menos el único rayo de sol en sus pobres y monótonas vidas.

CAPÍTULO 06

—Adieu, mi querida hija. Haz tanto bien entre el pueblo de Francia que sus ciudadanos puedan decir que les he mandado un ángel. —María Teresa abrazó a su llorosa hija por última vez. Toda la familia de los Habsburgo, toda la corte austríaca, los rangos más altos de la aristocracia eran testigos de este encuentro final entre madre e hija en la gran sala del Palacio Hofburg.

—Pobre Toinette —murmuró Cordelia, parpadeando para reprimir sus propias lágrimas—. Tener que despedirse en público. Ella, que tanto quiere a su madre. ¿Cómo podrá vivir sin ella?

El vizconde Kierston no respondió. También él se sentía conmovido por el patetismo de esta despedida. La nueva delfina de Francia sabía que probablemente no volvería a ver nunca más a su madre, y parecía una separación demasiado brutal para una muchacha que no había cumplido todavía quince años. Pero los sentimientos de las personas no tenían lugar en las elevadas cumbres de la diplomacia internacional. El enlace de la archiduquesa con el delfín consolidaría como nada podría hacerlo la vital alianza entre Austria y Francia.

Todavía llorosa, Toinette fue escoltada desde el palacio hasta el carruaje que la llevaría hacia su nuevo país. Iba acompañada por su hermano, el emperador Joseph, que parecía impertérrito ante el estado emocional de su hermana. Toinette había suplicado que dejaran a Cordelia acompañarla también en su carruaje, pero la emperatriz se había negado. Su hija debía cumplir con su

ceremonial partida de la tierra de sus padres con toda solemnidad. Debía parecer fuerte, madura, preparada para asumir sus reales obligaciones.

Mientras el carruaje salía sin prisas del patio, se podía distinguir a Toinette a través de la ventana de cristal, reclinada en un rincón, cubriéndose los ojos con su pañuelo, pero en cuanto el vehículo hubo salido por el gran portón, se asomó a la ventana, volviéndose para contemplar su hogar, con la cara bañada en lágrimas. La mano de su hermano apareció sobre su hombro, obligándola a retirarse.

—Su hermano no le servirá de gran consuelo —observó Cordelia —. Es tan rígido, tan formal.

—Podrás reunirte con ella en cuanto lleguemos a Melk —dijo Leo—. Será mejor que te despidas tú también, ahora.

La emperatriz se despidió de su ahijada con mayores muestras de cariño que las del duque Franz hacia su sobrina. María Teresa le entregó un relicario de plata con su propio retrato, y la abrazó tiernamente. El duque respondió a su reverencia con una fría inclinación de cabeza, y la orden de que obedeciera a su esposo. Los términos de su contrato de matrimonio eran generosos y debía estar agradecida a todos aquellos que habían velado por sus intereses hasta el momento.

No derramaría ni una sola lágrima, aunque no volviera a ver nunca más a su tío, decidió Cordelia, dirigiéndose hacia su propio carruaje, donde la esperaba Leo Beaumont para ofrecerle su mano como apoyo para subirse al estribo. Los blasones de Von Sachsen adornaban los paneles del vehículo.

—Qué duro y severo es tu tío —observó Leo, frunciendo el ceño —. Debe sentirse incómodo con los sentimientos.

Cordelia le echó una ojeada, mientras entraba en el carruaje con su ayuda.

—No necesitas buscarle excusas a mí tío. Te aseguro que ninguno de los dos lamentamos perdernos de vista. —Su expresión era tensa, sin embargo, y en sus ojos había un toque de tristeza. —Mis padres murieron de la viruela cuando yo todavía era un bebé. Si

hubieran vivido, quizá esta marcha me hubiera resultado difícil. Pero en las circunstancias actuales, me muero de ganas de irme. —Se sentó en los mullidos cojines carmesí del lujoso vehículo, con sus faldas abultadas a ambos lados, cubriendo todo el banquillo. La tensión de su cara se relajó—. ¿Es Versalles tan parecido a un palacio de cuento de hadas como dicen, realmente?

—Sólo para los ingenuos —contestó secamente, poniendo un pie en el estribo.

—Yo no me considero una ingenua —protestó ella.

Leo se echó a reír, pero no sin cierta benevolencia, al entrar en el carruaje.

—Querida niña, eres una ingenua, no sabes nada del lado oscuro de la vida cortesana, pero si prefieres imaginarte una resplandeciente fantasía, allá tú. Pronto te desilusionarás. —Se recostó en el banquillo opuesto, cuidando de no pisar el volante de su traje, al ajustarse la espada a la cadera.

—Quizá te sorprenda, milord —dijo Cordelia, molesta por el condescendiente tono del vizconde.

—Dudo que nada de lo que hagas pueda sorprenderme —observó amablemente, decidido a evitar una discusión en el limitado espacio del carruaje, tanto como para prevenir cualquier posibilidad de uno de sus impulsivos ataques de pasión. Después de esta salida ceremonial de Viena, podría montar su caballo mientras su protegida viajaría en el carruaje, en decorosa soledad.

El carruaje se puso en marcha con una sacudida. Cordelia se asomó a la ventana para contemplar la procesión que se formaba tras ella. Había carros cargados con equipajes y criados. Matilde viajaba, con los baúles de Cordelia, a la cola de la procesión. Una tropa de caballería escoltaba a los viajeros, con los estandartes chasqueando al viento y el sol brillando en los bordados arreos ceremoniales, en las bridas y en los estribos de plata. Al final de la cola, unos soldados custodiaban los caballos de recambio; entre otros, iba el caballo de Cordelia, Lucette, una yegua Lippizaner como el caballo del vizconde.

—¿Viaja Christian con tu séquito?

—Eso creo. Aunque puede decidir libremente cómo quiere realizar el viaje.

—Me gustaría ser una mosca en la pared cuando el panfleto salga a la calle mañana y Poligny se vea desenmascarado —rió ella entre dientes, abanicándose ligeramente.

Leo no respondió. No confiaba tanto como Cordelia y Christian en la fuerza de la verdad para derribar a alguien tan taimado e influyente como Poligny, pero por lo menos el hombre se vería en apuros, especialmente debido a la deserción del pupilo cuya obra más reconocimientos le reportaba.

—La emperatriz ha sido sumamente gentil cuando Christian le ha pedido que le liberara —prosiguió Cordelia, a pesar del silencio de su compañero—. Incluso le ha entregado una bolsa.

—Mmmm.

—¿Cuánto falta para llegar a Melk? —Cincuenta kilómetros.

Obviamente, el vizconde no tenía muchas ganas de hablar. Debían detenerse para pernoctar en el monasterio benedictino de Melk, y a ella la perspectiva de cubrir cincuenta kilómetros dando tumbos por carreteras en mal estado, en una compañía tan severamente silenciosa, no le parecía demasiado atractiva.

—¿Estás molesto por algún motivo? —Le dedicó lo que confiaba que él interpretaría como una inocente y suplicante sonrisa—. Intentaré con todas mis fuerzas no ser una tediosa compañía en este viaje.

—Me temo mucho que si lo intentas con demasiada intensidad, conseguirás el resultado opuesto —observó él, reclinándose en su asiento, con los brazos cruzados y mirándola con los ojos entreabiertos. Cordelia llevaba un encantador gorro de terciopelo encaramado en lo alto del montón de bucles negros recogidos. Un chal de la India colocado de forma casual envolvía sus hombros para protegerlos de las corrientes de aire, y un antebrazo perfectamente redondeado reposaba en la solera de puerta del carruaje.

—Qué poco amable eres. Pero si deseas que me quede aquí sentada en silencio, así lo haré. —Cordelia apretó los labios, dejó caer ambas manos en su regazo y se quedó mirando fijamente al panel de madera trabajada por encima de la cabeza del vizconde.

Era una imagen tan absurda que el hombre esbozó una sonrisa, y sus ojos se iluminaron con alegres destellos castaños. —Qué personita tan irritante eres.

—¡Oh, eso no es justo! —protestó ella—. Estoy intentando ser exactamente lo que tú esperas de una compañera de viaje y me acusas de ser irritante.

—No recuerdo haber descrito a mi compañera de viaje ideal.

—Bueno, lo has dado a entender. Quieres una muñeca rígida, almidonada, horrenda, que no hablará ni sonreirá ni sugerirá nada que se salga en absoluto de lo habitual para entretenernos un poco.

—Si ése fuera mi ideal, te aseguro, querida, que no podrías acercarte jamás a él en lo más mínimo —dijo con una sonrisa displicente—. Si permaneces en tu asiento y te contentas con hacer comentarios normales y corrientes, me daré por satisfecho.

Cordelia hizo una mueca. —Lo normal y corriente es demasiado aburrido. Pero tengo una idea para divertirnos un poco—. Rebuscó en su bolsillito de mano, y sacó un par de dados con un gritito de triunfo.

—¿Lo ves? He venido preparada. Pasaremos el rato jugando a los dados. Me encantan los juegos de azar. —Lanzó los dados de una mano a otra con una soltura de experta.

Leo alzó las cejas. Los juegos de azar eran el pecado principal de todos los cortesanos en todas las cortes reales del continente, al igual que en el palacio de St. James de Londres. En una sola noche, las fortunas se perdían tan rápido como las reputaciones. El príncipe Michael no era ninguna excepción, pero su posible benevolencia ante el vicio del juego en su mujer, eso era harina de otro costal. Aunque quizá la idea que tenía Cordelia de los juegos de azar era todavía algo infantil, apostando monedas de poco valor o trocitos de papel enrollado.

—Empezará el que tenga el número más alto —dijo animosa, haciendo rodar los dados en sus manos. —¿Cuánto quieres apostar?

—Tres escudos —le contestó él, dispuesto a seguirle la corriente.

—¡Oh, bah! Eso es cosa de niños. Yo apuesto cuatro luises. Era evidente que Cordelia no se había quedado en la etapa de los rollitos de papel.

—¿Espero que puedas honrar semejante apuesta?

Sus ojos relampaguearon indignados. —Me estás insultando, milord. Alzó las manos en son de paz.

—No era mi intención insultarte, te lo aseguro. No sabía si llevabas dinero encima.

Cordelia rebuscó de nuevo en su retícula, extrayendo un pesado portamonedas de terciopelo.

—Tengo quinientos luises en monedas y billetes —anunció—. El regalo de boda de mi tío. Para que nadie dijera que no había cumplido sus obligaciones para con su sobrina —añadió con una sonrisa sardónica—. De todas formas, es mi dinero, de la herencia de mi madre, pero el duque Franz siempre finge mantenerme con su propia generosidad. —Sus labios se curvaron con sorna—. Espero que mi marido no sea mezquino en estos asuntos. Sé fehacientemente que la herencia de mi madre me pertenece según los acuerdos de mi matrimonio, o sea que espero que no pretenda retenerla.

Leo torció el gesto. No creía que Michael retuviera las posesiones de su esposa, pero tampoco que se las diera sin supervisión.

—Las costumbres no contemplan que las mujeres puedan disponer de su propia fortuna. Estoy seguro de que tu marido te concederá una generosa mensualidad.

—¿Una mensualidad de mi propio dinero? ¡Es tan injusto!

Leo se encogió de hombros.

—Quizá. Pero así funciona el mundo, y no lo cambiará ninguna chiquilla.

—No estés tan seguro. —Cordelia se sacudió la irritación, y volvió a hacer rodar los dados—. Venga, vamos a jugar. No disponemos de ninguna superficie llana, pero podemos tirarlos en el asiento, a tu lado. Así tendremos igual desventaja. —Se inclinó hacia adelante, y el chal resbaló de sus hombros, revelando el profundo surco entre sus redondos pechos. El aroma de su pelo, tan cerca de la cara de Leo, llenaba sus fosas nasales, la curva de su mejilla le extasiaba.

Los dados rodaron por el asiento de terciopelo al lado de Leo, y éste desvió la vista, aliviado, para mirarlos.

—Un cuatro y un seis. —Cordelia se recostó en su asiento, con una sonrisa triunfal—. A ver si consigues algo mejor.

Resignado, Leo lanzó los dados. Salieron un tres y un dos.

—¡Ja! ¡He ganado! —Recogió los dados y extendió la mano para cobrar su ganancia.

Leo extrajo su propio monedero y le entregó cuatro luises, que ella se embolsó con tan jubiloso regodeo que no pudo evitar echarse a reír.

—Qué mala ganadora eres. Espero que no seas tan mala perdedora.

—Casi nunca pierdo —le contestó con aire de suficiencia, haciendo saltar de nuevo los dados en sus manos—. ¿Aumentamos la apuesta a cinco luises?

Parecía una forma relativamente inocua de pasar el tiempo, y la descarada exultación de Cordelia cada vez que ganaba era irresistible. Y ganaba a cada tirada.

Con cierto retraso, se le ocurrió a Leo que una racha tan increíble de buena suerte resultaba bastante inusual. Cordelia se había embolsado ya alegremente veinte luises, antes de que la primera sospecha surgiera en su mente. Con aparente indiferencia, se volvió de lado en el asiento para observar cuidadosamente cómo tiraba los dados. Había algo, en su forma de lanzarlos, que le llamó

la atención. Era un pequeño giro de la muñeca, que normalmente pasaría desapercibido, pero sus pérdidas constantes empezaban a irritar a Leo.

—¡Ja! ¡He vuelto a ganar! Me debes otros cinco luises. —Le tendió la mano, una vez más.

—Pues no estoy tan seguro —repuso lentamente, recogiendo los dados del asiento a su lado. Parecían normales, ciertamente. Los había estado lanzando durante la última media hora sin notar nada extraño. Alzó la mirada. Cordelia parecía obviamente ansiosa, y había retirado su palma abierta.

Hizo saltar los dados en la palma de la mano, mirándola fijamente, observando el color que se apoderaba de sus mejillas de crema, esperando hasta que ella bajó la mirada hacia su regazo.

—Están trucados de alguna manera, ¿verdad? ¿Lo están, no? —repitió, al ver su reluctancia a darle una respuesta.

—¿Cómo puedes acusarme de semejante cosa? —Arrebolada, se mordía el labio inferior.

—¡Mentirosilla tramposa! —Declaró él, lanzándole los dados al regazo—. Enséñame cómo funcionan.

—Pensaba devolverte el dinero. —Sus ojos brillantes eran enormes, y le miraban suplicantes a la cara.

—Me disculparás si lo dudo —respondió secamente—. Ahora, enséñame cómo funcionan.

—Oh, de acuerdo. Pero es que es un truquillo tan divertido. Si no lo supieras, no lo notarías. No lo notabas, ¿verdad que no?

—Si lo hubiera advertido, no habría perdido veinte luises —repuso con la misma aridez—. Estoy esperando.

Cordelia se inclinó hacia delante, casi hasta su regazo, con los dados en la mano.

—Están rebajados, en esta esquina. Si los tiras de lado, siempre caen en el seis o en el cuatro. No te permite ganar siempre, pero sí casi siempre.

Estaba demasiado cerca de él. Su fragancia, la profunda hendidura de su pecho, la nube de rizos negros azulados le

causaban vértigo, y cuando ella alzó la mirada hacia la suya, con una sonrisa indecisa en sus ojos, brillantes en aquel momento como zafiros, se le cortó la respiración.

—Sólo pretendía divertirme un poco. —El tono de su voz era tan arrepentido como defensivo—Tampoco estábamos jugando en serio.

—No me había dado cuenta de que jugáramos con luises falsos. Mira, Cordelia, de haber estado jugando con un hombre que utilizara trucos semejantes, le habría azotado con el látigo.

—¿No le habrías retado en duelo? —preguntó sorprendida Cordelia, olvidando momentáneamente su propio aprieto.

—No deshonraría mi espada con su sangre —respondió sin rodeos.

—Oh. —Volvió a morderse el labio, luego rebuscó en su retícula —. Toma. Hasta el último luís. —Vertió las monedas en su mano—. Supongo que ha estado mal, pero es que me encanta ganar. Y no lo hago nunca en las mesas de juego.

Sonaba tan melancólica y afectada que de nuevo la justificada irritación de Leo, divertido, saltó en mil pedazos. Era simplemente imposible enfadarse con ella durante más que una fracción de segundo, incluso ante la prueba de un comportamiento tan vergonzoso.

—Te lo advierto sinceramente, si alguien te pilla haciendo trampas en los salones de Versalles, te condenarán al ostracismo, y ni siquiera la delfina será capaz de redimirte —dijo con grave énfasis —. Y si mancillas con tal deshonor el nombre de tu marido, tendrá todo el derecho de recluirte en un convento.

—¡Pero claro que no lo haría! —protestó Cordelia, tan horrorizada por la idea de que Leo pudiera creerla capaz de semejante estupidez como por la perspectiva de tan duro castigo—. Sólo jugábamos así en familia. Toinette es todavía peor que yo; a veces, ésa era la única manera de ganar a los archiduques. Es que se ponían realmente odiosos cuando ganaban, y nos obligaban a cumplir con todo tipo de embarazosas prendas.

—Bueno, no estaría de más establecer mis propias prendas —dijo pensativamente, golpeándose los labios con las puntas de los dedos mientras la examinaba.

—¿Qué? —Una oleada de excitación recorrió su piel—. ¿Cómo quieres que te pague?

Leo se dio cuenta de su error al momento. En cuanto bajaba la guardia, metía la pata hasta el cuello. Los labios de Cordelia se entreabrieron en una inequívoca invitación, y la punta de su lengua rosada los recorrió lentamente, con un gesto tan seductor que le cortó el aliento. A Cordelia no le alarmaba en absoluto la idea de pagar una prenda.

Se reclinó en su asiento, diciendo con indiferencia:

—Qué aburrido es todo esto. —Cerró los ojos, y apoyó la cabeza en el respaldo del asiento, y a efectos prácticos, se quedó dormido.

Cordelia frunció el ceño. No creía ni por un momento que estuviera realmente dormido. Revolvió el contenido de su retícula con grandes suspiros y aspavientos, como si estuviera buscando algo de importancia vital. Luego canturreó una cancioncilla, golpeando el suelo con los pies como acompañamiento. Pero el vizconde seguía al parecer dormido.

Bajó el cristal de la ventana y se asomó para contemplar el paisaje.

—Madre mía, deberías ver el gentío en el borde del camino, para vernos pasar —observó, tratando de entablar conversación—. Oh, y hay un oso encadenado que baila. Parece muy triste, pobre animal. Oh, y mira, están persiguiendo a un ladrón... y hay un puesto donde venden pan de jengibre. Es como una feria, con tenderetes y artistas. —Se retiró de la ventana y miró a su compañero todavía adormecido—. Es mucho más divertido ahí fuera que aquí dentro.

Leo se rindió. Abrió los ojos.

—¿No ha sugerido nunca nadie la posibilidad de retorcerte el cuello?

—Que yo sepa, no —contestó ella con un guiño—. Pero es muy descortés por tu parte fingir que estás durmiendo. No te habría

molestado si estuvieras realmente cansado, pero no lo estás. Y tengo tantas cosas que preguntarte.

—¿Cosas serias? —preguntó con recelo.

—Totalmente. La emperatriz me ha dicho que aprovecharías el viaje para educarme en los detalles de la vida en Versalles. Toinette tendrá a la condesa de Noailles para enseñarle, pero yo sólo te tengo a ti.

—De acuerdo. —Algo tenían que hacer para pasar el tiempo, y esto parecía tan inocuo como útil—. ¿Qué quieres saber?

—Oh, una cantidad de cosas. Pero antes de empezar, tengo otra apuesta... no, nada que ver con los dados ni con el dinero —añadió, al ver cómo se ensombrecía su cara—. Algo mucho más importante. Vamos a apostar sobre la hora exacta en que llegaremos a Melk. Quien se acerque más ganará.

—¿Y qué nos apostamos? —«¿Cómo se le ocurría siquiera arriesgarse, visto lo visto?», pensó Leo.

—Si gano yo, podré montar a caballo mañana en lugar de quedarme en este asfixiante carruaje.

—¿Y si gano yo? —Alzó una ceja negra.

—Tú eliges.

—Caramba, realmente muy tentador. —Se acarició el mentón, reflexionando. Cordelia esperaba ansiosa. No tenía ni idea de qué iba a elegir.

—Muy bien. Si gano yo, te guardarás de molestarme o provocarme en todo el día.

—¿Es eso lo que hago, según tú? —Sus ojos reflejaron cuan dolida estaba, pero él se negó a verlo.

—No quiero saber nada de tu descarado coqueteo ni de tus trucos. Te comportarás con perfecto decoro en mi presencia, y sólo hablarás cuando te hablen. ¿De acuerdo?

Cordelia se mordisqueó el labio. Parecía una apuesta muy poco interesante, pero no tenía otra opción. Sólo le quedaba esperar a ganar la apuesta. Se encogió de hombros para asentir.

—Entonces, vamos a escribir nuestros pronósticos en un papel y a guardarlos hasta que lleguemos. —Sacó un lápiz de mina y un pequeño bloc de notas de su retícula y se los alcanzó.

Leo no dudó ni un momento. Escribió rápido, arrancó la página y la introdujo en el bolsillo del sobretodo.

Cordelia tomó el lápiz y el papel. Frunció exageradamente el ceño, mordisqueando el extremo del lápiz, intentando calcular hasta donde habían llegado ya. Tendrían que detenerse para tomar un refrigerio y cambiar de caballos, y todo sería muy ceremonioso, por lo que la etapa se prolongaría.

—¿Las matemáticas no son tu fuerte, quizá? —le preguntó Leo con una solícita sonrisa.

—Al contrario —replicó ella—. Es una de mis asignaturas favoritas. —Picada, renunció a seguir calculando y garabateó su pronóstico—. Ya está. —Metió el papel en el bolso y se recostó en el asiento—. Ya lo veremos.

—O sea que tenías muchas preguntas.

—¿Cuándo murió tu hermana?

Ésa no se la había esperado, pero parecía una pregunta razonable.

—Hace cuatro años. Las niñas tenían nueve meses. —Su expresión era neutra, sus párpados caídos.

—¿De qué murió?

—¿Qué tiene eso que ver con los detalles de la vida en Versalles? —Su voz era fría, sus labios de repente se mostraban tensos.

—Lo siento —se apresuró Cordelia—. ¿Te duele hablar de ella?

No podía ni imaginarse hasta qué punto. Pero más que dolor, era una profunda oleada de rabia que amenazaba con romper sus diques, cuando pensaba en lo absurdo de esta muerte, una vida tan vibrante, tan valiosa, extinguida casi de la noche a la mañana. Se esforzó en relajarse y contestó a la primera pregunta, ignorando la segunda.

—Murió de una fiebre... una enfermedad que la consumió muy rápido.

Era una causa de muerte demasiado común para sorprender a Cordelia.

—¿La querías mucho? —preguntó tentativamente, ahora con los ojos graves y dulces.

—Mis sentimientos hacia Elvira no pueden tener nada que ver con tu nueva vida, Cordelia —dijo, intentando no ser demasiado brusco. Le costaba siempre hablar de su hermana, incluso con Michael, que por otra parte siempre mantenía un comprensible silencio sobre este tema.

—Elvira. Qué nombre tan bonito. —Cordelia parecía no haberle oído—. ¿Era mayor que tú?

Obviamente, no pensaba darse por vencida.

—Éramos gemelos —dijo cortante.

—¡Ah! —Asintió Cordelia—. Los gemelos están especialmente unidos, ¿verdad?

—Eso dicen. ¿Podemos hablar de Versalles, ahora?

—Y tu hermana también tuvo gemelas. Debe de ser cosa de la familia —prosiguió Cordelia—. Quizá tú también tengas gemelos cuando te cases. ¿Has deseado casarte alguna vez?

—Ése no es un tema adecuado para esta conversación —declaró gélidamente—. Si quieres continuar conversando, tendrás que limitarte a hacer preguntas pertinentes.

—No pretendía ser impertinente —repuso ella, torciendo el gesto —. Sólo era una pregunta amistosa e interesada.

Leo se preguntó si estaba siendo sincera, pero decidió que prefería no saberlo. No hizo nada para animarla a continuar, pero al cabo de un momento, Cordelia dijo:

—Háblame de mi marido. ¿Qué clase de hombre es?

Esto, por lo menos, pertenecía a un ámbito de interés intachable.

—Es un hombre que está en la flor de la vida. Es un gran cazador, por lo que su compañía es muy apreciada por el rey. Le gusta la vida de la corte y por ello te verás invitada a casi todas las

estadías en los demás palacios, como Fontainebleu, St. Cloud, el Trianon, el Hotel de Ville. La corte se congrega y realiza estos traslados cuatro o cinco veces al año. El rey se siente impaciente si permanece en el mismo lugar durante demasiado tiempo.

Cordelia escuchaba atentamente, pero aunque sus explicaciones sobre los desplazamientos de la corte eran medianamente interesantes, no eran tan urgentes para ella como la información sobre su marido.

—Pero ¿me va a gustar? —Se inclinó hacia delante de nuevo, para subrayar la seriedad de la pregunta.

Leo se encogió de hombros de manera despreocupada y se apartó de su exasperante cercanía.

—¿Cómo quieres que lo sepa, Cordelia? A mucha gente les gusta, pero tiene sus enemigos. Como todos.

—¿Es amable? —Insistió Cordelia, poniéndole una mano en la rodilla—. ¿Es bueno con las niñas?

Era un padre frío e indiferente, uno de los motivos por los cuales Leo deseaba tanto que tuvieran una madrastra que se preocupara por ellas y las quisiera. Sin embargo, Leo se guardó esta reflexión.

—Están a cargo de una institutriz. No creo que su padre tenga mucho que ver con ellas.

Tampoco eso era algo poco habitual. Estaba abriendo la boca para preguntar de nuevo, cuando un toque de trompeta rasgó el aire.

—Oh, debemos estar a punto de llegar a algún sitio. Sin duda, me alegraré de estirar las piernas.

Leo abrió la puerta de un empujón en cuanto el carruaje se detuvo en el centro de una pequeña aldea. Saltó a la plaza empedrada y brindó la mano a Cordelia para ayudarla en la delicada maniobra necesaria para salir por la puerta, ella y sus voluminosas faldas. Pero en cuanto lo hubo conseguido y estuvo a salvo en el suelo, él le soltó la mano con presteza.

Cordelia le tomó del brazo.

—Eres mi escolta, esposo por poderes —murmuró—. No me trates como si fuera un perro sarnoso.

Leo le lanzó una aguda mirada. Como lo suponía, ella sonreía con aquella descarada invitación en sus ojos.

—¡Compórtate como es debido! —le ordenó con un trasfondo de ferocidad.

La sonrisa de Cordelia se ensanchó.

—Todavía no he perdido la apuesta, milord.

No tuvo tiempo de responder, puesto que el alcalde del pueblo se dirigía hacia ellos, con una profunda reverencia, ofreciéndoles la humilde hospitalidad de su aldea. La delfina y su hermano fueron instalados en un trono bajo palio en el centro de la plaza, mientras que las muchachas del pueblo les traían comida y bebida y los habitantes de kilómetros a la redonda contemplaban boquiabiertos la augusta presencia entre ellos.

Cordelia y el vizconde fueron escoltados hasta la posada del pueblo, donde se ofreció hospitalidad al séquito de la delfina. Había tanta gente dando vueltas en la pequeña bodega de bajos techos con vigas que era imposible mantener una conversación, y el calor pronto se hizo insoportable. Cordelia se secó la frente con el pañuelo.

—Si me disculpas. —Retiró la mano del brazo del vizconde, y se dio la vuelta para salir de la posada.

—¿Adonde vas?

—Es un asunto que requiere privacidad, milord. —Le dedicó una picara sonrisa, y se abrió paso hacia la puerta.

Leo apuró su jarra de cerveza con un sentido suspiro. ¡Veintitrés días tan cerca de ella!

Cordelia encontró el único excusado con una cola de cortesanos que esperaban turno para utilizarlo. Arrugó la nariz ante el fétido chamizo. No había sido construido para mujeres con faldas de cinco pies de ancho. Dio media vuelta y atravesó el pueblo hasta los campos que se extendían más allá. Una zarzamora ofrecía suficiente cobertura, y el aire era mucho más fresco, a pesar del

círculo de vacas que contemplaban solemnemente ese extraño ser que había aparecido entre ellas.

Acababa de levantarse las faldas y las enaguas, cuando oyó el crujido de unas pisadas detrás del matorral. Era el peor momento que había podido encontrar algún labrador para venir a trabajar su campo, pensó, aunque no se sentía especialmente avergonzada. Casi ningún excusado de Schonbrunn disponía de puerta, y las cómodas detrás de los biombos en los palillos no eran exactamente privadas.

—Cordelia, ¿qué demonios estás haciendo aquí? —El vizconde sonaba claramente molesto y muy cercano. Distinguió sus pies al otro lado del arbusto.

Un lugareño era una cosa, pero el vizconde Kierston otra muy distinta.

—Estoy detrás del matorral —se apresuró a decir—. No te acerques más.

—Pero qué demonios... ¡Ah! —La voz sonaba ahora regocijada —. Te pido disculpas.

Cordelia se bajó las faldas de una sacudida y salió de su excusado al aire libre.

—No ha sido muy caballeroso por tu parte seguirme hasta aquí.

—La caballerosidad no tiene mucha cabida cuando veo a mi protegida apresurándose hacia el campo, justo en el momento en el que la delfina y el emperador están a punto de volver a subir a su carruaje —replicó—. ¿Por qué no has utilizado el excusado del pueblo, como todo el mundo?

—Precisamente porque todo el mundo lo estaba utilizando — declaró ella, alisando un pliegue de la falda—. Las mujeres tenemos una gran desventaja, como bien deberías saber, lord Kierston.

Se echó a reír de nuevo.

—No te falta razón. Ahora, date prisa. Los carruajes que hay detrás del nuestro no pueden salir hasta que nosotros lo hagamos. —La tomó de la mano, para atravesar el campo corriendo, y olvidando, en su distracción, evitar el contacto físico con ella.

Cordelia, por su parte, no protestó por esta forma tan poco ceremoniosa de acompañarla.

Llegaron al monasterio palaciego de Melk a las seis de la tarde. La delfina y el emperador ya estaban en los aposentos imperiales cuando el carruaje de Von Sachsen cruzó la puerta oeste del monasterio, que dominaba un recodo del Danubio a sus pies.

Cordelia echó una ojeada al elegante reloj de bolsillo que llevaba prendido de su traje. Abrió su retícula y sacó el papel.

—¿Qué hora habías previsto tú?

Leo sacó también su papel.

—Las seis y media —dijo con una confiada sonrisa. Una diferencia de media hora en un viaje tan lleno de obstáculos era insignificante.

Pero Cordelia se echó a reír, los ojos le brillaban de contento.

—Seis con veintisiete. Mira. —Le acercó su papel doblado—. Nunca calculo con números redondos porque en la vida real las cosas no son nunca tan estrictas. He ganado.

—Sí, es verdad. Pero no necesitas pavonearte tanto.

—Es que ha sido muy ingenioso por mi parte —insistió ella.

Leo salió del carruaje.

—Sí, podrás montar —dijo, dándole la mano—. Y yo disfrutaré de un día apacible, solo en el carruaje.

Puso una cara tan larga que casi resultaba ridículo, y él se sintió perfectamente resarcido de su anterior regodeo.

—¿Cómo es posible que prefieras viajar en un claustrofóbico carruaje?

—Como he dicho, estaré tranquilo y en silencio... Ah, aquí está el monje que te acompañará hasta tus aposentos. —La dejó en manos de un monje sonriente que se presentó como padre Cornelius y afirmó ser el responsable de la disposición de los honorables invitados del monasterio.

—Vuestra doncella será enviada a vuestros aposentos en cuanto llegue, princesa. —Con un gesto cortés, la guió hacia la entrada del

edificio—. Su Alteza la Delfina ha solicitado que os alojéis en los aposentos imperiales.

Cordelia dudó. Se giró hacia Leo. —¿No montarás conmigo, mañana? —Eso no era parte de la apuesta. —Imposible no disfrutar de este fugaz momento de venganza.

Cordelia recuperó muy pronto su capacidad de reacción. —En el futuro, me aseguraré de formular correctamente este tipo de apuestas. —Le dedicó una reverencia perfectamente ejecutada y se marchó majestuosa con el padre Cornelius, dejando a Leo preguntándose si había ganado o perdido en este intercambio.

CAPÍTULO 07

—¡Soy tan desgraciada, Cordelia! —Toinette se lanzó en brazos de su amiga, cuando Cordelia entró en el tocador de la delfina diez minutos más tarde—. ¿Cómo podré soportar marcharme tan lejos?

—Vamos, vamos, Toinette, no pierdas la dignidad de esta manera —protestó el emperador, no sabiendo qué hacer ante las lágrimas de su hermana pequeña. No era un hombre insensible, pero le habían enseñado a controlar sus emociones a toda costa y se sentía tan escandalizado como avergonzado por el desenfrenado dolor de Toinette.

—Shhhh, cálmate. —Cordelia le acarició la espalda—. No será tan terrible, en cuanto te hayas acostumbrado. Recuerda qué emocionada estabas con la idea de ser la reina de Francia. Piensa en cómo será mandar en la corte de Versalles. Piensa en todas las diversiones... piensa en la libertad de hacer lo que te plazca.

Toinette lloraba espasmódicamente en sus brazos, pero sus violentos sollozos se fueron calmando. Finalmente, se incorporó y aspiró fuerte por la nariz.

—Ya sé que tienes razón, pero es que resulta tan duro. Nunca más volveré a ver a mamá, ni a mis hermanos ni a mis hermanas.

Se secó la nariz con el pañuelo y dijo con un valiente esfuerzo para recuperar la compostura:

—Intentaré controlarme. Pero quiero cenar en mis aposentos esta noche... y Cordelia me hará compañía.

—¡Por Dios, hermana, no puedes hacer eso! —protestó Joseph —. Estás bajo la hospitalidad de Melk. Sería una descortesía imperdonable ocultarte de esta forma.

—¡Pero estoy enferma! —exclamó Toinette—. Y tan cansada. Y me encuentro tan mal, hermano.

—Eso no es una excusa —repuso cansinamente. —El rey tiene razón, Toinette. —Cordelia tomó a su amiga de la mano, con un pequeño apretón—. El abad se sentirá ofendido si no apareces. —Pasando su brazo alrededor de los hombros de Toinette, se la llevó hacia el dormitorio contiguo—. ¿Te pondrás el collar de diamantes esta noche? ¿El que el rey te ha mandado desde Francia? —Ambas desaparecieron en la estancia anexa, y pronto pudo oírse la voz de Toinette contestando a la alegre cháchara de Cordelia.

El emperador suspiró aliviado. Cordelia siempre había sabido tranquilizar a Toinette en sus explosiones emocionales.

—Volveré en busca de la delfina para acompañarla a la cena —informó a las damas de honor, y se retiró a la tranquilidad de sus propios aposentos.

Cuando Cordelia abandonó a Toinette una hora más tarde, la delfina había recuperado casi por completo su buen humor habitual. Cordelia había conseguido hacerla reír con una maliciosa imitación de varios miembros del séquito francés, y Cordelia seguía sonriéndose por su propia actuación al dirigirse hacia su propia habitación en la suite imperial. Matilde la esperaba impaciente.

—Sólo tienes media hora antes de que venga el vizconde a buscarte para la cena —le regañó—. Ha enviado un mensajero hace una hora, diciendo que debías estar preparada a las ocho en punto, y ya son las siete y media.

El corazón de Cordelia dio un vuelco involuntario al pensar que pronto estaría de nuevo en compañía de Leo.

—Su Alteza me necesitaba. —Se quitó los guantes, lanzándolos a una silla—. Oh, no quiero ponerme ese traje, Matilde, me da un aspecto cetrino. —Señaló desdeñosa un traje de apagado tafetán amarillo, preparado sobre la cama.

—Menuda tontería. No has tenido aspecto cetrino en tu vida —declaró Matilde—. Es un traje muy apropiado para cenar en un monasterio. No deja tanto pecho a la vista como otros.

—Pero es que no quiero ocultar mi pecho —dijo Cordelia, abriendo la puerta del armario de un golpe—. Aunque sea un monasterio, Matilde, todo el mundo llevará sus mejores galas, y yo pareceré un espantapájaros con ese traje.

Matilde chasqueó la lengua en señal de desaprobación. Era una mujer muy devota, y le ofendía profundamente la idea de que hubiera mujeres semidesnudas retozando en un monasterio. Pero aunque su influencia sobre Cordelia fuera tan maternal como extensiva, no alcanzaba la elección del atuendo. Cordelia siempre tenía sus propias ideas sobre lo que debía llevar en cada ocasión.

—Muy bien, pero date prisa —dijo Matilde, recogiendo el traje desdeñado—. No quiero que el vizconde me culpe por tu retraso.

—Pues claro que no te culpará. —Cordelia eligió un traje de seda escarlata y se dirigió pavoneándose hacia el espejo basculante, ciñéndoselo contra su cuerpo—. Ya sabe que la falta de puntualidad es mi pecado principal. —Ladeó la cabeza, examinando su reflejo—. Creo que me pondré éste esta noche.

—¡Escarlata en un monasterio! —exclamó Matilde, escandalizada, desabrochando el traje de viaje de Cordelia.

—Oh, eres una mojigata. —Cordelia giró en redondo para besarla en ambas mejillas—. Además, los cardenales van vestidos de rojo, ¿no es cierto? Es un color muy apropiado. —Dio un paso para salir del traje desabrochado que había caído a sus pies con un frufrú—. ¿Me da tiempo a lavarme? Me siento tan polvorienta después del viaje. —Corrió hacia el lavamanos, mojó una toallita en el aguamanil, y se frotó vigorosamente la cara, antes de pasársela por el pecho y la garganta y alzar los brazos para lavarse las axilas.

—Aunque así sea. Pero es indecente andar por un monasterio enseñando los pechos. —Matilde, todavía enfurruñada, humedeció un pañuelo con agua de lavanda—. Menuda alocada estás hecha.

Siéntate y déjame que te peine. —La obligó a sentarse en el taburete del tocador, dándole el pañuelo con lavanda.

Cordelia se dio unos toques con el pañuelo entre los pechos, bajo los brazos, detrás de las orejas.

—Esto está mucho mejor. Lo juro, apestaba como un mozo de cuadra.

—¡Estate quieta! ¿Quieres? —Matilde pasó el cepillo por los enmarañados bucles antes de retorcer hábilmente la brillante mata de pelo para formar un recogido en la nuca de Cordelia. Soltó unos rizos a ambos lados de la cara, para que la enmarcaran, y fijó una peineta de perlas en el moño. Se quedó observando su obra en el espejo, con el ceño fruncido. Luego asintió en silencio y fue en busca del traje escarlata.

Mientras ayudaba a Cordelia a abrocharse el vestido, su expresión reflejaba tal desaprobación que ésta estuvo a punto de rendirse. Pero Cordelia sabía que el color escarlata realzaba su tez, además de encajar con su estado de ánimo actual. Se sentía peligrosa, chispeante de anticipación, con la sangre corriendo rápida y cálida por sus venas. Se dijo a sí misma que era la sensación de libertad, de liberación tras la cárcel de rigidez que había sido la corte austríaca. Era la sensación de la nueva vida que se abría ante ella, de las doradas glorias de Versalles que la estaban esperando.

Se volvió de repente al oír un fuerte golpe en la puerta, y Matilde corrió a abrirla. Cordelia sabía, reteniendo el aliento ante su llegada, que era Leo Beaumont quien le producía este efecto. Era el amor, indómito, involuntario, incomprensible, invencible.

Leo estaba en el dintel de la puerta. Contempló ante él a un ser radiante, todo en escarlata y negro, con ojos tan brillantes como zafiros, la boca roja y cálida ligeramente entreabierta revelando unos dientes blancos y regulares, el cuello largo y fino coronado por la pequeña y bien formada cabeza. La rica turgencia de sus senos se asomaba incitante por el escote. Su cintura era tan fina que podría rodearla con las manos. La había visto tantas veces en los últimos días, pero en aquel momento tuvo la sensación de verla por

vez primera. Parecía envuelta en un aura de peligro y tentación. El aire a su alrededor estaba tan cargado de electricidad, de pasión, que casi se podía escuchar el chisporroteo. Cualquiera que fuera alcanzado por aquella carga ardería sin duda, pensó con un premonitorio estremecimiento.

—Estoy lista a tiempo, como puedes ver. —Cordelia hizo una reverencia, intentando ocultar la profundidad de sus sentimientos con un tono ligero y burlón—. A Matilde no le parece nada bien mi vestido. Dice que el escarlata es un color demasiado atrevido en la casa de Dios. Pero como yo le he señalado, los cardenales llevan birretes rojos. ¿Tienes quizá algo que opinar al respecto? —Volvió a incorporarse lentamente, ladeando la cabeza con coquetería.

—Dudo que tu traje suscite comentarios desfavorables, puesto que toda la atención estará fija en la delfina y el emperador —dijo, intentando quitarle importancia—. Si ya estás lista del todo, vámonos. —Se apartó a un lado para que ella pudiera precederle y salir al pasillo.

—Qué poco galante eres —murmuró Cordelia al pasar a su lado —. Casi podría ofenderse una con semejante desaire.

—Pero por supuesto, tú no —comentó Leo, adusto.

Ella le miró de reojo.

—En lo más mínimo, milord, puesto que los únicos ojos que me interesan son los tuyos. Aunque fuera invisible para todos los demás, no me importaría nada en absoluto.

Las palabras de Leo sibilaron entre sus apretados dientes.

—Basta ya de esta tontería, Cordelia. Te advierto que estoy empezando a perder la paciencia.

—He ganado la apuesta —dijo ella, dedicándole una serena sonrisa y tomándole del brazo—. Ahora, no me mires con esa mirada asesina, o la gente se preguntará qué debe estar pasando entre esta pareja de recién casados.

No tuvo tiempo de responderle como hubiera querido, porque habían llegado a la gran sala del monasterio, donde los invitados de alto rango estaban ya reunidos para cenar a la mesa del abad.

Toinette estaba pálida pero serena, sentada entre su hermano y el abad. La princesa von Sachsen y su acompañante se sentaron inmediatamente después de la pareja real, y Leo no tuvo más remedio que rechinar los dientes y dedicarse a pensar silenciosamente en alguna manera de poner fin al incorregible coqueteo de la muchacha que debía custodiar. A lo largo del interminable banquete, la radiante sonrisa de Cordelia no flaqueó en ningún momento, su conversación no dejó de ser entretenida y el exasperado Leo tuvo que reconocer que estaba seduciendo a todos los comensales con la mera fuerza de su personalidad. Incluso sucumbió el abad, que hacia el final del ágape le daba palmaditas en la mano y se reía con ganas ante sus ocurrencias. Cordelia se esforzaba para cubrir a Toinette, que como bien sabía, sería incapaz de salir airosa en la conversación. La palidez y el silencio de la delfina pasaron inadvertidos bajo la chispeante charla de su amiga.

—Ahora vamos a escuchar música —anunció el abad cordialmente, mientras retiraban el segundo plato—. Facilita la digestión, en mi opinión.

Cordelia estiró el cuello para escudriñar, desde el estrado donde cenaba el grupo real, el resto de la gran sala. No había visto a Christian al llegar, pero ahora lo distinguió sentado a una de las mesas más alejadas. Él alzó inmediatamente los ojos, como si notara su mirada, y elevó su copa en un saludo. Parecía un poco perdido, pensó ella. Había entrado como aprendiz de Poligny a los diez años y había permanecido desde entonces en la corte de María Teresa. Ahora, al igual que ella misma y que Toinette, se aventuraba hacia un futuro desconocido en un país extranjero. Pero a diferencia de las dos jóvenes, él no tenía su camino trazado de antemano.

Miró de reojo a Leo. Si ella no tuviera su camino trazado de antemano, ¡cuánto más sencillo sería desentrañar esa maraña de sentimientos!

Un canto gregoriano se elevó desde la parte posterior de la sala y la mesa entera adoptó un apreciativo silencio mientras el exquisito canto llano llenaba la vasta estancia, alzando el vuelo hacia las altas

vigas del techo. La música prosiguió hasta que el abad propuso a sus invitados entrar en la capilla para recibir la bendición.

—Creía que no practicabas nuestra religión —observó Cordelia, arrodillándose en la dura piedra, con las faldas henchidas a su alrededor. Sus rodillas estaban acostumbradas a las incomodidades, puesto que en la corte los cojines quedaban reservados para la emperatriz y los miembros más ancianos de la más rancia aristocracia.

—Allí donde fueres... —respondió tranquilamente, arrodillándose en su banco.

—Te quiero —susurró ella. No tenía la intención de decir semejante cosa, pero estaba tan cerca de ella que distinguía el ligero pero persistente perfume de lavanda y romero secos con los que había estado guardada su ropa. El aire alrededor de Cordelia estaba imbuido de su presencia, una presencia tan poderosa que por un momento ella perdió por completo de vista el lugar donde se encontraba.

Leo rezaba suplicando inspiración. ¿Cómo podría resistirse a ella? Era consciente del fuego azul de sus ojos, cuando la miró ocultándose la cara con la mano, para que el resto de la congregación no se diera cuenta de lo poco devoto de su comportamiento. Era consciente de la curva de su blanco cuello, la orejita asomando entre brillantes bucles, el rápido movimiento de sus pechos que subían y bajaban al respirar. Se recordó a sí mismo que era la esposa de otro hombre, pero ese hecho apenas parecía real en las circunstancias actuales.

Cuando hubo finalizado el oficio, los agotados viajeros pudieron por fin ir en busca de su cama.

Toinette ordenó a Cordelia que la acompañara.

—Ya sé que estás cansada, Cordelia, pero ¿quieres quedarte conmigo hasta que me haya acostado? Todavía me siento muy desgraciada.

Era una orden real, disfrazada de petición de consuelo a una amiga. Otra cosa más a la que Cordelia había terminado

acostumbrándose a lo largo de los años.

Leo se dirigió hacia sus propios aposentos. Su sirviente le estaba esperando para desvestirle, pero le mandó a la cama después de que éste le sirviera un generoso coñac y le quitara los zapatos y el sobretodo. En la chimenea habían encendido el fuego. Las noches de finales de abril seguían siendo frescas, y las paredes de piedra del monasterio conservaban cierto frescor incluso en pleno verano.

Leo se sentó junto al fuego descalzo, sólo con calcetines, y en mangas de camisa, y atrajo hacia sí una mesita con un tablero de ajedrez taraceado. Frunciendo el ceño, empezó a colocar las piezas para estudiar un problema que llevaba una semana sin resolver. Así se distraería del ardor de su sangre. Quizá no fuera capaz de apaciguar la confusión en su mente, pero sí podía enfrentarse a la pura sencillez de las piezas y las claras líneas de un problema de ajedrez.

Cordelia esperó sentada al lado de Toinette hasta que ésta se hubo dormido, luego, bostezando con toda su alma, se dirigió hacia su dormitorio. Matilde dormitaba junto al fuego y se levantó soñolienta cuando entró Cordelia.

—Desabróchame y desátame, Matilde, el resto ya lo haré yo sola —dijo Cordelia a través de otro profundo bostezo—. Tú también necesitas acostarte. —Se frotó los ojos y empezó a soltarse el pelo mientras Matilde desabrochaba su vestido—. Montaré a caballo durante el trayecto de mañana. ¿Está desempaquetado mi traje de montar?

—Ya lo haré mañana. —Matilde sacudió el traje escarlata y lo colgó en el armario—. Tengo entendido que saldremos muy temprano. —Desató el corsé de Cordelia y deshizo las cintas de su miriñaque. Cordelia se quitó los zapatos de un puntapié, se bajó ligueros y medias y se sentó en la cama con un gemido. —Vete a la cama, Matilde. Ya no necesito nada más. —Bueno, si estás segura. —Matilde no perdió el tiempo protestando—. Te despertaré con suficiente tiempo mañana por la mañana. —Se inclinó para besar a

su dueña y se apresuró hacia su cama, en las estancias de los criados.

Cordelia se dejó caer hacia atrás en el lecho, vestida sólo con su fina enagua de lino y contempló el dosel bordado sobre su cabeza, casi demasiado cansada para introducirse bajo las mantas. El fuego chisporroteaba alegremente en la chimenea y sus párpados se cerraron. Se despertó sobresaltada, con el corazón desbocado. Incorporándose en la cama, buscó a su alrededor en la recámara iluminada por las velas el motivo de su sobresalto.

Un ratón atravesó la habitación correteando y desapareció en un agujero de los paneles de la pared.

Cordelia se levantó y se dirigió hacia el tocador para cepillarse el pelo, consciente de que si dormía con el pelo suelto y sin cepillar, por la mañana sería imposible desenmarañarlo. El silencio de la habitación sólo se vio roto por los silbidos y chasquidos del fuego y el suave tictac del reloj en la repisa. Cordelia se dio cuenta de que estaba inquieta, casi demasiado cansada para dormir. Su cerebro era un hervidero, lleno de preguntas e interrogantes sobre la vida que le esperaba. ¿Qué clase de hombre sería su marido? ¿Y sus hijas? ¿Estaban ansiando su llegada? ¿O la temían?

Era incapaz de detener sus atropelladas ideas ni controlar su creciente aprensión. Se dijo a sí misma que era debido a las altas horas y a su cansancio. Si pudiera dormir, por la mañana estaría tan animada como siempre, preparada y dispuesta a enfrentarse con lo que le deparara el nuevo día. Pero por algún motivo, las ganas de dormir la habían abandonado por completo.

Paseó nerviosa por la habitación. Una de las paredes estaba cubierta con una librería. A primera vista, no contenía ninguna obra capaz de aliviar un alma en pena. Todo eran títulos muy académicos, sobre todo en latín y en griego. Obviamente, los monjes esperaban que sus invitados tuvieran intereses de eruditos. Su mano acarició sin rumbo los lomos de los libros y se detuvo en un volumen de los poemas de Catulo. Material algo más ligero que Tito Livio o Plinio.

Cordelia extrajo el fino volumen del estante. Se apoyó contra la librería, hojeando distraídamente el libro en sus manos. A sus espaldas, la pared empezó a moverse. Bajo su peso, empezó a crujir y se abrió hacia adentro. Fue una sensación muy extraña, y todo ocurrió tan rápido que Cordelia no tuvo tiempo de reaccionar. La sección de los estantes giró hacia adentro, y Cordelia se encontró al otro lado, de espaldas a una recámara desconocida, contemplando el agujero en la pared.

Leo alzó la vista del tablero de ajedrez al oír el crujido de la pared de la librería a sus espaldas. Se giró y se quedó boquiabierto. Cordelia, descalza, vestida con una fina enagua, estaba en su habitación, contemplando asombrada los estantes vacíos.

—¿Cómo... cómo... cómo ha podido pasar eso? —Cordelia dio media vuelta, no demasiado sorprendida, aparentemente, al ver a Leo. Muy fuerte tendría que ser el impacto para superar el asombro de los últimos minutos—. Oh, Leo. No sabía que estabas en la habitación contigua. ¡Mira! —Señaló de nuevo la pared a sus espaldas—. Se ha... se ha abierto. Me he apoyado en la pared y ¡abracadabra! Sólo estaba buscando algo que leer. —Blandió el volumen de Catulo, como si necesitara pruebas para apoyar su declaración.

Leo se estaba recuperando lentamente de su estupefacción. En un primer momento, pensó que Cordelia había orquestado deliberadamente ese pequeño truco, pero el asombro que demostraba era claramente genuino y tampoco podía explicarse cómo habría sabido ella de antemano la existencia del mecanismo. —Vuelve a tu cuarto y yo intentaré cerrarlo desde aquí. —¡Oh, qué insulso eres! —Cordelia se adentró en la habitación, convirtiendo en realidad todos los temores de Leo—. ¿Por qué crees que está aquí? ¿No te parece intrigante? —Su cabellera caía en cascadas sobre sus hombros como un río negro azulado, la cara enmarcada de rizos, sus ojos ahora grises, resplandeciendo como brasas de carbón a la luz de la chimenea—. ¿Para qué debía servir, en tu opinión?

—Seguramente, para que alguien pudiera entrar en secreto en la habitación contigua —respondió él, intentando sonar tranquilo y controlado—. Ahora, vuelve a la cama.

—¿Crees que servía para citas secretas? —Sus ojos brillaban de picardía, pero no parecía estar dedicándole otro de sus coqueteos; parecía sinceramente fascinada por la situación—. En un monasterio. Qué escándalo. —Se giró para contemplar de nuevo la oquedad en la librería—. Aunque supongo que son los aposentos de los invitados. De todas formas ¿cómo es posible que un arquitecto monacal diseñara semejante cosa? —Su voz bullía de regocijo—. Quizá también los monjes tengan sus secretos.

—Estoy seguro de que los tienen. Ahora, ¿puedes marcharte por donde has venido, por favor?

—No puedo dormir. Estoy tan excitada, y preocupada, y nerviosa —dijo alegremente—. Y tú tampoco debes poder, si estas jugando al ajedrez. ¿Estabas estudiando algún problema? A mí también me gusta. Pero puesto que los dos estamos despiertos, ¿por qué no jugamos una partida? —Se inclinó sobre la mesa y sin más preámbulo apartó a un lado las piezas del tablero y empezó a montarlo para una nueva partida.

—¡Cordelia, estaba estudiando ese problema! —Protestó Leo—. ¿Cómo te atreves a barrer las piezas de esta forma?

—Oh, te pido mil disculpas. —Le miró a través de su pelo—. No pretendía ser descortés, creía que estabas de acuerdo en jugar una partida. —De nuevo, estaba seguro de que se comportaba sin artificio. Ésa era la impetuosa, la vivaracha Cordelia que había lanzado flores a un desconocido desde una alta ventana.

—No he dicho que estuviera de acuerdo con nada. No me has dado la oportunidad de expresar mi opinión —le espetó—. Suelta ya esas piezas y vete a la cama ahora mismo. —Le golpeó el dorso de la mano, cuando ella colocaba el rey negro en su casilla.

—¡Ay! —frotándose la mano, Cordelia lo miró dolida—. No tenías ninguna necesidad de hacer eso. ¿Por qué tenemos que estar los

dos solos e insomnes, cuando podemos hacer algo agradable que nos distraerá de los pensamientos que nos impiden dormir?

Sonaba tan racional, y su expresión irradiaba un asombro tan apenado, que Leo sintió la burbuja ya familiar de inoportuna risa formándose en su pecho. Risa, y la no menos familiar oleada de deseo ante las líneas de su cuerpo bajo la fina enagua. Mientras se esforzaba por mantener la compostura, Cordelia aprovechó su momentánea desventaja. Atrapó un taburete con la punta del pie y se sentó de golpe ante el tablero de ajedrez. Tomando un peón negro y otro blanco, se los llevó a la espalda para hacerlos rodar de mano a mano antes de extenderlos hacia él con los puños cerrados.

—¿Qué mano prefieres, milord?

Al parecer, a menos que la expulsara físicamente, estaba condenado a jugar al ajedrez con ella. ¿Una actividad inocente, sin duda? se preguntó. Resignado, tocó la mano derecha cerrada.

—¡Has sacado negro! —Exclamó con una nota de triunfo que le recordó el juego de dados de la tarde—Eso significa que salgo yo primero. —Giró la mesa de ajedrez para tener las piezas blancas delante y empezó a jugar con un peón cuatro rey.

—Original jugada —comentó irónico Leo, realizando su contrajugada.

—Me gustan las aperturas seguras —le confió ella, sacando su peón de reina—. Luego, cuando el tablero se despeja, puedo empezar a ser más original.

—¡Dios mío! No me digas que hay alguna actividad en la que aceptas ceñirte a las reglas! Me dejas asombrado, Cordelia.

Cordelia se limitó a sonreír y sacó su alfil de reina en respuesta a la amenaza del peón negro.

Siguieron jugando en silencio y Leo estaba suficientemente absorto en el juego para apartar de su mente la presencia ligera de ropa que tenía enfrente. Cordelia jugaba bien, pero él le llevaba ventaja, sobre todo porque ella se arriesgaba con cierto descuido.

Cordelia estudió el tablero con el ceño fruncido, mordisqueando su labio inferior. Su última jugada había sido un error y podía ver

graves peligros en varias jugadas futuras si no podía colocar su reina en lugar seguro. Si pudiera protegerla con un peón, pero ninguno de sus peones estaban en la posición adecuada, a menos que...

—¿Qué ha sido ese ruido?

—¿Qué ruido? —Leo alzó la vista, sobresaltado al sonido de su voz quebrando el largo silencio.

—Allí, en aquel rincón. Como si alguien escarbara. —Señaló con un gesto el rincón más alejado de la habitación. Leo se giró para mirar. Cuando volvió de nuevo la vista al tablero, el peón blanco había sido claramente desplazado y ahora protegía a su reina.

Leo no lo advirtió de inmediato.

—Debe de haber sido un ratón —dijo—. Los paneles de madera están plagados de ratones.

—Espero que no sea una rata —dijo ella con un exagerado estremecimiento, y unió demostrativamente ambas torres—. A ver si con esto me salvo.

Ahora le tocó el turno a Leo para fruncir el ceño. Algo había cambiado en el tablero que tenía delante. No estaba dispuesto tal como lo recordaba, pero no veía... y entonces lo descubrió.

Lentamente, avanzó la mano y levantó el peón desplazado. Alzó los ojos y se la quedó mirando. Cordelia se sonrojó, su culpabilidad era tan evidente que de nuevo tuvo ganas de echarse a reír.

—Si tienes que hacer trampas, por lo menos hazlas bien —dijo en tono pretendidamente coloquial, mientras colocaba el peón en su casilla original—. Insultas mi inteligencia si te imaginabas que no iba a darme cuenta. ¿Crees que estoy ciego?

Cordelia negó con la cabeza, tenía las mejillas todavía arreboladas.

—En el ajedrez es casi imposible hacer trampas, pero es que odio perder. Es que al parecer no puedo evitarlo.

—Bueno, pues tengo buenas noticias para ti. Vas a aprender a evitarlo. —Devolvió las torres blancas a su posición anterior—.

Vamos a jugar esta partida hasta el final, y vas a perderla. Te toca a ti, y por lo que veo, no tienes más remedio que sacrificar a tu reina.

Cordelia clavó furiosa su mirada en las piezas. No se resignaba a hacer la única jugada que le quedaba, la que implicaba renunciar a su reina. Sin ella estaría indefensa; además, era una pieza simbólica. Si renunciaba a su reina, reconocería que había perdido.

—Oh, está bien —dijo malhumorada—. Supongo que has ganado. No es necesario seguir jugando.

Leo negó con la cabeza. Podía leer sus pensamientos como si estuvieran escritos en tinta negra. Cordelia era una perdedora de la peor clase. No soportaba jugar sabiendo que perdería.

—Es muy necesario. Ahora, mueve tu pieza.

Cordelia avanzó la mano para tomar la reina, pero luego volvió a retirarla.

—Pero es que no tiene sentido.

—El sentido, mi querida Cordelia, es que tienes que jugar esta partida hasta el final. Hasta el momento en que tumbes tu rey y reconozcas tu derrota. Ahora, juega.

—Oh, está bien. —Avanzó rápidamente la mano, alzándose a medias de la silla, inclinándose sobre el tablero como si necesitara la fuerza de todo su cuerpo para mover la figurilla de madera. Sus rodillas toparon con el borde de la mesa, derribándola, y el tablero se descompuso y la mitad de las piezas acabaron tiradas por el suelo—. ¡Oh, qué fastidio! —A toda prisa, estabilizó la inestable mesa.

—¡Pero por Dios, eso es lo más descortés, mezquino y mal educado que haya visto jamás! —saltó Leo, furioso. La agarró por los hombros, tirando de ella y sacudiéndola a la vez.

—¡Si no lo he hecho a propósito! —Exclamó Cordelia—. ¡De veras, no lo he hecho! Ha sido un accidente.

—¿Y esperas que me lo crea? —La agarró con fuerza, casi levantándola por encima de la mesa, ignorando qué pretendía hacer con ella, pues estaba perdido por un momento en la ira y la

decepción de que pudiera hacer algo tan artero e infantil. Las protestas de inocencia de Cordelia subieron de tono.

Luego, todo fue muy confuso. Él la sacudía, ella gritaba, la boca de él estaba muy cerca de la suya. Los gritos de Cordelia cesaron. Él aferraba fuerte sus brazos, y ella sentía su cuerpo apretado contra el de Leo. Su boca, abierta ya por sus indignadas protestas, dio la bienvenida a la profunda embestida de la lengua de Leo. Las manos de ella bajaron por su cuerpo. Con una certeza instintiva de lo que había que hacer, agarró las nalgas del hombre a través de la seda oscura de sus calzones. El duro bulto de carne erecta se clavó en su vientre, y ella movió su cuerpo con urgencia contra el de Leo, mientras su lengua iniciaba su propio viaje de exploración en su boca, exigiendo, saboreando, anhelando. No era consciente de otra cosa, sólo de su deseo, una oleada irresistible de deseo que palpitaba en sus entrañas, le corría por las venas y latía en sus pulsos. Nada de lo que ella había sentido hasta entonces era más que un pálido reflejo de esta sensación de abandono y ansia salvaje.

Leo se debatió por recuperar la serenidad, pero notaba todas y cada una de las líneas del cuerpo de ella bajo sus manos. La piel de Cordelia ardía bajo la enagua, calentando las palmas de sus manos mientras éstas recorrían su cuerpo, aprendiendo sus formas, sus curvas y sus entradas. Agarró la tela sobrante en la espalda de la prenda y tiró fuerte de ella, de manera que el cuerpo de Cordelia quedó moldeado por la tela. Contempló el resplandor rosado de sus pechos bajo la tela blanca, tensada por los duros pezones, la sombra oscura en el vértice de sus muslos. Y perdió definitivamente cualquier esperanza de control y serenidad.

Los labios de Cordelia estaban entreabiertos, su respiración era muy breve mientras él examinaba su figura. Ella se puso en jarras y alzó la cabeza retándole con una mirada triunfal, sus ojos ardían de pasión y deseo. Con un ronco suspiro, Leo le pasó la enagua por la cabeza y puso sus manos sobre el cuerpo de ella. Sus caricias eran bruscas y urgentes, y a cada una Cordelia le respondía con una

rápida inspiración excitada, apretando su cuerpo contra el del hombre, deseando que tocara cada centímetro de su ser, que quemara su epidermis con su marca.

Bajo la presión del cuerpo de Leo, Cordelia cayó de espaldas sobre la mesa de ajedrez. Los agudos bordes de las piezas caídas se le clavaban en la espalda desnuda pero ella no se daba cuenta, prisionera de la neblina roja de su salvaje deseo. Sus caderas avanzaron al encuentro de sus manos, que ahora acariciaban el interior de sus muslos, abrían los pétalos de su centro, encontraban el foco exquisitamente sensible de su pasión. En su vientre las oleadas arreciaron, hasta alcanzar un insoportable crescendo, en el que ella creyó morir. Y entonces así fue, se derrumbó lentamente desde una cúspide escarlata de éxtasis hacia una suave negrura que succionó hasta las últimas fuerzas de su cuerpo y pudo oír sus propios gritos sollozantes de delicioso abandono.

Leo la sostuvo contra él mientras ella se convulsionaba de estremecida alegría, con las manos bajo su espalda, reclinada contra la mesa de ajedrez. La sostuvo hasta que ella abrió los ojos y le sonrió. Ahora tenía la cara transfigurada con un maravillado resplandor.

—¿Qué has hecho conmigo?

—¡Dios mío! —Retiró sus manos de debajo de su cuerpo y se incorporó. Sus ojos dorados eran casi negros cuando bajó la vista hacia ella, cuyos brazos y piernas estaban extendidos sobre la mesa con indecente abandono.

—¡En nombre de Dios, levántate! —su voz era dura. Tiró de ella para ponerla de pie—. Ponte la enagua. —La empujó hacia la prenda blanca arrugada en el suelo. Las profundas marcas de las piezas de ajedrez se dibujaban en su espalda cuando se inclinó para recoger la enagua—. No sé cómo he podido —murmuró Leo, consciente de su propia erección, convertida ahora en dolorosa necesidad.

Cordelia se giró hacia él, apretando la enagua contra su pecho.

—Todavía no entiendo qué ha sucedido. —Sus ojos estaban perplejos bajo el resplandor todavía neblinoso de su placer—. No hemos...

—No, no lo hemos hecho —le interrumpió él con brusquedad—. Pero lo que he hecho ya es suficientemente malo. Por lo que más quieras, vete a la cama, Cordelia, y déjame solo.

Por una vez, su impulsiva protesta murió en sus labios. Se volvió hacia las estanterías abiertas, agarrando todavía su enagua. Él intentó no mirar la larga curva de su espalda, las nalgas perfectamente redondeadas, los muslos largos y finos. Lo intentó, pero no lo consiguió.

Al llegar a la estantería, ella le dijo por encima del hombro:

—De veras que no quería derribar la mesa. Ha sido un accidente, de verdad.

—No importa —suspiró él cansado.

—Claro que importa. No quiero que me creas capaz de algo tan despreciable. —Tenía una mano en el estante, su ansiosa mirada buscaba la suya.

CAPÍTULO 08

El alba empezaba a colorear el cielo cuando Matilde entró en la recámara de Cordelia acompañada por una sirvienta con un aguamanil de humeante agua caliente. La muchacha lo dejó en el tocador, antes de dirigirse hacia la chimenea para reanimar el fuego en el frescor de las primeras horas de la mañana.

Cordelia seguía durmiendo tras los cortinajes de la cama, mientras Matilde extendía su traje de montar y volvía a guardar en el baúl la ropa que había llevado el día anterior.

—Tráele una cafetera a la princesa, muchacha. Necesitará algo para calentarse; hace bastante fresco.

La sirvienta hizo una venia y salió de la habitación, donde el fuego ardía ahora alegremente. Matilde abrió los cortinajes del lecho.

—Despiértate ya, niña. Ya han tocado a maitines hace diez minutos, y el desayuno se servirá a las siete en la gran sala.

Cordelia se dio la vuelta y abrió los ojos. Por un momento, no supo dónde estaba. Luego, la ola del recuerdo la inundó. Se sentó en la cama, se frotó los ojos y miró a Matilde afligida.

—Estoy enamorada.

—¡Madre de Dios! ¿No será de ese joven músico, espero? —Exclamó Matilde—. Es un muchacho muy agradable, seguro, pero no para alguien de tu clase, mi querida.

—No, no es de Christian. —Cordelia permanecía sentada con las piernas cruzadas en la cama—. Es del vizconde.

—¡Santo cielo! —Matilde se santiguó—. Y ¿cuándo ha sucedido eso?

—Oh, desde el primer momento en que le vi. Creo que él también siente algo por mí, pero no quiere decírmelo.

—Eso espero. ¿Qué hombre honorable declararía sus sentimientos a la esposa de otro hombre? —Matilde se remetió uno de sus mechones grises, que se le había escapado de la almidonada cofia.

—Matilde, no quiero estar casada con mi marido —dijo Cordelia con voz baja pero intensa.

—Pues no hay nada que hacer, muchacha. Lo mismo le pasó a tu madre. Les pasa a la mayoría de mujeres de tu categoría. Se casan por conveniencia, no por amor.

—La ventaja de los hombres —dijo Cordelia con amargura—. ¿Mi madre no amaba a mi padre?

Matilde negó con la cabeza.

—No, tu madre amaba a otro hombre, y le amaba con todo su corazón. Pero no hizo nada vergonzoso. —Matilde alzó un índice de advertencia—. Fue honesta hasta su lecho de muerte.

—¿Pero fue desgraciada?

Matilde frunció la boca, luego suspiró y asintió con la cabeza.

—Sí, niña, desesperadamente desgraciada. Pero ella sabía cuál era su deber, y tú también lo cumplirás.

Cordelia empezó a masajearse los pies, frunciendo profundamente el ceño.

—Mi madre vivió siempre en la corte austríaca. Allí no hay libertad. Pero quizá, si hubiera vivido en Versalles...

—No, ni se te ocurra pensar algo semejante —interrumpió Matilde—. Si empiezas a pensar cosas así te verás metida en un atolladero, o en algo peor que un nido de serpientes.

—Creo que ya lo estoy —dijo Cordelia lentamente, hundiendo los pulgares en las plantas de los pies, con la vista fija en su tarea.

Matilde se dejó caer pesadamente al pie de la cama, con expresión adusta en la cara.

—¿Qué estás diciendo, niña? ¿Te ha conocido carnalmente el vizconde?

—Sí y no. —Cordelia levantó la vista, ruborizada, mordisqueándose el labio inferior—. Lo que me contaste que sucedería en la cama nupcial no ha pasado, pero me ha tocado en... de una forma muy íntima, y... y me ha ocurrido algo maravilloso. Aunque no acabo de entender qué ha sido.

—¡Que Dios me ampare! —Matilde alzó las manos al cielo—. Cuéntame qué ha pasado.

Así lo hizo Cordelia, con la voz algo entrecortada y la cara ardiendo, a pesar de que Matilde la hubiera criado desde pequeña y conociera sus secretos más íntimos.

—Pero si lo que hemos hecho no ha sido un coito, Matilde, entonces ¿qué ha sido? —terminó preguntando.

Matilde suspiró. Esta situación era más preocupante que si su niñita de teta hubiera perdido la virginidad en una explosión de pasión. La iniciación pocas veces resultaba agradable, por apasionada que fuera, y tenía pocas probabilidades de incitar a la repetición. Pero el verdadero placer, una vez experimentado, era algo muy distinto.

—Hay algunos hombres que quieren y saben dar placer a las mujeres, niña. Pero en su gran mayoría sólo están interesados en su propia satisfacción. Será mejor que te olvides por completo de lo que ha sucedido. Da las gracias por tener un buen marido y tantos hijos como puedas concebir. Es lo mejor que puede esperar una mujer.

Cordelia dejó caer el pie, diciendo rotundamente:

—No me lo creo, Matilde. Y me parece que tú tampoco.

Matilde se inclinó y le tomó la cara con ambas manos:

—Escúchame, querida niña, y escúchame bien. Debes aceptar lo que te dan en este mundo. No quiero tener que verte consumiéndote de deseo, como tu madre. Eres fuerte, así es como yo te he hecho. Debes aspirar a lo que puedes tener y olvidarte de lo que no puedes conseguir.

—¿Mi madre no quería a mi padre?

—Nunca vio ningún motivo para quererle, porque estaba demasiado ocupada sufriendo por lo que no podía tener. —Matilde soltó su cara, y se incorporó, su expresión se hizo dura y decidida de repente—. No te he criado para que anhelaras lo imposible. Te he enseñado a tomar lo que tienes y a sacarle todo ti provecho posible. Ahora, levántate y vístete. No tenemos toda la mañana.

Cordelia saltó de la cama y se puso en pie, justo en el momento en el que la doncella aparecía con el café.

—Oh, fantástico. Gracias. No sabes cómo me apetece el café. Muchas gracias por haberte molestado. —Sonrió a la sirvienta con tanta calidez que a la muchacha se le iluminó la cara mientras le hacía una reverencia y llenaba una taza para entregársela a la princesa desnuda.

—No ha sido ninguna molestia, Su Alteza. —Todavía resplandeciente, salió de la habitación de espaldas.

—Nunca hubiera imaginado algo parecido del vizconde —rezongó Matilde—. Si no supiera que siempre te sales con la tuya, no lo comprendería en absoluto. Parece un hombre tan honorable.

—Pues claro que es un hombre honorable —acudió ella rápidamente en defensa de Leo. Luego tomó un gran sorbo de estimulante café—. Y yo no he hecho nada para que sucediera, ha sucedido así, sin más. Y él ha intentado detenerlo, aunque debe haberle resultado muy difícil.

—Sí, eso seguro —dijo Matilde en tono grave. La idea le causó cierta satisfacción mientras ataba el corsé de Cordelia más estrechamente de lo habitual.

Cordelia lo soportó sin un murmullo de protesta. Cuando Matilde se enfadaba así, lo mejor era esperar a que se le pasara. Involuntariamente, echó una ojeada a los estantes de la librería. ¿Podría abrirlos de nuevo? No sabía exactamente cómo había sucedido la noche anterior. ¿Había presionado sin querer algún botón, o algún resorte? ¿O sólo había que apoyarse en un punto

concreto de la estantería? Nunca lo sabría. En una hora, estarían todos muy lejos de aquel lugar.

—Bueno, ya estás lista. —Matilde retorció el alzacuello almidonado de Cordelia para colocarlo debidamente alrededor de su cuello—. Ahora, date prisa. —La sacó de la habitación haciendo aspavientos con ambas manos. Cordelia no estaba segura de si además de preocupada, su niñera estaba también muy enfadada con ella.

Sumida en sus reflexiones, salió al pasillo justo en el momento en que Leo, vestido para montar, salía de la habitación contigua.

—Buenos días. —Cordelia se sentía extrañamente tímida. Le hizo una reverencia con la vista baja.

—Buenos días. —La expresión del vizconde era sombría, sus ojos estaban apagados, sus labios apretados. Con un breve gesto, le indicó que le precediera en la escalera para bajar hacia la sala.

Cordelia, algo muy poco habitual en ella, se sentía cohibida. Durante todo el desayuno ceremonial sus ojos no dejaron de perseguir las manos de Leo y, al recordar en qué parte de su cuerpo habían estado, se sentía invadir por el cálido y glorioso recuerdo. Era un alivio tener que concentrarse en las ceremonias con las que la delfina se despedía de su hermano Joseph, que debía regresar a Viena, dejando que su hermana pequeña viajara sin compañía de su familia hasta Estrasburgo, donde sería oficialmente recibida en Francia.

Al despedirse de su hermano, Toinette no dio muestras de tanta emoción como al despedirse de su madre, pero fue de todas formas un momento solemne, cuando el emperador escoltó a su hermana hasta su carruaje por última vez.

—Veo que tienes la intención de montar a caballo. —Cordelia señaló con un gesto el traje de equitación de Leo, hablándole por primera vez desde que se habían saludado en el pasillo. Su intención era dirigirle un comentario neutro, pero su voz sonaba extrañamente intensa en sus propios oídos, en el patio ajetreado y ruidoso del monasterio.

—Sí —dijo cortante—. Cabalgaremos detrás de la caballería y al lado de los carruajes. —Supervisó la escena, con el ceño fruncido, buscando a su mozo de cuadra con sus caballos.

—¿Por qué has cambiado de opinión? —Se atrevió a preguntar Cordelia—. Ayer dijiste que viajarías en la paz y tranquilidad del carruaje, si yo montaba a caballo.

Su rostro se ensombreció.

—Estás a mi cargo, princesa. Por mucho que pueda lamentarlo, soy responsable de tu comportamiento. Si tienes que hacerle la vida imposible a alguien, prefiero que sea a mí y no a algún pobre palafrenero.

Ordenó a su mozo que ayudara a montar a Cordelia.

Con disimulo, Cordelia echó una ojeada a Leo. Tenía mala cara, con profundas y oscuras ojeras. Parecía haberse pasado la noche en vela, como un hombre acuciado por su conciencia. Ella se acordó con remordimiento de cómo había pasado la noche: durmiendo profundamente y sin sueños, ni afectada por la culpabilidad.

Leo montó su propio caballo y esperó hasta que Cordelia estuvo bien instalada en la silla de montar, con las cinchas apretadas y los estribos ajustados. La yegua Lippizaner que montaba era un animal hermoso, y él dio por supuesto que al igual que los Habsburgos, con quienes ella se había criado, sería una amazona excelente, por lo que no sería preciso preocuparse por su seguridad sobre un animal de sangre tan pura. Pero también supuso, guiándose por lo que ya sabía de ella, que Cordelia se irritaría ante la necesidad de guardar su lugar en la procesión.

—Iremos al paso —anunció—. No podemos adelantar el carruaje de la delfina sin ofender el protocolo, o sea que me temo que no será muy divertido.

—Pero podríamos abandonar la procesión —sugirió Cordelia—. Tomar un atajo campo a través y reunimos con los demás más tarde.

—Ése es el tipo de sugerencia que me ha impedido dejarte en manos de un mozo de cuadra —repuso Leo con severidad.

Cordelia apretó los labios con fuerza, recogió las riendas y se situó a su lado. La procesión avanzó serpenteando a orillas del Danubio mientras el sol fue cobrando fuerza, evaporando las neblinas de las primeras horas de la mañana. Leo no decía ni una palabra y finalmente Cordelia no pudo soportarlo más.

—Por favor, háblame, Leo. Tengo la sensación de haber caído en desgracia, pero no veo por qué motivo.

Él le contestó gravemente:

—Me parece que no lo entiendes, Cordelia. Lo que sucedió anoche es imperdonable. Perdí el control.

—Piensas que has traicionado a tu amigo y mi esposo —aventuró ella.

Leo no contestó. No era tan sencillo como eso. También tenía la sensación de haberla traicionado a ella. Le habían confiado su custodia y él había traicionado esa confianza.

—Yo no sé nada de ese hombre, mi marido —dijo Cordelia rompiendo el silencio—. Me cuesta sentir, que le he traicionado, si ni siquiera le conozco, pero en cambio a ti sí que te conozco y te quiero.

Hizo un lazo con las riendas y las dejó resbalar entre los dedos. La yegua alzó la cabeza y empezó a andar con un elegante paso alto.

—He estado pensando —dijo dubitativamente mientras Leo seguía intentando recuperar las fuerzas ante su tranquila declaración—. Aunque acepte estar casada con el príncipe Michael, no veo por qué no puedo ser también tu amante. Es algo perfectamente aceptable en la sociedad francesa, tengo entendido —se apresuró a continuar, mientras él exhalaba con fuerza y parecía a punto de derrumbarse—. Si dos personas están enamoradas pero se ven obligadas a casarse por conveniencia a causa de sus familias, se da por supuesto que la sociedad hará la vista gorda si mantienen una discreta relación. Hasta el rey lo dice.

—¿Y quién te ha dicho esto? —preguntó, recuperando por fin la voz.

—Un primo de Toinette. Contó que los maridos dicen a sus mujeres: «Te permito hacer lo que quieras, pero no toleraré ni príncipes de sangre real ni lacayos». —Le interrogó con la mirada—. ¿Es cierto eso?

—Lo que es cierto para algunos no lo es necesariamente para todos —señaló él en tono seco.

—Pero sí es la actitud de la corte. Quiero decir, el rey ha tenido amantes más cercanas a él y con mayor influencia que la reina. Madame de Pompadour ha sido la mujer más importante de la corte durante más de veinte años. ¿Y no sucede lo mismo ahora con madame du Barry? Y lo sé todo sobre el Pare aux Cerfs, donde el rey aloja a sus prostitutas —añadió con el tono de alguien que está asestando el golpe de gracia—. Todo eso es cierto, ¿verdad?

—Sí —admitió él, incapaz de refutar nada de lo que había dicho. Cordelia estaba bastante mejor informada de lo que había esperado en alguien educado en el estricto ambiente moral de la corte austríaca.

—Entonces, no habrá ningún problema. Puedo ser tu amante y la esposa de mi marido. —Se lo quedó mirando con sus grandes ojos azules, el puro retrato de la más fervorosa sinceridad.

—Mi querida niña, según parece, te imaginas Versalles como un lugar mágico donde no rigen las reglas habituales y donde lo único que tienes que hacer es blandir la varita mágica para que se conviertan en realidad todos tus deseos. —Su voz era tan impaciente como su estado de ánimo—. Aún suponiendo que ese cuento de hadas fuera cierto, y te aseguro que no lo es, ¿no se te ha ocurrido pensar que quizá yo no desee tener una amante?

—Oh. —No se le había ocurrido—. ¿Tienes ya una?

—Eso no tiene nada que ver —dijo, glacial, preguntándose con cierto desespero por qué no era capaz de reconducir esta ridícula conversación y cortarla de una vez.

—Pues claro que tiene mucho que ver. Si ya tienes una amante, sería más difícil, porque no estaría bien herir los sentimientos de nadie.

—Cordelia, no tengo el más mínimo interés en tomarte como amante. Ni interés ni inclinación —declaró rotundamente, fijando la vista en las nubes de polvo que levantaba la caballería camino adelante.

—Oh —repitió ella. Tragó saliva, incómoda—. Entonces, ¿no te importo nada?

Se negó a mirarla.

—Me importan más otras cosas —dijo con tono resuelto—. Anoche me aproveché de tu inocencia, Cordelia, y te pido disculpas por ello. Sólo puedo atribuirlo a un exceso de coñac. No volverá a repetirse nunca.

—Pero es que a mí me gustaría que se repitiera —dijo sencillamente—. No quiero sonar atrevida o... o desvergonzada, aunque supongo que ésa es mi actitud ahora. Pero Matilde dice que hay muy pocos hombres que sepan dar placer y no sólo tomarlo, y me parece que cuando uno se encuentra con una rareza tal, debería hacer todo lo posible para conservarla.

—¿Quién demonios es Matilde? —fue todo lo que se le ocurrió decir en respuesta a esta declaración tan sincera, y sin embargo, tan terriblemente bien informada.

—Mi niñera... bueno, en realidad ha sido mi ama de cría y me ha cuidado desde que murió mi madre. Era la doncella de mi madre y creo que tenían la misma edad. Matilde lo sabe todo sobre todo, y es increíblemente sabia.

—¿Has confiado en ella? —Leo introdujo un dedo en su corbatín, aflojando la tela almidonada. Parecía tener mucho calor de repente.

—Necesitaba entender lo que había pasado. No estaba segura de que tú me lo explicaras, si te lo preguntaba.

—Te diré exactamente lo que pasó. —Hablaba con fría determinación—. Permití que se diera una situación en la cual perdí el control. Por suerte, recuperé el juicio a tiempo para evitar que sucediera lo peor. Ahora te olvidarás de todo lo que pasó anoche. Dejarás de decir tonterías sobre el amor y los amantes. A partir de

este momento me tratarás con escrupulosa distancia, al igual que lo haré yo. ¿Me has oído, Cordelia?

—Te he oído.

—Entonces, no lo olvides. —Espoleó a su caballo y el animal rompió a trotar, adelantándose a Cordelia.

Ella era consciente ya de que no debía darle alcance y le dejó trotar a varios cuerpos de distancia. Pocos días antes, habría dado rienda suelta a sus impulsos y habría avanzado a medio galope para situarse a su lado, pero estaba aprendiendo muchas cosas que no habían tenido cabida en las salas de estudio de su vida pasada. No iba a dejarse abatir, se dijo Cordelia con fiereza. Cultivaría la paciencia, una virtud muy subestimada, estaba segura.

La jornada fue tan tediosa como la del día anterior, a pesar de la libertad que permitía el caballo. De hecho, Cordelia decidió que era todavía más aburrido, puesto que se veía obligada a montar en silencio, los ojos fijos en la recta espalda del vizconde Kierston delante de ella. Esperaba que fuera un poco más amable con ella cuando se detuvieran para un refrigerio, pero Toinette solicitó la compañía de su amiga en el almuerzo al aire libre, a orillas del río. Leo, viéndola a salvo y cómodamente instalada junto a la delfina bajo los árboles, rodeada por los aduladores burgueses provincianos, se marchó solo y Cordelia lo buscó en vano con la vista.

Leo recorrió la procesión de carruajes, caballos, muías de carga y carros. Estaba trastornado, sus pensamientos estaban confusos y conmocionados, y al principio no oyó la voz de la mujer a sus espaldas. Cuando la voz repitió: «Milord, una palabra con vos, os lo ruego», Leo la miró por encima del hombro.

Una mujer alta y angular, con su escaso pelo canoso recogido bajo una cofia almidonada, le hacía una venia, pero su actitud no tenía nada de servil. Lo miró a los ojos con tranquila dignidad y con un reto indefinible en la mirada.

—Matilde, señor —dijo ella, al ver su extrañeza.

—Ah, sí, claro. —Se acarició el mentón. El ama de Cordelia, la mujer que sabía lo que había ocurrido la noche anterior. Sin embargo, en su franca mirada no detectaba censura alguna. No estaba acostumbrado a preocuparse por la opinión de los sirvientes, pero pensó, con un extraño brote de inquietud, que no le gustaría enemistarse con la señora Matilde.

—Quisiera hablaros de Cordelia —dijo ella.

Parecía inútil pretender que no la había entendido. Le indicó con un gesto que lo acompañara a lo largo de la orilla, hacia un lugar más tranquilo.

—Tengo entendido que la princesa von Sachsen te ha confiado los lamentables acontecimientos de anoche —empezó diciendo con fría formalidad.

—Sé casi todo lo que le sucede a mi niña, milord.

—Eso parece.

—Deberíais saber, milord, que la niña es como su madre. Cuando ama, ama de veras. Y cuando ama, ama para siempre.

—¡No sé qué estás diciendo, mujer! —Exclamó Leo en voz baja —. Está casada con el príncipe Michael.

—Sí, casada con él, pero os quiere a vos, señor.

—¿Estás tan loca como Cordelia? —Leo asestó un latigazo a una zarzamora con su fusta—. Sean cuales sean sus sentimientos, los hechos no pueden alterarse para acomodarse a sus deseos.

Matilde asintió sabiamente.

—Ya se lo he dicho, milord. Pero no siempre está dispuesta a reconocer lo que no le interesa.

—Y supongo que mis sentimientos al respecto también son irrelevantes —declaró él, inspirando con fuerza.

—¿No alentaréis esta insensatez, entonces?

—No, pues claro que no. No soy una persona mimada y testaruda.

—Entonces, será mejor que manejéis bien la situación cuando estéis con ella, porque dudo que mi señora os deje tranquilo —dijo ella sin rodeos.

Leo se dio cuenta de que no le molestaba el consejo de la mujer, ni su forma directa de hablar. No decía más que la pura verdad. Él tenía mucha más experiencia, mucha más sofisticación, una voluntad mucho más fuerte que Cordelia, que contaba tan sólo dieciséis años. Era él quien debía controlar la situación por los dos. Se le ocurrió fugazmente que en su ausencia éste parecía un objetivo mucho más fácil de cumplir que en su presencia.

—Nunca le haría daño, Matilde.

Ella se lo quedó mirando durante un largo rato, y luego dijo:

—No... no, no creo que lo hicierais, señor. Pero más vale que así sea, porque quien hace daño a mi niña me lo hace a mí. —La campesina aparentemente benigna había desaparecido, y en su lugar veía ahora una presencia extrañamente torva, con los ojos más negros, llenos de antigua sabiduría y una gran amenaza.

La palabra brujería asaltó el pensamiento de Leo. Ésta no era un ama de cría normal, que defendía a su niña. Era una mujer que sabía cosas que los hombres tenían interés en ignorar.

—Bueno, espero que seas capaz de evitar que se haga daño a sí misma —le dijo con brusquedad, controlando el impulso de alejarse de ella con demasiada premura. Luego la saludó con una inclinación de cabeza, se dio la vuelta y regresó hacia la zona del refrigerio.

La delfina volvió a subir a su carruaje, quejándose a Cordelia por tener que viajar en el carruaje de gala, mientras ella gozaba de la libertad de su caballo.

—Tampoco es tanta libertad, Toinette. No podemos adelantar a tu carruaje, o sea que tenemos que arrastrarnos detrás de ti. —Cordelia se asomó al interior del vehículo—. La pobre Lucette no entiende por qué tiene que ser tan dócil.

—De todas formas, preferiría estar en tu piel —dijo la delfina frunciendo el ceño con gesto contrariado.

Cordelia se echó a reír, intentando animarla.

—No, no lo preferirías. Vas a ser la reina de Francia, ¿no te acuerdas? —Se bajó del estribo, cuando el cochero real hizo chasquear su látigo para iniciar el recorrido de la tarde.

—Vamos, Cordelia. No debemos hacer esperar a la gente. —Leo le habló a sus espaldas. Llevaba a Lucette de las riendas; su mozo de cuadra llevaba las de su propio caballo—. Déjame que te ayude a montar. —Ahuecó las palmas de las manos para sostener su pie, y la empujó hacia arriba. La sonrisa que Cordelia le dedicó era tan radiante que le cortó el aliento.

—¿Vamos a montar en compañía, esta tarde? —Le preguntó ella, confesando sin malicia—: Me he sentido tan sola esta mañana. —Acercó su montura a la del vizconde y avanzaron juntos detrás de la caballería—. Ojalá no tuviéramos que tragarnos esta polvareda.

—Podemos cabalgar a un lado. —Acompañó sus palabras con los hechos, y Cordelia le siguió. La conversación con Matilde había clarificado las ideas de Leo. Lo de la noche pasada había sido una aberración que milagrosamente había podido detener a tiempo. Era ridículo imaginar que no pudiera controlar sus propios deseos. Siempre había sido un hombre honrado y decidido, y lo seguía siendo. Cordelia estaba a su cargo. Era una muchacha agradable, aunque mal educada y testaruda, y él era un hombre adulto, doce años mayor que ella. Cultivaría una amabilidad paternal y amistosa en sus relaciones. No había motivo alguno para obligar a Cordelia a cabalgar sola. Era una persona tan sociable que sería tan injusto como cruel castigarla por su propia falta de control.

—¿Apostamos otra vez sobre la hora de llegada esta tarde? —Ella le miró de reojo, claramente contenta de volver a tener compañía.

—¿Qué nos apostamos esta vez? —La voz de Leo sonaba divertida, indulgente, como la de alguien que le sigue la corriente a un niño entusiasta.

Cordelia frunció el ceño. Ese tono era casi peor que la irritación. Se encogió de hombros displicente.

—Oh, no sé. Sólo era una manera de pasar el rato, pero tampoco lo encuentro tan divertido.

Obviamente, la amabilidad paternal y amistosa no estaba bien vista. Leo abandonó el tema, preguntando con neutral interés:

—¿Qué tipo de estudios has realizado en Shonbrunn?

Para su asombro, descubrió que había abierto las compuertas. Cordelia empezó a hablar con animación y soltura sobre filosofía, principios matemáticos, literatura alemana y francesa. Su educación había sido mucho más amplia de lo normal en su sexo, y Leo se encontró preguntándose qué opinaría Michael sobre este aspecto de su esposa. Elvira le contó una vez que Michael despreciaba a los intelectuales, y que ella había aprendido a cultivar sus intereses intelectuales a sus espaldas. En aquel momento, Leo no le había concedido mayor importancia a este hecho. Muchos hombres desconfiaban de las mujeres educadas y elocuentes. Además, había dado por supuesto que Elvira tenía acceso a la biblioteca de su marido y entrada en los numerosos salones sociales que abundaban en París, y por lo tanto no había carecido de estímulos intelectuales. Pero Elvira había sido mayor y más sofisticada y artera que Cordelia. ¿Aprendería con suficiente rapidez esta última lo que tenía interés en ocultar a su marido?

Cuando se detuvieron para cruzar un afluente del Danubio en Steyr, Leo dejó a Cordelia al cuidado de su mozo de cuadra y se fue a consultar a la delegación francesa. Cordelia estaba fascinada por la operación que requería transportar una procesión de tal envergadura a través del puente de madera de vía única. Avanzó al trote por la orilla del río, escoltada por el mozo de cuadra, observando los enormes y pesados carros que avanzaban oscilando peligrosamente cerca del borde del chirriante puente.

—¿Cordelia?

—¡Christian! —Se giró con un grito de alegría. Christian montaba un desgarbado caballo castrado de color castaño de paso torpe, y no parecía sentirse muy a gusto. De todas formas, no tenía un talento natural para la equitación—. ¡Cómo esperaba que vinieras a

buscarme! Yo no puedo desplazarme a mi antojo, hacia la cola de la procesión. Protocolo. —Arrugó la nariz en risueño disgusto—. ¿Te lo estás pasando bien? ¿Te sientes cómodo? ¿Puedo hacer algo por ti?

—No, nada. —Christian alzó la mirada hacia la gran esfera roja del sol que se hundía tras el río, al oeste—. Esta mañana ha llegado un mensajero a toda prisa desde Viena. Me ha traído una carta de Hugh. Te acordarás de Hugh, tocaba el violín en los conciertos de Poligny.

—Sí, sí —asintió Cordelia impaciente—. ¿Qué te ha dicho?

—El gato anda suelto entre las palomas —dijo Christian con una risita de satisfacción—. Todo el mundo ha leído el panfleto. Poligny se está defendiendo a los cuatro vientos, pero Hugh dice que la gente está hablando y señalándole con el dedo. La emperatriz todavía no ha dicho nada, pero en palacio corre el rumor de que está pensando en expulsarle.

—¡Oh, qué fantástico! —Aplaudió Cordelia—. Los rumores llegarán a París mucho antes que nosotros. Ya serás una celebridad.

Christian pareció pensativo. Peinó las gruesas crines de su montura con dedos inquietos.

—Estaba pensando que quizá debería regresar a Viena. Si Poligny se marcha de veras, entonces habrá... —Se detuvo, su modestia habitual le impedía continuar.

—Una vacante de músico de la corte, y quién mejor que el discípulo más destacado de Poligny para ocuparla —terminó Cordelia su frase. Se inclinó hacia adelante para tomarle de la mano —. Oh, querido mío, sólo te deseo lo mejor. Pero te echaría de menos horriblemente. Especialmente ahora, cuando todo se ha vuelto tan confuso.

—¿Confuso?

—Es ese asunto tan difícil, eso de estar enamorada del vizconde —dijo ella con un suspiro casi desesperado. —Y después de lo de anoche, sé que siente más de lo que quiere admitir...

—¿Qué pasó anoche? —interrumpió Christian.

Cordelia notó cómo subía el color a sus mejillas.

—Bueno, pasó una cosa. Me... me encontré por accidente en su habitación, y... bueno...

—¿No te habrá seducido? —Los ojos castaños de Christian echaron de repente chispas.

—Oh, no —se apresuró a tranquilizarle—. Nada de eso. Pero... las cosas se nos fueron de la mano. —Se lo quedó mirando con gesto de impotencia, con una sonrisa compungida en los labios.

Christian se inclinó muy cerca de ella, sus ojos eran penetrantes en su pálida y angular cara.

—¿Ha tomado el vizconde tu virginidad, Cordelia? Si lo ha hecho, le mataré.

—¡Oh, no! ¡No puedes hacer eso! —Exclamó Cordelia—. Y no, no lo ha hecho —añadió, viendo que Christian estaba casi a punto de saltar de su caballo—. Sólo es que ahora me siento tan confundida...

La voz de Leo llegó hasta ellos, mientras avanzaba a medio galope a su encuentro.

—Buenas tardes, Christian. Cordelia, tienes que cruzar el puente ahora. —Llegó al lado del músico, le saludó amablemente y añadió: —Espero que encuentres tu alojamiento satisfactorio, Christian.

Christian se quedó mirando fijamente al vizconde con los ojos todavía encendidos. Una oleada de color se extendió por sus pálidos rasgos, luego desapareció con la misma rapidez.

—Sí, gracias —dijo con frialdad.

—Christian me estaba contando la reacción que ha habido en Viena a nuestro panfleto —le informó Cordelia con excitación—. Todo ha ido como él esperaba. De hecho, está dudando sobre la posibilidad de volver a Viena para ocupar el puesto de Poligny.

—Ahora ya no me lo planteo —anunció Christian con la misma frialdad—. Me quedaré con vosotros. —Dirigió al asombrado vizconde una mirada dura y llena de sobreentendidos antes de clavar los talones en el flanco de su montura y marcharse a medio

galope con su cuerpo habitualmente elegante dando tumbos en la silla como un saco de harina.

—¿Qué demonios le pasa ahora? —preguntó, agarrando las riendas de Cordelia y guiando a su yegua en dirección al puente.

Cordelia, que lo sabía perfectamente, murmuró algo inaudible y recuperó las riendas de un manotazo. Estaba convencida de que Leo no vería con agrado que nadie supiera lo de anoche. Ni entendería su necesidad de confiar en alguien, aunque fuera tan íntimo y cercano como Christian.

CAPÍTULO 09

El príncipe Michael no estaba plenamente satisfecho con la suite que le habían adjudicado para que se alojara con su esposa en el Chateau de Compiégne. Sin embargo, teniendo en cuenta que los aposentos reservados para la delfina no estarían acabados hasta su llegada al día siguiente, porque los obreros no habían recibido su paga, decidió que sería una falta de tacto quejarse de los muebles algo deslucidos con los que estaba habilitada su propia suite.

El príncipe había acompañado al rey y al delfín para encontrarse con María Antonieta en Compiégne. La delfina estaba todavía a una jornada de distancia, pero Luis había decidido honrar a su nueva nieta yendo a su encuentro para darle la bienvenida. Estaba de muy buen humor y se sentía encantado consigo mismo porque se le había ocurrido que quizá el príncipe Michael desearía también ir en busca de su nueva esposa. El príncipe había aceptado con la debida gratitud lo que equivalía a una orden real disfrazada de invitación, aunque hubiera preferido dar la bienvenida a la princesa en su propio terreno. Apresurarse a su encuentro parecía indicar una ansiedad algo inadecuada. La muchacha sólo tenía dieciséis años, después de todo, y no había que darle motivo alguno para que esperara demasiada atención por parte de su marido.

A pesar de todo, aquí estaba, en Compiégne, y al día siguiente por la tarde cabalgaría con el rey y la corte durante unos catorce kilómetros hasta la linde del bosque, donde se encontraría con su segunda esposa.

Extrajo la miniatura de su bolsillo, examinándola con el ceño fruncido. Parecía muy joven, pero ahora, Michael distinguió en su mirada una audacia que le desagradó instintivamente. El porte de su cabeza era casi desafiante, mirándole desde su marco de nácar con aire decidido.

Michael frunció todavía más el ceño. Chasqueó irritado los dedos para llamar a su sirviente, que estaba desempaquetando el baúl de viaje del príncipe. El hombre se apresuró a colocar una copa de vino en la mano extendida de su amo.

Michael tomó un sorbo, sin apartar la vista de la miniatura. Cuando la había visto por vez primera, no le había encontrado parecido alguno con Elvira. Pero sólo había tenido en cuenta la coloración de su tez y la forma de su cara. Ahora, ya no estaba tan seguro. Había algo inquietantemente familiar en la expresión de la muchacha. Pero era mucho más joven que Elvira en el momento en que contrajeron matrimonio y venía de la estricta formalidad de la corte austríaca. ¿Cómo podía tener parecido alguno con la exuberante, sofisticada y coqueta dama inglesa que tanto había perturbado su paz?

Sus dedos se cerraron con más fuerza alrededor del pie de la copa. No volvería a suceder. Se encargaría de esta pequeña inocente, inexperta y poco formada, para moldearla según sus propias necesidades. Si daba muestras de algún rasgo de carácter parecido a los de Elvira, lo borraría sin remordimientos. De todas formas, sería más fácil eliminarlo en esta jovencita que en Elvira. Tendría una esposa sumisa, fiel y cumplidora de sus deberes, que conocería sus obligaciones y aprendería rápidamente a complacer a su marido.

—¡Señor... señor, vuestra mano! —La voz del criado interrumpió su absorta concentración.

Michael bajó la vista hacia su mano. De alguna manera, el pie de la copa se había roto bajo sus contraídos dedos y un fragmento de cristal se le había clavado en la piel.

—¡Por la sangre de Cristo! —maldijo, lanzando la copa a la chimenea vacía—. ¡Tráeme una venda, hombre! ¡No te quedes ahí plantado como un pasmarote!

—Mañana llegaremos a Compiégne, donde el rey y el delfín estarán esperando a María Antonieta. —La expresión de Leo era un dechado de neutralidad. La procesión había llegado a Soissons, a treinta y ocho kilómetros de Compiégne, y él se encontraba ahora junto a Cordelia ante la puerta de la habitación de ella, en la posada a orillas del río donde se alojaba el séquito real para pasar la noche.

—Ya lo sé. —Con aire ausente, Cordelia se enroscó un bucle alrededor del dedo antes de metérselo en la boca. Estaban a una jornada de distancia del final del viaje y su exuberancia habitual se desvanecía rápidamente.

Durante todo el día, Leo había sido amable y atento, pero su tono había sido más paternal que otra cosa, y de alguna manera había conseguido no encontrarse en ningún momento a solas con ella, excepto cuando cabalgaban. Cualquier intento por parte de Cordelia para orientar la conversación hacia el tema de sus relaciones futuras había topado con su pétreo silencio y su precipitada marcha. Como la compañía de Leo era de importancia crucial para su bienestar, Cordelia había aprendido rápidamente a comportarse como él le ordenaba. Distraía a Leo con su animada y a menudo perspicaz charla, debatiendo temas de importancia con la seriedad adecuada, y se esforzaba al máximo para controlar la necesidad de declararle su amor entre frase y frase. Mientras la perspectiva de encontrarse con su marido había permanecido en el futuro, lo había conseguido bastante bien. Pero ahora, se le acababa el tiempo. Una vez Leo la hubiera entregado a su marido, y hubiera abandonado sus responsabilidades hacia ella, sólo podía distinguir la perspectiva de un paisaje terriblemente desconocido.

—¿Se te ha ocurrido pensar que quizá tu esposo también te esté esperando?

—Sí. —Mordisqueó la punta del bucle. Se le había ocurrido más de una vez en las últimas horas—. Pero creo que más bien me esperará en París.

—Quizá. Aunque yo tengo la sensación de que estará en Compiégne.

—No tendré que entrar en su cama hasta que se haya celebrado la boda formal —dijo ella casi para sus adentros, a través del pelo en su boca.

Pero Leo la oyó, y sus palabras entre dientes le recordaron hasta qué punto pertenecía a otro hombre.

—Éste es un hábito realmente desagradable. —Bruscamente, le apartó el mechón empapado de la boca.

—Sólo lo hago cuando me rondan pensamientos desagradables.

—Supongo que ni se te ocurre pensar que no debes expresar ese tipo de pensamiento en público —saltó él.

Cordelia inspiró profundamente. Era su última oportunidad.

—Leo, ya sé que no quieres tomarme como amante... no... no, escúchame, por favor —rogó, al ver que se disponía a hacerla callar —. Por favor, déjame hablar, sólo por esta vez.

—No, si vas a decir lo que creo que estás pensando —contestó cortante—. Te lo he dicho no sé cuantas veces, no pienso escuchar tus disparates...

—No, esto no es ningún disparate —le interrumpió ella ansiosa —. No estoy formalmente casada con el príncipe, sólo por poderes. El matrimonio no ha sido consumado todavía, ni nada parecido, por lo tanto podría ser anulado, ¿no es cierto?

—¿Cómo? —Se la quedó mirando con expresión incrédula. Era una nueva perspectiva, incluso para Cordelia.

—Podría explicarle que no quiero casarme con él. Que ha sido un gran error. Podría decirle que sin duda tampoco él querría estar casado con alguien que no soportara tenerle como...

—¿Te has vuelto completamente loca, muchacha? Tu matrimonio con Michael es tan firme como si el mismísimo papa os hubiera casado en Roma. Los contratos nupciales están firmados, tu

dote ya está pagada... Dios mío, tienes la cabecita llena de cuentos de hadas. —Se mesó el pelo negro que esta noche llevaba descubierto y sin empolvar.

—Me niego a creer que sea imposible —porfió ella—. Me niego a creer que no puedo tenerte a ti como esposo en lugar de a él.

—Ahora, escúchame bien. —La agarró por los hombros, hablando a través de sus labios apretados—. Mételo de una vez en la cabeza: no me casaría contigo aunque fueras la única mujer en el mundo. —La sacudió, para recalcar su salvaje declaración y tuvo la dudosa satisfacción de ver sus ojos empañados de dolor, borrados por completo toda convicción, entusiasmo y determinación—. Pareces creer que te basta con desear algo para que todo se cumpla. Pero te olvidas, Cordelia, de que en estas fantasías tuyas también están involucradas otras personas. Personas con sus propias opiniones y deseos. No deseo formar parte de tus descabellados caprichos. ¿Me has comprendido? ¿He hablado suficientemente claro? —Volvió a sacudirla.

Cordelia estaba anonadada por la fuerza de sus palabras, la ferocidad de su rechazo.

—Creía... creía que te gustaba —dijo con la voz entrecortada y los ojos llenos de lágrimas.

Leo gritó, con una imprecación breve y cortante:

—Que me gustes o no, no tiene nada que ver con esto. Estoy harto de verme implicado en tus caprichosas ideas sobre cómo modificar tu destino.

—¿Ni siquiera quieres ser amigo mío? —Preguntó ella con mucho dolor—. ¿Ni siquiera podré hablar contigo, como lo hago con Christian?

—¿Le cuentas a Christian estas cosas?

—A Christian se lo cuento todo. Siempre hemos compartido todas nuestras confidencias.

Leo cerró los ojos por un instante.

—¿Y supongo que le habrás contado a tu amigo lo que sucedió en Melk? —No necesitaba su confirmación. El joven músico le

miraba como si fuera Atila el Huno desde que habían cruzado el río Steyr.

Cordelia no respondió, pero siguió mirándole, con sus ojos del gris más oscuro a causa del dolor.

—¡Dios mío! —farfulló casi desesperadamente. No soportaba que lo mirara de esta forma.

—¿No querrás ser mi amigo? —Repitió con repentina urgencia, depositando la mano en su antebrazo—. Necesito amigos, Leo.

Necesitaría amigos, tanto en su matrimonio como para abrirse camino a través de los obstáculos de la vida versallesca. Eso no podía negárselo, aunque quisiera.

—Seré tu amigo —declaró con una voz sin inflexión. Luego se hizo a un lado para abrir la puerta de la habitación de Cordelia—. Buenas noches, Cordelia.

—Buenas noches, milord. —Se deslizó a su lado apartando la cara.

Nada pasaba desapercibido a la mirada inquisitiva de Matilde. Su niña estaba muy pálida, con los ojos ensombrecidos.

—Pronto nos encontraremos con el príncipe, supongo —observó con aparente indiferencia, mientras desabrochaba y desataba su atuendo.

—Probablemente, mañana. —Cordelia se sacaba las horquillas del pelo. Su voz estaba tensa de lágrimas reprimidas—. Pero no tendré que acudir a su cama hasta que se haya formalizado solemnemente el matrimonio.

—Así es —se contentó con afirmar Matilde. Algo había sucedido para que su niña estuviera ahora tan frágil, y no resultaba muy difícil adivinar qué podía haber sido. El vizconde seguramente había asestado el golpe de gracia a las esperanzas de Cordelia, y Matilde no tenía la intención de contrarrestarlo ofreciendo su simpatía y su consuelo. Su tarea ahora era preparar a Cordelia para la noche de bodas. Se había asegurado de que la muchacha no ignorara el aspecto carnal del matrimonio. El vizconde Kierston había ampliado esa educación más allá de los límites que Matilde consideraba

necesarios, pero no servía de nada lamentar lo que ya no tenía remedio. Impartiría a su niña algunos sabios consejos más en la noche de bodas, cuando Cordelia estuviera más receptiva.

Arropó a Cordelia en su cama como si fuera otra vez una niñita en la cuna, le dio un beso de buenas noches, sopló las velas y salió en silencio de la habitación.

Sola, Cordelia se cubrió la cabeza con las mantas, hundiéndose en la oscuridad. Solía hacerlo de pequeña, cuando había sucedido algo malo y quería instintivamente desconectar del mundo, como si al no verlo, pudiera borrar todo lo malo. Ahora, sin embargo, ya no era una niña, y las defensas de la infancia no parecían funcionarle. Incluso en su escondite, sus pensamientos desdichados la acosaban, adoptaban casi una forma concreta, cristalizando su desesperación.

No quería estar casada con otro que no fuera Leo. La idea de que la tocara alguien que no fuera el vizconde la llenaba de repugnancia y horror. ¿Cómo iba a poder soportar lo que debía soportar?

Resueltamente, apartó las mantas de su cara y se quedó tumbada de espaldas. No conseguiría nada compadeciéndose de sí misma. Tenía que pensar en lo que tanto temía y enfrentarse a ello.

A Leo no le gustaba su cuñado. Con este reconocimiento, perdió el hilo de sus ideas. ¿Cómo lo sabía ella? El vizconde nunca le había dicho nada, pero algo habían reflejado sus ojos en cuanto se mencionaba al príncipe, una mirada oscura e inquietante, aunque desaparecía tan rápido que a veces ella creía haberla imaginado.

¿Tendría quizá algo que ver con la hermana de Leo? ¿Había sido el príncipe tiránico con su esposa?

¿Debería temer algo más que el acto físico del matrimonio? ¿Debería temer al hombre en sí?

Esa idea era tan sorprendente que Cordelia se incorporó y se sentó en la cama. Pero sin lugar a dudas, Leo la habría avisado, si hubiera sabido algo malo sobre su marido. Sin lugar a dudas, no habría auspiciado este enlace, ni habría tomado parte en él como lo

había hecho. Leo era un hombre demasiado honorable para hacer algo que repugnara a su conciencia, como ella sabía demasiado bien.

Cordelia volvió a tumbarse, acurrucándose bajo el edredón de plumas contra el frío de la noche. Ahora se daba cuenta de que ignoraba muchísimas cosas que necesitaba saber.

Había iniciado su viaje como en un sueño encantado. Las maravillas del amor lo habían bañado todo en una suave luz rosada. Le esperaba el dorado palacio de Versalles y una nueva vida de libertad y placer. Pero este ensueño se veía ahora roto en mil pedazos por el inminente amanecer. Su amor nunca se convertiría en realidad mientras estuviera casada con un anciano desconocido. Ya no navegaba sin rumbo en un mar de ricas promesas, estaba helada y asustada, temblando a orillas de un lago de neblinas, y por primera vez desde que abandonara Viena veía claramente la realidad de su situación.

Se tumbó de lado, levantando las rodillas, intentando relajarse. Necesitaba dormir. Pero el sueño se le escapaba. Dio mil vueltas en la cama, tenía la mente llena de pensamientos inconexos y temores indefinidos. Se preguntó si Toinette estaría sufriendo la misma angustiosa desazón, y deseó haber pasado la noche junto a ella, como tantas otras noches de su infancia, acurrucadas en la misma cama, intercambiando secretos y sueños.

Finalmente cayó en un profundo sueño justo antes del alba, y se despertó sin haber descansado, sintiéndose sombría y desgraciada cuando Matilde apartó los ropajes de la cama.

—Prepárame mi traje de montar, Matilde, por favor. Creo que el aire fresco me hará bien. Quizá así me despierte. —Bostezó sentada al borde del lecho, con el cuerpo dolorido y cansado.

Matilde le echó una ojeada cómplice.

—¿Una mala noche?

—Estoy agotada y no me encuentro muy bien, Matilde. —Cordelia saltó de la cama y hundió la cabeza en el reconfortante

regazo de Matilde, abrazando firmemente la cintura de su sirvienta —. Tengo miedo y me siento desgraciada.

Matilde la abrazó y le acarició el pelo.

—Vamos, vamos, mi querida.

Cordelia se aferraba a ella como tantas veces durante su infancia, y como siempre, Matilde conseguía transmitirle su fuerza. Al cabo de unos minutos, se incorporó y le dirigió una sonrisa algo desvaída:

—Ya me encuentro mejor.

Matilde asintió y le palmoteo la mejilla.

—Las cosas no son nunca tan malas como esperas que sean. Te traeré un poco de hamamelis para los ojos. —Sacó un trapo empapado en solución de hamamelis, y Cordelia se tumbó en la cama, presionando el trapo calmante contra sus ojos doloridos, mientras Matilde cepillaba su traje de montar de terciopelo azul ribeteado de encaje plateado.

Todavía se sentía débil cuando salió de su habitación, pero por lo menos sabía que no se la veía tan mal como en realidad se sentía. Leo estaba en el patio de las cuadras, observando al palafrenero que ensillaba sus caballos. Se giró al verla acercarse y la saludó con una inclinación de cabeza. Su rápido examen encubierto le dijo que el vizconde no había dormido mucho mejor que ella. Parecía pálido y demacrado. Quizá no fuera un día tan alegre para él, al fin y al cabo. Pero después de lo que le había dicho, ¿cómo podía ella pensar eso? Tenía que olvidarse de una vez de esas fantasías.

—No hay motivo alguno para que no monte a caballo hoy ¿verdad? —Se golpeó las botas con la fusta. Había decidido tratarle con naturalidad, hablar con él como si aquella espantosa escena no hubiera tenido lugar, como si nunca hubiera pronunciado aquellas palabras terribles. Pero su voz surgía tensa, las lágrimas formaban un duro nudo en su garganta y le era imposible mirar al vizconde a los ojos.

—Puedes cabalgar esta mañana. Pero después del almuerzo debes viajar en el carruaje. Tu marido espera sin duda que viajes

con la debida solemnidad —le informó con una voz neutra.

—Porque, si no lo hiciera así, ¿no sería un comportamiento acorde con mi posición? —Si no pensaba en Leo, si sólo se concentraba en temas neutros, el nudo de lágrimas se disolvería y su voz volvería a sonar normal de nuevo.

—Posiblemente. —Leo tuvo que domeñar su impulso que le empujaba a acariciarle la mejilla, a alisar la tirantez de su preciosa boca y a borrar su evidente dolor desmintiendo lo que le había dicho. Pero si lo hacía, iban directos a la locura. Debía mantenerse firme, o toda su crueldad habría sido en vano.

—¿Se preocupa mucho el príncipe por el prestigio y el estatus y todo lo que los acompaña? —observó a su alrededor los preparativos del séquito para salir de Soissons.

—En Versalles preocupan mucho.

¿Rehuía deliberadamente la pregunta?

—Pero ¿a mi marido le preocupan? —insistió.

—Creo que sí —le respondió él, montando de un salto en su caballo—. Pero, como te he dicho, en Versalles es crucial todo lo que tiene que ver con el protocolo.

Cordelia entregó su pie al mozo de cuadra que esperaba para ayudarla a montar a Lucette.

—Y el príncipe ¿está más preocupado por el protocolo de lo normal? —Cordelia recogió las riendas y guió a su montura para salir al paso del patio, junto al caballo del vizconde.

Leo torció el gesto. Elvira se había quejado una vez de las rígidas actitudes de Michael. Odiaba cualquier desviación de lo que él consideraba procedimientos correctos. Tenía ciertos rituales invariables. Cuando Leo le había presionado para que fuera más específica, Elvira se había reído y había cambiado de tema. Pero Leo recordaba el ligero malestar que le había producido aquella conversación. De hecho, era un malestar recurrente ante muchas de las conversaciones que había mantenido con su hermana en aquella época. Tanto por lo que Elvira le había dicho como por lo que había callado.

—¿Vizconde? —le apremió Cordelia.

Sacudió la cabeza para espantar las sombras y habló con brusquedad.

—No lo sé. Michael es un diplomático, un político. Sigue las reglas de todos los juegos. Le preocupan las apariencias, pero como todo el mundo en Ver salles. Lo verás por ti misma.

Cordelia no tuvo ánimos para seguir preguntando, y siguieron cabalgando en tenso silencio toda la mañana, deteniéndose para el refrigerio de mediodía en la orilla derecha del río Aisne. Los habitantes de la zona acudieron en tropel alrededor de las mesas dispuestas como para un picnic, boquiabiertos ante la delfina y su séquito. María Antonieta estaba encantada con aquel rústico entorno y con lo informal de la ocasión. Solicitó la presencia de Cordelia en su mesa y charló con ella como una cotorra.

Obviamente, Toinette no se sentía aprensiva ni tenía en absoluto el aspecto de haber pasado la noche en vela. Cordelia se dio cuenta de que la angustiada muchacha que extrañaba a su familia y a su país se había desvanecido y se había transformado en esta encantadora y encantada princesa, que se deleitaba con las atenciones y los homenajes, con el evidente placer de un niño mezclado con la altanería de alguien que sabe que le son debidos.

—Ven, vamos a pasear entre el pueblo. —Toinette se levantó en una nube de seda color paja. Tomó a Cordelia del brazo—. Pasearemos entre los aldeanos y les saludaremos. Ahora son mis súbditos, y deseo tanto que me quieran...

Los lugareños parecían sin duda muy bien dispuestos hacia su futura reina y poco deseosos de dejarla ir cuando llegó el momento de regresar a los carruajes.

Lucette ya estaba desensillada y había regresado a la cola de la procesión, y el carruaje con las armas de Von Sachsen en sus paneles laterales estaba preparado. Leo la esperaba junto al estribo. Mientras Cordelia avanzaba hacia él, Christian salió de la muchedumbre, con las riendas de su caballo en la mano.

La cara de Cordelia se iluminó. Con Christian, siempre estaba segura de ser bien recibida. La cálida amistad de Christian no era ninguna fantasía. Recogiendo sus voluminosas faldas, corrió hacia él.

—Christian, ¿cómo estás? —Se alzó de puntillas para besarle, olvidándose de que estaban en público—. He estado pensando en dónde te alojarás en París.

—Cordelia, deberías saber que no es correcto dar muestras de afecto en público —le reprendió severamente Leo, al llegar a su lado —. Y tú también, Christian. Sabes tan bien como cualquiera que la intimidad de vuestra amistad debe permanecer oculta a la atención pública.

Christian se ruborizó.

—Conozco los límites de la amistad, milord —le contestó lanzándole una clara indirecta.

—Leo, ¿tienes alguna idea sobre adonde debería ir Christian cuando lleguemos a París? —preguntó rápidamente Cordelia.

—No necesito la ayuda del vizconde, Cordelia —protestó Christian con frialdad—. Soy perfectamente capaz de cuidar de mí mismo.

—Pero es una ciudad desconocida, y lord Kierston es tu protector. Por supuesto que va a ayudarte, ¿no es cierto? —Dirigió la mirada de sus grandes ojos turquesa hacia él—. ¿No faltarás a tu promesa, supongo?

Era casi un alivio, pensó Leo, ver sus ojos ahora llenos de un airado reto, en lugar del inquietante impacto de alguien cuya confianza ha sido abruptamente aniquilada. Ignoró el desafío y le dijo tranquilamente a Christian:

—Te daré la dirección de una casa de huéspedes respetable y asequible. Allí estarás muy cómodo hasta que puedas instalarte mejor.

Leo abrió la puerta del carruaje.

—Vamos, la procesión empieza a moverse. —Ayudó a subir a Cordelia y trepó tras ella.

Cordelia se asomó a la ventana.

—Ya lo discutiremos cuando lleguemos a Compiégne, Christian. —Se quedó observándole mientras cabalgaba hacia la cola de la columna, y luego se recostó en los mullidos cojines.

—¿Le ayudarás, verdad?

—Si él lo acepta. —Leo se giró para mirar por la ventana. Lamentaba la necesaria crueldad de la noche anterior, pero en aquellos momentos sus sentimientos iban mucho más allá. No había previsto sentirse de aquella forma. Triste y afligido. Había cumplido con su deber hacia Cordelia y hacia Michael. Había resistido a la tentación, con una sola excepción, aunque hubiera sido lo más difícil que le había ocurrido en la vida. Ahora ya no caería en ninguna tentación. En cuanto la presentara a su marido, Cordelia pertenecería a Michael en cuerpo y alma. Pero este hecho le llenaba de sombrío pesar.

Llegaron al pueblo de Berneuil, en el linde del bosque de Compiégne, a las tres de la tarde. Dos escoltas del cortejo real les esperaban con la noticia de que el rey había decidido acompañar en persona a su nueva nieta hasta Compiégne. Él y el delfín sólo estaban a cinco minutos de distancia.

—Un honor inesperado —observó Leo—. El rey no suele tomarse tantas molestias.

Viendo que Cordelia no respondía, Leo bajó del carruaje.

—Ven. —Le ofreció su mano.

La mano de Cordelia sólo rozó la suya al bajar. Inconscientemente, alzó la cabeza mientras miraba a su alrededor.

Era tan obvio que estaba intentando armarse de valor que Leo se sintió profundamente conmovido.

—Anímate. Las cosas no son nunca tan malas como esperas. —Intentó animarla con una sonrisa.

—No quiero casarme con él —dijo ella en voz baja e intensa—. Te quiero a ti, Leo.

—¡Basta! —le ordenó bruscamente—. Sólo te harás daño diciendo cosas como ésa.

Cordelia se mordió el labio con fuerza. Alcanzaron a la delfina y su séquito, de pie al lado de sus vehículos, esperando al rey. Toinette miró por encima del hombro y se encontró con la mirada de Cordelia. Hizo una mueca, y por un momento pareció que su antigua relación llena de travesuras quedara reinstaurada, aunque Cordelia no consiguió animarse a responder. Luego, el aire resonó con el sonido de los cascos y ruedas de hierro en la calzada sin pavimentar, y la delfina se giró de nuevo apresuradamente, enderezando la espalda.

La cabalgata real entró en la placita del pueblo con el sonido triunfal de tambores, trompetas, timbales y oboes. Era una nutrida tropa de guardias, soldados, caballeros y carros.

El rey descendió del primer carruaje, acompañado por un joven que miraba a su alrededor con aire constreñido y nervioso.

—¿Es el delfín? —susurró Cordelia a Leo, desviando su atención por un momento de su propia desgracia.

—Sí, es muy tímido.

Cordelia quería comentar la falta de atractivo del joven, pero se guardó su comentario, mientras veía cómo Toinette caía de rodillas ante el rey, quien volvió a alzarla y la besó afectuosamente antes de empujar a su nieto hacia ella. Louis Auguste besó tímidamente a su esposa, bajo los aplausos y vítores de los espectadores.

El príncipe Michael von Sachsen se dirigió hacia su cuñado abriéndose paso entre la muchedumbre. Durante unos minutos, se había dedicado a observar a la joven que estaba al lado del vizconde. Iba vestida con la máxima elegancia, como era de esperar. Su expresión era de gran seriedad, parecía casi huraña. Había sufrido suficiente frivolidad en su vida de casado para que le durara durante varios matrimonios, se dijo a sí mismo, más bien complacido por la sombría compostura de la muchacha. Con suerte, neutralizaría la tendencia veleidosa de sus hijas, denunciada por Louise de Nevry. En realidad, le costaba imaginar que una u otra de las niñas fueran capaces siquiera de esbozar una simple sonrisa, pero probablemente su institutriz las conocía mejor que él.

—Vizconde Kierston. —Saludó a su cuñado con formalidad.

Leo había estado observándolo mientras se acercaba. Inclinó la cabeza.

—Príncipe von Sachsen. Permíteme que te presente a la princesa von Sachsen.

Cordelia hizo una reverencia. Su marido la tomó de la mano y la ayudó a levantarse. Besó su mano, luego rozó ligeramente su mejilla con los labios.

—Madame, os doy la bienvenida.

—Gracias, señor. —Cordelia no encontró nada más que decir. El príncipe era muy parecido a su miniatura. No carecía totalmente de atractivo. Su pelo estaba oculto bajo una peluca, pero sus cejas eran grises. Su figura era algo corpulenta, pero no en demasía, al menos en comparación a la ya acostumbrada delgadez y atlética musculatura de Leo Beaumont.

Hizo un esfuerzo por sonreír, para mirarle a sus ojos claros. Leo, a su lado, tenía la vista fija en algún punto indefinido. El príncipe torció de repente el gesto y una sombra bailó por un momento a través de la lisa superficie de sus ojos. Como si no le gustara lo que había visto.

—Esta noche pernoctaremos en Compiégne —anunció el príncipe con una voz monótona y ligeramente nasal, sin el más mínimo atisbo de calidez—. He ordenado que la boda sea formalmente solemnizada cuando lleguemos a París mañana por la noche. Será una ceremonia discreta, pero confío, Leo, en que nos honres con tu presencia. —Se giró para sonreír a su cuñado. Una sonrisa fina y rápida que a Cordelia le recordó desagradablemente la lengua de una víbora. Echó una ojeada a Leo. Su expresión era gélida, pero se inclinó y dijo en un murmullo que se sentía honrado por la invitación.

Una vez más, Cordelia estaba profundamente impresionada por el evidente desagrado que Leo sentía hacia el príncipe. No por lo que dijera, sino por su mirada. Notaba una especie de rabia que emanaba del vizconde. ¿Qué debía ser? Miró a los dos hombres. El

príncipe Michael estaba ofreciendo su cajita de rapé. Leo tomó un pellizco con una frase de agradecimiento. Superficialmente, ni la escena ni su comportamiento tenían nada de especial, pero bajo esta superficie Cordelia juraría que corrían profundas corrientes de antagonismo.

¿Por qué? Seguro que debía de tener algo que ver con Elvira. Pero ¿qué?

Leo luchaba como siempre con la vorágine de emociones que la presencia de su cuñado siempre le evocaba. Michael estaba vivo. Elvira había muerto. Leo no había estado junto al lecho de muerte de su hermana, no había tenido noticia de su enfermedad hasta después de su muerte. Pero ¿había hecho Michael todo lo posible para salvarla? El interrogante le atormentaba como sólo lo había hecho la rapidez de la defunción. Tan rápida, tan repentina. Un día ella estaba bajo el sol, alborozada, radiante y llena de vida. Y al día siguiente no era más que un cuerpo consumido en un ataúd. Y él no había estado allí para salvarla, o para sufrir a su lado. Y nunca sabría ya si se había hecho todo lo que se podía hacer.

—Vamos, debemos regresar al carruaje. —El príncipe señaló el séquito real, que montaba de nuevo en sus vehículos—. Viajaré con vosotros. ¿Hay suficiente espacio, supongo? —Dirigió esta cortés pregunta a Leo.

Leo apartó de su mente los fantasmas del dolor y la ira y se esforzó en volver a aquella soleada tarde. —Os dejaré a solas para que conozcas mejor a tu esposa, Michael. Cabalgaré gustoso.

—Adiós, Cordelia. —Se inclinó y alargó la mano hacia la silenciosa y atenta Cordelia, que se dio cuenta, con angustiado sobresalto, de que realmente iba a abandonarla allí.

Cordelia le dedicó una reverencia y le dio la mano. Sus ojos estaban muy abiertos y vulnerables, y su voz tenía una tristeza desconocida.

—Estoy tan acostumbrada a tu compañía, que no sé cómo podré pasar sin ella. ¿Te veremos en Compiégne?

—No. Creo que regresaré directamente a París. Ahora ya tienes la compañía de tu marido y no necesitas la mía. —Fijó intensamente la mirada en la de ella, deseando que perdiera su aire desolado. Sin duda, terminaría llamando la atención de Michael.

—Entonces, permíteme que te agradezca todos tus cuidados. —Cordelia parecía haber recuperado el ánimo. Su sonrisa era frágil, pero era, a pesar de todo, una sonrisa.

—El placer ha sido mío. —Alzó la mano de Cordelia hasta sus labios y la besó.

El contacto de sus labios le abrasó la piel a través de los guantes y, por un revelador instante, el amor brilló en sus ojos con una intensidad tan penetrante que casi le obligó a apartar la mirada. Luego, tomó a su esposo del brazo y le dio la espalda.

Leo permaneció contemplándolos mientras desaparecían entre la bulliciosa muchedumbre, luego giró sobre sus talones para marcharse. Se sentía vacío. De repente, la idea de ver a Cordelia con Michael le resultaba insoportable. Pensar que las manos del príncipe tocarían esta piel fresca y despertarían aquella sensualidad tan candida y maravillosa le llenó de cólera amarga. Elvira no le había confesado nunca cómo era Michael en la cama, y él había respetado su delicadeza, aunque fuera una reticencia poco habitual en una persona tan natural y sincera como su hermana. Ahora le atormentaba una curiosidad obsesiva que le resultaba tan dolorosa como aparentemente voyeurista.

—Lord Kierston.

Se detuvo y se dio la vuelta ante el saludo de Christian Percossi. Su expresión no era alentadora. No necesitaba los comentarios acusadores del joven músico en aquellos momentos. Pero Christian parecía sentirse tan desconsolado y desgraciado como Leo.

—¿Estará bien? —Christian estaba sofocado, despeinado, con una mirada perdida en sus expresivos ojos castaños.

—Está con su marido.

—Sí, pero ¿qué clase de hombre es él? —Christian se retorcía las largas y elegantes manos—. ¿Sabe lo especial que es Cordelia?

¿Será capaz de apreciarla?

Leo expiró lentamente.

—Eso espero —dijo finalmente, volviéndose de nuevo para marcharse, antes de acordarse de que el joven dependía hasta cierto punto de él—. Cuando llegues a París, dirígete hacia la Belle Étoile en la rué Saint Honoré. Menciona mi nombre. Vendré a buscarte en un par de días.

—¿Os vais a Compiégne, ahora?

—No. Me marcho directamente a París. Hasta luego, Christian. —Saludó con ademán displicente al muchacho y se marchó, dejando a Christian incómodamente solo en la plaza del pueblo, que ahora se vaciaba con rapidez. Al cabo de un minuto fue en busca de su caballo. Seguiría la procesión hasta Compiégne. Aunque no pudiera hablar con Cordelia, por lo menos estaría cerca de ella. Le pareció muy desconsiderado por parte del vizconde que la abandonara de aquella forma cuando probablemente necesitara caras amigas a su alrededor.

Leo empujó la puerta y entró en una taberna de bajos techos.

—¡Vino, mozo!

El mozo de taberna salió disparado hacia la barra del bar y regresó con una jarra de vino tinto y un recipiente de peltre. Leo lo agradeció con una sombría inclinación de cabeza y llenó el vaso. Bebió un prolongado trago y se dispuso a pasar una larga tarde en compañía de Baco. Al día siguiente sería la boda de Cordelia, y tenía la intención de atenderla con un dolor de cabeza demoledor y los sentidos anestesiados por el vino.

El príncipe Michael había ofrecido su mano a Cordelia para que subiera al carruaje y había entrado tras ella. Se sentó, arreglando los pliegues de los largos faldones de su gabán de brocado, y ajustándose la espada.

«Cuántos gestos maniáticos», pensó Cordelia. Un hombre preocupado por los detalles, que necesitaba que todo estuviera perfectamente ordenado. La antítesis de ella misma.

—Me siento honrada de que hayas venido a buscarme —aventuró Cordelia. Tenía que romper el hielo, de alguna manera.

—No tienes por qué —le respondió él, finalmente satisfecho con su traje y alzando la mirada hacia ella—. En circunstancias normales, por supuesto, te habría esperado en París. Pero como el rey parecía complacido por este viaje, me pareció apropiado acompañarle para ocuparme de mis propios asuntos.

Qué aridez, pensó Cordelia. Sin duda, podía haberle dicho algo más cálido, más alentador. Fijó la mirada en sus manos, que reposaban en su regazo. Un rayo de sol encendió el brazalete de serpiente en su muñeca. Lo tocó, y probó de nuevo.

—Y te agradezco mucho este regalo de compromiso. El zapatito de cristal y diamantes es exquisito. —El pequeño dije bailaba con sus movimientos—. Me intrigan los demás colgantes.

—No tengo ni idea de su historia. Ya estaban ahí cuando compré la pulsera para mi... —Se detuvo en seco, pensando que quizá fuera poco diplomático mencionar a su propietaria original. La verdad, era una joya demasiado valiosa para desperdiciarla, y no creía en gastos innecesarios.

Elvira había sabido llevar el brazalete. Su compra, al nacer las gemelas, había sido un gesto extravagante y caprichoso que ahora lamentaba. Le había parecido que su intrincado diseño era perfectamente adecuado para aquella mujer, y cuánta razón le habían dado los acontecimientos posteriores. El brazalete, con su interpretación de la serpiente y la manzana, estaba hecho para Elvira: tentadora, engañosa, mentirosa, una meretriz. Se había comportado como una meretriz la primera vez que había entrado en su cama, y había sido una meretriz hasta su lecho de muerte.

La antigua rabia encarnizada le atravesó las venas, y cerró los ojos hasta conseguir controlarla. Se había acabado. Elvira había pagado el precio. Tenía una nueva esposa.

Abrió de nuevo los ojos, estudiándola. También en ella intuía cierto atrevimiento. Lo había advertido cuando le había mirado a los ojos, hacía un momento. Debería haber bajado la vista ante su

marido, pero le había devuelto la mirada con un aire desafiante que no le había gustado en absoluto. Sin embargo, era joven e inocente. La antítesis de Elvira. Pronto le arrancaría cualquier bravura indeseable.

Cordelia se preguntó por qué no había terminado la frase, pero no insistió para que lo hiciera. La cara del príncipe estaba cerrada y sombría. ¿Qué tipo de hombre era ese esposo suyo? Demasiado pronto lo descubriría.

CAPÍTULO 10

Al final de la velada en Compiégne, Michael todavía no sabía qué pensar de su nueva esposa. Carecía de la modestia servil que había esperado encontrar en una persona tan joven, educada en la corte de María Teresa. Pero su voz era suave, sus inflexiones dulces y melodiosas, y no detectaba señal alguna de estridencia o presunción en su forma de hablar ni en sus modales.

Como punto a su favor, también estaba perfectamente a sus anchas en la corte. Se había comportado durante su introducción ante el rey con una gracia insuperable, ni intimidada ni excesivamente atrevida, y el rey había parecido claramente complacido con ella. Una esposa bien vista por el rey y que fuera la confidente de la delfina sería sin duda una baza de importancia.

Decidió aplazar su opinión definitiva hasta que la conociera algo mejor. Cuando el séquito real se retiró finalmente a sus aposentos, se acercó a su esposa, que estaba conversando con una anciana duquesa, o más bien, escuchando su monólogo.

—Con vuestro permiso, madame, tengo que llevarme a mi esposa.

Cordelia alzó la vista al oír la voz ligeramente nasal a su espalda y, por un segundo, el alivio que sentía al verse rescatada asomó en sus ojos. Pero inmediatamente volvió a bajar la vista, puesto que el alivio que le producía este rescate sólo presagiaba el momento que había estado temiendo toda la noche. ¿Qué sucedería ahora?

¿Esperaría acaso su marido alguna intimidad física? Le recorría un escalofrío sólo con pensar en un simple beso.

—Oh, sí, no quiero privaros de vuestra esposa, Príncipe. —La duquesa desplegó su abanico, añadiendo con sonrisa maliciosa—. Es bien sabido el poder de una joven novia para reanimar las energías de un hombre que ya no está... ¿en la flor de la vida, podríamos decir?

El príncipe Michael se limitó a inclinarse, impertérrito.

—Os deseo que paséis una buena noche, madame.

Cordelia hizo una reverencia a la duquesa y dio un paso atrás para tomar a su marido del brazo.

—¡Menuda bruja! —dijo.

—¿Cómo has dicho? —El príncipe no daba crédito a sus oídos. Echó una ojeada a su alrededor para comprobar que nadie podía haber oído el escandaloso comentario.

—He dicho que era una bruja —repitió Cordelia, aparentemente inconsciente de la conmoción de su marido—. Mira que decir algo tan maligno y malicioso... para los dos.

—¿Estás acostumbrada a utilizar ese tipo de lenguaje en Viena? —le preguntó en tono glacial.

—¡Oh! —Cordelia se dio cuenta de su error. Parecía haber empezado con el pie equivocado—. Te pido mil disculpas, me temo que a veces tiendo a hablar con demasiada franqueza. —Le sonrió con aire compungido.

—Pues tendrás que aprender a controlar esta tendencia, querida —afirmó el príncipe, obviamente impasible ante su sonrisa—. También aprenderás que la malicia de la duquesa es de las menos acusadas en comparación con las de la mayoría en Versalles. Si haces caso a semejantes comentarios serás el hazmerreír de la corte. Y te aseguro que no toleraré que mi esposa se exponga de esta forma.

La dureza de estas declaraciones era tan inesperada, tan severa, que Cordelia fue incapaz de ocultarle la impresión y consternación que reflejaban sus ojos, mientras continuaba alzando

la vista hacia la de su esposo, y la sonrisa se iba borrando lentamente de su cara.

Michael observó su desconcierto con satisfacción, advirtiendo que sus ojos de un gris azulado eran en realidad bastante atractivos, todavía más por su turbación. Algo se movió en las entrañas del príncipe.

Horrorizada, Cordelia reconoció el despertar del deseo en los ojos de su marido. Era una expresión que había aprendido a reconocer durante el año anterior, puesto que su posición en la corte había pasado de ser una niña a una debutante, y se había convertido en el centro de la atención de más de un joven cortesano. Pero lo que vio en la mirada repentinamente ansiosa de su marido le provocó un escalofrío. Su deseo estaba teñido de crueldad.

—Me has entendido —dijo él.

«Demasiado bien.» Cordelia asintió.

—Te expresas con perfecta claridad.

—Bien. Y mientras sigas comprendiéndome claramente, nos llevaremos muy bien. Ven, te acompañaré hasta nuestros aposentos. —El príncipe tomó su mano y se la introdujo firmemente bajo el brazo. Cordelia se preguntó angustiada si tenía la intención de satisfacer su repentino apetito.

—¿Vas a jugar a las cartas esta noche? —El ruido procedente de las salas de juego que rodeaban el salón indicaba que los jugadores empedernidos se preparaban como de costumbre para empezar la velada.

—No, esta noche, no —repuso con sequedad, haciéndola desfilar por el salón, inclinándose y sonriendo con su sonrisa de víbora a uno y otro lado, en respuesta a los saludos familiares—. Mañana será un largo día. El rey ha tenido la deferencia de sugerir que la solemnización de nuestro matrimonio se celebrara en la capilla privada del Hotel de Ville en París.

—Creía haber entendido, por lo que dijiste, que sería una ceremonia muy discreta. —No quería que él advirtiera el temblor de

su voz, mientras porfiaba para controlar el pánico. No estaba preparada para su noche nupcial. Esta noche, no. Se había mentalizado para soportarlo al día siguiente, pero se sentía incapaz de superarlo sin preparación.

—Lo será. Sólo el vizconde Kierston y unos amigos íntimos.

—¿Y tus hijas?

—Santo Dios, ¿por qué deberían estar presentes? —Parecía genuinamente asombrado ante la sugerencia.

—Me había parecido que quizá fuera apropiado, —dijo Cordelia. Obviamente, acababa de cometer un nuevo error.

—De ninguna de las maneras —zanjó el príncipe, abriendo la puerta del dormitorio de Cordelia—. Estarán esperándote en casa para presentarte sus respetos.

Cordelia torció el gesto, girando la cara al pasar junto a él para entrar en la habitación. No parecía ser el momento adecuado para una cálida y alentadora introducción. El príncipe la siguió y cerró la puerta a sus espaldas. Las náuseas volvieron a apoderarse de ella. Pero sin duda, el príncipe no haría nada en presencia de Matilde.

Matilde se levantó de la silla donde había estado sentada cosiendo un volante que se había desprendido de uno de los trajes de Cordelia, y saludó a su nuevo dueño con una reverencia.

—Eres la criada de la princesa, según tengo entendido.

—Sí, milord. Matilde. He cuidado de mi señora desde que era un bebé. —Matilde era la pura imagen del servilismo más ansioso, mientras hacía otra reverencia. Nada en esta humilde sirvienta recordaba a la mujer decidida que conocía el vizconde Kierston. Pero tanto ella como Cordelia sabían que si Matilde no se congraciaba con el príncipe, éste podía expulsarla de su casa sin el más mínimo reparo.

—Matilde ha sido mi ama de cría.

Michael frunció el ceño.

—Necesitarás a una doncella muy versada en las costumbres de la corte. Una anciana ama de cría no es la dama de compañía adecuada para la esposa del embajador de Prusia.

Cordelia reflexionó rápidamente.

—Será como tú digas —dijo, intentando sonar suavemente sumisa—. Sabes mejor que yo lo que me conviene, por supuesto. Pero Matilde gozaba del favor de la emperatriz María Teresa. Ha servido muchas veces a la delfina, y ha sido confidente de la emperatriz.

Michael pensó en las implicaciones de esta información. Aunque estuvieran muy lejos de Viena, era bien sabido que María Teresa tenía ojos y oídos en todas las cortes europeas. Un embajador no debía ofender a la emperatriz de Austria, aunque sólo fuera en un asunto tan nimio como el despido de una anciana sirvienta.

—Bueno, ya veremos cómo se desenvuelve. Si es preciso, contrataré a una verdadera doncella para ti, y tu ama de cría podrá trabajar a sus órdenes, como lavandera y costurera.

Cordelia echó una ojeada a Matilde, que permanecía impasible y doblada en una profunda reverencia.

—Estoy segura de que descubrirás que Matilde está tan versada en las obligaciones de una dama de compañía como cualquier otra.

Michael pareció molesto ante esta persistencia.

—Eso ya lo decidiré yo. Dudo que ni tú ni ella sepáis qué implica tu posición en Versalles. ¿Cómo podríais, en efecto? —Con un gesto, ordenó a Matilde—: Acuesta a tu dueña, mujer, y avísame cuando esté lista.

Las palmas de las manos de Cordelia se humedecieron.

—Y date prisa —añadió, antes de girar sobre sus talones y salir de la estancia.

—Esta noche no estoy preparada, Matilde. —Cordelia, agitada, daba vueltas por la habitación—. Creo que no soportaría que me tocara esta noche.

—Soportarás lo que tengas que soportar, como lo han hecho las mujeres anteriores a ti y las que vendrán después —declaró Matilde con voz tranquila—. Pero no creo que el príncipe quiera tomarte esta noche. Es un hombre que se ciñe estrictamente a las reglas. — Empezó a desabrochar el traje de Cordelia.

—¿Cómo lo sabes? —Cordelia dio un paso para salir de las enaguas, que estaban a sus pies.

Matilde se encogió de hombros, ocupada en deshacer las cintas de Cordelia.

—Sé tantas cosas, querida, que es mejor no decirlas. Pero esto sí te lo diré. Ese hombre no me gusta. Tendremos que ir con cuidado, oculta algo bajo la superficie.

—¿Como qué? —Cordelia alzó los brazos para soltarse las horquillas del pelo. Matilde adivinaba siempre lo que la gente intentaba ocultar sobre sí misma, y su certera intuición era siempre muy instructiva.

—Todavía no estoy segura —Matilde guardó el traje en el armario—. Percibo un lado oscuro... creo que guarda algún secreto. El tiempo lo dirá.

No estaba siendo demasiado instructiva ni en absoluto tranquilizadora, pero Cordelia no insistió más sobre el tema.

Cuando Cordelia estuvo acostada, Matilde ahuecó la almohada bajo su cabeza, y alisó el cubrecama.

—Avisaré a tu marido, pues. —Enderezó el gorro de dormir de Cordelia, ribeteado de encajes, y la observó con mirada crítica—. Bonita como una estampa —dijo frunciendo el ceño con repentina fiereza—. Y un cordero para el matadero, si ese hombre se sale con la suya —añadió en voz baja mientras salía del cuarto en busca del príncipe. Pero si fuera por Matilde, seguro que no se saldría con la suya.

Al encontrarse sola, la aprensión de Cordelia volvió a agudizarse. Se metió en la boca un mechón suelto de pelo y chupó la punta, preguntándose si Matilde realmente podía leerle el pensamiento al príncipe Michael.

Michael entró en la habitación, vestido con un batín de terciopelo castaño. Se había quitado la peluca y llevaba el pelo canoso recogido en la nuca. Más escaso en la parte alta de la cabeza, contrastaba con las pobladas cejas. Matilde rondaba indecisa en la puerta.

El príncipe se acercó a la cama. Examinó a su esposa y de repente, sorprendentemente, sonrió. Una vez más, a Cordelia le recordó el rápido movimiento de la lengua de una víbora, y no se sintió tranquilizada por la sonrisa. Se dio cuenta de que seguía chupando el mechón de pelo y se apresuró a apartar el mojado bucle detrás de la oreja.

—Un hábito muy infantil —observó él, sentándose en el borde de la cama—. Pero es que eres muy joven.

—Creceré, milord. —Cordelia se había propuesto no dejarle ver cuánto la intimidaba. Le miró a los ojos.

Michael no se movió durante un minuto, luego ordenó por encima del hombro:

—Déjanos solos, mujer.

La puerta se cerró suavemente detrás de Matilde. Michael se inclinó, tomó el mentón de Cordelia entre el pulgar y el índice y acercó su boca a la de ella. Cordelia cerró los ojos con un escalofrío de repugnancia, y luego, cuando aumentó la presión de la boca sobre la suya y los dedos del príncipe aferraron más fuertemente su barbilla, empezó a luchar para seguir respirando. Los labios de Cordelia presionaban sus propios dientes, notaba cómo él intentaba abrirle la boca con la lengua pero ella la mantenía cerrada, resistiéndose con todas sus fuerzas. Finalmente, él se echó atrás, apartando los dedos de su cara. Cordelia abrió los ojos y distinguió el crudo deseo en los de él.

—Eres un poco inocente, ¿verdad? —Dijo con evidente satisfacción—. Debes aprender a satisfacer los deseos del hombre de mejor grado, querida.

Se alzó de la cama y su erección tensaba el batín. Permaneció al lado del lecho, mirándola, con las manos en las caderas. Cordelia podía ver el bulto bajo su batín.

En realidad era una muchacha bastante atractiva, pensó Michael. La aprensión y la inocencia le sentaban muy bien. El atractivo de Cordelia no podía estar más lejos del sofisticado porte de Elvira. Y su juvenil aroma, la frescura de su tez, los destellos

azules y negros de su exuberante cabellera eran un refrescante cambio comparado con las ocasionales rameras a las que había recurrido desde la muerte de Elvira.

—Empezaremos mañana —dijo dirigiéndose hacia la puerta—. Te veré por la mañana. Saldremos temprano hacia París.

—Creía que el séquito real permanecería aquí unos cuantos días. —Cordelia salió sobresaltada de su petrificado estado de shock.

—Pero nosotros no tenemos por qué quedarnos con ellos —le informó el príncipe—. No formas parte de la casa de la delfina, querida. No tendrás que ocuparte de ella a diario, ahora ya tienes tu propia vida. —La puerta se cerró con un chasquido a sus espaldas.

Cordelia se frotó la boca con el dorso de la mano, intentando desesperadamente borrar el recuerdo de aquellos labios. Desde que tenía memoria, su vida había estado íntimamente unida a la de Toinette. Desde la más tierna infancia habían compartido sus secretos, sus alegrías y sus problemas. Ambas habían sido conscientes, de alguna manera, de que el destino de la archiduquesa sería de gran importancia pública, mientras que a Cordelia se le permitiría un futuro más privado, aunque no de su elección. A pesar de todo, Cordelia se dio cuenta de que hasta ahora no había comprendido por completo la distancia que la separaría de Toinette una vez finalizara el viaje hacia su futuro. Y hasta este momento no se dio cuenta por completo de lo sola que estaba.

—¿Es esta noche cuando veremos a nuestra nueva madre, madame? —Sylvie se metió el pulgar en la boca y volvió a escupirlo rápidamente. En su excitación, se había olvidado del amargo ungüento amarillo.

—La boda será solemnizada a las seis en punto —afirmó madame de Nevry—. No tengo ni idea de a qué hora vuestro padre y su esposa llegarán a casa, pero puesto que no he recibido instrucciones del príncipe, deduzco que será después de la hora de

iros a la cama. Supongo que la princesa os llamará mañana por la mañana. —La institutriz recogió su biblia—. Ahora, termina tu costura, Sylvie. Amelia, ese dobladillo está completamente torcido. Deshazlo y vuelve a empezar. —Louise reanudó su lectura en voz alta del Libro de Job.

—No sé si le gustaremos —susurró Amelia a su hermana en una voz tan baja que, como de costumbre, nadie más que ellas podía escucharla. Apenas movían los labios, con las cabecitas inclinadas y muy juntas. Empezó la concienzuda tarea de deshacer sus desiguales puntadas.

—Seguramente, no —murmuró su hermana—. Probablemente es como papá. Estará muy ocupada en la corte.

—¿Has dicho algo, Sylvie? —Madame de Nevry le dirigió una penetrante mirada por encima de sus anteojos.

—No, madame —negó Sylvie con la cabeza, mirándola con cara de inocencia desde detrás del tejido arrugado que estaba intentando coser.

La institutriz estudió suspicazmente a las dos niñas. Dos cabecitas rubias idénticas inclinadas sobre su tarea, dos pares de manos todavía con hoyuelos batallando con las agujas y el hilo.

—No quiero oír ni un sonido más hasta que se termine la lectura —anunció, volviendo a recoger el libro sagrado.

El piececito de Amelia presionó fuerte el de su hermana.

—¿Puedo preguntaros, madame, si monsieur Leo vendrá a casa después de la boda?

—No tengo ni idea.

Amelia guardó silencio. Monsieur Leo no era un tema popular con su institutriz.

Louise frunció la boca. El vizconde no le gustaba en absoluto. Sobreexcitaba a las niñas y las consentía escandalosamente. Sin embargo, cuando había intentado comunicárselo al príncipe, éste había desechado de plano sus acusaciones. Le había dado a entender claramente que ella no era nadie para quejarse del cuñado del príncipe. Louise lo había interpretado como señal de que debía

permitir que el vizconde Kierston mimara a las niñas, si así lo deseaba. Sólo esperaba que la nueva princesa comprendiera la insensatez de su comportamiento y ejerciera su influencia sobre el príncipe.

Apretó todavía más la boca. Monsieur Brion, el mayordomo, no había sido especialmente locuaz sobre la nueva princesa. Quizá no sabía gran cosa sobre ella, o quizá pretendía atormentar a la institutriz con su silencio. Sólo le había dicho que al parecer era más joven que su antigua señora y que era una aristócrata austríaca.

La corte austríaca era famosa por ajustarse estrictamente a las formas y rituales. La emperatriz María Teresa era conocida en todo el mundo civilizado como una mujer de altos principios morales que gobernaba su país según las normas éticas más elevadas y no toleraba la más mínima relajación moral en su corte. Una joven criada en semejante ambiente querría sin duda mantener las normas más altas en la sala de estudio. Sin lugar a dudas, apoyaría los esfuerzos de madame de Nevry por convertir a sus pupilas en modélicas jovencitas que conocieran sus obligaciones, sólo hablaran cuando les hablaban, y supieran honrar y reverenciar a quienes tuvieran autoridad sobre ellas.

Louise se había formado una idea de la nueva esposa de su empleador. Nadie le había transmitido una descripción de dicha señora, ni había visto su miniatura, pero entre las ilusiones que se hacía y el tipo de esposa que en su opinión necesitaba y prefería el príncipe, había terminado imaginando una respetable y adusta joven, de temperamento religioso y un sentido del deber absoluto. Gracias a su juventud, a Louise le resultaría fácil influenciarla en los asuntos de los estudios de las niñas. No costaría mucho, sin duda, convencerla para que delegara su autoridad en una institutriz que había conocido a sus pupilas desde la cuna, y por lo tanto debía saber lo que más les convenía.

Era la última hora de la tarde, y Louise había disfrutado de una abundante cena. La cabeza se le desplomó sobre el pecho y su voz se detuvo a media frase. Acunada por estas reconfortantes

reflexiones y ligeramente embotada tras el liberal consumo de vino con el que solía acompañar su cena, se quedó dormida. Se le escapó un pequeño ronquido, su cabeza se separó sobresaltada de su caído pecho, y se incorporó de golpe. Contempló furiosa a sus pupilas, sentadas justo enfrente, y con los ojos brillantes de regocijo.

La institutriz tosió, se ajustó los anteojos y reanudó la lectura. Las niñas volvieron obedientes a sus agujas, pero Louise era molestamente consciente de sus esfuerzos para reprimir las risas. No podía decir nada más, sin embargo, sin perder todavía más su dignidad. La cantinela de su voz siguió zumbando hasta que el reloj dio las seis.

Inmediatamente Amelia y Sylvie alzaron la vista e intercambiaron una mirada. Era la hora de la boda.

El vizconde Kierston ocupó su lugar en el primer banco de la capilla privada del rey en el Hotel de Ville. La música del órgano subía hacia las vigas del techo, ahorrándole la necesidad de participar en las especulativas conversaciones de su alrededor. La novia del príncipe estaba en boca de todos. Ninguno de los invitados a la boda había estado en Compiégne, por lo que nadie había visto todavía a la joven. En cuanto había llegado a la capilla, Leo se había visto acosado por las preguntas. ¿Era hermosa? ¿La veía el rey con buenos ojos? ¿Era muy joven? Sus respuestas habían sido muy breves, rechazando dejarse arrastrar en el chismorreo, y con muchas miradas decepcionadas, sus interrogadores se habían rendido.

Cerró los ojos para calmar el dolor punzante y persistente en sus sienes. El tosco vino tinto de la taberna de Compiégne había cumplido su misión con creces, sumiéndole en un intoxicado olvido antes del alba. Se había despertado a mediodía, con un horrible dolor de cabeza, náuseas y de un humor peor que horrible.

—¿Estabais en Viena, Kierston, cuando estalló el escándalo sobre el músico de la emperatriz? —Junto a su hombro, un rotundo caballero vestido de terciopelo carmesí y oro se inclinaba hacia él

desde el banco de atrás, abanicándose con indolencia mientras el incensario dejaba flotar sus aromáticas volutas—. Dicen que el pupilo en cuestión ha venido a París.

Leo hizo un esfuerzo para poner sus confusas ideas en orden. Cordelia le había encomendado firmemente a Christian, era su responsabilidad.

—Sí, está a mi cargo hasta que pueda encontrar patrocinio —dijo, sabiendo que el duque de Carillac se jactaba de ser un insigne mecenas de las artes—. Es un joven con un talento divino —prosiguió—. Estoy seguro de que en cuanto el rey le haya oído, ya no necesitará otro patrocinio.

—Ah. —Carillac se acarició el mentón, sus ojillos brillaban a través de los pliegues carnosos—. Pero de momento está libre, decís. ¿No pensáis ofrecerle vuestro propio patrocinio?

—No es mi estilo, milord —replicó Leo con frialdad. Para ser un buen mecenas, no bastaba con una cuota razonable de dignidad, influencia y riquezas. De igual modo, los cortesanos competían con superficial cortesía por patrocinar a los artistas con mayores probabilidades de éxito. Carillac era uno de los competidores más encarnizados en este campo, y si Christian conseguía despertar su interés, el joven músico estaría bien encaminado para establecerse en la corte.

—Bien, bien —murmuró Carillac, asintiendo con la cabeza—. Seguiremos hablando de este tema.

Se oyó un susurro de expectación que recorrió la congregación. Leo se giró para mirar hacia la puerta. Primero, sus ojos doloridos y enrojecidos sólo vieron un resplandor de oro. Pero al ir avanzando hacia él, el resplandor se convirtió en Cordelia, con su negra cabellera recogida bajo una toca de hilo de oro y una tiara cuajada de diamantes, que dejaban su cara pálida y expuesta. Al pasar a su lado, los ojos de Cordelia buscaron los suyos, y estaban negros como el carbón, con pequeños destellos de ardientes brasas en lo más profundo. Luego ella siguió adelante, del brazo del príncipe, y el

órgano, tras un acorde final, enmudeció cuando los novios llegaron al altar.

Christian entró silenciosamente en la capilla al iniciarse el oficio, y avanzó rozando la pared lateral, entre las sombras. No estaba invitado, por supuesto, pero le parecía que para Cordelia sería importante que él estuviera allí. No tenía a nadie más de su pasado como testigo de su boda. Toinette estaba todavía en Compiégne, y el vizconde era un nuevo amigo que no conocía tanto a Cordelia como Christian. No había compartido su historia.

Christian se detuvo en la sombra de una columna de mármol, desde donde distinguía a la pareja ante el altar. El príncipe tenía un aspecto imponente, con su rico traje de damasco color crema ribeteado de encajes de plata. Su espalda era ancha y su abdomen tenía una presencia innegable. Su apariencia era la de un atleta antaño potente y musculoso que ya empezaba a entrar en decadencia. Pero todo en su porte irradiaba la confianza y autoridad de un hombre acostumbrado al poder y a ejercer su influencia. Cordelia, a pesar del peso de su traje de tejido de oro y del destello de los diamantes en su pelo, parecía frágil, casi incorpórea, al lado de su marido.

El príncipe le había tomado la mano y deslizaba una de las alianzas ya bendecidas en su dedo. Mientras Christian observaba la escena, Cordelia hizo lo mismo con él. Ya estaba hecho. Christian dirigió la mirada hacia el otro lado de la nave, donde estaba sentado el vizconde Kierston en primera fila. Su expresión era pétrea. Mantenía el cuerpo rígido, sus manos agarraban con fuerza el pasamanos que tenía delante. Christian vio que sus nudillos estaban blancos. Éste era el hombre al que Cordelia declaraba amar. Un hombre que, según decía ella, no podía aceptar ese amor porque se negaba a reconocer sus propios sentimientos. En este solemne momento, en la capilla suavemente iluminada y sumida en una nube de incienso, a Christian le pareció que Leo Beaumont estaba reconociendo un profundo sentimiento que sólo podía describirse como angustia.

El novio y la novia regresaban por el pasillo central. La cara de Cordelia estaba todavía más pálida que antes, si eso fuera posible. Su mano enguantada reposaba en la manga de damasco de su marido. Esta vez ni siquiera lanzó una ojeada a Leo, sino que mantuvo la mirada fija en el rectángulo de luz que había enfrente. Había intentado cerrar su conciencia a todos los detalles de la ceremonia, tan semejante a la que había tenido lugar en Viena pero a la vez tan horriblemente distinta. La presencia física de Leo en la capilla era tan apabullante que casi podía sentirlo, como si él fuera un aura a su alrededor, y quería llorar, gritar ante lo erróneo de la situación, maldecir esa indescriptible injusticia. Pero no podía hacer nada de todo ello.

Al salir al patio de enfrente de la capilla, el fresco aire vespertino despejó su cabeza de la neblina del incienso y la solemnidad de la ceremonia. Ahora se sentía desvinculada de sí misma y de su entorno, oía las enhorabuenas desde la distancia, registrando apenas las miradas curiosas, rápidas y disimuladas que evaluaban esta nueva adición a la cerrada vida de la corte de Versalles. Sólo era plenamente consciente de la presencia del príncipe Michael, enorme y concreta a su lado.

—Princesa, te ruego aceptes mis enhorabuenas.

La voz de Leo la devolvió de golpe a la realidad. Alzó la mirada hacia él, consciente del repentino rubor en sus mejillas. La cara de Leo era una máscara, sus ojos estaban mates y sin relieve. Se inclinó ante ella.

Cordelia le hizo una reverencia.

—Gracias, milord. —Su voz parecía frágil, y por un momento estuvo a punto de dejarse llevar por una sensación de indefensión. Quería lanzarse en sus brazos, pedirle que la llevara muy lejos de este lugar. Que borrara la pesadilla de la realidad con el ensueño del amor.

—¿Nos acompañas a la rué du Bac para la recepción, Leo? —El príncipe Michael le dedicó su fina sonrisa. Parecía tan satisfecho consigo mismo como en verdad se sentía. Su novia estaba

encantadora con su traje nupcial de oro, y la pequeña mano que apoyaba en su antebrazo temblaba con toda la comprensible inquietud de una virgen. La noche prometía horas de placer. Su mano cubrió la de Cordelia con un gesto posesivo, mientras pronunciaba la invitación.

Leo advirtió el gesto y la cólera le atenazó.

—Te ruego que me disculpes, Príncipe —contestó con otra inclinación formal.

—Oh, no, por supuesto que no. Me has hecho un favor tan grande, mi querido Leo. Vamos, Cordelia, une tu voz a la mía. Debes agradecerle al vizconde sus amables cuidados durante el viaje. Por favor, insiste en que debe acompañarnos en nuestras celebraciones para que podamos agradecérselo como es debido.

Ahora, el color empezó a abandonar las mejillas de Cordelia. Sabía que no podría soportar la presencia de Leo en semejante parodia. A cada minuto, pensaría horrorizada en el momento en que se terminara la recepción y su marido se la llevara a la cama conyugal. La presencia de Leo en esta ceremonia pública sería insoportable.

—Sin duda, le estoy sumamente agradecida por todas sus consideraciones —murmuró—, pero quizá el vizconde Kierston esté demasiado cansado después del viaje.

—¡Pero por Dios! Si he visto al vizconde Kierston cazar con jauría durante todo el día y bailar toda la noche —descartó el príncipe Michael—. Vamos, hombre, di que vendrás con nosotros.

Por un momento, Leo no vio posibilidad alguna para librarse con elegancia.

Luego, agarró a Michael del brazo y se lo llevó a un lado con un movimiento casi urgente. Habló en voz baja y rápida.

—Te ruego que me disculpes, Michael. Esta ocasión... feliz, ya lo sé... me trae tantos recuerdos de Elvira el día de su boda, que no creo poder ser una compañía agradable.

A regañadientes, Michael se rindió.

—Entonces, no puedo insistir. Pero ¿vendrás pronto a visitarnos?

—Por supuesto. —Leo se giró hacia Cordelia, que, aunque intentaba escuchar su conversación, fingía una cortés falta de curiosidad—. Te pido mil excusas, Cordelia. Tengo otros compromisos. Pero acepta de nuevo mi enhorabuena y mis deseos de completa felicidad.

Ella alzó la barbilla y dijo con más fuerza de la que había conseguido reunir hasta entonces:

—Vendrás pronto a visitar a las hijas de mi marido, espero. Has dicho tantas veces que estabas tan encariñado con ellas...

Leo se inclinó brevemente, en silencioso asentimiento, y estaba a punto de marcharse cuando vio a Christian, vacilando a unos metros de distancia.

—Michael, permíteme que te presente a Christian Percossi. Acaba de llegar de Viena, donde era el discípulo del compositor de la corte. —Llamó al joven con un gesto.

—Christian es un gran ami... conocido mío —se interpuso Cordelia, sonriéndole cálidamente mientras el joven se inclinaba ante el príncipe. Ansiosa por ayudar a su amigo, se olvidó por un momento de sus propios problemas—. Ha tenido ciertas dificultades con Poligny, su maestro, quien le robaba sus obras, y ahora necesita otro patrocinio. El vizconde Kierston ha tenido la amabilidad de protegerle hasta ahora. —Cordelia agarró a Christian para hacerle avanzar.

Michael fijó una gélida mirada en el ruborizado joven.

—¿Eres conocido de mi esposa, entonces?

—Crecimos juntos —dijo Cordelia.

—No te lo he preguntado a ti, Cordelia —repuso glacial—. No me gusta que me interrumpan.

Las mejillas de Cordelia se encendieron ante esta reprimenda pública. Palabras de defensa y ataque pugnaban por salir de sus labios, y sólo pudo contenerlas con el mayor de los esfuerzos.

Lanzó una mirada a Leo, que permanecía con una expresión adusta. Christian había enmudecido.

—Me parece de muy mal gusto que una persona con una posición en la corte como la de mi esposa tenga tratos con un simple músico, lo que es más, un simple discípulo —prosiguió Michael con el mismo tono glacial—. Aunque el vizconde Kierston te proteja, mi esposa no mantendrá trato alguno contigo. —Dedicó a Leo una breve inclinación de cabeza, y giró sobre sus talones—. Vamos, Cordelia. —La tomó del brazo y se la llevó.

Ella lanzó una mirada de reojo al conmocionado y apesadumbrado Christian y al adusto vizconde, luego dijo con resolución

—Michael, no puedo aceptar que me humilles de esta forma. No creo que fuera necesario que me reprendieras de un modo tan duro delante de mis amigos.

—No considerarás amigos a las personas que están por debajo de tu categoría —dijo él—. Ni me interrumpirás, ni expresarás tus opiniones sin que te las hayan preguntado. No está bien visto, y no toleraré que mi esposa se comporte de forma tan descarada en público. Espero haberme expresado con claridad.

Habían llegado junto al carruaje que les llevaría hasta el palacio de Michael, en la rué du Bac. Cordelia estaba abrumada por la furia y la confusión. Nadie le había hablado jamás de manera tan insultante. Cuando hablaba, la gente la escuchaba; era inteligente y educada, y en ocasiones muy divertida. Estaba acostumbrada a pensar, a llegar a sus propias conclusiones, y este hombre le estaba diciendo que a partir de ahora tendría que callar, no tener opinión alguna.

Oh, Dios mío, ¿qué clase de vida le esperaba ahora?

Michael le ofreció la mano para subir al carruaje, con cara de satisfacción, como si acabara de realizar una importante tarea. Subió tras ella, y se sentó en el banco de enfrente, mirándola con una expresión casi depredadora en sus ojos entreabiertos. Cordelia

se recostó en su asiento y cerró los ojos. No soportaba verle, tan pagado de sí mismo, tan... tan hambriento.

CAPÍTULO 11

La noche todavía era joven cuando los últimos invitados a la boda abandonaron el palacio del príncipe en la rué du Bac. Había sido una fiesta muy decorosa y sobria, y los recelos de Cordelia, que había temido verse escoltada hasta la cámara nupcial entre escandalosas procacidades, se revelaron infundados.

Tres señoras de edad avanzada la acompañaron hasta la primera planta; eran familiares lejanas del príncipe, y no mostraron intención alguna de ofrecer a la joven desposada alguna palabra prudente, sabia o alentadora. Parloteaban entre ellas sobre los invitados a la boda, mientras realizaban los pasos necesarios para acostar a la novia, y Cordelia empezó a sentirse como un impedimento incómodo para sus chismorrees.

—Matilde puede ocuparse perfectamente de mí, señoras —se atrevió a decir, temblando en su ropa interior, puesto que su supuesta ayudante, que sostenía su camisón nupcial, parecía haber olvidado qué tenía que hacer con la prenda, tan absorta estaba en su detallado análisis del peinado de madame du Barry.

Matilde resopló y quitó hábilmente la prenda de las manos de la mujer, rezongando:

—La princesa está a punto de agarrar una pulmonía.

La condesa Lejeune parpadeó y pareció regresar a la realidad de su entorno con cierta sorpresa.

—¿Habéis dicho algo, querida? —preguntó benévolamente a Cordelia, que se estaba quitando la enagua.

—Sólo que estoy sumamente agradecida por tantas atenciones, señoras, pero mi doncella puede perfectamente ocuparse de todo a partir de ahora. Debéis estar ansiosas por volver a casa, antes de que sea realmente tarde —farfulló ella, a través de la cascada de su cabellera, que se había soltado al quitarse la enagua por la cabeza.

—¡Oh, tenemos que esperar hasta que estéis acostada! como debe querer el príncipe —declaró la condesa, inclinando la cabeza hacia sus acompañantes, que respondieron a su vez con vigorosos asentimientos—. Aunque supongo que vuestra doncella puede ayudaros mejor que nosotras, de manera que nos quedaremos aquí sentadas hasta que os hayáis acostado.

Cordelia hizo una mueca y cruzó su mirada con la de Matilde. Ésta sacudió la cabeza y arrugó los labios, mientras le pasaba el pesado camisón adornado de encajes por la cabeza. La charla de las tres mujeres junto a la chimenea subía y bajaba con un ritmo constante mientras Matilde cepillaba la cabellera de la novia, arreglaba los volantes del camisón y daba la espalda a la cama.

—Mi señora ya está acostada —declaró Matilde con voz muy alta, cruzando las manos sobre su delantal y fulminando a las mujeres con la mirada. En presencia del príncipe podía hacer el papel de sirvienta sumisa, pero no encontraba nada intimidante en tres ancianas chismosas.

—Oh, entonces ya hemos terminado nuestra tarea —declaró la condesa con ligereza, acercándose a la cama, donde Cordelia se había deslizado entre las sábanas—. Que paséis muy buena noche, querida.

—Señoras —Cordelia giró la cara para recibir los besos que le lanzaban, reunidas alrededor de la cama—. Estoy muy agradecida por vuestras amables atenciones.

La nota irónica en su voz les pasó desapercibida. Sonrieron, lanzaron más besos al aire y desaparecieron en un parlanchín zumbido.

—No necesitábamos para nada a esa panda de inútiles —declaró Matilde—. No sé qué pensaban estar haciendo en tu ayuda.

—Dudo de que pensaran siquiera. —La diversión había desaparecido ya de los ojos de Cordelia. Permanecía recostada contra las almohadas, con su cara muy pálida contra su blancura. —Ojalá no tuviera que sucederme esto, Matilde.

—Tonterías. Eres una mujer casada, y las mujeres casadas tienen relaciones con sus maridos —dijo la sirvienta en tono animoso. Acercó a Cordelia un pequeño recipiente de alabastro—. Utiliza este ungüento antes de que tu marido se te acerque. Facilitará la penetración.

Nada como esta frase, pronunciada con tanta naturalidad, para que Cordelia tomara plena conciencia de lo que estaba a punto de suceder. Desenroscó la tapa del tarro.

—¿Qué es?

—Un ungüento a base de hierbas. Preparará tu cuerpo para recibir a tu marido, y aliviará el dolor si él no es suficientemente considerado.

—¿Considerado? ¿Cómo? —Cordelia mojó un dedo en la pomada sin perfume. Los consejos de Matilde era importantes, lo sabía, pero sin embargo, sus palabras parecían existir en algún otro plano, como si le llegasen desde una gran distancia.

Matilde frunció los labios.

—Lo que sucedió entre tú y el vizconde habría hecho que la pérdida de tu virginidad fuera menos dolorosa, si la hubiera tomado en aquella ocasión —declaró—. Pero pocos hombres piensan en sus mujeres cuando se trata de este tipo de asuntos. O sea que aplícate pronto la pomada. Tu marido no tardará en llegar.

Cordelia obedeció y sus acciones parecían pertenecer a otra persona. Parecía incapaz de conectar con lo que estaba haciendo. La puerta se abrió cuando devolvió el tarro de alabastro a Matilde, quien lo dejó caer en el bolsillo de su delantal antes de girarse para saludar al príncipe con una profunda reverencia.

Cordelia podía ver a dos hombres situados detrás de su marido, en el pasillo; seguramente se trataba de la escolta ceremonial hacia la cámara nupcial. Michael se giró y dijo algo en voz baja por encima

del hombro. Sonó una risa y la puerta se cerró desde el pasillo. Michael entró en la habitación. Llevaba un batín de elaborados brocados y cuando dirigió su mirada hacia la quieta y pálida figura en el gran lecho, Cordelia distinguió la luz depredadora en sus ojos y una mueca complaciente, casi triunfal, en sus labios.

—Puedes marcharte, mujer. —Su voz nasal sonaba algo ronca.

Matilde echó una última ojeada hacia la cama. Por un momento, su concentrada mirada sostuvo la de Cordelia, luego, casi imperceptiblemente, asintió con decisión antes de apresurarse a salir de la habitación y cerrar silenciosamente la puerta a sus espaldas. Una vez en el pasillo, sin embargo, se dirigió hacia las sombras de la pared cubierta de tapices y se dispuso a esperar. Ya no podía hacer nada más para ayudar a su niña, sólo quedarse cerca de ella.

Atemorizada, Cordelia vio como su marido se acercaba a la cama. El príncipe no dijo nada, sólo se inclinó y sopló las velas que había junto al lecho. Luego alzó los brazos y dejó caer los pesados cortinajes alrededor de la cama, de manera que quedaron los dos encerrados en una oscura caverna. El pequeño suspiro de alivio de Cordelia, en el silencio negro, se perdió bajo el crujido de las cinchas de la cama, cuando notó que su marido se acostaba a su lado. Todavía llevaba puesto su batín.

Durante los siguientes y espantosos minutos, nadie pronunció una palabra. Su temor y su repulsión eran tan fuertes que el cuerpo de Cordelia se cerraba por completo contra el de su marido, a pesar de la pomada lubricante de Matilde. Su resistencia, sin embargo, parecía agradar a Michael. Oyó su risa en la oscuridad mientras la forzaba, penetrando el cuerpo que le rechazaba con una ferocidad que le hacía gritar. Su embestida parecía alcanzar el límite de sus entrañas, hundiéndose profundamente y volviendo a salir, una fuerza extraña que la violaba hasta el alma. Notó el chorro de su simiente y oyó su gruñido de satisfacción; luego, se retiró de ella y cayó pesadamente a un lado.

Cordelia temblaba de forma incontrolada bajo el shock físico. Tenía el camisón arremangado hasta la cintura y con un pequeño sollozo se lo bajó para cubrirse. El pegajoso flujo que se escapaba de entre sus piernas le asqueaba, pero no se atrevía a moverse, aterrorizada por la posibilidad de despertarle. Se quedo tumbada, intentando detener el temblor, volver a respirar con normalidad, tragarse los sollozos que atascaban su garganta.

El horrendo ataque se repitió varias veces durante aquella noche interminable. Primero se debatió desesperadamente, empujándole, retorciéndose, intentando mantener los muslos apretados. Pero sus esfuerzos sólo parecían excitarle todavía más. Ahogó sus gritos con la mano, duramente apretada contra la boca, y utilizó su propio cuerpo como un ariete mientras sujetaba las muñecas de Cordelia encima de su cabeza, en un puño de hierro. Enloquecida, ella intentó morderle la palma de la mano, y con una salvaje imprecación él la obligó a darse la vuelta hasta que su cara se hundió en las almohadas y él tuvo las dos manos libres para abrirle las piernas y volver a penetrarla.

En el siguiente ataque, ella había aprendido la lección y se quedó quieta, rígida bajo su cuerpo, inmóvil hasta que todo hubo terminado. Una vez más, aparte de sus cortas y brutales exclamaciones, él no le dijo ni una sola palabra. Resoplaba, roncaba en los momentos en que se dormía, volvía a montarla en cuanto estaba dispuesto de nuevo. Cordelia permanecía despierta, temblando, presa de las náuseas, pero llena ahora de una profunda y enfurecida repugnancia, tanto hacia el hombre capaz de tratarla con semejante desprecio, como por su propia debilidad, que la obligaba a someterse.

El recuerdo de los momentos de gloria con Leo en Melk pertenecían a otra vida, a otra persona. Y ella no conocería jamás las maravillas de sensualidad que le esperaban tras aquella explosión de placer, no sabría jamás cómo sería compartir su cuerpo enamorado con otro.

Cuando rompió el alba, Cordelia sabía que de alguna manera tenía que escapar a este matrimonio. Aunque oficialmente tuviera que seguir siendo la esposa de Michael, tenía que conservar de algún modo su propia conciencia de quién era, mantenerla separada de la violación de su cuerpo. Tenía que apartarse de esa ecuación. Tenía que elevarse por encima de los despreciables y despreciativos actos de posesión de su marido y conservar su propia integridad. Sólo así conseguiría salvaguardar su autoestima, algo que era mucho más importante que la brutalidad con la que atacaba su cuerpo.

Michael dormía ahora profundamente. De un salto, Cordelia se levantó de la cama, abriendo las cortinas para dejar pasar la luz gris de la mañana. La sangre manchaba las sábanas, su camisón y ensuciaba sus muslos. Sentía el cuerpo roto y desgarrado; andando rígida como una anciana, se acercó al lavamanos.

—¿Cordelia? ¿Qué estás haciendo? ¿Dónde estás? —Michael se sentó en la cama, parpadeando con cara de sueño. Apartó a un lado los cortinajes de la cama, abriéndolos del todo, y luego dirigió su mirada hacia la ropa del lecho. La misma mueca satisfecha y triunfal deformó sus labios. Miró a Cordelia, de pie con una toallita en la mano. Vio el camisón manchado de sangre. Observó la inquietud en sus ojos, mientras ella se preguntaba si iba a violarla de nuevo.

—Supongo que necesitas a tu doncella —dijo él, saliendo de la cama, estirándose con delectación. El batín que todavía llevaba puesto estaba desatado y se abrió cuando él alzó los brazos. Cordelia apartó rápidamente la mirada.

Michael se echó a reír, muy contento de su noche de bodas. Avanzó una mano y le dio una palmadita en la barbilla. Ella retrocedió para evitarle y él rió de nuevo con evidente satisfacción.

—Aprenderás a no ofrecerme resistencia, Cordelia. Y muy pronto aprenderás a complacerme.

—¿No te he complacido esta noche, acaso? —A pesar de su agotamiento, su voz sonó con cierta brusquedad, pero Michael

estaba tan inmerso en su propia satisfacción que sólo oyó lo que quería oír.

—Tanto como una virgen puede complacer a un hombre —dijo displicente—. No te exigiré que tomes la iniciativa en esos asuntos, pero aprenderás a entregarte de buena gana. Entonces me complacerás perfectamente. —Se dirigió brioso hacia la puerta—. Llama a tu doncella. Necesitas que te atiendan. —Sonaba sumamente contento consigo mismo ante su evidente potencia.

Cordelia se quedó mirando la puerta cerrada, luchando por recuperar la compostura. Luego se arrancó el camisón sucio y empezó a limpiarse frotando, frotando como si quisiera arrancarse la capa de piel que él había mancillado.

Matilde había permanecido en vela toda la noche y en cuanto el príncipe apareció por el pasillo, se adelantó a su encuentro.

—¿Debo ir ahora con mi señora, milord?

—¡Santo cielo, mujer! ¿De dónde has salido? Acabo de decirle a la princesa que te llamara.

—He estado esperando aquí fuera desde hace una hora, milord.

—Mm. Bueno, por lo menos eres una asistente fiel. Sí, ve con ella. Necesita ayuda. —Hizo un gesto con la mano hacia la puerta, con otra sonrisa de suficiencia. Su mujer había encontrado en él a un marido sumamente ferviente, y no recordaba la última vez que se había sentido tan excitado, tan lleno de potente energía. Sin duda, no desde que había empezado a sospechar la infidelidad de Elvira.

Pero eso era algo del pasado. Tenía una nueva esposa, una nueva vida. Cordelia no le decepcionaría, él se encargaría de eso.

Matilde se apresuró a entrar en la habitación sumida en la penumbra.

—El príncipe parecía estar muy contento consigo mismo.

—Es odioso —dijo Cordelia en voz baja pero intensa—. No soporto la idea de que vuelva a tocarme nunca más.

Matilde se le acercó. Su penetrante mirada observó la cara pálida, la conmoción que todavía se reflejaba en los ojos grises y

azules.

—Vamos, no digas semejante cosa. Para bien o para mal, es tu marido y tiene sus derechos. Aprenderás a soportarlo, como millones de mujeres lo han hecho antes que tú, y millones lo harán en el futuro.

—¿Pero, cómo? —Cordelia se apartó el pelo revuelto de la cara —. ¿Cómo se aprende a soportar esto?

Matilde vio la magulladura en la muñeca de Cordelia y su expresión cambió de repente.

—Déjame que te vea.

—Estoy bien —dijo Cordelia—. Sólo me siento sucia. Necesito un baño.

—Mandaré que te preparen uno en cuanto te haya visto bien — dijo Matilde en tono grave. Cordelia se sometió a un minucioso examen, a lo largo del cual la expresión de Matilde fue oscureciéndose a cada moratón, a cada rasguño.

—Ya, entonces, por si fuera poco, es un bruto —rezongó Matilde finalmente, tirando de la campanilla junto a la puerta—. Sabía que ocultaba algo oscuro.

—Me ha lastimado porque he intentado resistirme —explicó Cordelia cansinamente.

—Ya, no esperaría otra cosa de ti. Pero hay otras maneras — añadió Matilde, casi para sus adentros. Se giró para dar órdenes a la sirvienta que había contestado a la llamada—. Prepara un baño para tu señora... y tráele el desayuno —añadió mientras la doncella hacía una reverencia y salía de la habitación.

—No puedo comer. Se me revuelve el estómago sólo de pensar en la comida.

—Tonterías. Necesitarás todas tus fuerzas. No es propio de ti regodearte en la autocompasión —Matilde no estaba dispuesta a permitirle debilidad alguna, por excepcional y justificada que estuviera. Cordelia necesitaría toda la fuerza de su carácter para sobrevivir intacta ante el tratamiento que le infligía su marido—. Ahora, tomarás un baño y un buen desayuno, y luego será mejor

que empieces a hacerte con las riendas de la casa. Hay un mayordomo, un tal monsieur Brion, que al parecer es un personaje a tener en cuenta. Y luego, una institutriz.

—¿Y qué sabes de la institutriz? —Cordelia, como siempre, reaccionó al momento a las animosas palabras de Matilde. No era tan timorata como para dejarse aplastar por una noche de bodas. Esta nueva vida comportaba muchas más cosas que el sexo conyugal. Tiempo habría para preocuparse de nuevo esta noche, cuando seguramente se repetirían los abusos. Estremeciéndose, apartó ese pensamiento de su mente. No debía permitir que el miedo a la noche la persiguiera durante el día.

Matilde se giró desde el armario, donde estaba seleccionando un vestido.

—Una vieja solterona, según dice el ama de llaves. Está casi siempre sola, se considera demasiado importante para tener tratos con el servicio. Está emparentada de lejos con el príncipe.

—¿Y las niñas? —A Cordelia le flojeaban las piernas. Se sentó al borde de la cama.

—Casi nadie las ve. La institutriz es prácticamente la única que se ocupa de ellas. —Matilde se acercó a la cama, con una bata en la mano.

Cordelia pasó los brazos por las mangas de la prenda limpia.

—¿Dicen si el príncipe tiene mucho que ver con sus hijas?

Matilde se inclinó para recoger el camisón manchado de sangre.

—Apenas las ve. Pero incluso así, es él quien manda en las niñas. Esa institutriz, esa tal madame de Nevry, está aterrorizada por el príncipe. Al menos, eso dice el ama de llaves. —Lanzó una penetrante mirada a Cordelia—. Hay una sensación negativa en esta casa. Todos temen al príncipe.

—Con motivo, supongo —dijo Cordelia, y frunció el ceño—. Me pregunto por qué el vizconde no me dijo nada cuando le pregunté por mi marido. Le di todas las oportunidades posibles para que me contara lo peor.

—Quizá no lo sepa. Hay gente que presenta una cara hacia afuera y otra muy distinta hacia adentro. Y hay que vivir en una casa para conocer su espíritu.

—Pero ¿y la hermana de Leo, Elvira? Ella vivió aquí, debe haber sabido estas cosas. ¿No se las contó a su hermano?

—¿Cómo quieres que lo sepamos? —Matilde sacudió la cabeza, desechando enérgicamente este tema—. Nos ocupamos de nuestros asuntos, querida.

Cordelia siempre había confiado por completo en la capacidad de Matilde para ocuparse de cualquier tipo de asunto. No siempre comprendía cómo lo hacía, pero todavía no se había encontrado con una situación que dejara fuera de juego a su antigua ama de cría. Con esta convicción, recuperó su fuerza y su coraje.

—Iré a visitar a las niñas en cuanto esté vestida. —Olvidando su anterior sensación de náuseas, partió un humeante bollo de la bandeja que la doncella había dejado sobre la mesa. En el pequeño cuarto de baño contiguo a su alcoba, unos lacayos llenaban la bañera de cobre con jarras de agua que habían subido trabajosamente los limpiabotas.

—¿Qué podría ponerme, según tú? Algo claro y alegre. Quiero que me vean como una persona alegre, nada estirada.

Matilde no pudo reprimir la sonrisa ante la peregrina idea de que alguien pudiera considerar estirada a Cordelia.

Cordelia se dejó caer con cuidado en el agua caliente, con un gemido de alivio. Matilde había esparcido hierbas por la superficie y había vaciado el aromático contenido de un frasquito en el agua. Inmediatamente, Cordelia notó cómo el dolor y la rigidez se desvanecían con el pulso de sus magulladuras. Dejó descansar la cabeza contra el borde de cobre de la bañera y cerró los ojos, inhalando el delicado y a la vez vivificante efluvio de las hierbas.

Matilde colocó la bandeja del desayuno junto a la bañera y al cabo de un momento Cordelia mordisqueó el bollo y tomó un sorbo del chocolate caliente, envuelta en la nube de vapor de agua que flotaba a su alrededor. Su optimismo habitual consiguió por fin

apartar el recuerdo del horror de la noche. Había sido un infierno, pero lo peor ya había pasado, porque ahora ella ya conocía lo peor. Y además, ahora había dos niñas pequeñas en una sala esperando conocerla. ¿Estarían asustadas? se preguntó.

Madame de Nevry estaba de muy mal humor. Amelia y Sylvie, expertas en los cambios de humor de su institutriz, sabían que les esperaba un día nefasto en cuanto entró en la sala poco después del amanecer y ordenó a su niñera que preparara baños fríos para las niñas.

—Pero es que ya tengo mucho frío —lloriqueó Sylvie, de pie en el suelo desnudo, temblando en su camisón. Era demasiado temprano para que el sol disolviera el frío del aire nocturno que llenaba la sala a través de la ventana siempre abierta.

—Vuestro padre desea que aprendáis a soportar las incomodidades —manifestó Louise, recogiendo el cabello de la niña en un apretado moño en lo alto del cráneo. En realidad, el príncipe sólo había dicho que no debía mimar a sus hijas, pero la institutriz prefería interpretar esas instrucciones según su criterio.

Sylvie lloriqueó de nuevo cuando le despejó la cara tirando del pelo y le hundió las horquillas en el cuero cabelludo. La niñera, con cara de desaprobación, la levantó y dejó caer su flaco cuerpecito en la bañera de agua helada. Sylvie se echó a llorar a pleno pulmón y la institutriz la recompensó con un bofetón. Amelia contemplaba la escena, esperando su turno con algo más de estoicismo que su hermana.

La noche anterior habían oído el runrún de la fiesta, acostadas en la cama y escuchando los confusos ruidos de las ruedas de los carruajes, los gritos de los pajes de hacha, las puertas que se abrían y cerraban en la casa, muy por debajo de la habitación, los tenues ecos de la música a lo lejos. Habían intentado imaginar los platos del banquete, pero como su propia dieta era insípida de tan sencilla, y nunca habían probado otra cosa, sólo podían figurarse una mesa

llena de fresas y chocolates, únicos lujos que a veces les había traído monsieur Leo cuando podía introducirlos en la sala de estudios sin que nadie lo advirtiera.

—Vamos, Amelia. —Madame de Nevry chasqueó los dedos impaciente mientras la niñera levantaba a Sylvie, todavía berreando, del agua helada y la envolvía en una gruesa toalla. La institutriz tenía muy mala cara, con los labios y la punta de la nariz de un matiz azulado, como si se lo hubieran pintado con pluma y tinta. En sus mejillas ardían dos manchas de color bermellón. Parecía una paleta de pintor, pensó Amelia, alzando los brazos dócilmente para que la niñera le quitara el camisón por la cabeza.

Los sollozos de Sylvie fueron apagándose, mientras se arrebujaba en la toalla. Desapareció la carne de gallina de su piel y sus escalofríos disminuyeron de intensidad, mientras restregaban y enjabonaban, y volvían a restregar, a su hermana gemela, con los labios ya azules de frío y castañeteando los dientes.

Ni siquiera ya vestidas conseguían entrar de nuevo en calor, y un exiguo desayuno de pan con mantequilla y té aguado no ayudó mucho a mejorar las cosas. La nariz azulada de madame de Nevry viró al rosado al tomarse su propia taza de té. Las niñas se habían dado cuenta de que siempre sucedía lo mismo cuando vertía en la taza un líquido que traía en un frasquito. Y sus mejillas se enrojecieron todavía más.

—Esta mañana estudiaremos el globo. —Louise indicó con su puntero el gran globo terráqueo—. Sylvie, quiero que me indiques dónde está Inglaterra y me digas el nombre de su capital.

Sylvie contempló la extensión de protuberancias, líneas y garabatos. Todo le parecía lo mismo. Cerró los ojos y señaló con el índice algún lugar.

Louise se puso los anteojos y examinó aquel punto. Si a ella le hubieran preguntado lo que ella le estaba pidiendo a Sylvie, se hubiera visto en un aprieto. Sin embargo, Sylvie había señalado lo que parecía ser una cordillera, y Louise estaba bastante convencida de que Inglaterra no era un país montañoso.

Fue precisamente en aquel momento cuando se abrió la puerta para dar paso a una visión asombrosa, fulgurante y resplandeciente de color en la sombría sala.

—Buenos días. Me llamo Cordelia, y he venido a conoceros.

Las niñas se quedaron boquiabiertas ante una muchacha de pelo negro, vestida con un traje de seda color turquesa, que entraba en la sala, con sus tacones enjoyados repiqueteando en las tablas de roble del suelo. Sonreía, su boca era roja y cálida, y sus ojos eran tan grandes y azules que parecían estar a punto de tragárselas.

Se inclinó y avanzó la mano hacia Sylvie. Leo había dicho algo sobre unas cintas para el pelo, pero no recordaba cuál era cuál.

—¿Eres Sylvie, o Amelia?

—Sylvie. Ella es Amelia.

Cordelia tomó las manos de ambas en las suyas, intimidada ante lo pequeñas que realmente eran. Nunca había prestado demasiada atención a los niños hasta entonces, pero esas dos niñas, que la contemplaban con tanta solemnidad, la sobrecogían extrañamente.

—Princesa, no os estábamos esperando. —La gélida voz hizo incorporarse a Cordelia.

—Usted debe ser la institutriz de las niñas. ¿Madame de Nevry, tengo entendido? —Le dedicó una cálida sonrisa, diciéndose que no ganaría nada enemistándose con esa mujer de aspecto tan desagradable.

—Así es, princesa. Como os he dicho, no esperábamos vuestra visita. El príncipe no me ha dado instrucciones para recibiros. —Se esforzó en disimular su consternación ante una visión que no presentaba parecido alguno con la nueva princesa von Sachsen que ella había imaginado. Era una muchacha apenas salida de la sala de estudios, y muy hermosa. Hasta para el ojo negativo de Louise, la vibrante belleza que irradiaba la princesa era innegable.

—No, bueno, supongo que eso es debido a que no sabe que estoy aquí —repuso alegre Cordelia—. He pensado que sería mucho más agradable conocer a Sylvie y Amelia sin preocuparnos demasiado por las formalidades. —Se giró de nuevo hacia las niñas,

que seguían mirándola con boquiabierta incredulidad—. ¿Queréis que seamos amigas?, ¿qué os parece? Yo realmente así lo espero. —Volvió a tomar sus manos, apretándolas cálidamente en las suyas.

—¡Oh, sí! —Dijeron ambas al unísono, con un gritito ahogado de deleite—. ¿Conoces a monsieur Leo? Él también es amigo nuestro.

—Sí, le conozco —contestó, ignorando las frases preparatorias que rezongaba la institutriz—. Le conozco muy bien, o sea que así seremos todos muy amigos. —Se incorporó para incluir a la gobernanta en la conversación—. Tengo entendido, según me ha dicho el príncipe y el propio vizconde, que visita a menudo a sus sobrinas.

—Es posible —concedió Louise, sin mover un solo músculo—. Sin embargo, y con el permiso de la princesa, las niñas deben seguir con sus clases.

—¡Oh, qué fastidio, que tengan que estudiar el día de mi llegada! —Cordelia arrugó la nariz y se acercó más a la institutriz, con el pretexto de estudiar el globo—. ¿Estaban estudiando geografía?

—Estábamos —le respondió Louise, lanzándole una clara indirecta.

Cordelia asintió, sus sospechas se confirmaban. La mujer olía como un arenque en escabeche, y no eran todavía las nueve de la mañana. Sin duda, Michael no debía saber que la institutriz de sus hijas le daba a la bebida. Pero de momento, se guardaría esta información. Tenía todavía mucho que aprender sobre el funcionamiento de esta casa.

—Entonces, os dejaré de momento —dijo conciliadora—. Pero me gustaría que las niñas me visitaran en mi tocador antes de comer. No es preciso que las acompañe. —Dedicó una deslumbrante sonrisa a la institutriz—. A la una de la tarde, por ejemplo. —Inclinándose, besó rápidamente a las niñas—. Pronto nos conoceremos mejor. —Y desapareció, dejando a Sylvie y Amelia en una cálida nube y a su gobernanta tan rígida y congelada como una estalagmita.

—Practicad vuestra caligrafía —ordenó, indicando con un gesto la mesa, las plumas y el pergamino.

Se sentó de golpe junto a la chimenea vacía y contempló su reflejo en la brillante rejilla. A escondidas, se sacó del bolsillo el frasquito de plata y engulló un rápido trago. Le parecía imposible que el príncipe hubiera aprobado la visita sorpresa de su esposa a sus hijas. Vivía su vida siguiendo unas pautas intocables, y sus órdenes eran tan estrictas para la sala de estudios como para el resto de la casa. Pero ¿qué estaba haciendo el príncipe Michael con una esposa tan joven, frívola, volátil, vibrante y poco ortodoxa?

Louise tomó otro trago. Por lo que sabía de su pariente, no toleraría esas cualidades en la muchacha por mucho tiempo.

Cordelia regresó a la zona principal de palacio y descendió por la curvilínea escalinata hasta el grande y tenebroso vestíbulo con sus pilares de mármol y su vasta extensión de marmóreo pavimento.

Monsieur Brion apareció de la nada y se acercó a las escaleras con paso majestuoso, inclinándose profundamente al llegar al pie de la escalinata.

—¿Puedo hacer algo para serviros, princesa?

—Sí, me gustaría que me enseñaran todo el palacio, por favor. Y me gustaría hablar con el ama de llaves y la cocinera. —La sonrisa de Cordelia era cálida, pero el mayordomo tuvo la sorprendente sensación de que su nueva señora, por joven que fuera, no sería fácil de manejar.

—Si tenéis alguna instrucción para la cocinera o el ama de llaves, madame, me encargaré con mucho placer de transmitírselas.

Cordelia negó con la cabeza.

—Oh, no creo que sea necesario, monsieur Brion. Soy perfectamente capaz de dar mis propias instrucciones. Por favor, pídales que vengan a verme a mi tocador a mediodía. Y ahora, quizá quiera enseñarme el palacio.

—Cordelia, ¿deseas alguna cosa?

Se giró al oír la voz de su marido. Estaba en el umbral de la puerta a la izquierda del vestíbulo, y a juzgar por la servilleta que

llevaba en la mano, estaba seguramente en pleno desayuno. Los ojos de Cordelia se fijaron en sus manos. Eran cuadradas, de gruesos dedos, con matas de pelos grises en los nudillos. La piel de Cordelia pareció encogérsele sobre los huesos con el horrendo recuerdo de esas manos marcando su cuerpo. Sólo con la mayor dificultad evitó dar un paso atrás, alejándose de él.

—Estaba pidiéndole a monsieur Brion que me acompañara para visitar el palacio, Michael.

El príncipe se quedó reflexionando sobre esta perspectiva, y no encontró nada malo en ello.

—Por supuesto —asintió, con un gesto de la cabeza dirigido a Brion—. Estaré en la biblioteca dentro de una hora. Quizá tengas a bien venir a reunirte conmigo, Cordelia.

Cordelia aceptó con una reverencia y esperó hasta que su marido hubo regresado a su desayuno para volverse hacia el mayordomo.

—¿Vamos, pues?

Monsieur Brion se inclinó. Era una señora muy distinta de su antecesora, no tan sofisticada, menos astuta, y sin embargo, creyó detectar en ella cierta fuerza indomable. En esta casa no había que perder una oportunidad para establecer alianzas.

—¿Por dónde quiere empezar, madame?

Una hora más tarde, monsieur Brion hizo pasar a su nueva señora a la biblioteca. Se sentía todavía lleno de dudas acerca de la princesa. Ésta se había comportado de una forma escandalosamente informal con los miembros del servicio que habían encontrado a su paso, pero las preguntas que le había hecho sobre el funcionamiento de la casa habían sido incómodamente perspicaces, y estaba convencido de que su primera impresión había sido correcta: bajo la superficie, había notado una fuerza de voluntad fuera de lo común.

Michael secó cuidadosamente la punta de la pluma y la colocó perfectamente alineada con el borde del secante, antes de levantarse del secreter, al entrar su esposa.

—Espero que te haya gustado todo lo que has visto, Cordelia.

A Cordelia le repugnaba dar un paso más en la habitación, un paso que la acercaría más a su marido.

—Tu palacio es realmente hermoso. He admirado especialmente los paneles de Boucher del saloncito. —Tenía que aprender a conversar normalmente con este hombre. Debía empezar a separar el marido diurno del violador nocturno. Si no lo conseguía, éste la aplastaría como a una hormiga bajo su bota.

Michael se había girado hacia su secreter. Con gestos breves y precisos, echó arena secante sobre la página en la que había estado escribiendo, y cerró el libro encuadernado de cuero.

—¿Has observado los Rembrandts de la galería?

—Sí, pero me ha gustado más el Canaletto. —Se lo quedó mirando mientras se dirigía con el libro hacia un cofre con herrajes que había bajo la ventana. Se sacó una llave del bolsillo, abrió el cofre y, con la misma precisión, introdujo el libro en él, luego dejó caer la tapa y lo cerró. Cordelia no pudo ver el contenido del cofre, pero le pareció extraño que tuviera que encerrar a cal y canto sus escritos. Sin embargo, se dijo que quizá se tratara de observaciones y secretos diplomáticos. El papel de un embajador, además de diplomático, era también el de un espía para su monarca.

—El Canaletto es excelente, pero el tema del cuadro es mucho más frívolo que los de Rembrandt.

Cordelia no intentó llevarle la contraria. Sus ojos seguían vagando por la habitación hasta que cayeron sobre el retrato de encima de la repisa de la chimenea. Supo inmediatamente de quién se trataba. El parecido físico entre aquella mujer y Leo Beaumont era inconfundible. Aunque los ojos de ella fueran azules, en lugar de castaños, la semejanza se concentraba en la expresión, en la nariz, en el rictus de aquella boca sensual.

—¿Es tu difunta esposa? —Examinó la rica y voluptuosa figura con profunda curiosidad y un ligero y extraño estremecimiento que supo achacar al hecho de que la visión de la hermana gemela de Leo, de alguna manera, le conectaba con él.

—Sí. Es un Fragonard especialmente conseguido. —El tono de voz del príncipe no parecía alentar este tema como tópico de conversación, pero Cordelia no se apartó. Quería tocar aquel brazo blanco y suavemente curvado, el brillante pelo rubio, de tan fuerte como transmitía el cuadro la personalidad de la mujer. ¿Habría sufrido también, quizá, noches infernales como la anterior?

—Lleva mi brazalete —dijo conmocionada por el reconocimiento, alzando la muñeca demostrativamente.

—Le regalé ese brazalete a Elvira cuando nacieron nuestras hijas —dijo Michael, y su tono de voz era ahora completamente gélido—. Es una obra de arte de un valor incalculable, y me pareció muy adecuada como regalo de compromiso. No hay necesidad alguna de seguir hablando de este tema.

Cordelia no respondió al momento. Examinó la pulsera que había en su muñeca y la que llevaba Elvira en la suya.

—Ella lleva otro dije —señaló—. Un corazón. ¿Es de jade?

Michael apretó las mandíbulas. ¿Era estúpida, o testaruda, para seguir insistiendo de esta forma sobre un tema que le había dicho claramente que quería dejar de lado?

—Tienes tu propio colgante. Ahora, el brazalete te pertenece. Bien, deseo estudiar contigo las disposiciones necesarias para nuestra estancia en Versalles durante la boda del delfín.

Cordelia tocó el delicado zapatito de cristal. Supuso que al retirar el dije dedicado a Elvira y sustituirlo con otro dedicado a su nueva propietaria, su marido consideraba haber actuado con toda la consideración debida. De todas formas, le parecía un poco peculiar llevar una joya de la difunta, por hermosa que fuera dicha joya.

—El vizconde Kierston me ha dicho que tienes un apartamento en Versalles. —Se volvió hacia la habitación, mientras su dedo recorría inconscientemente la forma de la serpiente alrededor de su muñeca.

—Sí, el rey ha tenido la gentileza de otorgarme una suite de habitaciones en la tercera escalera. Estoy seguro de que las encontrarás suficientemente cómodas.

Cordelia sabía que los apartamentos en Versalles, a treinta millas de París, eran un bien muy preciado y sólo adjudicado a los favoritos del rey o los personajes especialmente influyentes.

—¿Y el vizconde Kierston también tiene algún apartamento en Versalles?

—Está muy bien visto por madame du Barry. Dispone de una pequeña estancia en la escalera exterior, gracias a su influencia.

No sonaba demasiado confortable, pero seguramente se consideraba suficiente para un hombre soltero. Su corazón se ensanchó. Por lo menos, también él estaría en Versalles. Había prometido seguir siendo su amigo.

—Tengo la intención de pedirle a la institutriz de mis hijas que las traiga al salón antes de comer para que te presenten sus respetos. —Michael cambió de tema, impaciente con esta sesión de preguntas y respuestas que no tenía nada que ver con los asuntos del momento.

—¡Oh, si ya las conozco! —Exclamó alegremente Cordelia—. Esta mañana he visitado la sala de estudios. Son unas niñas preciosas.

—¿Qué dices que has hecho? —Michael se la quedó mirando asombrado.

Cordelia tragó saliva. Obviamente, había cometido un error.

—No creía desagradarte con ello, Michael. Tenía muchas ganas de conocerlas.

Michael se dirigió hacia ella, y ella se mantuvo firme a duras penas.

—No tomarás la iniciativa jamás en estos asuntos, ¿me has entendido, Cordelia? Yo mando en esta casa, y tú no intentarás jamás usurparme ese papel.

—Pero... pero ¿cómo puede mi visita a la sala de estudios considerarse una usurpación de tu autoridad? —protestó ella, olvidando en su indignación cuánto le temía.

—No harás nada, he dicho nada, sin mi permiso ¿me has oído? Nadie en esta casa da un solo paso sin mi permiso. —Ahora le

había puesto las manos encima, y notó un profundo estremecimiento que nacía en sus entrañas.

—Pero los demás son sirvientes, y yo soy tu esposa. —No pensaba dar marcha atrás. No quería demostrar su terror.

Los dedos del príncipe apretaron sus brazos, conjurando un tropel de recuerdos físicos de la noche pasada. Cordelia podía oler el aroma almizclado de su piel, que casi la asfixiaba al igual que lo había hecho durante las horrendas horas de oscuridad. Y ahora volvía a hacerle daño.

—Estás tan sujeta a mi autoridad como cualquier sirviente, querida. —Su voz era baja pero intensa—. Si lo olvidas, atente a las consecuencias. ¿Lo has comprendido?

Cordelia cerró con fuerza los labios. Apartó la cara de la de él, tan cercana ahora, que creyó desvanecerse de aversión.

—¡Contéstame! —le exigió.

—Me estás lastimando. —Era la única respuesta que pensaba darle.

—¡Contéstame!

—Para comprenderte mejor, Michael, te ruego que me expliques exactamente hasta qué punto deseas que me involucre con tus hijas. —Ignoró el dolor en sus brazos. Había tenido confrontaciones parecidas con su tío. Y no se había rendido; tampoco se rendiría ante su marido.

—El vizconde Kierston me ha dado a entender que se esperaba de mí que fuera una madre para ellas. No podré hacerlo si sólo puedo verlas cuando tú lo ordenes.

Impactado, Michael se dio cuenta de que Cordelia no estaba intimidada.

—No necesitan los cuidados de una madre —dijo con tono tirante—. Su institutriz supervisará su educación y sus cuidados cotidianos. Sin embargo, ella carece de experiencia sobre los círculos cortesanos. Tú serás responsable de prepararlas para sus futuros compromisos de matrimonio. No hay necesidad alguna para que te preocupes por su bienestar general. ¿Me has comprendido?

—¡Pero si son demasiado pequeñas para estar pensando ya en casarlas! —exclamó Cordelia.

—Eso no es asunto tuyo. —La sacudió duramente, para subrayar sus palabras—. Te guardarás tus opiniones para ti. —Pero no pudo evitarlo, y añadió con frío orgullo—: Tengo grandes esperanzas de concertarles las conexiones más ventajosas e influyentes. No sería imposible que alcanzaran las cortes más altas de Europa. Hay numerosos vástagos reales que no desdeñarían emparentarse con los Von Sachsen.

Cordelia había sido sacrificada por intereses dinásticos. ¿Podría ayudar a esas pobres niñas para que escaparan a un destino parecido? Quizá; pero no oponiéndose abiertamente a su esposo. Era la hora de iniciar una retirada estratégica.

—Por supuesto, eso sólo puede decidirlo su padre. —Bajó la vista.

El príncipe declaró fríamente:

—Estas demostraciones de desafío no te convienen en absoluto, querida. ¿Me comprendes? —Estaba decidido a oír su sumisión. Recordó la sensación de grácil fragilidad bajo su cuerpo durante la noche anterior. Su resistencia, tan fácil de quebrar. Era joven. Cometería errores. Le correspondería a él corregirlos.

Ella no quería decirlo. El tenso silencio estaba tan cargado y palpable como un banco de niebla.

Ambos se sobresaltaron al oír un golpe en la puerta. Él soltó sus brazos y se giró sobre sus talones con un violento:

—¿Qué pasa?

—El vizconde Kierston, milord —anunció monsieur Brion. Leo entró en la biblioteca tras ser anunciado, con toda la informalidad de un viejo amigo de la familia. Iba vestido de negro, excepto por su corta capa de equitación, que esta vez estaba forrada de color azul eléctrico. Llevaba sus guantes ribeteados de encaje en una mano, la otra apoyada de forma casi inconsciente en la empuñadura de su espada. Sus ojos eran tan fríos y penetrantes como carámbanos de hielo.

El corazón de Cordelia aceleró sus latidos y las palmas de sus manos se humedecieron de repente. ¿Llegaría a ver las marcas que Michael había dejado en ella? ¿Vería alguna señal de los horrores sufridos con aquella posesión? No debía enterarse. No soportaba la idea de que él lo supiera.

—Príncipe Michael. Princesa von Sachsen. A vuestras órdenes. —Se inclinó en una reverencia que Cordelia recibió con otra. La tomó de la mano, y Cordelia notó su piel ardiendo bajo su tacto. Alzó la vista por un segundo y la clavó profundamente en sus ojos. Leyó la pregunta que contenía su firme mirada, pero no pudo contestarla. Con una sonrisa cortés, ella retiró su mano y dio un paso atrás, apartando la vista.

—Bienvenido, Leo. Brindarás por nuestra boda, ya que no pudiste hacerlo anoche. —Michael tomó una botella de vino del Rhin de una mesita auxiliar—. Cordelia, tomarás una copa con nosotros.

No era una sugerencia. Cordelia tomó la copa de vino blanco. Se produjo un expectante silencio, luego Leo alzó su copa y dijo suavemente:

—Por vuestra felicidad.

Cordelia bebió este brindis, sus labios fijos en la misma sonrisa cortés. Sabía que Leo era sincero. No deseaba otra cosa que su felicidad, por mucho que se interpusiera entre ellos.

Michael sonrió y tomó un buen trago.

—Gracias, querido amigo.

Cordelia no pudo soportarlo ni un minuto más. Dejó su copa apenas tocada y dijo:

—Si me perdonáis los dos, he pedido a la cocinera y el ama de casa que vinieran a verme a mi tocador a las doce.

—No necesitas involucrarte en el funcionamiento cotidiano de esta casa, Cordelia —le espetó Michael—. Ya te he explicado cuáles son tus deberes. Y no incluyen tener tratos con el servicio, que saben ocuparse de sus obligaciones perfectamente bien.

—¿No te parece necesario que los sirvientes conozcan a su señora?

¡Le estaba desafiando de nuevo! Michael no podía creer sus propios oídos. Pero no podía hacer nada en presencia de Leo. Amenazante, avanzó un paso hacia ella, sus ojos eran un par de ascuas.

—Ya te he dicho lo que considero necesario.

Leo advirtió la mirada en sus ojos, mientras Cordelia parecía encogerse, hurtar el cuerpo al exterior. Elvira había mostrado la misma sombra en sus ojos. La sombra que había aparecido al mismo momento en que sus cantarinas risas habían dejado de oírse tan a menudo. Pero siempre que la había interrogado al respecto, ella le había dado largas, cambiando de tema, y la sombra había desaparecido con la misma rapidez con la que se había insinuado, por lo que nunca estuvo totalmente seguro de haberla visto. Ahora sabía que sí. Cordelia no era tan hábil a la hora de ocultar sus sentimientos.

—Será como tú digas —dijo Cordelia con voz tensa, haciendo una venia—. Que pases un buen día, vizconde Kierston.

La puerta se cerró silenciosamente tras ella.

CAPÍTULO 12

Ocultando su preocupación, Leo permaneció con su cuñado durante casi una hora. Cordelia ya había tenido problemas con su marido. No le sorprendía. Michael había dejado perfectamente claro, en el asunto de Christian, que tenía la intención de tratar a su esposa con mano de hierro, y Leo sabía que Cordelia no lo aceptaría fácilmente. Pero ¿qué habría ocurrido entre ellos para causar esta sombra de temor en los ojos de ella? Y santo Dios, ¿había realmente visto esa misma mirada en los ojos de Elvira?

Pero Michael no se dio cuenta en absoluto de sus inquietas conjeturas. Como siempre, Leo charló de forma intranscendente sobre asuntos de la corte, episodios de cotilleos, dejando caer de vez en cuando detalles más jugosos en la conversación, a sabiendas de que el príncipe aguzaba el oído ante cualquier información útil para su tarea diplomática o su propia ambición personal.

Desde la muerte de Elvira, Leo se había esforzado al máximo en dar a Michael la impresión de un ocioso cortesano que adoraba jugar, que conocía a todo el mundo, que era universalmente apreciado. Un hombre a quien se le podían confiar las hijas de Michael, un tío que no socavaría la autoridad paterna ni intentaría involucrarse en las decisiones que les afectaran. Michael no dudaría en prohibirle la entrada en la sala de estudios si el interés de Leo le parecía inconveniente.

El compromiso de Leo para cuidar de las hijas de Elvira, como su madre lo hubiera hecho, era una de las fuerzas motrices de su vida. Por este motivo se había quedado en París, en lugar de regresar a su Inglaterra natal. Michael no tenía ningún vínculo emocional con sus hijas, pero Leo sabía que las consideraba moneda de cambio diplomática, para ser vendidas al mejor postor. Leo lucharía por su bienestar llegado el momento, pero mientras tanto pretendía no ser más que un benevolente e inofensivo tío carnal. Cuando Michael contemplaba al hermano de Elvira, veía unos labios sonrientes, unos párpados ligeramente caídos, una figura elegantemente vestida y siempre relajada. A diferencia de Cordelia, no le encontraba mucho parecido con Elvira, por no decir ninguno, si bien es verdad que tampoco lo buscaba.

Y ahora, pensó Leo, había añadido el bienestar de Cordelia a sus demás responsabilidades bajo el techo de Michael.

—¿O sea que te llevarás a la princesa a Versalles para la boda? —Tomó un sorbo de su vino, cruzando displicente una rodilla vestida de seda sobre el muslo de la otra pierna.

—He dado órdenes al mayordomo para nuestro traslado dentro de tres días, cuando el séquito real regrese de Compiégne.

—Entonces, supongo que os veré allí. —Leo dejó su copa—. El rey ha tenido la gran gentileza de insistir en mi presencia en la ceremonia. Sospecho que debido a la insistencia de Du Barry. —Lanzó una ligera carcajada, y se levantó—. La favorita del rey es generosa con sus favores. Ha sido una inconfundible señal de su favor que atendiera ayer vuestra ceremonia de boda.

La expresión del príncipe era adusta cuando también él se puso de pie.

—Aborrezco el hecho de que para ganarse la estima del rey sea preciso cortejar a su meretriz.

—Aunque supongo que incitarás a Cordelia para que lo haga —repuso Leo con una amable sonrisa.

Michael se encogió de hombros.

—Por supuesto, ella tendrá que ser cortés. Pero no veo ningún motivo para que se mueva en los círculos de Du Barry. No tiene la más mínima necesidad de hacerlo.

—En efecto. —Leo se contentó con esta breve respuesta—. Ya que estoy aquí, aprovecharé la oportunidad para visitar a las niñas. Hace muchas semanas que no las veo.

El príncipe Michael dijo fríamente

—Tienen un día muy ajetreado, al parecer. Cordelia ya se ha presentado ante ellas esta mañana. Espero que su institutriz sepa hasta qué punto les conviene tanta excitación.

Quizá eso explicara la tensión entre Michael y su esposa. Conocía al príncipe suficientemente bien para estar seguro de que no apreciaría las iniciativas de Cordelia.

—Me he dado cuenta de que Cordelia tiene un carácter algo impetuoso —dijo en tono ligero—. Pero sus acciones están siempre motivadas por las mejores intenciones.

Michael pareció tan sorprendido como molesto por este comentario. Respondió con rigidez.

—Supongo.

Leo no insistió.

—Te aseguro que no prolongaré demasiado mi visita a las niñas —dijo con una amable sonrisa, antes de despedirse.

Subió las escaleras traseras hasta la sala de estudios, para encontrarla ocupada tan sólo por la institutriz, que se levantó con cierta agitación a su llegada.

—Las señoritas Sylvie y Amelia están con la princesa —le dijo, haciendo una venia—. No puedo comprender por qué no deseaba la princesa que les acompañara. Es una situación muy irregular, y me resisto a creer que el príncipe Michael apruebe esa falta de ceremonia. —Por un momento, olvidó su animosidad hacia el vizconde Kierston, tan ansiosa estaba de expresar su aflicción e indignación.

¿A qué estaría jugando Cordelia? se sorprendió Leo. Distinguió el alcohol en el aliento de la institutriz y se preguntó cómo era

posible que Michael no lo hubiera notado nunca, pero lo más probable es que el príncipe jamás se acercara a su empleada tanto como para detectarlo.

—¿Cuánto tiempo creéis que estarán con su madrastra?

—No tengo ni idea. —La mujer alzó los brazos al cielo—. A mí no me han dicho nada, sólo que las mandara al tocador de la princesa a la una en punto. Quizá estén incluso comiendo con ella. ¿Es así cómo aprenderán a tener consideración? Los sirvientes se preocupan por subirles aquí la comida, y se encuentran con que no la quieren. ¿Y yo, qué? ¿Tengo que comer sola en la sala de estudios, os pregunto? Si se me descarga de mis responsabilidades con las niñas temporalmente, tengo cosas mejores que hacer en lugar de quedarme aquí sentada, perdiendo el tiempo.

Leo escuchó este apasionado discurso con aire de altanero hastío. Cuando la institutriz hubo terminado tenía las mejillas encendidas, al darse cuenta de cómo se había traicionado a sí misma ante alguien que no le gustaba y de quien desconfiaba. Leo dijo:

—Estoy seguro de que la princesa os explicará sus intenciones, madame. Sólo tenéis que preguntárselas. Siempre me ha parecido una persona muy directa.

El rubor de la institutriz subió de tono.

—Bueno, ya veremos qué dice el príncipe al respecto.

Leo le dedicó una fría inclinación de cabeza y se marchó. Cordelia parecía haber causado considerable agitación en la rué du Bac en el corto tiempo transcurrido desde su llegada. Se había enemistado con la institutriz, había provocado el enfado de su marido, y parecía decidida a seguir haciéndolo. No contaba con la sutileza y sofisticación de Elvira, cualidades que le habrían permitido salirse con la suya sin causar problemas. Era demasiado joven y directa.

Pero ¿había evitado Elvira los problemas? La pregunta merodeaba de forma inquietante por su cabeza. Nunca hasta ahora se le había ocurrido que su hermana hubiera tenido problemas con

Michael. Al propio Leo no le había gustado nunca el marido de su hermana. Era demasiado rígido y egoísta, pero Elvira había aceptado el matrimonio de muy buen grado. Se había reído ante las reservas de su hermano, sosteniendo que una alta posición en la corte de Versalles bien se merecía el precio de un marido estirado. Elvira deseaba establecer su propio salón literario. Había sido íntima amiga de madame de Pompadour y había quedado seducida por el poder y la influencia que podía conseguir una mujer inteligente en Versalles. Su enlace con el embajador de Prusia le había parecido ser el mejor pasaporte para alcanzar esta influencia.

Elvira no había conocido nunca a nadie con quien no pudiera relacionarse de la forma más agradable posible. Y Michael siempre había parecido ser un marido abnegado. Leo no había tenido nunca motivos para poner en tela de juicio el comportamiento del príncipe con su esposa, a pesar del comportamiento contenido, tan poco habitual en ella, que Elvira había tenido a veces. Siempre había ofrecido un motivo plausible para esa actitud. Y por supuesto, no había visto jamás a Michael reprendiendo a Elvira tal como lo había hecho con Cordelia. Pero sin duda, el príncipe consideraba a su nueva esposa como una niña a la que debía formar y educar. Un punto de vista bastante razonable, por otra parte, teniendo en cuenta la diferencia de edad entre ellos. Aunque su severidad era inquietante.

Bajó por la escalera principal desde la planta de la sala de estudios, y las voces de las niñas le llegaron desde una puerta doble entornada, en un pasillo que salía del primer descansillo.

Conocía la habitación. Había sido el tocador de Elvira. Se sintió de repente reacio a entrar en ella. En su última visita, su hermana había estado radiante y viva. Todavía oía sus risas, sentía su beso de despedida en la mejilla. Cuando volvió a verla, estaba ya en su ataúd, apenas reconocible, esquelética contra el satén blanco, su cabellera antaño exuberante y dorada ahora escasa y desgreñada. ¿Qué horrible maldición podía haber causado semejantes estragos en un espacio tan corto de tiempo?

Se obligó a duras penas a acercarse a la puerta. Las dos niñas hablaban al unísono, sus voces se alzaban excitadas mientras competían para llamar la atención. Leo sonrió involuntariamente. No recordaba haberlas oído parlotear con una animación tan desinhibida. Sin pensárselo más, cruzó la puerta abierta.

Cordelia estaba sentada en un taburete bajo, y las niñas estaban arrodilladas en el suelo a su lado. Estaban jugando a hacer cunitas y una de ellas intentaba transferir la complicada red de lana de sus propias manilas regordetas a las de su hermana.

Cordelia alzó la vista, al notar la silenciosa entrada de Leo. El color desapareció de sus mejillas, luego regresó. Le sonrió por encima de las cabecitas de las niñas, y el corazón de Leo dio un vuelco ante la desnudez de su sonrisa. Estaba llena de calidez y de promesas y de añoranza, desbordante del amor que tan a menudo le había declarado. Y paradójicamente, era una sonrisa tan vulnerable y tan llena de peligro que sintió el deseo de sacudirla para que se diera cuenta de la realidad. Eso, o girarse y echarse a correr.

—¡Monsieur Leo! —Amelia, o al menos eso dedujo por la cinta en el pelo, fue la primera en verle. Ambas niñas se pusieron de pie de un salto, y luego se quedaron quietas, incómodas. Las manos de Amelia todavía estaban ocupadas con el juego de las cunitas.

—Vizconde Kierston. —Cordelia se alzó a su vez y se inclinó para saludarle—. Qué inesperado placer. —Su voz era una caricia de miel, sus ojos, el zafiro más profundo. Ni rastro de las sombras que había visto un poco antes.

—Quería visitar a las niñas —dijo Leo, esforzándose en sonar tranquilo y natural ante un despliegue de sensualidad tan apabullante—. No estaban en la sala de estudios y madame de Nevry me ha dicho que estaban contigo. —Aliviado, bajó la mirada ante la ardiente intensidad de la de ella y la dirigió hacia las dos caritas ansiosas que le estaban mirando—. ¿Y cómo están pues mis dos señoritas? —preguntó con una sonrisa.

—Muy bien, gracias, señor —dijeron ellas al unísono, haciéndole una nueva reverencia. Parecían estar esperando que les dieran permiso para moverse. Cordelia se preguntó de quién debían esperar esta orden. La miraban de reojo, con los ojos expectantes, y finalmente se dio cuenta, con cierto sobresalto, que, en ausencia de la institutriz, ella debía ser la autoridad competente.

—Con Amelia y Sylvie estábamos conociéndonos mejor —dijo entonces, acercándose para depositar suavemente sus manos en los hombros de las niñas—. Pero vosotros tres ya sois buenos amigos, por supuesto.

—Oh, monsieur Leo ha sido amigo nuestro desde que nuestra mamá murió —le confió Amelia, perdiendo la rigidez. E insertó su mano en la de Leo.

—Entonces sólo éramos bebés. ¿Cómo quieres que haya sido amigo nuestro? —Se mofó Sylvie, acercándose para insertar su mano en la otra mano de Leo—. Los bebés no pueden tener amigos.

—Sí, sí pueden. ¿No es cierto, monsieur Leo?

Leo se echó a reír.

—No veo por qué no.

—¡Te lo había dicho! —declaró Sylvie triunfal, dando un empujoncito a su hermana.

Amelia se lo devolvió, con las mejillas sonrosadas de enfado.

—Pues yo digo que no pueden. Los bebés no hablan. Pues claro que no pueden ser amigos de nadie.

—¿Quién quiere ver lo que he traído? —Leo interrumpió la creciente discusión, soltando las manos de las niñas para rebuscar en sus bolsillos.

Las niñas le rodearon, con gritos ahogados de excitación, y él les dio un paquete envuelto en papel de seda para cada una.

—¡Oh, el mío es un pony! —Sylvie mostró una miniatura de porcelana—. Para nuestra colección, Melia.

Los dedos de Amelia temblaban al desgarrar el papel para revelar un gato en miniatura.

—¡Oh, qué bonita! La llamaré gatita. —Se la llevó a la mejilla, canturreándole suavemente.

—Tienen una colección de animales de porcelana —explicó Leo en voz baja a Cordelia.

—No parecen tener gran cosa más para jugar —repuso ella—. ¿Le parecerá bien a la arpía?

Leo sonrió involuntariamente.

—Me tiene absolutamente sin cuidado si se lo parece o no.

Cordelia le tocó la mano. Él la retiró de golpe. Por un momento, guardaron silencio. Luego habló Leo, su voz sonaba muy suave bajo el parloteo de las niñas.

—No sé si haces bien en enfrentarte tan pronto con tu marido.

Cordelia no dijo nada inmediatamente. Se quedó con la mirada fija al frente, frunciendo el ceño a los paneles pintados de la puerta, como si estuviera intentando identificar las flores allí representadas. Luego dijo:

—Debo hacer lo que me parece correcto. No quiere que sea una madre para sus hijas, pero yo sé que debo ser amiga de ellas, tanto si quiere como si no.

—Eso habla mucho en tu favor —dijo él en voz baja—. Pero deberías ir con cuidado.

Cordelia se estremeció de repente. Era un movimiento involuntario, y de nuevo, Leo vio la sombra bailando en sus ojos. Luego, ella se encogió de hombros, con pretendida despreocupación.

—No tengo miedo de hacer lo que debo, Leo. —Pero la inquietante sombra se intensificó.

Leo cambió de tema.

—Tengo entendido que Michael te acompañará a Versalles para la boda.

—¿Nos encontraremos allí? —Cordelia respondió al cambio con un punto de alivio que no pudo disimular.

—Estaré en la corte.

—¿Crees que podrás hacer algo por Christian? —Los ojos de Cordelia empezaron a rehuir los suyos, como si temiera de repente encontrarse con su mirada. Pero Cordelia no había temido jamás mirar a nadie a los ojos.

—Tengo en mente un posible mecenas. El duque de Carillac —replicó Leo en un tono neutro y coloquial, que ocultaba su desasosiego.

—Monsieur Leo, ¿nos llevarás a dar un paseo en tu carruaje, si madame de Nevry lo permite? —La tímida petición de Amelia y Sylvie, ambas con su miniatura de porcelana bien apretada en la mano, trajo una bienvenida diversión.

—Si yo os doy permiso, pues por supuesto podréis ir —dijo Cordelia. Echó una ojeada a Leo, con el mentón alzado inconscientemente, como si estuviera retándole a discutir con ella.

—Entonces, ¿eres más importante que madame de Nevry, madame? —Se la quedaron mirando maravilladas.

Cordelia reflexionó un momento y sus ojos empezaron a brillar animados de nuevo con su espíritu habitual.

—Bueno, creo que sí —declaró—puesto que soy vuestra madrastra. Y no debéis llamarme madame. Me llamo Cordelia.

Leo carraspeó.

—Creo que es el príncipe Michael quien debe decidir cómo deben llamarte. Seguro que tiene sus propias opiniones.

Cordelia torció el gesto ante la advertencia. Aunque fuera irreprochable. Si quería alcanzar sus objetivos en cuanto a las niñas, debería elegir cuidadosamente sus batallas.

—Quizá monsieur Leo tenga razón —dijo—. Lo hablaremos con vuestro papá.

—Pero ¿podremos pasear en el coche? —los ojos de Elvira, multiplicados por dos, alzaban suplicantes la mirada hacia él.

—Justamente hoy no he traído mi carruaje, pero lo haré la próxima vez.

—Y entonces podremos ir todos de paseo —declaró Cordelia—. ¿Sí? —Se giró al oír que alguien estaba arañando la puerta

entreabierta.

El lacayo hizo una venia.

—Madame de Nevry desea saber si las señoritas comerán arriba, milady.

Cordelia dudó, pero Leo respondió al momento

—Sí, por supuesto, deben irse inmediatamente. —Se inclinó para tomar sus manitas en las suyas y besarlas con risueña formalidad—. Señoritas, estoy desolado de tener que despedirme.

La decepción de las niñas se disolvió en risitas, pero no se olvidaron de hacer sus reverencias con las rígidas faldas hinchadas alrededor de su cintura mientras se despedían de su madrastra y de su tío.

Cordelia recogió su abanico de la mesita auxiliar, golpeándose la palma de la otra mano con las varillas delicadamente pintadas.

—Quiere que las prepare para sus compromisos de matrimonio —dijo—. Dice que no tengo que quererlas, ni ser amiga suya.

Leo apretó la mandíbula al pensar en la fría indiferencia de Michael hacia sus hijas. Pero controló el impulso de hablarle de la cautela con la que él mismo se involucraba en los asuntos de sus sobrinas.

—Michael tiene ideas muy estrictas sobre la forma de llevar los asuntos en la sala de estudios. Si quieres introducir alguna mejora en sus vidas, tendrás que hacerlo a pasos muy pequeños. Si te dejas llevar por tu impetuosidad habitual, Cordelia, no conseguirás nada en esta casa.

—¿Y este consejo, está basado en las experiencias de tu hermana? —Despreocupadamente, Cordelia abrió su abanico, esperando que su voz no reflejara la ansiedad con la que esperaba la respuesta. ¿Qué sabía Leo de la vida de Elvira en la casa?

—El matrimonio de mi hermana tiene muy poco que ver con el tuyo, Cordelia. Te estoy ofreciendo un consejo de amigo. De alguien que conoce a tu marido desde hace varios años.

No era gran cosa, como respuesta. Pero se resistía a creer que Leo hubiera permitido a sabiendas suyas la entrada de su hermana

en semejante cárcel. Quizá Michael había sido distinto con Elvira. Era una mujer mayor, más sabia, más experimentada que Cordelia. Seguramente eso debía haber afectado la conducta del príncipe hacia ella.

Leo se acercó, como atraído por un imán. Sabía que cuanto más cerca estuviera de ella, mayor sería el peligro, pero había prometido seguir siendo amigo suyo y no podía abandonarla por el simple hecho de temer sus propios sentimientos. Tomó una mano de Cordelia entre las suyas, diciendo en voz baja y sincera:

—Sólo deseo tu felicidad, Cordelia. Quizá la realidad de tu matrimonio con el príncipe Michael no se ajuste a tus fantasías de cuento de hadas, pero tiene muchas ventajas, si aprendes a aprovecharlas. Versalles y sus numerosos placeres te esperan. Si no te enemistas con tu marido, encontrarás muchas cosas de las que disfrutar en tu nueva vida.

—Sí, por supuesto —respondió Cordelia, apartando la vista. Retiró su mano y se metió un mechón suelto detrás de la oreja.

Leo volvió a tomarla de la mano y le dio la vuelta para examinar el moretón en la parte interior de la muñeca.

—¿Cómo te has hecho esto?

Cordelia intentó liberar su mano. —Me he dado un golpe con el borde de la bañera esta mañana. He resbalado, al salir. El jabón... o... algo... —Cordelia se detuvo. Siempre había tenido la tendencia de extenderse demasiado al contar mentirijillas, y Matilde le había dicho hacía tiempo que las mejores mentiras eran las más simples. Aunque no hubiera mentido nunca a Matilde, sólo a su tío.

Leo frunció todavía más el ceño, pero soltó su muñeca.

—Ahora tengo que irme. Organizaré un encuentro entre Christian y el duque de Carillac sin más demora.

Fue recompensado con una resplandeciente sonrisa, con el regreso de la vivaracha Cordelia que tan bien conocía.

—¡Oh, eso sería maravilloso! Sabía que podrías ayudarle.

—Tu fe es conmovedora —dijo a la ligera—. Nos veremos en la corte, Cordelia.

Ella asintió y siguió sonriendo a pesar de ser muy consciente de que en cuanto Leo se hubiera ido, volvería a encontrarse sola. Sin amigos ni apoyo alguno en esta casa. A excepción de Matilde. Tenía a Matilde, y el apoyo de Matilde era más valioso que todo un ejército de soldados de a pie.

Este pensamiento le levantó el ánimo cuando Leo abandonó el tocador. Sentada en los cojines del profundo asiento empotrado en la ventana, miró hacia el patio, que estaba a sus pies. El palacio flanqueaba el patio central por tres de sus lados, y el cuarto estaba ocupado por las grandes puertas de hierro que daban a la calle. Leo salió de la puerta de la izquierda. Se quedó un momento inmóvil en lo alto de la escalinata que bajaba hasta el patio empedrado, golpeándose la palma de la mano con los guantes en un gesto tan familiar que Cordelia se vio sumida en una oleada de insuperable añoranza. Había sufrido una noche de bodas infernal, llena de dolor y humillación, y ansiaba conocer lo que podía significar el acto del amor. Ahora, deseaba a Leo con una pasión descarnada, que en aquellos momentos no tenía nada que ver con el amor, ni siquiera con la amistad. Deseaba su cuerpo, el roce de su piel, el aroma de su fragancia, su sabor en la lengua. Deseaba que entrara en su interior, que con cada embestida poderosa alcanzara sus entrañas, que su carne llenara la suya, poseyéndola mientras ella le acogía en su interior y le convertía en parte de sí misma. Nunca había vivido las maravillas de este tipo de amor, pero su sangre sabía que existían.

La necesidad era tan grande que un suave gemido se le escapó de los labios. Apoyó la frente contra el frío cristal de la ventana y lo tocó con la lengua, imaginando que estaba acariciando las lisas superficies del vientre de Leo. Casi podía sentir el marcado contorno de sus muslos moldeados bajo sus palmas, el latido de su erecta virilidad contra sus dedos. Le daría tanto placer, un placer que borraría las horrendas violaciones que su marido le había infligido al poseerla.

—¿Hay algo de especial interés en el patio, Cordelia?

Sobresaltada, se giró de golpe y vio a su marido, de pie en la puerta, con una expresión glacial. Su sueño erótico se desvaneció en las negras nubes de la realidad. Este hombre era la realidad, no el que ahora montaba en su caballo, abajo en el patio.

—Estaba soñando despierta.

—Mala costumbre —dijo él—. Tienes muchas, lo estoy descubriendo. —Entró en la habitación, cerrando la puerta de golpe a sus espaldas—. Según dice madame de Nevry, has desobedecido de nuevo mis órdenes en cuanto a mis hijas.

Cordelia se levantó, sintiéndose desfallecer. Michael la contemplaba con una mirada extraña. Era una mirada furiosa, pero también reflejaba una curiosa satisfacción, una ansiosa expectativa que despertó escalofríos en su vientre.

—Sólo quería ser amiga suya.

—Pero te había ordenado que sólo las vieras con mi permiso. A pesar de lo cual, y deliberadamente, has alterado su rutina, haciéndolas bajar de la sala de estudios, animándolas a desobedecer a su institutriz...

—No, no he hecho nada parecido —protestó ella.

—No me interrumpas —le advirtió gélidamente, y aquella horrible expectativa en sus ojos pareció afianzarse—. ¿Has desobedecido, o no, mis instrucciones directas en cuanto a mis hijas?

No parecía caber alternativa alguna. Cordelia alzó la barbilla y le aguantó la mirada firmemente.

—Si tú lo dices. Pero considero que sólo estaba cumpliendo mis deberes como madrastra.

—Estos deberes los definiré yo, no tú, como tendrás que aprender. Ven. —Cruzó la habitación hacia la puerta de la alcoba de Cordelia—. Ven —repitió, la palabra fue un latigazo en el tenso silencio. Abrió la puerta.

—¿Qué quieres de mí? —no pudo evitar la pregunta, aunque le temblara la voz, y a sabiendas de que esta pregunta traicionaba su temor.

De nuevo, aquella terrible satisfacción llameó en sus ojos.

—Quiero una esposa que sabe cuál es su lugar, querida. Y tengo la intención de conseguirla. ¡Ven! —ordenó manteniendo la puerta abierta.

Cordelia pasó a su lado y entró en la alcoba. Él la siguió y ella oyó el sonido de la llave girando en la cerradura.

Leo cabalgó a lo largo de la orilla izquierda del Sena, hacia la Belle Étoile, el alojamiento que había indicado a Christian.

Al apartarse del río, sin embargo, distinguió al músico que venía presuroso calle abajo en su dirección, con aire abstraído.

—¿Christian?

Christian se detuvo en seco. Alzó la mirada hacia el jinete, parpadeando, intentando obviamente regresar del plano astral reservado a los genios en el que había estado habitando.

—¡Ah, vizconde Kierston! —Sonrió, con un aire todavía algo desconcertado—. Estaba pensando en Cordelia. Estoy tan preocupado por ella.

Leo desmontó de un salto, sujetando las riendas.

—Hay una pequeña taberna muy agradable en la otra calle. Vamos a calmar la sed y hablar en privado.

Christian se puso a andar a su lado.

—¿La habéis visto, señor? Ese hombre... su marido... el príncipe... parece tan severo. Hablarle de aquella manera, y en semejante lugar. No he pegado ojo, de tan preocupado como estoy.

—Creo que ella se preocupa tanto por ti como tú por ella —dijo Leo quitándole importancia, y preguntándose a la vez por qué se sentía tan reacio a compartir sus propias preocupaciones con el músico.

Delante de la taberna, en la rué de Seine, Leo entregó las riendas de su caballo a un golfillo y se apartó cortésmente a un lado mientras su compañero inclinaba la cabeza para cruzar el angosto dintel. En el interior reinaba la penumbra, olía a moho y el suelo estaba cubierto de serrín. A Christian no le pareció en absoluto un lugar agradable, a pesar de lo que había dicho el vizconde. Aunque

por supuesto, ignoraba que el establecimiento gozara de una reputación muy especial entre los iniciados.

—¡Vino, patrón! —Lee le hizo una seña al tabernero vestido con un delantal, en la mugrienta barra del bar—. Lo de siempre. —Pasó la mano por el asiento de una silla y se sentó, balanceando la espada a un lado. Se quitó los guantes y los dejó en la mesa, diciendo con una sonrisa—: Quizá te cueste creerlo, pero Raoul, el tabernero, tiene una bodega tan excelente como la de cualquier casa de París. Y digo cualquier casa. Ningún lord o príncipe de sangre real tiene una bodega mejor surtida.

Raoul, sonriente, dejó una polvorienta botella en la mesa. Secó dos vasos con su delantal de dudosa limpieza, y los puso al lado de la botella.

—Sí, es cierto, milord. Pero no preguntéis nunca de dónde viene. —Se golpeó un lado de la nariz con el dedo, con otra sonrisa, antes de extraer el largo tapón. Su expresión era reverencial al olisquear el tapón de corcho, mostrárselo a Leo, y pasar la nariz por el cuello de la botella. Con la misma reverencia vertió un poco de vino en uno de los vasos, agitándolo en redondo hasta que los lados quedaron teñidos, y luego se lo pasó a Leo.

Leo tomó un sorbo y cerró los ojos con un suspiro de felicidad.

—Maná.

Raoul asintió y llenó ambos vasos hasta el borde.

—Os traeré un poco de queso y de pan. No es un vino para paladear a solas.

—Raoul es un sumiller que podría enseñarles un par de cosas a los camareros de Versalles. —Leo tomó otro sorbo de vino y se recostó en su asiento, cruzando las piernas por los tobillos. No inició la conversación hasta que el tabernero hubo regresado con una crujiente hogaza de pan y una ración de queso.

Christian hizo todo lo posible por controlar su impaciencia. El vino le dejaba indiferente, y la ceremonia de la cata le parecía una pérdida total de tiempo. Partió un trozo de pan, cortó una rodaja de

queso y comió con deleite. La comida, eso ya era otra cosa. Siempre se sentía hambriento.

—¿Has oído hablar del duque de Carillac? —empezó finalmente Leo.

Christian asintió.

—Es muy conocido, incluso en Viena, por su mecenazgo.

—Bueno, pues creo que puede estar interesado en ofrecerte su protección. —Leo volvió a llenar su vaso, tras echar una ojeada al vaso casi intacto de su compañero.

Christian levantó la vista del queso que estaba cortando de nuevo, con los ojos chispeantes.

—¿De veras? ¿Verdaderamente de veras, señor?

—Verdaderamente de veras —dijo Leo, sonriendo—. Le he prometido que te llevaría a verle esta tarde... si estás libre, por supuesto.

—Oh, pero por supuesto que sí... ¿qué otra cosa podría estar haciendo? —Tartamudeó Christian—. Sois demasiado amable, señor. Odio pensar que os haya podido causar alguna molestia. Yo no os habría pedido jamás ese favor, pero...

—Pero Cordelia no tiene tantos escrúpulos —terminó la frase Leo, con otra sonrisa seca—. Es una amiga muy leal, me parece.

—Y yo haría cualquier cosa por ella —repuso Christian, y la alegría se desvaneció de sus ojos—. No me gusta su marido, señor. Me causa inquietud.

A mí también. Pero Leo no lo dijo. Mordisqueó una corteza de pan y dijo con cautela:

—El príncipe Michael le lleva a Cordelia más de treinta años. Es inevitable que crea necesario moldearla a su...

—¡Pero si es imposible moldear a Cordelia! —Interrumpió apasionadamente Christian, dando un puñetazo en la mesa para mayor énfasis—. Seguro que ya lo sabéis, señor. Habéis pasado cierto tiempo con ella. Sólo puede ser ella misma. —Pulverizó una miga de pan con las puntas de los dedos, contra el tablero manchado de la mesa.

Leo avanzó una mano protectora hacia la botella, mientras la mesa seguía temblando.

—Sí, lo comprendo —dijo en voz baja—. Pero tendrá que adaptarse de alguna manera, Christian, seguro que en esto estás de acuerdo.

—¿Por qué tiene que prohibirle su marido que hable conmigo? —Cambió de enfoque Christian—. Ya sé que sólo soy un humilde músico, pero tengo cierta posición. Si consigo el mecenazgo del duque, entraré en la corte. Tocaré en la corte. ¿Por qué no deberíamos poder hablar?

—El príncipe Michael es muy consciente de su posición social —dijo Leo con ligereza—. Es una característica prusiana. Pero Cordelia, estoy seguro, conseguirá ganárselo, en cuanto el príncipe la conozca mejor, y ella a él. Hasta entonces... —hizo una pausa, eligiendo sus palabras con esmero—hasta entonces, sería prudente que guardaras las distancias. Por tu propio bien, y por el de Cordelia. Carillac es muy amigo del príncipe Michael. No debes echar a perder la oportunidad que te brinda.

—¿La habéis visto desde la boda? —Christian alzó la cabeza de su sombría contemplación de la mesa. Ya se lo había preguntado una vez, pero no había recibido respuesta.

—Esta mañana. —Leo se bebió su vino, intentando hablar en un tono tranquilo y natural.

—¿Está bien?

—Perfectamente. Y muy ilusionada y deseosa de ir a Versalles.

Christian seguía pareciendo dubitativo.

—Ojalá pudiera hablar con ella en persona. ¿Cree que podría escribirle?

—Dame la carta, y ya me encargaré yo de que le llegue. —Leo se preguntó arrepentido por qué se brindaba de aquella forma a hacer de cartero. Excepto porque sabía cómo le gustaría a Cordelia ser capaz de comunicarse con su amigo.

La cara de Christian se iluminó.

—Entonces, si me perdonáis, señor, regresaré a mi posada para escribirle enseguida. Así os la podré dar cuando nos veamos esta tarde.

Leo asintió inclinando la cabeza.

—Vendré a buscarte a las tres.

Christian, farfullando atropelladas palabras de agradecimiento, se marchó presuroso, dejando a Leo con la mirada perdida en el espacio. No podía librarse de su propia inquietud, por mucho que hubiera intentado disipar los temores de Christian.

—¡Raoul! —Gritó para que le oyera en la otra punta de la ruidosa taberna—. Otra botella. Y ven a bebértela conmigo. Estoy sediento de vino esta tarde, y necesito compañía.

CAPÍTULO 13

A última hora de la mañana, Cordelia bajó del carruaje en el gran patio del palacio de Versalles. Habían salido de la rué du Bac antes del alba y habían tardado horas en recorrer las treinta millas que los separaban de París, en una larga procesión de carruajes que serpenteaban en fila india por la angosta calzada. Medio París, al parecer, había venido a presenciar la boda del delfín. Burgueses, mercaderes, incluso comerciantes se mezclaban en el patio con elegantes cortesanos y con sus mujeres, adornadas con plumas y faldas tan anchas que precisaban seis pies de espacio, por lo menos, a su alrededor.

El palacio de Versalles era una ciudad por sí misma, sus puertas estaban siempre abiertas a los súbditos que deambulaban por las lujosas salas, sin dejarse apabullar por la displicente indiferencia de los cortesanos ni las altivas miradas y órdenes de los lacayos empolvados y de librea. Para los habitantes de París su rey era como un padre, y los palacios y entretenimientos reales eran tanto para beneficio suyo como para el monarca. Una boda real era un acontecimiento festivo que todos debían disfrutar.

Cordelia se quedó escuchando el murmullo de las conversaciones a su alrededor mientras esperaba que monsieur Brion, que había acompañado a sus patronos, ordenara a transportistas y lacayos que se ocuparan del equipaje. Al parecer, el pueblo de París se había enamorado de la delfina. Hablaban de su

amabilidad, de su belleza, de la inevitable fertilidad que aseguraría la sucesión de la corona con un linaje de saludables hijos.

Cordelia reprimió un escalofrío cuando su marido se le acercó por detrás, y sólo con el esfuerzo más grande consiguió aguantar sin rechistar la mano que le puso en el hombro. Ahora ya sabía que cualquier señal de temor le excitaba, de la misma manera que el más mínimo atisbo de rebelión conllevaba un horrendo castigo. La castigaba con su cuerpo, en la caverna oscura de la alcoba, dominando con un salvajismo que parecía alimentarse de su propia rabia, su carne que se resistía. Sólo cuando ella quedaba reducida a un asqueado y lastimoso temblor de mortificación, alcanzaba él el clímax, y entonces, sonriendo petulante, la abandonaba para regresar a su alcoba.

Pero esta mañana Cordelia sentía que sus preocupaciones iban más allá de los perversos placeres de dominar a su esposa.

—Tenemos que salir de este gentío. —Se llevó una poma de hierbas aromáticas a la nariz, con un maniático resoplido—. El populacho apesta. Brion te indicará el camino hacia nuestros aposentos, donde deberás esperar hasta que llegue el momento de dirigirnos a la capilla. Debo ir inmediatamente al Cabinet du Conseil para presentar mis respetos al rey. —Dio media vuelta y se perdió entre la muchedumbre, con su nariz todavía hundida en la poma aromática, siguiendo a los lacayos de librea que le abrían paso gritando y blandiendo sus bastones.

—Por aquí, milady. —Monsieur Brion se dirigió hacia el tramo de escaleras que llevaba hasta el palacio. Andaba lentamente, para que Cordelia, con sus altos tacones, pudiera seguirlo mientras él iba abriendo paso. Sabía perfectamente que si perdía de vista a la princesa, podía tardar horas en encontrarla de nuevo, y que ella se perdería muy pronto en el laberinto de escaleras y pasadizos del enorme palacio. A menudo se entregaban planos a los recién llegados, que podían verse correteando por los pasillos, de función en función, con la nariz pegada al pergamino.

Los aposentos del príncipe eran espaciosos y elegantes, y estaban situados en la escalera norte, muy cerca de las estancias reales. Tenían vista a los extensos jardines en la parte trasera del palacio, donde numerosas fuentes jugaban en la suave brisa y los parterres eran un derroche de color. En honor de la ocasión, una serie de arcos enrejados corrían a lo largo de ambos lados del canal. Estaban decorados como ventanas venecianas y Cordelia distinguía los farolillos que los iluminarían por la noche.

Dos alcobas, cada una con su propio vestidor, se abrían desde el salón, una estancia cuadrada y confortable, con un recoveco con funciones de comedor en un extremo. Incluso había una pequeña cocina donde su propia cocinera prepararía sus comidas siempre que el príncipe y la princesa no estuvieran invitados en otro sitio. Los apartamentos de los criados consistían en unos cuchitriles detrás de la cocina, amueblados con plataformas de madera para dormir y poca cosa más.

Matilde llegó al cabo de pocos minutos, acompañada por un lacayo, que llevaba al hombro el cofre de cuero reforzado con herrajes que el príncipe Michael guardaba en su biblioteca de la rué du Bac.

Matilde jadeaba tras la larga ascensión por las escaleras.

—Madre mía, debo de haber andado varias millas. —Se dejó caer en una silla, abanicándose con la mano—. ¡Qué lugar! ¡Y el gentío! Por todas partes. Apenas puedes moverte. No sé qué diría la emperatriz. —Era evidente que su comparación del ordenado palacio de Schonbrunn con la caótica magnificencia de Versalles no era favorable a este último.

Cordelia murmuró unas palabras de amigable acuerdo, observando cómo Frederick, el lacayo, bajo las órdenes de monsieur Brion, entraba tambaleándose con el cofre en el vestidor del príncipe. Sus papeles deben ser de importancia vital, para tener que acompañarle por todas partes, reflexionó.

—Será mejor que retoquemos tu atuendo —dijo Matilde, consiguiendo por fin levantarse—. Y el peinado también se te está

deshaciendo.

Eran las cuatro de la mañana cuando Matilde había vestido a Cordelia para la boda en un holgado vestido de damasco carmesí abierto sobre una túnica de seda color marfil, con incrustaciones de perlas. Una tiara de perlas brillaba entre su pelo negro, y otras perlas le rodeaban el cuello y anidaban en los ló1 bulos de sus orejas. Pero debido al largo viaje en carruaje, era inevitable cierto desaliño.

—Mataría por una taza de café —declaró Cordelia—. ¿Podría conseguírmela, monsieur Brion?

El mayordomo dudó. Le costaba reconocer que no podía cumplir cualquier deseo de su señora, pero en esta ocasión ni la cocinera ni las doncellas habían llegado todavía, o seguían luchando por abrirse paso a través de la muchedumbre.

—No sé si la cocina está preparada para su uso, madame.

—Oh, ya me encargaré yo. Sólo tienes que enseñarme el camino. —Matilde se frotó las manos con un aire de inconfundible competencia.

Monsieur Brion había decidido desde muy pronto que era mejor dejar a Matilde en paz. No era una sirvienta normal, y él intuía que su autoridad habitual no funcionaría con ella; de hecho, todos en la casa estaban algo asustados con la dama de compañía de la princesa, aunque les tratara siempre con la mayor amabilidad y no se diera importancia, pero a veces la mirada de sus penetrantes ojos podía estremecer a cualquiera.

Cordelia entró en la alcoba que, a juzgar por sus tapices más femeninos, le estaba claramente destinada a ella. Se preguntó si Elvira se había alojado en ella, si se hallaba en el mismo estado que en tiempos de Elvira. O si el príncipe había tenido la delicadeza de cambiar la decoración. Ese pensamiento le hizo torcer el gesto. La delicadeza no era precisamente uno de los rasgos distintivos del príncipe.

Exploró su propio vestidor y luego, siguiendo un impulso, abrió la puerta que comunicaba con el vestidor del príncipe. El cofre estaba

bajo el alto ventanuco. Entró, algo dudosa, en la habitación. Aunque Michael ni siquiera hubiera puesto todavía el pie en la estancia en esta visita a Versalles, tenía la sensación de estar entrometiéndose sin su permiso. En el palacio de la rué du Bac no había entrado nunca en su vestidor, aunque por supuesto, jamás se le hubiera ocurrido desearlo. Hizo una mueca de asco.

Se inclinó sobre el cofre, examinando el pequeño candado, luego, sorprendida, vio que colgaba suelto de la cerradura. ¿Había olvidado cerrarlo Michael la última vez que lo utilizó? ¿O se había roto durante el viaje? Incapaz de resistirse, con una sensación de terror casi deliciosa, levantó la tapa y miró los secretos de su marido, extendidos ante su vista.

Una llave, seguramente una de recambio del candado, estaba encima de un libro encuadernado de color púrpura. Cogió la llave y la introdujo en la cerradura. Encajaba perfectamente. Una idea se insinuó en su cabeza. Tomó el libro encuadernado de color púrpura y leyó el título: El apotecario del demonio. ¿Qué debía de significar? Empezó a hojear las páginas y se quedó boquiabierta. Era el manual de un envenenador. Siguió hojeando el libro, apenas consciente de que casi se le había cortado el aliento. Hablaba de suficientes venenos para eliminar a todo un ejército de innumerables e ingeniosas formas. Cada sustancia estaba meticulosamente descrita, con sus distintas dosis y efectos analizados con escalofriante objetividad.

¿Qué demonios estaba haciendo Michael con un libro semejante? ¿Sentía algún interés intelectual por el arte del envenenamiento? Cordelia había aprendido suficiente historia para saber por sí misma cuan fascinante podía resultar el tema. Lucrecia Borgia... Catalina de Mediéis... se libraban desenfrenadamente de sus enemigos y con los métodos más ingeniosos. Guantes envenenados, pomadas labiales, perfumes. Históricamente, sin embargo, el veneno era un arma de mujer. Era un interés muy extraño en un hombre como Michael.

Dejó el libro y volvió a examinar el contenido del cofre. Los lomos idénticos de una serie de volúmenes aparecían cara arriba. Todos llevaban grabada la fecha de un solo año. Extrajo el más reciente, que se abrió por la página de la víspera, marcada con una cinta morada como señalador. Era un diario. Leyó la entrada, luego, la entrada anterior. Los tratos del príncipe con ella estaban minuciosa y asquerosamente descritos, hasta incluir una descripción y evaluación de la intensidad de su clímax. Su placer estaba directamente relacionado con el grado de dolor y humillación que infligía a su mujer. Cordelia ya lo había sospechado, pero parecía algo demasiado perverso para creerlo seriamente. Y sin embargo, ahí estaba, escrito con fría objetividad, como si fuera un análisis clínico en un informe médico.

Dejó caer el libro con un escalofrío de aversión. ¿Qué más debía contener este minucioso diario de la vida de su marido? Aquí, descubriría qué había pasado con Elvira. Descubriría si la había tratado igual que a ella.

—¡Virgen santa, niña! ¿Qué estás haciendo? —La escandalizada voz de Matilde la hizo girar con un grito de horror. La mujer estaba en la puerta, sosteniendo una bandeja con el desayuno.

—No he podido evitarlo —Cordelia enrojeció hasta las raíces de su pelo—. Ya sé que es despreciable espiar, pero... —Con un movimiento repentino, se inclinó sobre el cofre, devolvió a su lugar el libro que había estado leyendo y cogió la pequeña llave. Corrió hacia el lavamanos y presionó la llave contra la pastilla de jabón en la jabonera—. Estoy loca, ya lo sé. Es horrible hacer esto, pero tengo que saber ciertas cosas, Matilde. —Sus palabras surgían atropelladas pero en voz baja, casi como si hablara consigo misma, mientras limpiaba los restos de jabón de la llave y volvía a ponerla en el cofre.

Matilde seguía contemplándola como si su niñita se hubiera vuelto realmente loca.

—Si el príncipe te encuentra aquí... —empezó a decir.

—No quiero ni pensarlo. —Cordelia se estremeció—. Rápido, salgamos de aquí. —Entró corriendo en su vestidor y cerró la puerta que daba al de Michael. Su corazón le martilleaba contra las costillas, las palmas de sus manos resbalaban de sudor. Con cuidado, colocó la pastilla de jabón en el lavamanos. La huella de la llave se recortaba clara y profunda.

—¿Sabes cómo se copia una llave, Matilde?

—Pero, por lo que más quieras, ¿qué te propones, Cordelia? —Matilde dejó la bandeja del desayuno y se quedó mirándola con los brazos en jarras, frunciendo adustamente el ceño—. Ese hombre te despellejará viva si le das algún motivo. —Su mirada era amarga, sus labios estaban muy apretados. Todavía no había decidido cómo tratar el problema del príncipe Michael sin que al final repercutiera de forma todavía más negativa para Cordelia. Era un hombre que disfrutaba causando dolor, para él era algo intrínsecamente relacionado con el placer sexual, y estaría encantado de encontrar el más mínimo pretexto para castigar a su mujer en la oscuridad de la alcoba.

—Ya lo sé, pero no consentiré que acabe doblegándome, Matilde —dijo Cordelia con fiera resolución—. Guarda secretos en este cofre, y quizá éstos puedan ayudarme. No me hará ningún daño enterarme de todo lo que pueda sobre él, ¿no es cierto?

Matilde sacudió la cabeza, dubitativamente. Sin embargo, tomó la pastilla de jabón y la envolvió cuidadosamente en un pañuelo de hilo antes de dejarla caer en el gran bolsillo de su delantal.

—Conseguiré una copia de la llave, y luego ya veremos —declaró sin comprometerse—. Ahora, déjame que te peine.

Señaló con un brusco ademán la bandeja con una cafetera llena y una cesta de fruta y pasteles que había hecho aparecer por arte de magia.

—Será mejor que comas algo. Ya son más de las doce, y quién sabe cuándo podrás comer de nuevo antes del banquete. —Se puso a arreglar el peinado de Cordelia.

—¿Cómo debe sentirse Toinette? —Farfulló Cordelia a través de un bocado de pastel de almendra—. Monsieur Brion ha dicho que ha llegado esta mañana a las diez y media, pero que el dormitorio de la reina todavía no está terminado. Ha mencionado algo sobre reparaciones en el techo. En cualquier caso, han tenido que alojarla en otra habitación. Al parecer, están tan desorganizados aquí como en Compiégne. Me pregunto si en los demás palacios reales pasa lo mismo.

—Seguro que la archiduquesa está perfectamente. —Matilde se sacó la última horquilla de la boca y la insertó en la cabellera de rizos negros—. Sólo espero que se acuerden de darle de comer. Cuando se excita, se olvida por completo de la comida, y sólo faltaría que se desmayara ante el altar.

Cordelia deseó encontrarse con su amiga en aquellos momentos. Sería especialmente duro para Toinette no tener una compañera íntima con ella, mientras se vestía para la boda. Cordelia se sentía mucho mayor que su amiga de la infancia. Aunque Toinette sólo tuviera catorce años y medio, y ella dieciséis, la diferencia de edad no había importado en el pasado. Ahora, tenía la sensación de que mucho más que dieciséis meses la separaban de Toinette.

Media hora más tarde, el príncipe Michael entró en el apartamento. Cordelia estaba de pie en el salón, cuidando de no alterar su atuendo, ahora que ya estaba de nuevo perfectamente arreglada. El primer pensamiento del príncipe, sin embargo, no fue para su esposa—Brion, ¿dónde está mi cofre?

—En vuestro vestidor, milord.

El príncipe entró en el vestidor. Cordelia se acercó de puntillas. Observó curiosa a través de la puerta abierta cómo se inclinaba sobre el cofre. Luego, soltó un bramido furioso:

—¡Brion! ¡Brion! ¿Quién ha tocado mi cofre?

—Oh, Vuestra Alteza... nadie... ¿qué queréis decir... qué ha sucedido? —Brion, con los ojos grandes como platos en su regordeta cara, llegó corriendo de la cocina.

El príncipe estaba furioso:

—¡El cofre está abierto! ¡Mira esto! ¡El candado no está cerrado! —Alzó su bastón y Brion se encogió aterrorizado contra la pared, perdiendo por completo cualquier vestigio de su dignificada figura de mayordomo.

—¡Vuestra Alteza, yo no lo he tocado! ¡Ni siquiera me he acercado, desde que Frederick lo ha traído desde el carruaje! —tartamudeó, deslizándose lentamente de espaldas hacia la puerta.

—¿Dónde está Frederick? —El bastón cayó sobre una silla con un crujido violento pero inofensivo.

Cordelia corrió hacia la ventana y se puso a contemplar los jardines con todo el aspecto de estar completamente sorda.

Brion llamó a Frederick a gritos, obviamente aliviado de haber encontrado otra víctima para su señor. El lacayo apareció corriendo desde la cocina.

—¿Qué sucede? ¿Qué he hecho?

Brion le indicó con un ademán de la cabeza el vestidor del príncipe y Frederick se acercó nervioso, con el mayordomo detrás de él. Cordelia se giró de nuevo, situándose de tal forma que pudiera ver lo que sucedía. No era un espectáculo agradable. El príncipe, en un salvaje ataque de rabia, apaleaba al desventurado lacayo con su bastón, dejándolo caer una y otra vez sobre su espalda, por mucho que Frederick afirmara su inocencia.

Luego, el ataque finalizó tan rápido como había empezado. Los sirvientes, pálidos, salieron del vestidor y se escabulleron hacia la relativa seguridad de las estancias del servicio, y el vestidor quedó sumido en el silencio. Cordelia se acercó un poco más. Michael estaba arrodillado al lado del cofre, examinándolo tan de cerca que su cabeza estaba casi en su interior. El corazón de Cordelia se desbocó de nuevo. ¿Habría alterado algo, habría dejado alguna señal que revelara su intrusión?

Finalmente, Michael alzó la cabeza. Dejó caer la tapa del cofre, lo cerró y se metió la llave en el bolsillo. Regresó al salón con la cara completamente carente de emoción, y el pulso que le latía en la

sien era el único recuerdo de la terrorífica rabia de unos minutos antes.

—La delfina será acompañada ante la familia real en el Cabinet du Conseil a la una en punto. Debemos ocupar nuestros puestos en el Salón d'Hercule inmediatamente. —Examinaba a su esposa con aire crítico mientras hablaba.

—¿Tiene algún significado especial el Salón d'Hercule? —Cordelia alzó la cabeza. Sabía perfectamente que era imposible encontrar falta alguna en su aspecto, y no pudo evitar sentirse molesta ante este escrutinio.

—Es la estancia inmediatamente anterior a la capilla. Seguiremos al séquito real cuando entre en ella. Es un gran honor —le dijo, frunciendo el ceño. Esa barbilla alzada era desagradable. Un día de ésos se la borraría para siempre, pero ahora no era el momento. Con el gesto adusto, le ofreció su brazo.

A ambos lados del Salón de los Espejos, cortesanos deslumbrantes esperaban ya la procesión real. Michael atravesó pausadamente la estancia, saludando y sonriendo a algunos de ellos, ignorando altanero a otros que intentaban llamarle la atención. Los ojos de Cordelia revoloteaban de un lado a otro, intentando captar toda la escena.

Siguieron adelante, a través de la larga serie de estancias contiguas que formaban la sección de gala del palacio, todas ellas repletas a ambos lados de hombres y mujeres que respiraban cansinamente en el calor reinante, demasiado apiñados para hacer buen uso de sus abanicos. El Salón d'Hercule, justo antes de la capilla real, no estaba tan lleno y Cordelia supuso que allí los sitios estaban adjudicados únicamente por orden real. Su marido avanzó hasta el extremo de la sala, saludando ahora sí a todos sus ocupantes con una inclinación de cabeza y Cordelia siguió su ejemplo con sus reverencias.

El vizconde Kierston era uno de los pocos asistentes así honrados. Iba vestido con un traje de color verde esmeralda

profusamente bordado con hilo de plata. Un color que aportaba profundidad a sus ojos y acentuaba sus reflejos castaños. Estaba junto a madame du Barry, justo enfrente de Cordelia y su marido, al otro lado del salón. Alzó la vista y se inclinó. Su mirada era inquieta e interrogante a la vez. La amante del rey sonrió y esbozó una ligera reverencia. Cordelia respondió a la par.

Había visto a Leo dos veces desde la boda. En la segunda ocasión, le había traído una carta de Christian y con obvia reticencia, había recogido su respuesta para entregársela a Christian. Esta segunda vez, ella se había mantenido alejada de la luz de la ventana, ajustándose nerviosamente el chal con el que se tapaba el cuello. Bajo la muselina, los moretones eran grandes y oscuros, a pesar de los remedios de Matilde y una generosa capa de polvos. No había hecho nada para prolongar la visita, aunque se había dado cuenta de cómo este comportamiento había intrigado e inquietado al vizconde.

Ahora, Cordelia cerró con fuerza los puños enguantados, las uñas se le clavaban en las palmas, y se obligó a sonreír despreocupada ante su interrogante mirada. Leo no debía enterarse. Pero su inquietud era obvia. Demasiada tensión en la mandíbula, en la boca apretada, en el porte de sus hombros. Miró a su marido de reojo. La boca fina, la cara ligeramente carnosa, los ojos fríos. Podía sentir sus manos pegajosas sobre su cuerpo, el peso del hombre cuando le caía encima, saciado, antes de rodar de lado y ponerse a roncar hasta recuperar las fuerzas. Cordelia cerró los ojos con un estremecimiento fúnebre.

Sonó la trompeta de un heraldo. A su alrededor se formó un revuelo. La gente se inclinó ligeramente hacia delante, para ver la sucesión de salas. La familia real se acercaba.

Toinette era diminuta. Una figura delgada, casi infantil, cubierta de diamantes. Pero miraba a su alrededor, recibiendo el homenaje de la corte con una gracia y una dignidad que desmentían su infantil aspecto. A su lado avanzaba el delfín, que parecía mucho más incómodo que su esposa. Por un breve momento, Toinette cruzó su

mirada con la de Cordelia, luego ya había pasado, y Cordelia no estaba segura de si el brillo de sus redondos ojos azules era de risas o de lágrimas.

Durante la jornada nupcial, se habían dispuesto mesas de juego con naipes y dados a lo largo de las salas de gala para que el rey y sus cortesanos pudieran pasar el resto del día agradablemente hasta la hora del banquete. Barreras acordonadas evitaban que el gentío, embobado ante el espectáculo de la corte jugando, se acercara demasiado a las mesas. Había empezado a llover intensamente, por lo que la muchedumbre había abandonado los jardines y el olor de la ropa mojada se mezclaba en el aire ya cargado con el perfume de las velas aromáticas.

Cordelia vio a su marido y a Leo en la mesa del rey, jugando al sacanete. Las señoras de la corte, incluida la delfina, también jugaban a las cartas. Cordelia paseó entre las mesas, dudando entre jugar a los dados o a las cartas. Al pasar junto a su marido, el rey alzó la vista de sus naipes.

—Princesa von Sachsen. Os ruego que vengáis a sentaros a nuestra mesa. Aunque no juguéis, quizá le deis buena suerte a vuestro esposo. —El monarca estaba radiante de buen humor.

—Oh, pero sí juego, Majestad. —Los ojos de Cordelia se iluminaron de repente. El juego del sacanete, de origen alemán, era muy popular en la corte vienesa. Toinette y ella habían perfeccionado sus habilidades algo discutibles en las mesas de juego, y se habían convertido en expertas para ganar a los archiduques.

Tomó el asiento que le sostenía un lacayo, disponiendo sus faldas carmesí y marfil con mano experta, abarcando la mesa con su resplandeciente sonrisa.

Leo reconoció esa mirada. Esa expresión traviesa, calculadora, de jubiloso regodeo. La había visto en el carruaje, cuando habían jugado a los dados para pasar el rato, y la había visto una noche memorable, cuando habían jugado al ajedrez. Y ahora la veía de

nuevo, aunque ahora estaba en la mesa del rey, en las salas de gala de Versalles, rodeada de cortesanos y boquiabiertos espectadores.

Le lanzó una mirada de advertencia, pero ella sonrió alegre y recogió sus cartas. Entonces le dijo:

—Dudo que tuvierais tantos espectadores en Shonbrunn, princesa. La corte austríaca no está tan abierta al mundo.

—¡Oh, estoy acostumbrada a jugar bajo las miradas más atentas, milord —repuso ella, con la misma sonrisa radiante.

Leo rechinó los dientes. Echó una ojeada a Michael, que parecía indiferente. No le extrañaba que su esposa jugara. Todo el mundo lo hacía. Era un pasatiempo social. El rey tenía la banca.

—Apostamos alto, princesa —le advirtió con una sonrisa jocosa. —Pero supongo que vuestro esposo os cubrirá. Un regalo de bodas, ¿eh, príncipe?

La sonrisa de Michael era tensa, pero se sacó una bolsa de cuero de su bolsillo y se la entregó a su esposa, con un condescendiente comentario.

—Si estás mínimamente capacitada para el juego, querida, con esto deberías estar cubierta unas cuantas manos.

—Creo poder demostrar que estoy capacitada —contestó ella serenamente, abriendo la bolsa. Puso un luis de oro en la mesa, y abrió sus naipes en abanico con un experto giro de muñeca. Leo gimió para sus adentros y tomó sus propias cartas. Al parecer, no podía hacer nada para evitar la catástrofe.

Pero la catástrofe parecía demorarse. Cordelia ganaba una mano tras otra. Jugaba atentamente, su expresión era muy seria, excepto al final de una mano, cuando recogía sus ganancias con aquel gritito triunfal que tan vividamente recordaba. Cordelia desplegaba su radiante sonrisa alrededor de la mesa, e incluso el rey se reía y le decía que era una excelente jugadora, pero una desvergonzada ganadora.

Michael, en cambio, estaba cada vez más sombrío. Perdía ante su mujer, sus luises de oro se amontonaban junto al blanco codo de Cordelia, y su triunfo era una espina que llevaba clavada. Era un

triunfo dirigido contra él. Se lo lanzaba a la cara con cada sonrisa. Dominaba la situación y disfrutaba de cada segundo de este triunfo. Ni siquiera la idea de que podría vengarse más tarde suavizaba el amargo sabor de la derrota ante el alborozo de ella. Si se hubiera comportado con mansedumbre y modestia, quizá hubiera podido incluso soportar su éxito, pero esta descarada exultación era intolerable.

Leo intentaba descubrir cómo lo hacía. Observaba sus manos, los finos dedos blancos cargados de sortijas. Las mangas sólo le llegaban a los codos, por lo que no disponía del escondrijo más obvio para ocultar las cartas. Tampoco hacía movimientos repentinos para distraer a los demás jugadores, y cuando Leo empezaba a pensar que se había encegado con su éxito y se olvidaba del peligro, ella eludía cualquier posible sospecha perdiendo tranquilamente las tres manos siguientes.

Tenía un objetivo más serio que simplemente ganar a las cartas, y Leo tardó un rato en descubrirlo. Perdía cuando parecía sensato hacerlo, pero nunca ante su marido. Pujaba más que él, se mostraba más hábil que él, se quedaba hasta el último luis que llevaba encima. Y sonreía con una satisfacción tan descarada y directa, que aunque Michael estaba claramente lívido, todos los jugadores de la mesa reían y compartían su placer, de manera que su marido se convertía indirectamente en el blanco de sus risas.

Y cuando ella, con cara de inocencia, ofreció a su marido devolverle parte del dinero que él le había prestado tan gentilmente, la mesa entera explotó de regocijo.

—Aquí os ha pillado, Príncipe —exclamó risueño el rey—. Una cosita tan bonita, una verdadera mosquita muerta, pero afilada como un estoque. Si alguna vez necesitáis recuperar vuestra fortuna, sólo tenéis que mandar a vuestra esposa a las mesas de juego.

Michael sonrió tenso y Leo se preguntó si era él el único en notar la hostilidad y la tensión que surgía bajo la aparente cordialidad de la mesa. Finalmente, Leo lanzó sus cartas a la mesa, admitió

risueño su derrota, empujó sus últimas monedas hacia Cordelia y rogó al rey permiso para abandonar la partida.

—Siempre me han enseñado que el jugador prudente debe saber cuándo abandonar el juego —dijo rápidamente Cordelia—. ¿Me disculpará también, Majestad? Creo que mi racha de suerte está a punto de terminar.

—¿Y nos negáis la revancha? —Rió el rey—. Aunque ya la conseguiremos en otra ocasión, mi querida princesa. —Lanzó sus propias cartas a la mesa—. Damas y caballeros, me retiro hasta la hora del banquete.

Los demás jugadores se levantaron, al igual que el resto de las mesas. El rey atravesó el salón, ofreciendo su brazo a su nueva nuera.

—Venid, querida.

La intensidad del juego le había producido un fuerte dolor de cabeza, pero Cordelia estaba exultante. Pagaría el precio más tarde, pero habría valido la pena. Recogió sus ganancias y las introdujo en su retícula, mientras el rey se despedía, y abandonó la mesa antes de que Michael pudiera impedírselo.

Su impresión inicial del palacio había sido una sucesión de espejos relucientes, suelos de mármol pulido, lujosos tapices, cuadros exquisitos. Pero eso no debía de ser todo lo que había de interés en este palacio.

Se desplazó sin encontrar obstáculos a través de la serie de estancias, sin abandonar el espacio acordonado para la corte. El enorme Salón de los Espejos la desorientó, y se detuvo, casi ciega por los reflejos de las grandes lámparas de araña en la enorme extensión de espejos. La multitudinaria escena de relucientes cortesanos enjoyados y el gentío de espectadores se multiplicaba en ellos, y tuvo la sensación de haber entrado en alguna escena infernal, obra de Hieronymus Bosch. La acústica de la galería lanzaba el ruido hacia el techo, desde donde rebotaba en un tumulto discordante de voces y dados repiqueteantes, y por encima de todo, las notas galantes de un trío de músicos.

Cordelia llegó al final de la galería y giró para entrar en una antesala. Era un lugar más tranquilo, y sólo unos cuantos cortesanos contemplaban los jardines empapados por la lluvia, preocupados por la posibilidad de tener que aplazar los fuegos de artificio programados para la noche. Más allá de la antesala se abría un largo pasillo con ventanales que supuso la llevaría hasta la planta baja y alguna salida hacia el jardín. Se dirigió hacia él.

Leo interrumpió su conversación cuando vio la inconfundible silueta carmesí y marfil que cruzaba la antesala.

—Disculpadme. —Salió tras ella y esperó a darle alcance donde los cortesanos de la antesala ya no pudieran oírles.

—¿A qué demonios creías estar jugando? —le preguntó, agarrándola por la muñeca y forzándola a girarse para encararse con él.

—Al sacanete —replicó con los ojos aún brillantes de excitación —. ¿No era a eso a lo que estábamos jugando todos?

—¿Cómo lo has hecho?

Ella se negaba a responder, incapaz de pensar en otra cosa que en lo que podía haber sucedido si la hubieran descubierto.

—He ganado —dijo—. Así de sencillo.

—¡Maldita seas, Cordelia! ¡Dime cómo lo has hecho!

—¡Oh, no te enfades, Leo! —Puso una mano en su brazo—. No ha pasado nada malo, y he aplastado a Michael como a un insecto. ¿No es cierto? —El amargo triunfo asomaba en su voz, brillaba en sus ojos, torcía sus labios.

Leo notó sorprendido su amargura. Era algo tan inesperado en Cordelia como cualquier tipo de maldad. Era muy traviesa y maliciosa, pero jamás rencorosa. Era decidida, sincera, a menudo escandalosa, pero amargada... jamás.

—Estaba lívido, ¿no lo has visto? —Prosiguió ella en el mismo tono—. ¿No ha sido maravilloso? Se han reído de él, y yo le he ganado. —Su boca adorable se tensó—. No pienso permitir que... — Se detuvo de golpe, recordando con quién estaba hablando, consciente de haber bajado la guardia.

—¿No piensas permitir qué, Cordelia? —preguntó suavemente Leo. La tomó de las manos, sosteniéndolas con fuerza—. ¿De qué estás hablando?

Cordelia intentó reír, apartar la mirada.

—Sólo parloteaba sin ton ni son. Lo hago cuando estoy excitada; es una manía horrible. Ya sabes cuánto me gusta ganar... se me sube a la cabeza.

—¿Tienes algún problema, Cordelia? —Su mirada era penetrante, muy intensa.

Ella negó con la cabeza.

—Pues claro que no. ¿Qué problema quieres que tenga? Nadie se ha dado cuenta de lo que hacía.

—No me refería a eso. Lo sabes. Pasa algo raro. ¿Qué es?

—No pasa nada. Pues claro que no. Por fin ya estoy aquí, en el país de las hadas. ¿De qué otra manera podrías describir ese lugar, Leo? Es incluso más fantástico de lo que había imaginado. Qué ganas tengo de explorar los jardines y...

—¡Basta! —le interrumpió bruscamente—. ¿Qué estás intentando ocultarme?

Aunque Michael la hubiera tratado como trataba a su segunda esposa, Elvira no se lo había contado a su hermano. Cordelia estaba ahora convencida de ello. La preocupación de Leo era tan genuina como cargada de sorpresa. Había amado mucho a su hermana; sería insoportable ahora, después de su muerte, sospechar que hubiera sufrido a manos de su marido.

Sólo conocía un método seguro para desviar su atención.

—Estoy intentando ocultar que te quiero —dijo sencillamente—. Estoy casada con un hombre pero amo a otro. Eso es lo que pasa, Leo. Nada más. Sólo lo que siempre has sabido. Estoy destrozada. Tengo que fingir con mi esposo, sin cesar. Todo el tiempo —añadió con una enfática indirecta—. En la cama, en...

—Basta ya —espetó, deseoso de cerrar sus oídos a sus palabras, de cerrar su mente a las imágenes que invocaban. Soltó

sus manos—. Si no puedes resignarte a la realidad, Cordelia, sólo estarás buscándote la ruina. ¿No te das cuenta?

Ella alzó una ceja con aire sardónico. Ninguna ruina podía ser peor que la realidad de la vida con el príncipe Michael.

—¿El duque de Carillac es el nuevo mecenas de Christian?

Era un cambio de tema tan brusco que Leo se quedó desconcertado. Pero era más fácil hablar de Christian que de un amor imposible. Y si era sólo eso lo que le sucedía a Cordelia, entonces no podía hacer nada para ayudarla.

—Creo que Carillac le ha hecho una generosa oferta —dijo con la voz neutra—. Supongo que Christian estará en Versalles en algún momento de las festividades nupciales. Seguro que Carillac querrá presumir de su protegido.

—No sé cómo hacerlo para poder hablar con él —murmuró Cordelia—. Michael debe de tener algunas obligaciones ceremoniales, reuniones y recepciones, y cosas así. No puede vigilarme todo el tiempo. —Sacudió la cabeza de repente, y le dedicó una luminosa sonrisa—. Discúlpame, necesito retirarme un rato.

Se deslizó en dirección de una de las estancias destinadas al reposo de las cortesanas, pero su sonrisa pareció perdurar, cerniéndose en el aire, luminosa y frágil como el cristal.

Leo se dirigió hacia una de las largas ventanas que daban a los jardines. Se quedó contemplando pensativo el paisaje lluvioso. ¿Por qué creía Cordelia que su marido la vigilaba? Los maridos no eran espías. Había estado ocultándole algo, mintiéndole. Pero ¿por qué?

CAPÍTULO 14

—¿Dónde está Matilde? —se sorprendió Cordelia cuando vio a la ruborizada muchacha en su dormitorio, que le dedicaba repetidas reverencias, con las mejillas cada vez más encendidas.

—No lo sé, milady. Monsieur Brion ha dicho que tenía que venir a atenderos. ¿Os ayudo con el traje? —Nerviosa, se acercó a la princesa, que seguía mirándola fijamente como si se tratara de algún miembro desconocido del reino animal.

Cordelia giró sobre sus talones y regresó al salón, iluminado tan sólo por dos velas en la repisa de la chimenea.

—¡Monsieur Brion! —llamó a voz en cuello. Y al no materializarse al momento, volvió a gritar. Andaba de un lado a otro, por la alfombra turca, de la ventana a la puerta, apretando tan fuerte las manos en el regazo que sus nudillos estaban blancos.

—Princesa, ¿me habéis llamado? —Brion apareció procedente de la cocina. Seguía vestido de librea, que no se quitaría hasta que el príncipe se hubiera acostado. Miró ansioso a la princesa.

—¿Dónde está Matilde? ¿Qué está haciendo esa muchacha en mi habitación? —le espetó las preguntas, tan llena de temor que su voz parecía más bien un estertor agudo y entrecortado, apenas parecida a su verdadera voz.

El mayordomo tironeó nervioso su mentón.

—El príncipe me ha ordenado que llamara a Elsie para que se ocupara de Su Alteza —explicó.

—¿Dónde está Matilde? —Dio un paso adelante, y él, involuntariamente, retrocedió.

—El príncipe ha dicho que madame Matilde había tenido que ir a algún lugar. —Brion se retorcía las manos disculpándose, mientras la furia pálida y con fuego en los ojos avanzaba hacia él.

—¿Dónde? ¿Adonde ha ido?

Pesaroso, negó con la cabeza.

—El príncipe no me lo ha dicho, milady.

—Pero Matilde, ella sí debe haber dicho algo. —No podía creer que Matilde desapareciera sin decir palabra.

—Yo no la he visto, milady. Estaba en vuestra alcoba la última vez que la he visto, luego el príncipe ha subido antes del banquete y ha hablado con ella. Ya no la he visto más.

Cordelia empezaba a sentirse como si el mundo se hubiera girado por completo del revés. No podía ser verdad, no podía estar sucediendo.

—¿Y sus pertenencias? ¿Se las ha llevado?

—No creo, madame. —Aliviado, vio que la princesa empezaba a calmarse. El brillo de la locura empezaba a morir en sus ojos, y su voz había recuperado su tono y volumen normal.

—¿Te han dicho que las mandaras a algún lugar?

Negó con la cabeza.

—Todavía no, madame.

Cordelia asintió lentamente.

—Muy bien. Gracias. —Se giró y regresó a su habitación, cerrando la puerta en silencio a sus espaldas.

Elsie seguía allí donde la había dejado, en medio de la habitación, con la mirada ansiosa fija en la puerta por la que su señora había desaparecido y por donde ahora había vuelto a aparecer.

—¿Queréis que os ayude, ahora, milady?

Cordelia no pareció haberla oído. Empezó a dar vueltas de nuevo por la habitación, mordisqueando una uña rota. ¿Por qué la habría despedido Michael? ¿Cómo lo había hecho? Matilde no

habría abandonado jamás a Cordelia voluntariamente o sin protestar. El príncipe debía de haber subido antes de que se iniciara el banquete, después de que ella le hubiera derrotado a las cartas. Y no le había dicho nada en toda la velada.

El banquete, en el teatro de la ópera, no se había iniciado hasta las diez y se había prolongado interminablemente hasta el amanecer. Michael había permanecido sentado a su lado, sin dirigirle la palabra, conversando tan sólo con los cortesanos de su alrededor. Eran todos desconocidos de Cordelia, y como su marido no se dirigía a ella, tampoco lo hacía ninguno de ellos, dejándola con la sensación de ser invisible, en un gélido vacío. Una vez el delfín y su esposa hubieron salido escoltados del teatro de la ópera, el príncipe le comunicó con frialdad que tenía su permiso para retirarse a sus aposentos, donde él iría a reunirse con ella en cuanto le apeteciera.

Cordelia no cometió el error de suponer que tenía alguna opción. Se había marchado simplemente con una reverencia y había subido a su habitación para descubrir la ausencia de Matilde, tal como Michael lo había planeado.

Empezó a dolerle la cabeza y el cansancio aguijoneó su cuerpo. Llevaba en pie, vestida para la corte, casi veinticuatro horas, y el peso del damasco y la opresión del corsé eran un tormento en su agotamiento. Estaba demasiado cansada, esta noche, para enfrentarse a esta situación. Necesitaba a Matilde. Y el temor de lo que Michael podía haberle hecho zumbaba en su cerebro como una atormentadora abeja. Jamás creyó que nadie pudiera derrotar a Matilde, obligarla a hacer algo que a ella no le pareciera justo. ¿Cómo había conseguido, pues, que se marchara?

—¿Os ayudo, madame? —Elsie se atrevió de nuevo. Sabía cuales eran sus tareas, pero no sabía cómo responder cuando le impedían llevarlas a cabo. La experiencia, sin embargo, le había enseñado que si no cumplía con dichas tareas, se la culparía a ella, fuera cual fuera el motivo.

—Sí... muy bien, sí, puedes ayudarme —dijo Cordelia distraídamente.

Aliviada, Elsie se apresuró a desabrochar, desabotonar y desatar su atuendo con manos reverentes. Cordelia permanecía inmóvil, sin colaborar demasiado en la tarea, demasiado absorta en sus pensamientos para ser realmente consciente de lo que sucedía. Pasó los brazos por las mangas del salto de cama de terciopelo blanco que Elsie le sostenía y se sentó a su mesilla de tocador, empezando a soltarse el pelo.

—¡Oh, esto debo hacerlo yo, madame! —Saltó Elsie—. No he sido nunca la doncella privada de una señora —confesó, arrancando rápida las horquillas—. O sea que espero estar haciéndolo bien. —Tomó el cepillo con el dorso de marfil y empezó a pasarlo por la cascada de rizos negros y azules que le caía por la espalda.

Cordelia no respondió. Estaba pensando intensamente. Matilde regresaría. Volvería a ella aunque el príncipe se lo hubiera prohibido. Si era físicamente capaz de hacerlo.

La puerta se abrió a sus espaldas y el corazón le saltó a la garganta. Miró el reflejo de su marido en el espejo que tenía enfrente. Estaba en el dintel. Se había quitado la espada, pero, aparte de eso, seguía vestido con el traje de gala de la boda, con el emblema dorado de Prusia prendido en su fajín.

Cordelia se levantó para plantarle cara, envolviéndose más estrechamente en el salto de cama.

—¿Dónde está Matilde?—. Hablaba con voz neutra, pero sus ojos estaban llenos de ira y desdén. No había ni una sombra de miedo. Había ido más allá del miedo.

—Ha sido sustituida por otra doncella. —Le dedicó su sonrisa viperina—. Ya te dije que en Versalles necesitarías una mujer con más experiencia en los deberes de la doncella de una señora de tu categoría que una vieja ama de cría.

—Comprendo —Su voz seguía siendo neutra—. Elsie me ha informado de que no tiene experiencia alguna en el trabajo de una doncella, ni en Versalles ni en ningún otro lugar. Pero debes

suponer, imagino, que debe haber adquirido esos conocimientos de alguna otra manera, respirando, quizá, o en sueños mientras dormía.

Los ojos claros de Michael se volvieron opacos. Por un momento, se negó a creer lo que estaba oyendo. Ese sarcasmo frío y burlón expresado por una mera jovencita, y por ende, delante de una sirvienta. Luego, se contrajo un músculo en su mejilla, empezó a latir el pulso en su frente y sus ojos se volvieron fríos y letales.

Cordelia sabía que nunca había provocado tanto su ira hasta entonces, y a pesar de la desesperación que exacerbaba su desafío, angustiosos temblores de terror empezaron a surgir en su vientre. Luchó contra ellos, obligándose a enfrentarse a la amenaza de aquellos ojos terribles. ¿Qué podía hacerle, que fuera peor de lo que ya le había hecho?

—¡Fuera de aquí! —Michael se giró hacia la petrificada Elsie, que con un gritito ahogado soltó el cepillo y huyó de la habitación, esquivando al príncipe todavía de pie en la puerta.

Michael cerró la puerta de un golpe. Atravesó la habitación hacia ella y Cordelia se mantuvo firme, sin dejar de mirarle a los ojos, ni bajar la cabeza.

—Juro por Dios —dijo suavemente—que terminaré doblegándote, Cordelia. Te domaré para poder ensillarte, como a cualquier potrilla desobediente. —Abrió de un manotazo el salto de cama de terciopelo. Su mirada cayó sobre su cuerpo, blanco, desnudo, su perfección sólo estaba deslucida por las huellas de sus posesiones previas.

No la abandonó hasta una hora más tarde. Canturreaba para sus adentros, al entrar en el vestidor, donde su ayuda de cámara seguía esperándole para acostarle. Sólo se había quitado las prendas que le estorbaban para cumplir su propósito, y ahora, todavía canturreando, permitió que el sirviente le desvistiera del todo y colgara su traje en el armario. Luego le ayudó a ponerse su batín y se quedó esperando, con las manos juntas, por si su señor todavía tenía alguna orden que darle.

—Tráeme una copa de coñac, y vete.

El hombre obedeció, le deseó buenas noches con una reverencia y salió de la habitación sin un ruido, contento de que el príncipe le despidiera. Le había sido imposible no oír los terribles sonidos que salían del dormitorio de la princesa.

Michael se bebió el coñac de un trago. Sacándose del bolsillo la llave que había trasladado automáticamente del bolsillo de su traje, se inclinó sobre el cofre, lo abrió y sacó el diario más reciente. Volvió a llenarse la copa y empezó a hojear las entradas diarias. Bebió a pequeños sorbos con la boca tensa. ¿Alguien habría abierto deliberadamente el candado aquella mañana? No podía creer que hubiera sido otra cosa que un simple accidente. Nada parecía fuera de lugar, en cualquier caso. Su posible descuido le parecía extraordinario, pero parecía ser la única explicación; no debía haber cerrado perfectamente el candado la noche anterior. Quizá se había sentido demasiado ansioso de reunirse con su esposa.

Entró en la alcoba contigua y colocó el diario en el secreter. Luego, volvió al cofre y extrajo el volumen correspondiente a 1765. Sus labios se tensaron todavía más y su ceño se frunció más profundamente al ir leyendo las entradas de aquel año. De todas ellas se desprendía que Elvira florecía, que su belleza aumentaba día a día. ¿Hasta qué punto se debía esta belleza al hecho de que hubiera conseguido engañar a su marido?

Cerró el libro de un golpe y volvió a vaciar su copa. Guardó de nuevo el diario en el cofre y regresó hacia el secreter. Mojó la pluma en el tintero y empezó a escribir meticulosamente la entrada del día. Era larga, puesto que contenía una detallada descripción de la boda del delfín, el comportamiento del séquito real y las celebraciones posteriores. Sólo cuando lo hubo reseñado todo pasó a describir la última hora con su mujer.

Colocó su pluma sobre el secante y se quedó contemplando, sin verlo, el garabato que las gotas de tinta dejaban en el papel. Cordelia prometía convertirse en una esposa tan insatisfactoria

como Elvira. Pero con Elvira había fracasado. Y con ésta no fracasaría. La dominaría en vida.

Cordelia permanecía acostada, desnuda, acurrucada en un ovillo, con su cuerpo convulsionado por violentos estremecimientos, sollozos secos que se congregaban en su garganta. Había sido peor... mucho, mucho peor que de costumbre. Si le hubiera lastimado en un ataque de furia, pensó, le habría resultado más fácil de soportar. Pero la había utilizado, la había torturado con una gélida deliberación que le negaba su propio ser, la había reducido a un animal, sin alma ni espíritu, ni más valor que un terrón de tierra.

Sabía que había gritado en los peores momentos, aunque se hubiera prometido a sí misma permanecer en silencio. Ahora, se sentía indignada consigo misma por su debilidad. Quizá mereciera semejante trato. Quizá se lo buscara, con su rastrera cobardía. Le alcanzó una oleada de náuseas invencible, y rodó de la cama con un gemido, buscando la bacinilla. Era como si se estuviera viendo a sí misma, acurrucada en el suelo, vomitando desamparada, en estado de shock y asqueada consigo misma, como un animal apaleado, tembloroso y aterrorizado.

Pero cuando las arcadas fueron disminuyendo y un sudor frío empezó a perlarle la frente, su mente pareció despejarse. De alguna manera, el vómito la había purgado tanto espiritual como físicamente. Se levantó vacilante, mirando a su alrededor en busca de alguna prenda con que cubrir su helada desnudez. La bata que él le había arrancado estaba en el suelo, y se envolvió en ella, ciñéndosela al máximo. Escudriñó la oscura estancia, donde las formas de los muebles destacaban en gris contra la penumbra. La ventana era un cuadrado negro, pero más allá podía distinguir un atisbo de luz bordeando la oscuridad.

No podía dormir. No podía regresar a aquella cama. Necesitaba a Matilde, con la profunda, irresistible, inenarrable necesidad que una niña herida tendría de su madre.

Sin un propósito concreto, salió del dormitorio, cruzó el salón y abrió la puerta que daba al pasillo. El espacio desierto estaba

iluminado por las velas encendidas en los apliques de la pared, y cuando la puerta del apartamento se cerró tras ella, se sintió invadida por una oleada de alivio y liberación. Era libre. Había salido de la asfixiante, la encadenante oscuridad de su prisión. Adonde iba o qué pensaba hacer eran preguntas que ni siquiera se planteaba. Trepó dolorida al amplio alféizar de una ventana que daba a un patio interior, se arropó con el salto de cama, reclinó la cabeza sobre las rodillas levantadas y esperó la luz del día. Esperó a Matilde.

Leo abandonó una partida de cartas justo antes de que el alba empezara a colorear el cielo. Se encontraba algo mareado por el coñac. Cartas, coñac y compañía, lo único al parecer que podía distraerle de la constante inquietud que le negaba el sueño. Por algún motivo, no podía separar a Cordelia de Elvira. Se sentía unido a ambas por lazos cuya similaridad ni siquiera podía explicarse a sí mismo. Elvira era su hermana, su gemela. La quería incondicionalmente. Había sido responsable del bienestar de su hermana. Y ahora le atormentaba la idea de que quizá no hubiera sido capaz de cumplir con esta responsabilidad.

Cordelia era una muchacha cuya vida había coincidido con la suya por casualidad, unas semanas antes. La deseaba. No le quedaba más remedio que reconocérselo a sí mismo, si quería ser totalmente sincero. Pero el puro deseo y un sentido temporal de la responsabilidad no bastaban para describir sus sentimientos hacia Cordelia.

Sus pensamientos confusos y a pesar de todo obsesivos siguieron dando tumbos en su cabeza, en medio de los vapores del coñac, mientras se dirigía hacia su humilde habitación, en una escalera exterior del ala norte. Siguiendo un inexplicable impulso, se desvió de su camino y subió por una escalera lateral que llevaba hasta el pasillo que había enfrente de los aposentos de Von Sachsen. Cuanto más se acercaba a la puerta, más profundo era su malestar. Era casi como un miasma llenando el pasillo embaldosado de mármol.

Pasó por delante de la puerta doble. Se dio la vuelta y volvió a pasar. Luego, con un gesto de impaciencia, giró sobre sus talones y se dispuso a marcharse por donde había venido. Pero de repente, se detuvo. Lentamente, volvió sobre sus pasos. Una figura agachada se refugiaba en el ancho alféizar de la ventana. Estaba tan quieta que en un primer momento le había pasado desapercibida.

El lustroso río negro y azul le caía en cascada por la espalda. Su cara estaba oculta y la cabeza se apoyaba en las rodillas.

—¿Cordelia? —Le puso una mano en el hombro.

Con un sobresalto, ella giró la cabeza. Sus ojos parecían casi vacíos, agujeros oscuros en una cara más blanca que el salto de cama.

—Estoy esperando a Matilde.

Leo frunció el ceño.

—¿En el pasillo? ¿Dónde está ella?

—No lo sé. Michael la ha despedido. Pero ella no me abandonará. Sé que no lo hará.

Vio la sombra del moretón emergente en el pómulo. Y entonces supo lo que había intentado negar con todas sus fuerzas.

Con delicadeza, apartó el cuello de la bata. Las marcas de dedos resaltaban sobre la piel lisa y blanca. La rabia que lo invadía no tenía límites. Desbordaba a oleadas su alma. Vio a Elvira, vio la sombra en sus ojos. Vio a Cordelia, desgarrada, derrotado todo su espíritu, su valentía, su alegría.

Inclinándose, la levantó de la ventana, sosteniéndola en sus brazos. Ella no dijo nada cuando empezó a andar para llevársela de allí.

Se la llevó a través de los silenciosos pasillos y desiertas escaleras con el corazón desbordante de rabia. Ella se acurrucaba contra su pecho, le rodeaba el cuello con los brazos. Tenía los ojos cerrados, sus densas pestañas eran como medias lunas oscuras contra la palidez mortal de sus mejillas, y él pensó que dormía. Su

respiración era profunda y regular, y notaba el latido del corazón contra su mano.

Al final de una empinada escalera de piedra, abrió la estrecha puerta de madera de una pequeña estancia. Estaba amueblada con sencillez, con una cama, un armario, un lavabo, dos sillas y una mesa redonda bajo la estrecha ventana que daba a la Cour de Marbre. Era un inconfundible aposento de soltero.

Leo acostó a Cordelia en la cama y ella abrió los ojos. Estaban sorprendidos, luego asustados, pero se fueron despejando poco a poco y Leo comprobó aliviado que estaba totalmente consciente, a pesar de la mirada ausente de sus ojos, desplazada por la inteligencia y el reconocimiento.

Se inclinó sobre ella y aflojó el salto de cama, deslizando una mano bajo su cuerpo para quitárselo. Su boca estaba tensa y sus ojos eran sombríos mientras la examinaba de cerca, evaluando hasta qué punto la había lastimado Michael. Las marcas de su cuerpo no eran graves, pero sabía que las verdaderas heridas estaban en lo más profundo de su ser, en el espíritu decidido, valiente y efervescente que hacían de ella quien era.

Cordelia permaneció quieta bajo su mirada, mirándolo a su vez pero ahora sin miedo en sus propios ojos. Por fin había entrado en calor y el terrible temblor se había calmado. La rabia y el dolor de Leo, sin embargo, eran una presencia palpable en la habitación. Sus manos, al levantarle los brazos y las piernas, al darle la vuelta, eran tan suaves como las alas de una paloma, pero sus ojos eran aterradores.

—No creo que le hiciera lo mismo a Elvira —dijo en voz baja—. Ella era muy distinta. Quizá no le provocara como yo. Yo le provoco siempre, al parecer no puedo evitarlo.

No le sorprendió que Cordelia hubiera adivinado el motivo de su agonía mental. Ya había advertido cuan perspicaz era cuando se trataba de sus amigos. Le tocó la mejilla con la punta del dedo y ella le sonrió.

—Ha sido porque le he ganado a las cartas —dijo, tornándole de la muñeca y sosteniéndole la mano contra su cara—. Ha despedido a Matilde porque se han reído de él por mi culpa. —Giró la cara contra su mano y le besó en la palma—. Por favor, abrázame.

Leo se sentó y la tomó en sus brazos. Era un ser frágil, casi incorpóreo, le recordaba el esqueleto de una hoja. Su piel desnuda era suave y cálida bajo sus manos y deslizó una mano alrededor de su cuerpo hasta sostener la redondez de su pecho. Ella se apretó contra él, alzando un dedo para deshacer el pañuelo que llevaba al cuello. Cordelia le besó el pulso en el cuello y su aliento era un dulce susurro de deseo y añoranza contra su piel.

—Necesito que me enseñes cómo puede ser —le murmuró con suave apremio—. Necesito saber que no tiene por qué ser algo destructivo. Que no tiene que ser algo repugnante. Una vez me dejaste ver un atisbo de cómo podía ser. Enséñamelo ahora, Leo. Por favor. —Era un ruego sincero, sin indicio alguno de malicia ni seducción—. Devuélveme mi integridad —susurró, alzando la cabeza para besarle en la boca, estirando ligeramente el cuerpo en su regazo. Las manos de Leo parecían moverse sobre su cuerpo por decisión propia, trazando los contornos de su forma, la finura de su caja torácica, la curva de sus senos, el vientre liso.

Cordelia parecía resucitar bajo sus manos; su cuerpo se llenaba de nuevo con el espíritu vital que le daba todo su carácter, se abría de nuevo como un capullo derribado por la tormenta, bajo los repentinos rayos de sol.

Liberando sus manos, le rodeó suavemente el cuello, sus dedos ligeros como el plumón borraban con sus caricias las toscas marcas de las huellas de Michael. Sabía que lo que estaba haciendo era correcto. Sólo venciendo las huellas de Michael en su cuerpo podría curarla.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo ahora, cariño? —Preguntó en voz baja—. Hace tan poco que te ha lastimado... ¿Seguro que estás preparada?

Ella podía sentir su propio pulso latiendo desbocado contra los dedos de Leo. Sus ojos estaban ahora oscuros y herméticos, pero parecían tragársela entera.

—Por favor —dijo de nuevo. Su voz era un ruego, todavía teñido por los residuos de su dolor y su miedo, pero la necesidad en sus ojos era innegable. Era una necesidad, no de pasión sino de ternura, del toque sanador que cerraría las heridas de la violación.

Le tomó la cara en las manos ahuecadas, trazando la curva de sus pómulos, la línea de su mandíbula. Le aterrorizaba la idea de causarle dolor, de hacer un movimiento equivocado, de atemorizarla. Le pasaba la mano por encima en una delicada caricia, rozando los pezones con la punta de los dedos, casi vacilante, mirándola a los ojos al acecho de la primera señal de sufrimiento o rechazo. Y al no ver ninguna, inclinó la cabeza para besarle los pechos, tomando el pezón en la boca, chupando, lamiendo, hasta que sintió cómo se endurecían bajo su lengua.

La cabeza de Cordelia cayó hacia atrás contra su hombro y su cuerpo desnudo se atravesó en el regazo del hombre. Se sentía abierta y vulnerable, una ofrenda para sus ojos, su boca, sus manos, y a pesar de todo sabía que aunque se sintiera abierta y vulnerable aquí, con Leo, estaba a salvo, y ésa era una parte esencial de la maravilla del amor. Sólo una vez había estado a punto de entender esa maravilla, pero sabía con cada respiración que en manos de Leo, esta noche, iba a comprenderlo por completo.

Leo desplazó la boca de sus pechos hasta el hueco de su garganta.

—Tengo tanto miedo de lastimarte. Quiero tocarte, cariño, pero necesito que me digas si puedo hacerlo.

—Por favor —susurró ella—. Por favor, tócame. —Parecía incapaz de moverse, su cuerpo era tan lánguido como el de un gato al sol, y sin embargo, bajo la superficie, su sangre corría desbocada.

Los dedos de Leo se introdujeron entre sus muslos abiertos. De nuevo, vaciló, esperando que el cuerpo de Cordelia se tensara contra el suyo, pero ella permaneció abierta, pasiva, y sin embargo

no tenían nada de pasivo ni el calor de su cuerpo ni el rápido bombeo de su pecho, ni el repentino endurecimiento del sensible capullo que se erguía bajo el baile de sus dedos. Estudió su cara. Sus ojos estaban muy cerrados, pero sus labios estaban cálidos y encendidos y sus mejillas resplandecían translúcidas. —¿Cariño?

Ella abrió los ojos. Se estremeció bajo su excitante caricia. —Te quiero, Leo.

Leo sonrió, desplazó su mano húmeda hacia el vientre de Cordelia, la acomodó mejor en su regazo, para que la cabeza reposara en su brazo doblado y la besó, esta vez con un toque de su propia premura, presionando la lengua contra la barrera de sus labios, pidiendo, no exigiendo, que le diera paso. Los labios de ella se abrieron inmediatamente y la lengua de Leo pudo explorar la dulce caverna de su boca. Ahora ella se movía bajo su cuerpo, y su propia lengua buscaba con cautela unirse a la del hombre.

Cordelia tenía la sensación de haber renunciado por completo a la responsabilidad de su propio cuerpo. Éste parecía saber por sí mismo lo que debía hacer, cómo responder. Notaba algo que crecía en lo más profundo de su vientre, una líquida plenitud que se expandía en sus entrañas y entonces se giró entre sus brazos para apretar su desnudez contra el hombre.

Leo se levantó, alzándola con él. Ella levantó la vista y le sonrió lentamente.

—¿Ha llegado el momento?

—Sólo si tú quieres —le respondió con suavidad, sosteniéndola en sus brazos, escudriñando su expresión. Ella alzó la mano para tocar su boca con el pulgar, recorriendo los labios con un gesto de una sensualidad tan inconsciente que no necesitó otra respuesta.

Leo volvió a reclinarla en la cama, luego se quitó rápidamente la ropa. Cordelia no había visto nunca a un hombre desnudo. Contempló la figura delgada y fuerte, el vientre plano y las caderas estrechas, el miembro erecto saliendo del nido de vello negro y rizado, los muslos alargados y duros. Y por un instante su cuerpo se

cerró por completo, encogiéndose como para defenderse de la intromisión de un violento intruso.

Leo se sentó en la cama, acariciándole el vientre hasta que notó cómo se tranquilizaba de nuevo y su cuerpo se relajaba bajo sus caricias. Estaba esperando una señal y ella se la dio. Avanzó la mano para tocar su carne erecta con los ojos entrecerrados, sintiéndole, aprendiendo su forma, su textura. Haciendo de esta carne extraña algo conocido y comprensible. Cuando le guió hacia el húmedo portal entre sus muslos, Cordelia sabía que quería sentir a ese hombre en su interior, devolviéndole su integridad al unirse a ella en carne y en espíritu.

La miró fijamente a los ojos, con una mirada que le llegaba hasta el alma, mientras se mantenía al mismísimo borde de su cuerpo.

—Dime cómo te sientes, cariño.

Cordelia sabía que quería arrancarle algo, algo más que las respuestas de su cuerpo. Quería oírle decir cuánto deseaba esto. Cuánto lo necesitaba. Que sin eso, nunca podría curarse, nunca estaría de nuevo entera.

—Te necesito tanto. Te quiero tanto —repuso ella, con los ojos sinceros y humedeciéndose con la lengua los labios, resecos de repente—. Quiero que entres en mí, Leo.

Le levantó las piernas hasta sus propios hombros, acariciando la parte trasera de los muslos, ahuecando las manos para abarcar la curva de sus nalgas. Luego la penetró con un solo movimiento prolongado, pausado y profundo.

Al sentirlo moviéndose en su interior, Cordelia cayó desde lo más alto de una cumbre milagrosa. Cayó dando tumbos y más tumbos, ligera como un hilo de seda, a través de un éter dorado. Tenía la boca seca y podía oír los pequeños sollozos que de alguna manera sabía que eran suyos, y cuando aterrizó y notó el torrente líquido de su placer que surgía de sus entrañas, se aferró a su amante y éste volvió a moverse dentro de ella, una y otra vez, buscando ahora su propio placer, saboreando el glorioso abrazo de su melosa vaina, hasta que se retiró de ella y se dejó inundar por la cascada de su

propio clímax, su simiente derramándose cálida y húmeda sobre el vientre y los muslos de Cordelia.

Le acarició la espalda mientras él permanecía jadeando sobre ella. Las piernas de Cordelia habían vuelto a caer desmadejadas y abiertas, su corazón latía con fuerza, su cuerpo estaba tan relajado como el de un gatito recién nacido.

Finalmente, Leo se dejó caer a un lado, aliviándola de su peso. Se quedó tumbado de espaldas, con una mano sobre el vientre de Cordelia, y cubriéndose los ojos con la otra. Esperaba la sensación de culpabilidad, de amargo arrepentimiento, el mordaz desprecio hacia sí mismo, pero sólo sentía una alegría extraordinaria, como si acabara de entregar y recibir a la vez un regalo de incalculable valor.

—Puedo soportar cualquier cosa, si me quieres —le susurró Cordelia, acariciando la mano que descansaba con todo su peso sobre su vientre—. Me has devuelto las fuerzas, Leo. Me has devuelto a mí misma.

Se quedó boca arriba mirando las molduras del techo. Su alegría y confianza manaban de él como la sangre de la vida mana de una herida. Si la amaba, ¿cómo podría tolerar que regresara con Michael?

—Te rescataré de Michael —dijo—. Pero tengo que planificarlo. Si actuamos precipitadamente, no lo conseguiremos. Sería demasiado fácil que nos persiguiera y Michael tiene todos los derechos legales de hacer lo que le plazca con una esposa fugitiva. ¿Me comprendes, Cordelia? —Se sentó en la cama, la agarró por las axilas y la alzó para mirarla cara a cara. Le tomó la cara con ambas manos—. ¿Comprendes lo que te estoy diciendo?

Cordelia asintió y sonrió confiadamente.

—Sí. Esperaré. Y lo soportaré—. Le tocó la cara. —Te juro que ya no será tan horrible ahora que te tengo, que sé que me quieres. Ahora nada puede hacerme daño, Leo. Nada.

Leo sacudió la cabeza con cierta impaciencia. No confiaba tanto como Cordelia en las simples emociones como escudo y armadura.

—Ahora tienes que regresar —dijo pesaroso—. Me apresuraré tanto como pueda para liberarte, pero de momento...

—Sí, lo comprendo. —Sonrió con la misma sonrisa vibrante con la que había aprendido a amar, aunque con tanto recelo—. Si sólo pudiera averiguar qué le ha sucedido a Matilde. —La sonrisa de Cordelia se borró de repente de su cara y dijo horrorizada—: ¿No puede haberla asesinado... o ... o encarcelado, verdad?

—Pues claro que no —repuso Leo con una confianza que no sentía. Michael no recurriría al asesinato, estaba seguro, pero una mazmorra en alguna oscura cárcel francesa no era un destino imposible para una sirvienta infiel.

Rápidamente, Leo se vistió mientras Cordelia pasaba los brazos por su salto de cama. Su cara había recuperado el color y el terciopelo blanco realzaba ahora su radiante belleza en lugar de demacrar su mortal palidez.

—Déjame que te lleve. Se te helarán los pies. —El mármol y la piedra eran muy duros para los pies descalzos, y Cordelia no protestó cuando él la levantó fácilmente en brazos. Esta vez se sentía muy distinta. Más fuerte, más firme, más flexible, desaparecida toda semejanza con una frágil hoja.

—Puedo vencer a Michael —le susurró Cordelia al oído—. Soy más fuerte que él. No necesito aprovecharme de los demás para sentirme poderosa. Le derrotaré en su propio juego, Leo.

—¿Y qué sucedió la última vez que lo intentaste? —le preguntó en tono grave. Por mucho que le encantara el regreso de aquella Cordelia tan vital, era dolorosamente consciente de los peligros que corría.

—Seré precavida —contestó ella al cabo de un momento—. No volveré a cometer el error de regodearme con su derrota.

Giraron por el pasillo que llevaba a los aposentos de Von Sachsen, y Leo notó cómo Cordelia se tensaba en sus brazos. Apretó la mandíbula. La idea de devolverla a aquel lugar infernal le llenaba de repugnancia, pero no veía ninguna otra alternativa. No en un inmediato futuro.

Al acercarse a la puerta, una figura emergió de una esquina sumida en las sombras, que las primeras luces del día todavía no habían atravesado.

—¿Matilde? —susurró Cordelia, con voz casi incrédula. Luego empezó a retorcerse en los brazos de Leo hasta que éste la depositó en el suelo y pudo correr descalza hacia la mujer que abría los brazos para recibirla.

—Vamos, niña, vamos, niña —entonaba dulcemente Matilde, acariciándole el pelo y la espalda. Sus ojos, agudos y luminosos y penetrantes, miraron al vizconde por encima de la cabeza de Cordelia. Pareció leer en su cara todo lo que necesitaba saber, porque asintió con una pequeña sonrisa en los labios.

—¿Qué te ha hecho, Matilde? —Cordelia se incorporó, apartándose el pelo de la cara, superado ya su refugio en la infancia —. ¿Te ha hecho daño?

—Por Dios, no, querida niña —dijo Matilde con brío—. Pero me ha despedido sin una nota, sin una moneda, sólo la ropa que llevo encima. Pero no te preocupes, Cordelia, no conseguirá alejarme de ti.

—Pero ¿qué vas a hacer? ¿Adonde vas a ir? Puedo darte dinero, por supuesto, pero...

—Hay cantidad de lugares donde puede ocultarse una persona en este palacio —le dijo Matilde—. Es como una pequeña ciudad, con escaleras y recovecos y rincones por todas partes. Estaré por aquí, querida. Te estaré vigilando aunque tú no me veas a menudo. —No le dijo que el príncipe le había dado a elegir entre marcharse sin causar problemas o ser detenida, acusada de haber robado, para pasar el resto de su vida natural en la Bastilla, y perder para siempre a su niña querida. La amenaza seguía cerniéndose sobre ella, si el príncipe volvía a verla.

No lo dijo, pero Cordelia lo adivinó. Miró a Leo, con un interrogante en los ojos.

—Yo me encargaré de Matilde —dijo, girándose hacia la anciana —. Cordelia te necesitará hasta que pueda rescatarla de su marido.

Te esconderé y encontraremos la manera de que puedas ver a Cordelia a menudo.

Matilde echó una penetrante ojeada a Cordelia, y luego, otra vez al vizconde. Luego asintió con la cabeza, pero esta vez con animosa satisfacción.

—Bueno, todo es como debe ser —dijo con ambigüedad—. Siempre he sabido que debía ser así. Mi niña sólo puede amar una vez. Igual que su madre.

Volvió a atraer a Cordelia hacia sí y la besó.

—Te daré algo para que puedas descansar un poco del animal de tu marido, no te preocupes.

—¿Qué clase de remedio? —Cordelia sintió inmediatamente curiosidad. Matilde era tan taimada como inteligente, y era experta en muchas artes extrañas. Enfrentada a Michael, Cordelia apostaría sin dudar por la victoria de su ama de cría.

—No te preocupes por eso.

—Escúchame, Cordelia —apremió Leo. Él no tenía la fe de Cordelia en las capacidades de Matilde para neutralizar a Michael, y aunque la tuviera, la mujer tampoco ofrecía una solución inmediata —. Tienes que prometerme que no volverás a provocarle.

—No puedo dejarle creer que me ha derrotado —respondió con fiereza.

—Trágate tu orgullo durante un tiempo. Sólo hasta que yo haya encontrado la manera. —La tomó por la barbilla, alzándola para que le mirara a la cara.

—Iré con mucho cuidado —admitió.

—¡Con eso no me basta! ¿Me quieres?

—Sabes muy bien que sí.

—Y has puesto en mis manos esa horrible situación. ¿No es cierto?

—Sí, pero...

—Por lo tanto, harás lo que yo te diga. No puedo ayudarte si no haces lo que te diga. ¿Está claro, Cordelia?

Ella dudó, deseosa de asentir, pero consciente dé que su espíritu le impediría permitir que Michael se hiciera siquiera la ilusión de la victoria. Luego, resonaron unos pasos en el pasillo, a sus espaldas. Tacones repiqueteando en el mármol y unas voces acercándose. Una de ellas pertenecía a un cortesano, conocido de Michael. Cordelia desapareció como una blanca aparición por la puerta de sus aposentos y Matilde se fundió con las sombras antes de que Leo fuera capaz de moverse.

Leo maldijo en voz baja. No se lo había prometido. ¿No se daba cuenta de que había depositado en sus manos la carga más pesada que un hombre pudiera soportar, su confianza y su amor? También había cargado con esas responsabilidades en el caso de Elvira, pero se le habían escapado de las manos. No iba a fallarle a Cordelia de la misma manera. Pero por todos los santos, ¿cómo sería capaz de protegerla si ella se exponía deliberadamente al peligro?

Cordelia cerró la puerta del salón. Monsieur Brion estaba en la puerta de la cocina, contemplando asombrado a la princesa descalza en su salto de cama. Cordelia no apartó sus ojos, sosteniéndole la mirada desde el otro lado del salón. Sabía que tanto él como el resto del servicio estaban al corriente de lo que sucedía por la noche detrás de la puerta de su alcoba. De la misma manera que también sabía cómo Michael abusaba de sus criados cuando se le antojaba. Ahora, con su mirada de ojos claros, ofreció al mayordomo una alianza.

Monsieur Brion se inclinó

—Buenos días, madame. —Con fingida naturalidad, arregló un adorno encima de una mesita auxiliar, antes de decir—: Su Alteza todavía no ha llamado para pedir su café.

Cordelia sonrió.

—Gracias. Puedes mandarme a Elsie para que me despierte con mi chocolate caliente dentro de diez minutos.

Monsieur Brion volvió a inclinarse, y Cordelia entró en su dormitorio. Se quitó la bata de un manotazo y se metió en la cama.

Las sábanas estaban frías. Tiró del cubrecama y sonrió. No se desmoronaría. Ahora no se desmoronaría. Tenía el amor de su vida. Ya había conocido el amor. Y conocimiento equivalía a poder. El conocimiento del amor la protegería.

CAPÍTULO 15

Cordelia permaneció en la cama hasta las diez de la mañana. La inundaba una sensación de extrema lasitud; no obstante, no deseaba dormir y no veía razón alguna para levantarse cuando le resultaba tan placentero permanecer en la cama entre ensoñaciones. A las diez, sin embargo, se le hizo saber que la delfina solicitaba su presencia. Ante la perspectiva de mantener una conversación privada con su amiga, tras la estricta formalidad de las semanas anteriores, toda su pereza se desvaneció. También sentía gran curiosidad por conocer las experiencias e impresiones de Toinette sobre su nuevo marido, el delfín.

Sin haberse vestido, se apresuró al salón para informar a su marido de la petición. Él estaba desayunando y levantó la vista al entrar ella. La recorrió con los ojos y ella se dio cuenta de que estaba buscando las marcas que le había dejado la noche anterior. Al descubrir el cardenal en la mejilla y las marcas que sus dedos le habían dejado en el cuello al sujetarla, sus ojos brillaron de triunfal satisfacción.

Ella se prestó a ese escrutinio con desdeñosa calma y, para su contento, vio cómo la satisfacción daba paso a la extrañeza en los ojos de su marido, que esperaba verla asustada, magullada y derrotada. Pero no lo había conseguido. Al contrario, era más fuerte que nunca y sabía que irradiaba esa fortaleza.

Después de un prolongado minuto, hizo una exagerada referencia.

—Buenos días. —Le alargó la nota—. Tengo que visitar a la delfina esta mañana. He pensado que querrías saberlo.

Tomó el papel que le extendía y le echó un vistazo antes de comentar con frialdad:

—Está bien que conserves su favor. No me gustaría que te convirtieras en parte de su séquito hasta el punto de tener que estar demasiado tiempo en la corte, pero debes asegurarte de que te siga queriendo bien.

—Es mi amiga. Este tipo de amistad no depende de veleidades políticas. —Los ojos le brillaban mientras lo miraba con altivez. Lo odiaba y lo despreciaba y quería que él lo supiera.

Una sombra pasó por la frente de Michael:

—¿Aún no has aprendido qué consecuencias te trae provocar mi ira, Cordelia?

—Hay algunas cosas que me resulta difícil aprender —respondió ella con otra reverencia insolente.

Él se levantó de la mesa y fue hasta ella, que pudo ver, en un triste triunfo, la frustración reflejada en sus ojos.

—Aprenderás —dijo en voz baja—. No lo dudes, querida.

—¿También Elvira provocó tu furia? —Se arrepintió de sus palabras en el mismo instante en que éstas salían de su boca. Había prometido a Leo que no provocaría deliberadamente la violencia de Michael, pero ya era demasiado tarde. Una bofetada le cruzó la boca.

—Estás terminando con mi paciencia.

La bofetada no había sido tan fuerte como para que le doliera, pero la sorpresa y la sensación de violencia le afectaron hasta lo más profundo. No pudo ocultar la aflicción de su mirada y se dio cuenta de que él lo había notado. No tuvo más remedio que dejarle ganar esta batalla.

—Si me disculpas, iré a prepararme para visitar a la delfina. —En lugar de responderle, él le dio la espalda y regresó a la mesa. Cordelia entró en su habitación.

En la privacidad de su alcoba, se rozó los labios con las puntas de los dedos mientras se miraba al espejo. No había hinchazón ni marca alguna, pero el cardenal del pómulo era muy evidente. ¿Qué sería mejor, intentar cubrirlo o dejarlo a la vista e inventar una historia? Toinette le preguntaría, sin duda alguna.

—¿Qué traje debo sacar, milady?

Cordelia se sobresaltó. Había olvidado a Elsie. La muchacha parecía fundirse con el papel de la pared cuando no estaba haciendo algo. De pie al lado del armario se retorcía el delantal, obviamente ansiosa de ganarse su aprobación. Cordelia se esforzó por sonreír. Ella no tenía la culpa de no ser Matilde.

—Déjame ver. —Se dirigió hacia el armario y lo revolvió en busca de un traje que le cubriera el cuello. La moda del momento dictaba llevar escotes exagerados, pero encontró una robe a l'anglaise de muselina color azafrán para llevar sobre una combinación de satén verde. El traje llevaba un amplio cuello con volantes de encaje y una pañoleta de muselina que servirían para ocultar gran cantidad de pecados.

Elsie tomó el traje con reverencia.

—¿Se empolvará el cabello, mi señora?

—No, esa moda no me gusta demasiado —dijo Cordelia—. En ocasiones solemnes hay que hacerlo, pero no todos los días.

—¿Cuan ajustado lo lleváis, mi señora? —Elsie se acercó con un corsé.

Cordelia reprimió un suspiro.

—Te diré cuándo parar, pero trae mis medias primero.

—¿Las blancas de seda?

—Las blancas de seda —asintió Cordelia. No tenía de ningún otro tipo, pero por lo visto Elsie no estaba muy familiarizada con el contenido de su armario ropero ni su tocador.

Transcurrió una hora de torpezas e innumerables consultas antes de estar completamente lista. Elsie no se había atrevido a comentar los moretones de Cordelia pero había sacado la pata de liebre y la caja de polvos sin que ésta se lo hubiera pedido. Cordelia

se la pasó ligeramente por sus mejillas. El polvo no disimulaba por completo el cardenal pero, siempre que las marcas del cuello y de los brazos permanecieran invisibles, no le costaría encontrar alguna explicación para el morado en la mejilla.

Monsieur Brion la esperaba en el salón para escoltarla hasta los aposentos provisionales de la delfina en la primera planta del palacio.

No había visto al mayordomo desde el extraño y silencioso encuentro de aquella mañana. Le sonrió con bastante naturalidad y le deseó buenos días. Él se inclinó y una sonrisa ligeramente conspiradora adornó sus labios generalmente solemnes.

—Espero que haya dormido bien la señora.

—Creo que se concilia mucho mejor el sueño cuando uno sabe quiénes son sus amigos, monsieur Brion.

—En efecto, milady. —Le abrió la puerta.

Toinette aún no estaba vestida y saltó de la silla cuando le anunciaron la llegada de Cordelia.

—¡Oh, Cordelia, cuánto te he echado de menos! Ven a mi tocador, donde podremos charlar en privado. —Mientras lo decía, lanzó a su mentora, la condesa de Noailles, una mirada de desafío y súplica a la vez. A pesar de su nueva posición como esposa del delfín de Francia, aún se sentía intimidada por aquel rígido arbitro de la etiqueta de la corte.

—Disponéis de apenas media hora, señora, antes de empezar a vestiros para la ópera.

—Es Persea, ¿verdad? —Toinette arrugó la naricilla—. Es una obra tan seria y la música tan tediosa y aburrida...

—Ha sido elegida por el rey —declaró la condesa, cerrando así la discusión, al menos en su presencia.

—Puede que la haya elegido el rey, pero sigo pensando que es una obra pesada y aburrida —reafirmó Toinette entre dientes cuando cerró la puerta del tocador y por fin estuvieron solas. Lanzó los brazos alrededor de Cordelia—. Estaba desesperada por hablar contigo. ¿Qué dicen de mí? ¿Has oído algo?

—Has sido el centro de atención de todas las miradas —dijo Cordelia, contenta de poder proporcionar a su amiga la información que anhelaba—. Todos comentan tu hermosura, tu compostura y tu gracia. Dicen que Louis Auguste es un hombre muy afortunado.

Toinette se desplomó en una chaise longue.

—¿Qué pasó en tu noche de bodas, Cordelia?

Cordelia se sentó a su lado. No era una pregunta cómoda.

—Lo mismo que en la tuya, imagino —dijo evasivamente.

Toinette negó con la cabeza.

—¡No pasó nada! Absolutamente nada. Mi marido me besó en los labios en la puerta de mi alcoba y se marchó. No volvió más.

Cordelia observó a su amiga con incredulidad.

—¿No se ha consumado tu matrimonio, Toinette?

—No. —La delfina se encogió de hombros con resignación—. ¿Qué quieres que haga?

—Tus damas de compañía lo saben, claro.

—Claro, y también los caballeros de mi marido. Supongo que alguien se lo contará al rey. Pero ¿ha sido culpa mía, Cordelia? —Toinette se apoderó de la mano de Cordelia—. ¿Qué hiciste tú para atraer a tu marido? Debo tener un hijo, lo sabes.

—No tuve que hacer nada para atraerlo —dijo Cordelia con un punto de amargura—. Vino él solo.

—Entonces es que no le gusto a mi marido —se lamentó Toinette.

—Tonterías —se apresuró a decir Cordelia—. Aunque eso fuera verdad, se acostaría contigo para que le dieras un hijo.

—Supongo que sí. Entonces, ¿cuál es el problema?

—No tengo ni idea —respondió Cordelia—. Quizá sea virgen y esté asustado.

—Quizá debería escribir a múdame ma mere —consideró Toinette—. Pero me da tanta vergüenza, Cordelia. Tengo la sensación de haber fallado en algo.

—No es verdad —le aseguró de nuevo Cordelia—. Si alguien está incumpliendo, es Louis Auguste.

—¡Oh, shh! —Toinette se tapó la boca para reprimir una risita—. ¡No deberías decir esas cosas sobre el delfín!

Cordelia le dedicó una amplia sonrisa.

—Entre nosotras podemos decir cualquier cosa.

—No me dejes nunca. —Toinette apretó la mano de Cordelia, olvidadas todas las risas—. Me siento tan sola. No sé cómo voy a salir adelante. La Noailles no me sirve de nada. Lo único que hace es sermonear, parlotear, quejarse y mirarme por encima del hombro. Va tan almidonada que debe pasarse el día entero en la lavandería.

Cordelia la abrazó, adivinando en su voz las lágrimas escondidas en aquel amago de humor.

—Todo irá bien, ya lo verás.

—Cuando mi marido duerma conmigo y yo conciba —acertó a decir Toinette con triste sinceridad. A pesar de ser tan niña, sabía bien por qué estaba casada con el delfín. Había venido a Francia para dar a luz a un niño que sellaría la alianza entre Austria y Francia. Un niño que, para el pueblo francés, justificaría haber enterrado la secular hacha de guerra entre los dos países.

—¿Y tú? ¿Cómo es tu marido? —La delfina, con uno de sus rápidos cambios de humor, centró de repente toda su atención en Cordelia—. ¡Oh! ¿Qué te ha pasado en la mejilla? ¿Te has golpeado con algo? —Rozó delicadamente el moretón con un dedo.

Entre ellas se lo podían contar todo.

—Puesto que lo preguntas —dijo Cordelia con decisión—, me topé con la mano de mi marido.

—¿Qué quieres decir? —Toinette parecía horrorizada—. ¿Es cruel contigo?

Cordelia se encogió de hombros.

—Digamos que si el príncipe Michael no mostrara ningún interés en el lecho nupcial, yo sería una mujer feliz.

—Oh. —Toinette la cogió de la mano y la sujetó con firmeza—. ¿Quieres que se lo diga al rey?

—¡Oh, no, claro que no! —Cordelia dijo espantada—. El rey no se involucraría en esos asuntos. Un hombre tiene todo el derecho

de tratar a su mujer como considere adecuado, lo sabes muy bien. Si el rey le dijera algo a Michael, no sé qué me haría él a mí.

—Es terrible. —Toinette miró enfurecida hacia un jarrón de cristal con orquídeas de invernadero que había a su lado, sobre una mesa —. Tenemos que hacer algo. ¿Y las niñas? ¿También las trata con crueldad?

—No, no lo creo. Las deja con su institutriz. —Frunció el ceño—. Ése es otro problema, Toinette. Me ha prohibido que seamos amigas. Debo enseñarles a comportarse en sociedad y prepararlas para sus enlaces matrimoniales, pero no debo encariñarme ni jugar con ellas.

—¿No vas a ser su madre? —Toinette estaba indignada. Su propia madre había sido la persona más importante en su vida, y aún lo seguía siendo, en muchos momentos.

Cordelia negó con la cabeza.

—Y además, son tan adorables, Toinette. Son exactamente iguales y se comportan de una forma tan graciosa. Sé que les encanta reír pero no hay nada de qué reírse en aquel horrible mausoleo con esa tal Nevry, esa cara de ciruela.

De repente los ojos de Toinette se iluminaron.

—Tengo una idea. ¿Por qué no las traemos aquí?

—¿Aquí? ¿A Versalles? Michael no lo permitiría.

—Pero yo soy la delfina. La primera dama de Versalles —declaró Toinette con gesto altanero—. Puedo mandar sobre cualquiera, incluso sobre tu marido.

—Entonces, ¿qué sugieres? —preguntó Cordelia, ahora con la mirada brillante de expectación.

—Le diré a tu marido que me gustaría conocer a sus hijas. Que me has hablado tanto de tus hijastras que, en nombre de nuestra amistad, deseo conocerlas.

—¿Le dirás que las traiga a Versalles, entonces? —Toinette no solía ser la más ingeniosa de las dos, pero esta mañana parecía estar inspirada.

—Exacto.

—Toinette, eres genial. —Cordelia tomó a la delfina en sus brazos y le dio un sonoro beso—. Podría funcionar.

—Claro que funcionará. —Toinette volvió a simular arrogancia—. Y, puesto que el rey me ama, estoy segura de que me apoyará si se lo pido. Escribiré la petición ahora mismo para que te la lleves al marcharte.

—Eso ya no me parece tan buena idea —reflexionó Cordelia—. No me gustaría ser la portadora de malas nuevas. A Michael no le va a gustar nada la idea, y mucho menos recibir una petición tuya de mis manos; se sentirá herido en su orgullo.

—Sí, supongo que tienes razón. —Toinette reflexionó profundamente y luego batió palmas—. ¡Ya lo tengo! —Las mejillas se le habían encendido de la emoción—. En la ópera os pediré a los dos que vengáis a verme a mi palco y, casualmente, tocaré el tema de las niñas con el príncipe y luego tendré una maravillosa ocurrencia. ¿Qué te parece?

—Perfecto. —Cordelia asintió satisfecha—. Eres una verdadera amiga, Toinette.

—Pero ¿no puedo hacer nada para ayudarte a ti? —Toinette preguntó insistente—. ¿Cómo puedes permanecer casada con un hombre que disfruta lastimándote?

La preocupación de su amiga era sincera y Cordelia sabía que Toinette se atormentaría. Estuvo a punto de explicarle que en realidad todo estaba bien y que ahora podría soportar lo que fuera, que Leo la rescataría de su esclavitud en cuanto pudiera. Pero no se atrevió a compartir ese secreto con nadie.

—Quizá las cosas mejoren —dijo vagamente—. No hablemos más de eso, sólo nos deprimiríamos.

—Oh, está bien —aceptó Toinette, y con otro cambio relámpago de tema, prosiguió—: he decidido no reconocer a madame du Barry.

—Pero ¿por qué no?

—Es una prostituta. La emperatriz no permitiría jamás esa clase de persona en la corte, y no veo por qué debo verme insultada con su presencia. —Toinette lanzó una orgullosa mirada a su amiga, y

de repente, volvió a ser la hija de su madre. Cordelia advirtió que Toinette iba a buscarse problemas. —La Du Barry es la favorita del rey. Si la desairas a ella, alguien podría interpretarlo como un desaire al rey.

Toinette negó con la cabeza, un rictus obstinado en su bonita boca.

—Es una mujer inmoral y el rey está viviendo en pecado. No puede confesarse mientras tenga una amante, y es mi deber, conferido por Dios, ayudarle a cambiar su comportamiento.

Cordelia se la quedó mirando incrédula. Sabía que Toinette podía concebir extrañas ideas, que acababan obsesionándola. Sabía que la emperatriz había inculcado firmes convicciones religiosas a todos sus hijos. Pero María Teresa, a pesar de su altas exigencias morales, también era una persona pragmática. Oponiéndose de forma tan insensata al rey, Toinette sería el hazmerreír del mundo entero.

—Creo que deberías reflexionar a fondo sobre este asunto —dijo —: Se trata de algo más que simple inmoralidad.

—Sé cuál es mi deber —declaró Toinette, apretando los labios—. Sé lo que me exige mi fe. No pienso reconocer a esa vulgar prostituta.

Cordelia intuyó que de momento no podría sacar nada más. Quizá, durante las celebraciones nupciales de los próximos días, la actitud de Toinette hacia la amante del rey pasara desapercibida.

—Madame, es hora de vestiros —La condesa de Noailles apareció sin anunciarse.

Cordelia se levantó.

—Nos vemos luego, Toinette. —La besó, dio un paso atrás y le dedicó una profunda reverencia—. Os pido permiso para marcharme, madame.

Toinette se rió entre dientes, suscitando la reprobación de la condesa.

—Tenéis que hacer tres reverencias ante la futura reina de Francia.

Así lo hizo Cordelia, y se retiró andando de espaldas de la presencia de la delfina. Sus ojos, chispeantes de malicia, permanecían fijos en los de Toinette, que ladeó la cabeza con aire arrogante hasta que su risa, siempre a punto de estallar, pudo más que ella.

Cordelia, pensativa aunque todavía con la sonrisa en los labios, abandonó los aposentos reales. Miró a su alrededor en el concurrido pasillo, donde los cortesanos cotilleaban y los criados corrían. No vio ni rastro de monsieur Brion. El mayordomo le había dicho que, puesto que seguramente todavía no sabía orientarse en el palacio, podía pedirle a cualquier lacayo que la acompañara de vuelta a los apartamentos del príncipe en la escalera imperial. ¿Podía suponer sin peligro que en estos momentos estaba a salvo de la vigilancia de su marido? Sin duda, no debía tener espías entre la muchedumbre. Valía la pena correr el riesgo.

Pero ¿se acordaría del camino? Le habría resultado más fácil si lo hubiera recorrido andando por sí misma, pero Leo la llevaba en brazos. Cuando se dirigieron hacia el cuarto del vizconde, Cordelia estaba casi inconsciente, y en el camino de vuelta, sólo había tenido conciencia de los brazos que la sostenían, de su cercanía, de su cuerpo y su alma desbordantes del recuerdo de su cama.

Se abrió camino entre el gentío hasta un lacayo apostado al pie de una escalera. El hombre se inclinó al verla acercarse.

—¿Sabes dónde se aloja el vizconde Kierston? —En una de las escaleras exteriores, madame. —¿Puedes ser más preciso?

La mirada del hombre se hizo más aguda. No tenía ni idea de con quién estaba hablando, entre los centenares de invitados a la boda que no conocía, pero su servicio en Versalles le había enseñado a detectar una intriga.

—Puedo acompañaros, madame. —No será necesario. Indícame simplemente el camino. Escuchó atentamente. Sonaba relativamente sencillo, y si se perdía, siempre podía volver a preguntar de nuevo. Con una inclinación de agradecimiento,

desapareció entre el gentío, dejando al lacayo curioso con sus especulaciones.

Tras abandonar los apartamentos de gala, Cordelia tuvo que recorrer largos pasillos de mármol, subir por escaleras de mármol amplias y poco empinadas, y en todo el camino sólo se cruzó con criados y algún cortesano apresurado. Todo el mundo en Versalles parecía tener una prisa atroz, algo no del todo incomprensible, teniendo en cuenta las grandes distancias que debían cubrir y los frecuentes eventos que debían atender.

Cuando Cordelia llegó a la escalera que llevaba al apartamento de Leo, tenía la sensación de haber andado varios kilómetros, pero había reconocido ciertos elementos de referencia en el camino y estaba segura de poder regresar sin problema a sus propios apartamentos.

Alzó la mano para llamar a la angosta puerta de madera, pero luego decidió no hacerlo. Audaz, hizo girar el picaporte y empujó la puerta. La habitación estaba vacía. Entró y cerró la puerta silenciosamente a sus espaldas. Luego inspiró profundamente, aliviada. De momento, estaba a salvo de las miradas indiscretas. Estudió la pequeña estancia a su alrededor con una sensación de irrealidad. Todo era tal como lo recordaba. El cuarto estaba lleno de la presencia de Leo. Casi podía oler su fragancia, tan especial, en el aire. Tocó la cama, la almohada, buscando el hueco de su cabeza, su cuerpo, recordando la frescura de la sábana contra su espalda, mientras él estaba encima de ella.

Abrió el armario y acarició su ropa, gozando con secreta culpabilidad del tacto de las prendas que habían tocado su piel.

Apoyó la mejilla contra una chaqueta de terciopelo que recordaba había llevado en Compiégne.

—Cordelia, ¿pero qué demonios estás haciendo aquí?

Sobresaltada, se giró de golpe. Leo estaba en la puerta.

—¿Qué ha sucedido? —Cerró la puerta dando un portazo y vino hacia ella.

—Nada. —Cordelia corrió a su encuentro, rodeándole la cintura con los brazos—. No ha pasado nada, pero tenía que asegurarme de que era real. ¿Ha sucedido de verdad? ¿Me quieres de veras, Leo? —Alzó la vista hacia él, con la cabeza reclinada en su pecho —. Dime que no lo he soñado todo.

—No lo has soñado —dijo frunciendo el ceño—. Pero no deberías estar aquí, Cordelia.

—No me ha visto nadie. —Soltó su cintura y se puso de puntillas para besarle—. Demuéstrame que no ha sido un sueño, amor mío.

La pasión en las profundidades de color zafiro de sus ojos era puramente erótica y Leo se sintió desfallecer. Ella se dejó abrazar con un tenue suspiro. Tenía la cara alzada para recibir sus besos, los ojos de par en par, los labios entreabiertos de expectación y un ligero rubor en sus mejillas.

Leo tomó su boca, notó cómo ella se dejaba ir contra su cuerpo, abandonando cada músculo y cada fibra a su abrazo, de manera que si sus brazos no la sostuvieran, ella caería desmadejada al suelo.

Se la llevó en volandas hacia la cama y la dejó caer en una confusión de faldas, mientras ella lo abrazaba todavía y lo atraía hacia ella. Tampoco le soltaba la boca, y tomó la cabeza de Leo entre sus manos mientras bebía ávidamente de su boca, como si fuera una copa del más dulce néctar.

Leo agarró sus muñecas detrás de la nuca y se desasió, irguiéndose de rodillas en la cama. Cordelia estaba tumbada bajo él, las faldas alzadas como una carpa alrededor del ancho miriñaque. Clavaba su mirada en él, humedeciéndose los labios con la lengua, con los ojos salvajes de excitación y las mejillas rosadas. Le alzó las faldas hasta la cintura, revelando sus largos muslos de crema ceñidos por ligas de encaje, la mata espesa y rizada en la base de la superficie lisa y suave de su vientre, los huesos prominentes de sus caderas, el apretado remolino de su ombligo.

Sus ojos se deleitaron con esta visión, mientras ella permanecía dispuesta y a la espera, sus caderas intranquilas y ansiosas, sus

muslos abiertos para revelar el tenue rocío de la excitación en sus laderas interiores, suaves como el satén.

Los dedos de Cordelia se afanaban en sus pantalones, desabrochándole, mientras él se inclinaba de rodillas sobre ella y notaba su aliento rápido y cálido, surgiendo de sus labios entreabiertos. Su miembro erecto saltó de repente y ella lo envolvió en su mano, sujetándolo, sintiendo cómo la sangre latía en las gruesas cuerdas de sus venas. Acarició con el pulgar la punta del miembro, donde se acumulaban las gotas húmedas de su creciente excitación. Ella le sonrió, alzó las caderas y lo guió para que entrara en ella. Como si siempre hubiera sabido cómo hacerlo.

El torrente de alegría de su unión les inundó, tan explosivo que ambos gritaron de placer. Leo se erguía sobre ella, dejando todo su peso sobre las palmas abiertas; tapó con su boca la de ella, para ahogar los gritos. Se movió lentamente en su interior, intentando prolongar el momento pero sabiendo a la vez que no tenía remedio. Demasiada excitación espontánea la de este acoplamiento, le resultaría imposible controlar su propia excitación, por no hablar de las convulsivas oleadas de placer de Cordelia.

—No... no —susurró ella apremiante contra su boca, notando que iba a retirarse—. Quédate conmigo.

Quería quedarse para siempre en la celestial recámara de su cuerpo. Quería sentir la alegría de Cordelia contra su carne, mientras su propio cuerpo reventaba de alegría. Pero se impuso la precaución. Volvió a besarla, manteniéndose al borde de su cuerpo mientras la ola de placer la inundaba y luego se retiró justo en el momento en el que su propio clímax estremecía su cuerpo. Cayó pesadamente sobre ella, sacudido y zarandeado en el mar de sensaciones, con el corazón latiendo desbocado contra sus costillas, de manera que hasta Cordelia lo notaba contra su pecho, como si el corazón del hombre quisiera atravesar ambos cuerpos para reunirse con el suyo.

Ella le acarició el pelo, con los ojos cerrados en una cálida penumbra rojiza. Estaba en paz, como si hubiera llegado a casa. El

ansia acuciante de su cuerpo había quedado saciada de momento y el amor que sentía hacia este hombre había encontrado expresión. Y sabía, con la alegría más profunda, que también el amor que él le profesaba había estado contenido en el amor de su cuerpo.

Lentamente, Leo alzó la cabeza, volvió a ponerse de rodillas y bajó la vista hacia ella.

Ella sonrió con picardía.

—Me parece que estoy aprendiendo ese asunto muy rápido, ¿no te parece? —Alzó las manos por encima de su cabeza y un rayo de sol iluminó el brazalete de serpiente que ceñía su muñeca. El zapatito de cristal brillaba contra su blanca piel.

El la agarró por la muñeca, girándola para examinar la pulsera. La serpiente que había tentado a Eva. Eva, que había tentado a Adán.

Pero Leo había mordido la manzana a sabiendas de todas sus consecuencias, y ahora llevaba a esta mujer en su corazón. La amaría y la protegería.

—¿En qué estás pensando? Qué cara tan severa. —Casi tímidamente, le tocó la boca.

Él sonrió.

—Estaba pensando en las servidumbres del amor —contestó con ligereza—. Vamos, levántate y arréglate. Tienes que marcharte enseguida.

Cordelia saltó de la cama, alisándose las faldas. Arregló su pelo revuelto ante el espejo. Su piel era translúcida, sus labios rojos, sus ojos brillantes.

—Sí que parezco una libertina —dijo un poco intimidada.

Leo se acercó a sus espaldas. Le puso las manos en los hombros y fijó la mirada en el reflejo de sus ojos en el espejo.

—No corras ningún riesgo, Cordelia. ¿Me comprendes?

—No correré ningún riesgo innecesario —prometió—. ¿Has encontrado un lugar seguro para Matilde?

—Está con Christian en su posada de la ciudad —contestó escuetamente—. Ya planearé alguna manera de que os veáis más

tarde.

—Ya vuelves a estar enfadado —le acusó Cordelia, dando la espalda al espejo—. Odio cuando te enfadas conmigo.

—Entonces, haz lo que te digo —dijo tan escueto como antes—. Eres una niña muy frustrante.

—De niña, nada —le contestó con otra picara risita—. Las niñas no saben lo que yo sé. —Se alzó de puntillas para volver a besarle —.Las niñas no pueden hacer lo que yo hago. —Se dirigió como una exhalación hacia la puerta, le lanzó otro beso por encima del hombro, desapareció de su vista y lo dejó sacudiendo la cabeza ante el espacio vacío.

CAPÍTULO 16

Michael la estaba esperando cuando volvió a sus apartamentos.

—¿Pero, dónde te habías metido? —Su cara era sombría y notó la amenaza apenas disimulada tras sus palabras. No resultaba difícil hacer caso a la advertencia de Leo. Por muy preparada que se sintiera para desafiar a Michael, no podría soportar una nueva paliza.

Le hizo una cortés reverencia.

—La delfina ha solicitado mi presencia. Ya te lo he dicho.

—Saliste de los apartamentos reales hace más de una hora —declaró, avanzando hacia ella—. He mandado a un lacayo a buscarte y le han dicho que ya te habías ido.

Al parecer, tenía que sentirse vigilada sin cesar.

—Tras dejar a Su Alteza, he dado un paseo por los jardines. No tuve tiempo de verlos ayer.

Michael no sabía si creerla o no. Cordelia estaba un poco despeinada, llevaba el pelo más suelto de lo correcto y los volantes de sus mangas arremangados.

—Estás muy desaliñada, Cordelia. Mi orgullo no tolerará que mi esposa aparezca en público como si se hubiera acostado vestida.

Era una comparación tan maravillosamente acertada en aquellas circunstancias que Cordelia sintió ganas de reír involuntariamente. Pero la situación no tenía nada de divertido.

—Hacía mucho viento. Y cuando me he dado cuenta de que me había demorado demasiado en el paseo, he regresado corriendo.

Supongo que por esto mi aspecto es algo desordenado.

A pesar de su tono cortés, de sus reverencias formales, Michael no estaba convencido de haberla dominado por fin. Algo, bajo la superficie de aquellos ojos azules y brillantes, le incomodaba.

Elvira le había enseñado a estar alerta ante todas las tretas y artimañas de una mujer hermosa. A saber que cuanto más inocentes parecían, más engaños tramaban.

—Si me disculpas, Michael, me retiraré a mi alcoba para arreglarme. —Ejecutó otra reverencia perfecta.

Michael la miró fríamente. Ella alzó la vista y le miró a los ojos con una mirada tan firme y penetrante como la suya, y él supo entonces que había acertado. No la había dominado, ni mucho menos.

—Vete. Salimos hacia la ópera dentro de media hora. —Le dio la espalda con un desdeñoso gesto de despedida. Cordelia entró en su dormitorio para llamar a la desventurada Elsie.

Cuando regresó al salón, el príncipe Michael estaba sentado a su secreter, escribiendo. Cordelia se detuvo en la puerta. No creía que él hubiera advertido ya su presencia, y se quedó observándole sin atreverse a respirar apenas. ¿Estaría escribiendo otra vez en su diario?

De repente, el príncipe se giró y su expresión era tan sombría como antes.

—¿Por qué andas con tanto sigilo?

—Por nada. Acabo de entrar en el salón. No quería molestarte.

Volvió a girarse hacia el escritorio para secar la página con arena y cerró el libro de golpe. Cordelia dio un paso adelante. Era un libro de contabilidad.

—¿Te ocupas de llevar la cuenta de los gastos de la casa? —Estaba tan sorprendida que la pregunta le surgió sin pensar.

—Cuando lo considero necesario —le contestó, y ella advirtió su fría furia, aunque por una vez no estuviera dirigida hacia ella—. Cuando intuyo alguna discrepancia en la cuenta de mi proveedor de vino. Cuando el vino que bebo no es el mismo vino que he

comprado. —Agarró el libro de contabilidad, lo encerró en el cajón del secreter y se dirigió hacia su vestidor. La puerta se cerró de golpe a sus espaldas.

¿Estaría monsieur Brion robando a su señor? Todos los criados lo hacían habitualmente. Unas botellas de más o de menos no se notarían en la mayor parte de los hogares aristocráticos. Pero sin duda, Brion no habría sido tan estúpido como para dejar indicios de su hurto. Quizá Michael sólo lo sospechara. En este caso, buscaría pruebas.

Michael regresó, con su expresión tan fría y remota como antes. Ofreció el brazo a su mujer, salieron de los apartamentos y se unieron a la multitud que se apresuraba hacia el teatro de la ópera, para estar en sus sitios antes de la llegada de la familia real.

En cada saliente del teatro rodeado de columnas colgaba media araña de cristal contra la superficie de un espejo posterior, por lo que sus reflejos iluminaban por completo la sala. El auditorio resplandecía bajo la luz de catorce arañas de cristal enormes, suspendidas de cuerdas azules a juego con el color azul cobalto de las cortinas del teatro. Cordelia estaba acostumbrada a la magnificencia, pero le faltaban palabras para describir esa escena. Los cortesanos de ambos sexos parecían centellear cuando su enjoyada vestimenta y ricos adornos captaban la luz. El zumbido de las conversaciones se elevaba hacia el techo cubierto de exquisitas pinturas, ahogando el rosario de notas que salían del foso orquestal, donde los músicos afinaban sus instrumentos.

El príncipe respondía a los saludos mientras avanzaba lentamente hacia su propio palco. Cordelia se inclinaba, saludaba a su vez en un murmullo, pero sin perderse nada de la escena.

Los demás ocupantes del palco ya estaban sentados, pero habían reservado los dos asientos delanteros para el príncipe y la princesa. Cordelia se sentó en el cojín del taburete bajo especialmente diseñado para acomodar su voluminoso miriñaque, arregló sus faldas, abrió su abanico y miró a su alrededor. Michael

estaba ocupado conversando con sus compañeros de palco, por lo que, de momento, había dejado de observarla.

Vio a Christian atravesando el foso de la orquesta y su corazón le dio un vuelco. Se inclinó sobre la barandilla forrada de terciopelo del palco, abanicándose indolente, con el lado del abanico de piel de gallina pintada hacia su marido, para que no pudiera verle la cara. Christian alzó la mirada y ella empezó a hacerle señas frenéticamente con los ojos. Los de Christian se iluminaron y empezó a abrirse camino hacia el palco. Justo a tiempo, se acordó y se detuvo de repente. Su mirada, llena de rabia y frustración, se dirigió hacia el príncipe. Cordelia se sobresaltó al darse cuenta de que su pacífico amigo, pesimista y fatalista, parecía capaz de cometer un asesinato. Posiblemente supiera ya la verdad, si compartía el mismo techo con Matilde.

Se sintió de repente muy avergonzada. ¿Cómo podría soportar que la gente supiera de sus humillaciones nocturnas? Ella, que siempre había sido tan indefectiblemente optimista, tan segura, siempre la más fuerte en todas sus amistades. Pero Christian no era una persona cualquiera, se recordó a sí misma. Toinette no era una persona cualquiera. Eran sus amigos, y no había nada vergonzoso en tener que recurrir a su amistad en busca de apoyo y consuelo. No tenía por qué ser siempre la más fuerte; también podía dar muestras de debilidad.

Articulando las palabras para que las leyera en sus labios, le mandó un mensaje a Christian, y éste asintió con una ligera y rápida inclinación de la cabeza. Luego dio la vuelta y regresó al foso de la orquesta.

Leo Beaumont entró en el palco de enfrente. Se giró para decirle algo a una señora ataviada con un turbante carmesí y plumas de pavo real con diamantes y turquesas en los ojos. Se echó a reír y Cordelia pudo oír su risa aguda como un relincho, mientras golpeaba la muñeca del vizconde con su abanico. Leo se contentó con sonreír y acomodarse en su asiento. Puntilloso, se inclinó hacia el palco de Michael, y éste le devolvió el saludo; Cordelia inclinó la

cabeza. Notaba la tensión de Leo en cada corriente de aire que cruzaba el espacio entre ellos.

Michael, sin embargo, parecía ignorar por completo la presencia en el teatro de la ópera de dos hombres dispuestos a retarle a muerte. Con aire despreocupado, extrajo una cajita de rapé del bolsillo. Cordelia había pasado toda su vida en una corte y sabía que las reglas cortesanas impedían las muestras públicas de enemistad entre dos de sus miembros. Sería un insulto hacia el rey. Los hombres se relacionaban socialmente, eran siempre un dechado de cortesía, mientras un odio asesino estaba a menudo a punto de estallar bajo la afable superficie.

La llegada de la familia real puso fin a estas reflexiones y Cordelia se levantó como el resto del público. El soberano y su familia ocuparon sus puestos en el palco real, la corte volvió a sentarse y entonces empezó a sonar la música.

Era una ópera tediosa, la música era pesada y aburrida. Las arañas se mantuvieron encendidas durante toda la función, de manera que los cortesanos se entretuvieron sobre todo observándose entre sí disimuladamente, mientras la acción se desarrollaba cansinamente en el escenario. Toinette parecía muy aburrida, rebullía en su asiento, hablando en susurros sin cesar con sus acompañantes.

Cordelia dio rienda suelta a sus pensamientos hasta el interludio de ballet, al final del primer acto. Toinette, que adoraba la danza, también se enderezó en su asiento y se inclinó hacia delante, para observar con atención.

Era una pieza llena de encanto, pero a Cordelia le llamó especialmente la atención el solo de una joven artista. Era una muchacha exquisita, elegante y excelente bailarina. Cordelia se inclinó sobre la barandilla del palco. Christian estaba sentado, extasiado, en la primera fila del foso, justo detrás de la orquesta. Cordelia reconoció la postura inclinada de su cabeza y supo que había abandonado este mundo, que todas las fibras de su ser

estaban concentradas en la música... y quizá también en el escenario.

¿Le habría llamado también la atención la joven bailarina?, se preguntó Cordelia, con repentino interés. Sería una maravillosa combinación. La música de Christian y la inspirada danza de la muchacha. Quizá incluso más que una colaboración artística, se le ocurrió de repente. Christian necesitaba que alguien se ocupara de él, le quisiera por su genio y su dulzura, y le arrancara de su melancólico pesimismo. Y ella misma no estaría siempre a su lado para hacerlo. Sobre todo si Leo se la llevaba muy lejos... Apretó los puños y respiró profundamente durante un momento.

—¿No os parece que esa bailarina tiene mucho talento, señor? —Observó al cortesano que se sentaba a su lado—. ¿Baila a menudo para la corte?

—Ha tenido la suerte de llamar la atención del rey —le contestó el duque de Fevre.

La duquesa dejó escapar una risita detrás del abanico. —Y todos sabemos qué significa eso. La pequeña Clothilde está bien encaminada para conseguir un coqueto apartamento en el Pare aux Cerfs.

El burdel privado del rey; eso no sería compatible en absoluto con los planes proyectados por Cordelia.

—Viene de una familia de mercaderes muy respetable y devota —señaló el príncipe Michael—. Tengo entendido que su padre es absolutamente contrario a su aparición en el escenario, y no cuesta imaginar qué le parecería que su hija residiera en el Pare aux Cerfs, aunque su amante fuera el rey.

—Pero, ¿quién se atrevería a desafiar a su soberano? —Dijo el duque—. Droit de seigneur... —Su risita ahogada, más bien chillona, era muy desagradable.

—¿No es madame du Barry quien se ocupa de seleccionar a las muchachas? —preguntó Cordelia, abriendo mucho los ojos tras su abanico.

—El rey suele expresar su preferencia, madame —le informó la duquesa.

Cordelia se dio cuenta de que Michael no se sentía cómodo con la conversación. Rebullía en su asiento, con la boca apretada y tensa.

—¿Estás disfrutando del ballet? —le preguntó, esbozando una recatada sonrisita.

—Creo que prefiero la ópera —le contestó con tanta urbanidad como correspondía a un hombre consciente de la necesidad de guardar las apariencias.

—¿Perseo en particular, o la ópera en general? —Plegó su abanico.

La respuesta de Michael se perdió con la llegada al palco de un lacayo.

—Su Alteza la delfina solicita el placer de la compañía del príncipe y la princesa von Sachsen.

Por una vez, Michael pareció contento. Cordelia se levantó, deleitándose con la idea de que por mucho que su marido aprobara la influencia de su mujer ante la delfina, no estaría tan contento cuando descubriera sus intenciones. Además, no podría culparla a ella.

Colocó su mano en el brazo que él le ofrecía y se dirigieron hacia el palco real, tras el lacayo que les abría paso con altisonantes advertencias:

—¡Abran paso al príncipe y la princesa von Sachsen!

El rey saludó amablemente a Michael y ofreció su mano a Cordelia, con un alegre:

—¡Ah, la otra pequeña vienesa! La princesa von Sachsen, jugadora de cartas por excelencia. Quiero que sepáis que me siento muy satisfecho con las recién llegadas de Schonbrunn. —Cordelia le hizo una reverencia y le besó la mano. El delfín la saludó con una rígida inclinación de cabeza que reflejaba más timidez que arrogancia. Toinette avanzó su mano para que se la besara.

—He oído decir que arrasasteis jugando al sacanete la otra tarde, mi querida amiga. Debéis enseñarme algunas de vuestras habilidades. —Sus ojos chispeaban.

—Creo que sois tan hábil como yo, madame —dijo Cordelia, ocultando su sonrisa.

Toinette dirigió significativamente la mirada hacia la retícula de seda que colgaba de la muñeca de Cordelia con una cinta. Cordelia asintió. Ambas sabían que contenía un diminuto espejo. Un espejo que podía ocultarse en la palma de la mano, apoyada quizá informalmente en el reposabrazos de la butaca de otro jugador.

—¿Os gusta la ópera? —Toinette cambió de conversación.

—Es una pieza muy solemne y de mucho peso, madame —respondió gravemente Cordelia con los ojos danzarines.

—Peregrina respuesta a la pregunta de madame la delfina —dijo el rey con una carcajada—. ¿La encontráis tan tediosa como todo el mundo, según parece?

—Quizá no sea la persona adecuada para juzgar, majestad —Cordelia se inclinó de nuevo y fue recompensada con otra sonora carcajada—. Leo en vuestros ojos, madame, que os estáis burlando de mí. Deberíais avergonzaros. Príncipe Michael, ¿sabíais que os habíais casado con una esposa tan bromista?

—La princesa tiene un sentido del humor muy agradable, señor.

Debía haberle costado un esfuerzo enorme pronunciar esta frase, pensó Cordelia. Seguramente, las palabras le abrasaban la garganta. Le sonrió por encima del abanico.

—Mi marido es demasiado amable.

—Príncipe, habladme sobre vuestras hijas —pidió Toinette con su voz cristalina como una campanilla—. Antes de salir de Viena, Cordelia y yo hablamos a menudo de su papel de madre. ¿Están contentas de tener una nueva madre?

Michael se inclinó, obviamente desconcertado por este inesperado tema.

—Mis hijas son conscientes de sus deberes, madame. Respetarán a su madrastra.

—Me gustaría muchísimo conocerlas —dijo Toinette ingenuamente—. ¿Sería posible que vinieran a Versalles para el resto de las celebraciones nupciales? —Se giró rápidamente hacia el rey, antes de que Michael pudiera poner en orden sus ideas—. ¿Puedo invitarlas, majestad? Serían mis primeras invitadas particulares al palacio.

El rey estaba cada vez más seducido por su nueva nieta política. Le dio unas palmaditas en la mejilla.

—Sí, por supuesto. Una idea estupenda. No hay nada como unos niños en la corte. Mandad a buscarlas inmediatamente, príncipe. Estaríamos encantados de conocerlas.

El reconocimiento del rey era un honor tanto para el padre como para sus hijas. Michael se inclinó y murmuró su gratitud. Cordelia intercambió un guiño con Toinette.

—Debéis mandar a buscarlas ahora mismo, príncipe —declaró Toinette—. De hecho, quizá sería mejor que fuerais vos mismo a buscarlas. Cuidaremos de vuestra esposa en vuestra ausencia. —Le sonrió radiante, con el aspecto de alguien consciente de ser maravillosamente generoso—. ¿No es una gran idea, majestad?

—Como queráis, querida —dijo el rey con una sonrisa abierta y benigna—. Y me alegraré de tener así la ocasión de conocer mejor a la princesa von Sachsen. Debéis contar más a menudo con su compañía.

—Sería un placer para ambos —contestó Toinette.

—Y el mío sería inconmensurable, madame —Cordelia hizo una reverencia. A su lado, Michael se esforzaba por ocultar sus sentimientos. De alguna manera, en cinco minutos había sido despedido temporalmente de la corte y su esposa había sido elevada al lado de la delfina y se había ganado la atención especial del rey. El honor concedido a su esposa repercutía también en él, pero de alguna manera se sintió manipulado. Observó suspicazmente a la delfina y a su esposa, y captó el intercambio de una sonrisa cómplice.

Si Cordelia se convertía en íntima de la casa de la delfina, escaparía a su control durante prolongados lapsos de tiempo. Él no podría entrar con ella en estos círculos y tampoco podría prohibirle que obedeciera las órdenes reales. A todos los efectos, escaparía a su jurisdicción, excepto por las noches.

¿Sería esta joven esposa más inteligente de lo que había podido imaginar? ¿Incluso más que Elvira? Un escalofrío le recorrió la columna vertebral.

La llegada de otros visitantes al palco real fue la señal para su despedida. Toinette apretó la mano de Cordelia sin que nadie la viera, mientras decía amablemente en voz alta, para que el príncipe la oyera:

—Os ruego que vengáis a verme mañana por la mañana, Cordelia. Podemos pensar en algunos entretenimientos para vuestras hijastras, cuando vuestro marido nos las traiga.

Cordelia hizo una venia y murmuró su conformidad. Toinette había ido un paso más allá de lo que habían planeado, pero no encontraba nada que objetar ante la perspectiva de quedarse sin marido durante una noche, o quizá dos.

Michael la acompañó rígidamente hasta su palco, mientras la orquesta empezaba a prepararse para el segundo acto.

—¿Puedes disculparme un momento, por favor? Necesito ir al tocador de señoras —murmuró ella al llegar al palco, retirando la mano de su brazo.

Michael parecía a punto de explotar, pero resultaba inimaginable que pudiera culparla a ella de las órdenes de la delfina, apoyadas por la risueña aprobación del rey. Aunque sospechara su implicación, nunca podría estar seguro, y no podía oponerse abiertamente. No respondió a su cortés excusa, entró simplemente en el palco, dejándola sola.

Ella se abrió paso por el atestado pasillo del teatro, donde los asistentes permanecían charlando, prefiriendo claramente este entretenimiento al que se ofrecía en el escenario. Christian la

esperaba al lado del biombo cubierto de tapices que ocultaba a medias la entrada al tocador de señoras.

Llegó a su lado sin dedicarle una sola ojeada y empezó a examinar los bordados del biombo, aparentando un inmenso interés.

—¿Cómo estás? —Susurró Christian con la mirada perdida por encima del gentío, y los labios moviéndose apenas—. Ese mal nacido... No puedo ni pensarlo, Cordelia.

—Podré soportarlo —le aseguró ella—. Mientras tenga a mis amigos, puedo soportarlo todo. Tú, y Leo, y Matilde. —Su voz tembló por primera vez—. Quitarme a Matilde, eso ha sido lo peor, Christian. Sin ella me siento tan sola en aquel infierno...

—Te ha mandado una carta —La mano de Christian desapareció a su espalda—. Y esto.

Cordelia desplazó su propia mano y recibió un pequeño objeto de cristal y una hoja plegada de pergamino. Algo duro estaba insertado entre los pliegues.

—¿Qué es?

—No lo sé. Supongo que debe de explicarlo en la carta. ¿Qué puedo hacer yo, Cordelia? —Su susurro estaba lleno de angustia.

—No te preocupes. Estoy tan contenta de tenerte cerca. —Con deliberada animación, cambió de tema—. ¿Qué te ha parecido la bailarina del solo?

—Divina —respondió al momento Christian, y sus grandes ojos castaños perdieron por un momento su melancólica dulzura.

—Se llama Clothilde. Su padre es un mercader de la ciudad. ¿Por qué no intentas encontrar a alguien que te la presente? Estoy segura de que alguien, en la comunidad musical, debe conocerla.

—Pero ¿qué interés puede tener ella en conocerme a mí? Ella es exquisita y yo no soy más que un músico bajo mecenazgo. Le aburriría.

—¡Tonto! —se burló Cordelia con una sonrisa afectuosa—. Tienes más que ofrecerle que nadie a quien conozca y...

—¡Entra en el tocador! —su susurro urgente la interrumpió y sin dudar un instante se deslizó tras el biombo y desapareció entre el

parloteante grupo de mujeres.

Christian se agachó para apartarse a un lado y perderse entre un grupo de cortesanos. El príncipe Michael estaba en la entrada del pasillo dando la espalda al teatro de la ópera. Fruncía el ceño y escrutaba el gentío. Cordelia se estaba ausentado demasiado tiempo para una simple visita al tocador de señoras. El príncipe cruzó los brazos y se apoyó en un pilar, buscándola con la vista.

Cordelia se abrió paso a través del grupo de mujeres que esperaban su turno para utilizar uno de los dos inodoros ocultos tras unos biombos, y encontró un rincón tranquilo en el salón lujosamente amueblado, cuyas paredes cubiertas de espejos multiplicaban el número de sus ocupantes. Desdobló la nota de Matilde y, como había sospechado a juzgar por el tacto, una pequeña llave de candado le cayó en la mano. La dejó caer en su retícula con un pequeño estremecimiento de excitación. Ahora, sólo necesitaba encontrar la oportunidad. Echó una ojeada al contenido de la nota. Debía verter tres gotas del líquido que contenía el frasquito de cristal en el coñac de su esposo antes de que se acercara a su cama. Se dormiría pronto y con un sueño muy profundo.

Cordelia dejó caer el frasquito en su retícula junto con la llave y con aparente tranquilidad acercó la nota a la llama de una vela. El papel se encendió, se retorció y cayó sobre la encimera esparciéndose en un puñado de ceniza gris. Su acción suscitó varias miradas curiosas pero ella esbozó una serena sonrisa, como si tuviera un motivo perfectamente plausible para jugar con una vela, y salió del tocador.

Vio a Michael en cuanto cruzó la puerta. Notó el horrible temblequeo que volvía a surgir en su vientre. ¿Había conseguido Christian avisarla a tiempo? Esforzándose por esbozar una sonrisa social, se dirigió hacia él.

—Había muchas mujeres esperando para tan sólo dos excusados.

Una chispa de desagrado cruzó los ojos del príncipe ante la falta de delicadeza de una frase tan directa.

—Ven —espetó—. Es muy descortés dejar a nuestros acompañantes solos en el palco.

Durante el resto de la tarde, los dedos de Cordelia jugaron con su retícula, notando la dura forma del frasquito. Si con su contenido Michael se dormía, no tendría que soportar más que un asalto cada noche. Y también tenía la llave. Por primera vez en varios días, tuvo la sensación de recuperar el control de su propia vida. Ahora disponía de la fuerza necesaria para dominar la situación; no necesitaba ser una víctima indefensa.

Y Leo y ella se irían de Versalles...

¿Pero cómo? Ella no era una ciudadana normal y corriente, que pudiera hacer el equipaje y desaparecer sin más explicación. Necesitarían pasaportes para atravesar Francia, a menos que se desplazaran furtivamente, como ladrones en la noche. Pero podían perseguirles. El adulterio era un delito. Cometía un delito la mujer que abandonaba a su marido, y cometía un delito quienquiera la ayudara o secundara. Si les daba alcance, Michael podía matarlos a ambos impunemente. O podría matar a Leo y encontrar un castigo todavía más horrendo para su esposa fugitiva.

Esos pensamientos siguieron rondándole durante el resto del aburrido espectáculo, y en cuanto se hubo apagado el último acorde se levantó con la misma presteza que los espectadores de su alrededor.

—Te acompañaré hasta tus apartamentos y luego me iré, pues me he comprometido con algunos amigos —declaró fríamente Michael.

—Puedo encontrar el camino sin escolta, no necesitas molestarte —le respondió Cordelia, quizá con demasiada prontitud.

—No será ninguna molestia —dijo distante—. No me parece bien que te pasees por el palacio sin escolta. No se repetirá lo de esta mañana.

Cordelia se mordió el labio. Equivalía prácticamente a una promesa de adjudicarle una guardia personal. No dijo nada, sin embargo, y en cuanto hubo entrado en sus apartamentos, él se marchó tras una escueta orden de que permaneciera allí hasta su regreso al cabo de una hora.

Cordelia llamó a monsieur Brion, que apareció casi al momento.

—¿Puedo hacer algo para servirla, milady?

Cordelia dio la espalda a la ventana por la que había estado mirando con cierta nostalgia. Era una tarde templada y agradable, y el aspecto de los jardines era sumamente tentador.

—Sí, tráeme un té, por favor.

—Inmediatamente, madame. —Con una venia, se volvió hacia la cocina.

—Ah, y ¿monsieur Brion?

—¿Madame?

—Creo que te convendría comprobar tus inventarios y tus cuentas —dijo ella displicente—. Tan pronto como puedas. Especialmente los que hacen referencia a las bodegas de vino.

Le dirigió una aguda mirada, apareció un toque de color en su mejilla, una sombra de temor en sus ojos. Ella se contentó con sonreír. El mayordomo carraspeó.

—Me encargaré al momento. —Una corta pausa. Luego, se inclinó—. Gracias, milady.

—Favor con favor se paga, monsieur Brion —le contestó serena, volviéndose de nuevo hacia la ventana.

—En efecto, madame. Os traeré el té enseguida. —La puerta se cerró a sus espaldas.

Cordelia sonrió para sus adentros. Trabar alianzas era mucho más satisfactorio que buscarse enemistades. Y bajo el tiránico mandato del príncipe Michael, cada miembro de esta casa debía saber quiénes eran sus aliados.

CAPÍTULO 17

—No hay nada como tener amigos influyentes —anunció Cordelia exultante al cerrar la puerta del tocador de la delfina a la mañana siguiente—. Michael se ha marchado a París y tengo por lo menos veinticuatro horas de libertad. Ha sido una idea genial mandarle en busca de las niñas.

—¿Verdad que sí? —dijo Toinette con aire petulante. Luego, su expresión se ensombreció—. Quisiera poder expulsarle para siempre, Cordelia. Es tan terrible pensar que te está maltratando. ¿Por qué no puedo decírselo al rey?

—Ya sabes por qué. —Cordelia se acurrucó en un extremo del sofá, quitándose los zapatos de un puntapié. Estaba sin vestir y era una delicia sentirse libre del corsé y el miriñaque—. El rey se pondría furioso si le contaran algo tan repulsivo. Sabes perfectamente que no quiere oír nada desagradable. —Arrancó un grano de uva del frutero de la mesita auxiliar.

—Supongo que se habrá enterado de lo de mi marido... su reluctancia... su incapacidad... Oh, no sé cómo llamarlo, Cordelia. —Toinette cortó un puñado de uvas con unas tijeritas de plata—. Pero me siento tan avergonzada. Debo de andar en boca de todos. Y si no consigue hacerme un hijo, podrían anular el matrimonio y mandarme otra vez a casa. —Durante un momento, mordisqueó la fruta desanimada—. ¿Te imaginas, mandarme a Viena en desgracia? ¿Una esposa fallida? No puedo ni pensarlo.

—Cierto —asintió Cordelia—. Pero eso no va a suceder, porque alguien descubrirá cual es el problema del delfín y lo resolverá.

—Pero ¿y si el problema soy yo? —gimió Toinette.

—¿Cómo vas a ser tú? Eres preciosa, eres la hija de una emperatriz y hermana de un emperador. Eres joven, eres encantadora. El país entero está medio enamorado de ti, y el rey te adora.

Toinette se animó considerablemente.

—Sí, eso parece, ¿verdad? —Cordelia esbozó una sonrisa. Por mucho que amara a su amiga, no se le escapaba su vanidad. Siempre había sido fácil arrancar a Toinette de uno de sus baches con algunos cumplidos en el momento adecuado.

—¿Estaba muy enfadado tu marido por tener que ir a buscar a sus hijas? —preguntó la delfina, recuperado por completo su buen humor habitual.

—Sí, pero por una vez no me lo ha hecho pagar a mí. —Cordelia se inclinó para servir café en dos tacitas poco profundas—. De hecho, ni siquiera ha venido a mi cama.

—Ah. —Toinette parecía dar a entender que ya lo sabía. Tomó la taza que Cordelia le alcanzaba—. He oído decir que anoche el rey dio permiso a algunos cortesanos para visitar el Pare aux Cerfs y divertirse. ¿Quizá tu marido fuera uno de ellos?

—Quizá —contestó Cordelia pensativa, tomándose su café a pequeños sorbos. En el Pare aux Cerfs, Michael podía haber agotado a todas las prostitutas que necesitara para exorcizar su rabia. Quizá pensara que vengarse en su mujer no era demasiado sensato, teniendo en cuenta que ésta debía visitar a la delfina a la mañana siguiente—. ¿Cómo te has enterado?

Toinette se ruborizó ligeramente.

—He oído a madame du Barry contándoselo a Noailles.

—¿Has estado escuchando a escondidas? ¿No te da vergüenza? —exclamó Cordelia, echándose a reír—. Ni siquiera quieres reconocer a la Du Barry con una inclinación de cabeza, pero sí te dignas escuchar sus conversaciones.

—Yo, por lo menos, no hago trampas en la mesa del rey —replicó Toinette—. No sé cómo te has atrevido, Cordelia.

—Bueno, en circunstancias normales, no lo hubiera hecho jamás. Pero la tentación de ajustar cuentas con mi marido pudo más que todo. —Seleccionó una galleta de jengibre de la bandeja y la mojó en el café.

—¿Utilizaste el truco del espejo?

—Sí, y funcionó de maravilla. Ni siquiera el vizconde Kierston adivinó cómo lo hacía.

—¿Por qué debería adivinarlo?

—Me pilló un par de veces durante el viaje —confesó Cordelia—. Con los dados trucados. Y estuvo de lo más desagradable.

—¡Eres un verdadero escándalo, Cordelia! —exclamó Toinette.

Cordelia se reía abiertamente. Se sentía extraordinariamente alegre, como si Toinette y ella estuvieran otra vez en su tocador privado de Schonbrunn. La risa de Toinette vino a unirse a la suya y ninguna de las dos oyó la puerta que se abría.

—¡Qué sonido tan delicioso!

Ambas se pusieron de pie de un salto. El rey estaba en la puerta, con una sonrisa indulgente en los labios. La condesa de Noailles, detrás, no parecía tan indulgente.

—Majestad... yo... yo... no estaba... Me honráis demasiado. —Tartamudeando, Toinette hizo una reverencia. Cordelia estaba ya inclinada al máximo, preguntándose si conseguiría atrapar sus zapatos con la punta de los pies sin que nadie se diera cuenta. Aparecer ante el rey en paños menores era algo inaudito. Y por si fuera poco, estaba descalza. Por supuesto, no había anunciado su llegada, pero era imposible saber si el rey tendría este detalle en cuenta.

—Princesa von Sachsen, qué encantadora estáis. Alzaos, alzaos... —El rey acompañó su orden con un ilustrativo gesto—. Nos disculparéis, deseo hablar en privado con madame la delfina.

Agradecida, Cordelia retrocedió de espaldas haciendo reverencias, y atrapó sus zapatos al vuelo al deslizarse por la

puerta. Captó la expresión alarmada de Toinette. Normalmente, el rey no visitaba a nadie sin anunciarse, ni siquiera a su nieta política.

Salió aprisa de los aposentos reales. Su informal túnica matutina de muselina color melocotón era muy bonita, pero sin duda había llegado el momento de vestirse para el día. Recogiéndose el vuelo de la túnica, subió corriendo el tramo de escalera que salía del apartamento de Toinette, disfrutando de la libertad de movimientos, la capacidad de dar zancadas en lugar de deslizarse. Dobló rápidamente una esquina en lo alto de las escaleras y se topó de cara con el vizconde Kierston. Abrió los brazos como para recuperar el equilibrio.

—¡Oh, no miraba por dónde iba! —Sus brazos rodeaban ahora la cintura del vizconde—. Pero qué suerte tan extraordinaria que tuvieras que ser tú quien me salvara. —Alzó la mirada hacia él, abrazándole todavía con fuerza—. ¿Podrás creer que acabo de encontrarme descalza en presencia del rey? —En sus ojos se desbordaba la risa que borboteaba en su voz y Leo vio de nuevo a la muchacha despreocupada y traviesa que le había lanzado rosas en Schonbrunn. Pero bajo la superficie, detectaba ahora las sombrías corrientes de la experiencia, y se sintió embargado por una gran tristeza. Cordelia ya no volvería a ser aquella muchacha nunca más. Demasiadas ilusiones rotas en mil pedazos en un lapso de tiempo demasiado corto como para que pudiera recuperar su despreocupada juventud.

—¡Por lo que más quieras, Cordelia, suéltame! —le pidió, riendo, mirando por encima del hombro. De momento, el pasillo estaba desierto.

—No —le contestó ella con otra risita—. Vuelves a ser mi esposo por poderes y tienes la obligación de atraparme si me caigo.

—¿De qué me estás hablando? —A su pesar, siguió sonriéndole. Estaba realmente encantadora, y sentía su cuerpo libre, cálido y elástico bajo la fina túnica de muselina.

—Michael se ha ido a París por órdenes del rey y la delfina —le informó con los ojos brillantes. —Le han mandado a buscar a las

niñas para que el rey pueda conocerlas. Oh, deberías haber visto la cara que puso. Tuvo que decir cuan honrado se sentía, por supuesto, pero era evidente que estaba rechinando los dientes de rabia. Y ahora no tengo marido, o sea que debo recurrir a mi marido por poderes como escolta y para todas las funciones. Oh, y en la cacería de mañana —añadió—. Me muero de ganas de salir de caza, hace años que no monto a caballo.

Seguía rodeándole la cintura con los brazos. Su aliento, que transmitía el excitado borboteo de palabras, era cálido y dulce. Leo veía reflejada su propia imagen en los estanques turquesa de aquellos ojos, al mirarla intensamente a la cara.

—Podría ir a verte esta noche. —Ahora su voz era baja y latía de sensualidad y expectación—. Podríamos tener toda la noche, Leo. ¿Puedo ir?

Luchó para no perderse. Ella le estaba hablando en clave, pero lo único que podía ver eran esos ojos enormes, brillantes, entonando su canto de sirena, invitándole a sumirse en su sensual tormenta. Pero uno de los dos debía ser sensato. Medio risueño, medio exasperado, le agarró las manos ceñidas a su espalda e intentó deshacerse de su abrazo.

—Por Dios, Cordelia, recuerda dónde estamos. ¡Suéltame, muchacha!

—Todavía no he recuperado el equilibrio —dijo ella con malicia, entrelazando más fuerte sus dedos para resistirse—. Y de todas formas, como marido mío por poderes, tienes la obligación de sostenerme.

Leo miró de nuevo a su alrededor. Dos cortesanos aparecieron en el extremo más alejado del pasillo. Enfrente de donde se encontraban, se entreabría la puerta de una antecámara vacía.

—¡Ven aquí! —Con un tirón definitivo, consiguió librarse de su abrazo, la agarró por la muñeca y la empujó hacia la habitación, cerrando la puerta tras ellos con un puntapié—. Eres realmente imposible.

Cordelia se rió.

—Pero ahora ya estamos totalmente a salvo, ¿no es cierto? —Con un rápido movimiento, corrió a cerrar la puerta con llave a sus espaldas. —Ya está, ahora ya puedes relajarte. Nadie podrá pillarnos por sorpresa.

No contestó, pero torció el gesto. Ella estaba apoyada contra la puerta con los ojos chispeantes y los labios entreabiertos.

—Te quiero —articuló Cordelia.

—Y por todos mis pecados, también yo te quiero a ti, muchacha espantosa. —La tomó en sus brazos y la besó con fuerza, antes de volver a apoyarla contra la puerta—. Ahora, ¿puedes empezar por el principio?

—¿En qué habitación estamos? —Juguetona, ignoró la pregunta y miró a su alrededor exagerando su cara de fascinación—. Es como un desván.

Leo se masajeó la nuca y empezó a su vez a examinar su entorno con aire ausente. La descripción de Cordelia había sido acertada. Montones de muebles y cajas, cuadros cubiertos y enormes marcos dorados aparecían desparramados por el polvoriento suelo de mármol. La estancia no parecía haber sido utilizada en años. Pero Versalles estaba lleno de lugares así, incluso a lo largo de las escaleras y pasillos más concurridos.

Se esforzó en volver al tema que les ocupaba.

—Tanto da dónde nos encontremos, Cordelia. Explícame ya de qué demonios estabas parloteando en el pasillo.

—No estaba parloteando —protestó ella—. Nunca parloteo. Me he librado de Michael durante un tiempo y las niñas estarán pronto aquí. ¡Y podemos pasar una noche entera juntos!

Se dejó caer en un sofá de desvaído chintz a rayas, levantando una nube de polvo.

—¿Adonde se ha ido Michael?

—A buscar a las niñas. —Le contó el ingenioso plan de Toinette —. Y mientras estén aquí, tengo la intención de introducir muchos cambios en sus vidas —terminó diciendo—. Si la delfina y el rey se

interesan por ellas, tendré que ser yo quien las acompañe, y no la Nevry, ¿no crees?

Leo frunció el ceño.

—En teoría sí. Pero no sé cómo reaccionará Michael en la práctica. ¿Te ha dicho cuánto tiempo estará ausente?

—No, pero no puede ser menos de veinticuatro horas. No me ha dicho nada desde la ópera. No sé dónde estuvo anoche, pero ni se me ha acercado, y monsieur Brion me ha dicho que se ha marchado esta mañana al amanecer. —Saltó de nuevo—. Podremos estar juntos toda la noche.

—Brion se dará cuenta de tu ausencia.

—Ah, pero Brion y yo somos aliados —le contestó ella con un gesto contundente—. Me estoy construyendo mis defensas, para que lo sepas.

Agudizó la mirada.

—Explícate.

Ella le explicó sucintamente los detalles de su tácita alianza con el mayordomo.

—Estoy convirtiéndome en una experta en maquinación política, milord —terminó diciendo con otra pequeña inclinación de cabeza.

Leo no pudo reprimir la risa ante su jactancia, pero tampoco pudo ocultar su admiración. Cordelia era muy joven, pero podía ser extraordinariamente sofisticada.

—Ven a mi habitación a media noche —dijo con aparente desenfado, que ocultaba la embriagadora avalancha del deseo. Planearía una noche que perduraría en el alma y el cuerpo de Cordelia hasta el fin de sus días.

—No seré capaz de esperar hasta entonces —dijo Cordelia con la voz entrecortada—. ¿Cómo podré esperar hasta la medianoche? Si no son más que las once de la mañana.

—Aprenderás, tesoro, que la expectación tiene sus propias recompensas —repuso. Sus ojos eran hogueras doradas, ardientes de promesas.

De repente, Cordelia volvió a sentarse. Le fallaban las piernas y no estaba preparada para el abrupto cambio de tema, cuando él dijo con calma, sentándose a su lado en el polvoriento sofá:

—De momento, tenemos otras cosas de qué hablar.

—Si abandonas a tu marido para venir conmigo, te esperará una vida en el exilio. Todas las cortes de Europa se enterarán del escándalo y no seremos recibidos en ninguna parte. Y tú estarás siempre en peligro de que tu marido te dé alcance. ¿Comprendes estas cosas, Cordelia?

—Sí, por supuesto, ya lo había pensado. Pero podríamos vivir en privado, ¿no te parece? Como ciudadanos privados, en tus propiedades, o algo parecido. Porque tienes una finca en Inglaterra, ¿no es cierto?

—Sí, por supuesto. Pero me parece que no entiendes que esa clase de vida podría ser...

—¡Claro que lo entiendo! —Le interrumpió con presteza—. Una vida contigo, amándote. Sólo nosotros dos. No puedo imaginarme mayor felicidad.

Parte de él quería asentir, pero no podía ignorar como ella la dura realidad. El éxtasis inicial del amor no duraba para siempre. ¿Y cómo podía estar seguro de que la apasionada convicción de Cordelia podría sobrevivir una vida entera cargando con las consecuencias?

—Mi dulce niña, tienes que pensártelo bien. —Ahora, su tono era muy grave—. Sólo tienes dieciséis años. Una vida en desgracia, en el exilio, enterrada en la campiña inglesa, podría perder muy pronto su atractivo. Y si tenemos hijos, serían ilegítimos. ¿Habías pensado en eso?

—No, no lo había pensado. —Cordelia frunció el ceño, la luz estaba ausente de sus ojos ahora. —Pero si nos tienen a nosotros para quererles, entonces...

—Durante su infancia, sí, pero ¿llevar este estigma todas sus vidas? Piénsalo bien, Cordelia.

—Bueno, entonces quizá no debiéramos tener hijos —sugirió ella —. Ya tenemos a las niñas, ¿no es cierto? No podemos dejarlas con Michael. —Formuló la idea en cuanto le vino a la cabeza. Todo había sucedido tan rápido que no había tenido la oportunidad de pensar en otra cosa que en este amor excluyente. Pero por supuesto, las niñas tenían que formar parte de aquel amor, del futuro de aquel amor.

Leo, en cambio, había tenido mucho tiempo para pensar. La tomó de la mano.

—No, no puedo dejarlas con Michael. Y menos sabiendo lo que ahora sé de él. Son las hijas de Elvira y me he jurado a mí mismo que las protegeré siempre.

—Sí, claro, ya lo entiendo —dijo ella impaciente—. Es lo que te he dicho...

—¡Cordelia, escucha! —Le cogió la otra mano—. Robarle la mujer a un hombre es una cosa. Michael podría aceptar el divorcio, para poder casarse con otra mujer. No es imposible. Pero si me llevo a sus hijas, eso es un delito que se castiga con la pena de muerte. Michael no renunciará nunca voluntariamente a sus hijas.

—Entonces tendremos que irnos a algún lugar, muy lejos, y adoptar otras identidades —dijo ella simplemente.

Leo se quedó en silencio con la mirada ceñuda fija en el suelo y registrando distraídamente diminutas pisadas en la gruesa capa de polvo. Ratones, sin duda.

Cordelia tragó saliva, incómoda ante el prolongado silencio, luego inspiró profundamente y dijo:

—¿No quieres llevarme contigo, Leo? ¿Has cambiado de opinión? Lo comprendo, claro que sí. Las niñas son de tu sangre. Debes pensar en ellas en primer lugar.

—No, no he cambiado de opinión —contestó, alzando la cabeza —. Sólo estaba intentando explicarte todas las dificultades. No soy un hada madrina, cariño, no tengo ninguna varita mágica.

—Lo comprendo —dijo ella con un hilo de voz.

—No puedes volver a Viena...

—¡No, pues claro que no puedo! —exclamó—. Mi tío me mandaría inmediatamente de vuelta con Michael.

—Como estaba diciendo —prosiguió él acallándola—, no puedes volver a Viena. Si consigo encontrarte un pasaporte, quizá pudieras viajar de incógnito hacia Inglaterra. Mi hermana y su marido te acogerían. —Su ceño se ensombreció todavía más. Lizzie era una joven impulsiva, con la cabecita llena de ideas románticas. Se lanzaría en cuerpo y alma a ayudar a los amantes, pero su marido, Francis, no era tan impetuoso. Probablemente, intentaría evitar verse involucrado en este asunto, al albergar una relación adúltera bajo su techo, especialmente si el marido ultrajado y la familia de la mujer estuvieran buscándola por todo el continente. Cordelia, ahijada de una emperatriz y esposa de un príncipe, era una ciudadana mucho menos privada que él.

—¿Y tú no vendrías conmigo?

—De momento, no. Levantaríamos sospechas si nos marchábamos juntos.

—¿Y qué pasaría con las niñas?

—Hasta encontrar la manera de arrebatárselas a Michael, debo tener la posibilidad de verlas. Por eso, tengo que quedarme cerca.

—Sí, claro. —Tragó saliva. Leo la quería. La quería tanto que la salvaría de su marido. Pero su amor y sentido de la responsabilidad hacia las hijas de su hermana debían tener prioridad. Lo comprendía. No podía discutírselo. La lealtad hacia los amigos y personas queridas era un imperativo del que no podría renegar jamás. Leo tenía que encontrar la manera de cumplir con ambas lealtades en conflicto. Y sólo se le ocurría una forma de ayudarle.

Se sentó muy erguida, mirándole cara a cara, en la otra punta del sofá.

—Ya te he dicho que mientras tenga tu amor, puedo soportarlo todo, Leo. Puedo permanecer en este matrimonio, si te tengo cerca. Si sé que tengo a mis amigos. Matilde y Christian y Toinette, y tú. —Las lágrimas y la luz de la convicción brillaban en sus ojos—. Me quedaré con Michael hasta que podamos trazar un plan que nos

permita llevarnos a las niñas. Si no me abandonas, Leo, puedo soportar cualquier cosa.

Y de nuevo pensó con amargura que mientras que el amor le daba a Cordelia la fuerza necesaria para resistir aquella situación, a él ese mismo amor le impedía por completo poder soportarla por más tiempo. La mandaría a casa de Lizzie en cuanto pudiera. Y luego se preocuparía de las niñas. Pero como Cordelia se resistiría a irse, debía urdir sus planes en secreto.

—Ya encontraré alguna solución —dijo con seguridad—. Pero quiero que pienses en las realidades de la vida que nos espera. Piénsatelo muy bien, amor mío, porque una vez hecho, ya no puede deshacerse.

—Eso ya lo sé. ¿Crees que no lo sé? —Dijo ella, sujetándole fuertemente de las manos—. No quiero deshacerlo, Leo. Jamás.

—Jamás es mucho tiempo —dijo él, disimulando con una sonrisa sus vertiginosos pensamientos. El cuñado de una de las prostitutas en el Pare aux Cerfs era jefe de policía en la île de la Cité de París. Con la recompensa adecuada, podría conseguirles pasaportes. Podría sacar a Cordelia de París en un par de semanas.

Pero mientras tanto, les esperaba una noche entera. Deliberadamente, permitió que su mente se explayara con las imágenes que iban concretándose. Todavía medio definidas, formaban sin embargo una escena de la noche inminente que iba adquiriendo una sinuosa silueta.

—Si quieres, esta tarde te llevaré a ver a Matilde. —Su voz estaba tan tranquila como el Mar Muerto, y sabía que Cordelia no podía adivinar sus pensamientos eróticos.

—¡Oh, sería maravilloso! —dijo—. ¡La echo tanto de menos! —Se inclinó hacia él, colocando la palma de la mano contra su mejilla —. Conseguiremos salir adelante, Leo, sé que lo conseguiremos.

¿La convicción de la idealista juventud? ¿La convicción de una optimista incurable? Giró la cara para plantarle un beso en la palma de la mano.

—Ven a mi cuarto en cuanto den las doce de la noche. —Le alzó la barbilla y la besó en la boca, en los delicados y aleteantes párpados, y en la punta de la nariz—. Ahora, tienes que irte.

Se levantó, se la llevó hacia la puerta, hizo girar la llave y dio un paso atrás, manteniéndose fuera de la vista desde el pasillo.

—Sal, y no mires hacia atrás.

Esperó cinco minutos antes de salir él, y se marchó con paso tranquilo por el pasillo, mezclándose con los cortesanos que se apresuraban a acudir al levée del rey. Era un hombre alto y delgado, vestido con un traje color gris antracita forrado de seda carmesí, que se fundía fácilmente con el gentío. Y tras la sonrisa amable, ensueños eróticos exquisitos lidiaban contra los hechos de la dura realidad.

El príncipe Michael, con los brazos cruzados contra el pecho, estaba sentado en el pesado e incómodo carruaje que avanzaba dando tumbos por el estrecho camino de Versalles a París. A sus pies estaba el cofre de cuero. Echaba pestes en el interior del carruaje, sumido en la penumbra. Cortinas de cuero cubrían las ventanas, protegiendo a su ocupante de las miradas indiscretas y los comentarios groseros de los transeúntes durante las obligatorias y frecuentes paradas del carruaje en los cruces atascados por el tráfico.

Dos jinetes intentaban abrir camino delante del vehículo, pero muy a menudo sus órdenes y latigazos eran ignorados por los hoscos campesinos que transportaban su ganado o sus productos agrícolas hacia el mercado. Se quedaban observando el carruaje dorado, con las armas de Von Sachsen estampadas en los paneles de las puertas, y uno o dos de ellos escupieron subrepticiamente al suelo, tras las gruesas ruedas pintadas del aristocrático vehículo.

Michael maldijo en voz baja cuando el carruaje volvió a aminorar una vez más la marcha. Seguía costándole creer que se dirigía hacia París para hacer de niñera de sus hijas, en pleno auge de las celebraciones nupciales. Era increíble, había sido manipulado por

una colegiala; por dos colegialas. Esa mocosa arrogante, la delfina, había tenido sin duda un papel fundamental. Todavía podía ver la mirada cómplice que había cruzado con Cordelia. Se habían reído de él. Pero quien ríe el último ríe mejor, se dijo a sí mismo sombríamente.

No le quedaba más remedio que acatar las órdenes del rey, pero si pudiera llevarse a Cordelia de Versalles, entonces, por supuesto, sus hijas no tendrían motivo alguno para quedarse. Podría tenerlas de nuevo a las tres en el palacio de la rué du Bac, y por Dios que se aseguraría de que allí permanecieran. Su esposa debería sufrir alguna indisposición. Un accidente que la obligara a marcharse a París. Una concusión, como la que pudiera experimentar a resultas de una caída de caballo. Fácilmente provocada, si se conocía a la gente adecuada.

El carruaje volvió a ponerse en marcha con una sacudida. Sólo sería una solución temporal al problema de Cordelia. A su manera, era una esposa tan insatisfactoria como lo había sido Elvira. De momento, todavía disfrutaba al acostarse con ella, pero a la larga ese placer disminuiría. Necesitaba un hijo, y una vez se lo hubiera dado, podría disponer de ella como se le antojara. Si conseguía alejarse de Versalles, regresar a Prusia, podía tramar una acusación de adulterio y encerrarla en un convento. Sería una buena solución y un castigo muy apropiado para una persona tan testaruda y frívola como ella. Su traslado desde Francia tardaría cierto tiempo. Tendría que solicitarlo de su propio soberano, y Federico el Grande no tenía fama de prestar atención a los deseos personales de sus súbditos, si iban en contra de los suyos propios. Pero siempre podía poner el proceso en marcha.

Cerró los ojos, su pie estaba inconscientemente apoyado en el cofre, mientras el carruaje salvaba un bache con una sacudida.

Ya era media tarde cuando llegó al palacio de la rué du Bac. El servicio había sido avisado por un mensajero de la inminente llegada del señor de la casa, y cuando entró en el vestíbulo grande y tenebroso, ni siquiera su mirada más crítica encontró nada que

objetar. Monsieur Brion se había quedado en Versalles, pero su asistente estaba respetuosamente inclinado en una reverencia incluso antes de que el príncipe pusiera un pie en el palacio.

—¿Cuándo querréis cenar, milord?

—Más tarde —dijo el príncipe con un gesto irritado—. Tráeme una botella de clarete a la biblioteca y vete a buscar enseguida a madame de Nevry.

El mayordomo se marchó a informar a la angustiada cocinera de que retrasara la cocción de los patos, y mandó inmediatamente a un lacayo a la sala de estudios.

Louise estaba curándose un resfriado, con la cabeza envuelta en un turbante, una manta alrededor de los hombros y en sus manos una tisana fuertemente sazonada con el contenido de su frasco de plata.

—Milord ordena a la gobernanta que se presente ante él en la biblioteca —entonó el lacayo desde la puerta, en un tono de estudiada insolencia. La institutriz no era muy querida en la casa, y se la trataba con poco respeto.

Las niñas alzaron la mirada, y la curiosidad y la ansiedad asomaron en sus luminosos ojos. Louise se sorbió la nariz y miró sorprendida al lacayo.

—El príncipe Michael está en Versalles —dijo con voz embotada.

—No, no lo está. Está en la biblioteca y solicita su presencia inmediatamente. —respondió desdeñoso el lacayo. El olor del brandy se mezclaba desagradablemente en la habitación con el de las fuertes infusiones de hierbas que la enferma inhalaba periódicamente para aliviar su congestión. Le hizo una reverencia burlona y se marchó, sin preocuparse de cerrar bien la puerta.

Louise se levantó aturullada. La manta cayó al suelo, sus dedos escarbaron en el turbante firmemente enroscado.

—Oh, Dios mío. ¿Por qué debe haber regresado el príncipe de una forma tan inesperada? ¿Cómo voy a presentarme ante él con este aspecto? ¿Dónde está mi peluca? ¡Oh, Dios mío, y además, voy con mi traje más viejo!

Revoloteando y quejándose, Louise se plantó la peluca sobre sus escasos cabellos grises.

—No debo hacer esperar al príncipe, pero, oh, Dios mío, ¿cómo puedo presentarme ante él con este vestido viejo? ¿Qué pensará ahora de mí?

Su público no se atrevió a formular una opinión, las niñas sólo continuaron observando el espectáculo con los ojos brillantes. Finalmente, las frases entrecortadas de Louise fueron perdiéndose cuando desapareció por el pasillo alisándose frenéticamente las faldas y preguntándose si el barro que manchaba el borde de su enagua era demasiado visible. La había llevado la víspera, un día lluvioso, pero lavar la ropa de hilo salía muy caro y no se le había ocurrido que pudiera verla alguien más que sus pupilas en los próximos días.

Amelia y Sylvie tiraron sus plumas, se levantaron de un brinco y se pusieron a ejecutar una silenciosa danza por la lúgubre habitación, celebrando su momento de libertad. Era un ritual que hacían cada vez que dejaban de sentirse observadas.

—¿Crees que madame Cordelia ha venido con papá? —Sin aliento, Amelia se dejó caer jadeando en una silla.

—¡Sí, sí, sí! —Chilló su hermana excitada, danzando todavía como una peonza en el centro de la habitación—. ¡Y monsieur Leo también!

Amelia saltó de nuevo, agarró a su hermana de las manos y se pusieron a dar giros en círculos, con las faldas al vuelo, el pelo escapándose de las horquillas y cantando los nombres de las dos personas que iluminaban su sombría cotidianidad.

—Si Cordelia ha venido, pronto vendrá a vernos. —Amelia, algo menos robusta que su hermana, se derrumbó en el suelo en medio de un globo de rígidas faldas de tarlatana.

Sylvie cayó a su lado, con las delgadas piernas asomando bajo sus arrugadas faldas como un par de finos palillos.

—Un deseo —dijo—. ¡Un deseo, un deseo, un deseo!

—¡Un deseo, un deseo, un deseo! —repitió con fervor su hermana, y luego se quedaron sentadas y quietas, cerrando fuerte los ojos.

—¿Qué estáis haciendo en el suelo? —La escandalizada voz de madame de Nevry acabó con su ensueño. Ambas se pusieron de pie, se alisaron las faldas con culpable premura y se quedaron mirando a su institutriz con cara de arrepentimiento.

Louise parecía haber sido víctima de una aguda conmoción. Llevaba la peluca ligeramente ladeada y dos vivas manchas de color ardían en sus empolvadas mejillas.

—Sentaos a la mesa —espetó—y seguid con vuestra lección. —Se giró hacia la puerta abierta y llamó con voz chillona—: Marie... Marie... ¿dónde te has metido, muchacha?

—Aquí estoy, madame. —La aturullada doncella vino corriendo.

—Empaqueta los mejores trajes de Amelia y Sylvie, y todo lo que necesitan para salir de viaje.

La muchacha la contempló asombrada y boquiabierta. Las hijas del príncipe no habían salido jamás del palacio de la rué du Bac excepto para dar pausados paseos por el parque con su institutriz o alguna excursión en el carruaje del vizconde Kierston.

—¿Qué demonios te pasa, muchacha? Pareces imbécil. Haz lo que te digo.

—Sí, madame. —Con una reverencia, la muchacha se marchó corriendo.

—¿Adonde vamos, madame? —Sylvie se mordisqueaba una uña, demasiado absorta por aquella extraordinaria situación para darse cuenta del amargo ungüento.

—Eso no os importa —espetó la institutriz, con el perverso placer de mantenerlas en la ignorancia—. Seguid con vuestras lecciones, o no habrá cena esta noche.

Las niñas inclinaron obedientes la cabeza sobre su hoja de caligrafía, pero sus ojos se encontraron a través de la mesa, desbordantes de excitación y preguntas. ¿Qué debía estar pasando?

Louise destapó su frasquito y tomó un trago de su contenido, un trago tan generoso como el que precisaría un carretero tras una dura jornada de trabajo. Estaba conmocionada.

¡Habían sido llamadas a Versalles para ser presentadas al rey y a la delfina! Era una perspectiva increíble. El príncipe no le había dado ningún detalle sobre el motivo de esta citación, pero la institutriz se había dado cuenta enseguida de que estaba muy contrariado. Le había dejado muy claro que el comportamiento de las niñas dependería totalmente de su tutoría, pero que seguramente se vería confinada en los apartamentos del palacio asignados a la familia durante gran parte del tiempo. La princesa se haría responsable de sus hijastras en todas sus apariciones en público.

Eso era obra de la princesa, la institutriz estaba segura. Esa muchacha entrometida, extravagante y frívola había originado este desbarajuste en el mundo cuidadosamente ordenado de Louise. Le horrorizaban el gentío y las apariciones públicas. La rutina de las niñas se iría al garete, la princesa fomentaría sus travesuras y luego se culparía a la institutriz de todo ello. Era espantoso, terrible. Y tan falto de consideración para alguien tan enfermo como ella. El príncipe ni siquiera había parecido darse cuenta de sus resoplidos ni del lagrimeo de sus ojos. No tenía por qué haberse preocupado por su apariencia, eso seguro; su patrón apenas la había mirado durante toda la entrevista. Se había bebido su vino con la vista fija en la pared más allá de la gobernanta, mientras le lanzaba sus órdenes.

Empezó a envolverse de nuevo la cabeza con el turbante, olvidándose por completo de que todavía llevaba la peluca. Sylvie ahogó una carcajada hundiendo la cara en los brazos. Amelia asestó un puntapié a su hermana por debajo de la mesa.

Louise escudriñó a sus pupilas, frunciendo el ceño, con la boca firmemente apretada. Vislumbró su reflejo en el espejo que había encima de la chimenea vacía y se apresuró a quitarse el turbante y la peluca. Fijó su severa mirada en las niñas, ahora serias y

solemnes, inclinadas sobre sus cuadernos con aire estudioso y con sus piernecitas oscilando bajo la mesa.

Refunfuñando, la institutriz volvió a enrollarse el turbante y sacó su frasco. Sylvie y Amelia, coloradas de risa y excitación, intercambiaron otra mirada risueña.

CAPÍTULO 18

Cuando dieron las doce de la noche, Cordelia ocultó con delicadeza un bostezo tras el abanico y murmuró a su pareja de baile que estaba completamente agotada. Su carruaje estaba a punto de convertirse en una calabaza, si no se marchaba a la cama inmediatamente.

Él le sonrió con cierta conmiseración. Estar agotada a medianoche era bastante patético en plenas festividades nupciales, pero la princesa no había sido una pareja excitante, ni mucho menos, por lo que estaba muy dispuesto a salir con ella de la pista. Se inclinó en una puntillosa reverencia y la dejó a las puertas dobles de la sala de baile.

Cordelia echó una ojeada al gentío que giraba y oscilaba bajo la brillante luz procedente de centenares de enormes arañas de cristal. Ni rastro de Leo. ¿Se habría marchado ya? ¿La estaría esperando? Le había dicho que no fuera a verle antes de la medianoche. Seguramente, había acudido a la ceremonia de la couchée del rey, una ceremonia absurda, pensó Cordelia. El rey, vestido con su camisón, se retiraba a su lecho ceremonial rodeado de sus cortesanos, y en cuanto éstos se habían ido, se levantaba de nuevo y salía a la ciudad, o incluso se iba a París, o simplemente se sentaba a las mesas de juego en sus apartamentos privados. Lo mismo sucedía con la ceremonia de la levée por la mañana. Casi cada mañana, el rey llevaba ya horas levantado y vestido cuando

tenía que regresar a la cama de gala para ser ceremoniosa y públicamente vestido por sus ayudas de cámara.

Pero por lo menos, una vez finalizada la ceremonia de la couchée, la corte quedaba libre de la observación real para el resto de la velada, por lo que no carecía de utilidad para los cortesanos.

Cordelia salió deslizándose del salón y dejó atrás la luminosa y ruidosa escena. La antecámara estaba mucho más tranquila, con tan sólo algunos jugadores de cartas entretenidos por un grupo de músicos. Christian había tocado para el rey a primera hora de la noche. Era un gran honor, y el rey había quedado visiblemente impresionado; el duque de Carillac, mecenas de Christian, estaba radiante de orgullo y placer. Al parecer, el futuro de Christian, tan inseguro hacía tan poco, estaba ya prácticamente asegurado, pensó Cordelia. Pero por satisfecha que se sintiera por su amigo, también le pareció irónico que mientras que el futuro de Christian estaba ahora afianzado, su propio destino y el de Toinette, antes tan seguros, habían tropezado con obstáculos de diversa índole.

Pero la distracción causada por todos estos pensamientos se desvaneció muy pronto, mientras recorría presurosa los pasillos más tranquilos y las angostas escaleras de las zonas menos destacadas del palacio, acercándose más, a cada paso, al encuentro de Leo.

Su puerta, en lo alto de la escalera de piedra, estaba entreabierta. Cordelia se detuvo y escudriñó las escaleras que quedaban a sus espaldas. No había nadie a la vista. Las demás puertas del pasillo que se extendía desde las escaleras estaban todas cerradas; unas cuantas velas parpadeaban tenues en los apliques de la pared. Cordelia tocó la puerta ligeramente con los dedos. ¿Por qué estaba abierta? ¿Quizá Leo se hubiese ido a algún sitio? Si ése era el caso, no podía andar lejos, porque no habría dejado la puerta abierta si contaba con ausentarse durante un largo rato. Quizá su ayudante estuviera en la habitación. Pero no, pues Leo la estaba esperando y no habría llamado a su sirviente. Empujó y la puerta giró silenciosamente hacia adentro.

Entró en la habitación. Estaba vacía. Una cortina ondeaba en la ventana abierta. Velas recién encendidas ardían con llama viva en el tocador y la repisa de la chimenea. Encima de la mesa había una botella de vino con una copa medio llena al lado.

—¿Leo? —Dio otro paso, esta vez más indeciso, sintiéndose como una intrusa. El corazón le dio un vuelco. Se le erizó el pelo. Tenía la sensación de no estar sola.

Algo le cubrió los ojos de repente. Y se encontró mirando una suave y aterciopelada oscuridad.

—¿Leo? —susurró de nuevo, mientras alguien le apretaba la venda y se la ataba detrás de la cabeza. Oyó la puerta cerrándose suavemente.

—No tengas miedo. —Su voz sonaba con una profunda y potente corriente de deseo.

—No lo tengo —contestó sinceramente, muy quieta, intentando orientarse en esa oscuridad privada. Su creciente excitación se mezclaba ahora con la sensación de estar entrando en un territorio desconocido y peligroso.

Sentía su presencia ante ella, y avanzó sus manos para tocarle. Estaba desnudo. Su corazón empezó a latir más rápido. Ella estaba vestida del todo, abotonada, abrochada, atada con todos sus corsés, miriñaques, tres enaguas y un pesado traje de tafetán ricamente bordado de color marfil. De repente tuvo plena conciencia de cada prenda que llevaba sobre su cuerpo, de las ligas que le ceñían los muslos, de las medias de seda, de los bordes de encaje de los sostenes, que hacían asomar sus pechos por el pronunciado escote de su vestido. De la forma y la textura de su carne y de sus huesos, debajo de todo ello.

Las manos de Cordelia empezaron a explorar el cuerpo del hombre, como si tuviera un ojo en la punta de cada dedo. Sin el sentido de la vista, descubrió que sus dedos eran doblemente sensibles. Veían lo que tocaban, absorbían la más mínima protuberancia o arruga de su piel, mientras le acariciaba el torso y encontraba sus pezones. Delicadamente, se lamió la punta de los

dedos y acarició los pezones con las puntas húmedas, notando cómo se alzaban y endurecían. Escuchaba la respiración del hombre, más consciente que nunca de cada sonido en medio del silencio. El tenue silbido de una vela chisporroteante, el leve susurro de sus pies en la alfombra tejida, la respiración del hombre que se cortó de repente cuando ella deslizó sus manos por su caja torácica hasta el espacio cóncavo de más abajo. Jugó en su ombligo con un dedo húmedo, encerró su estrecha cintura con ambas manos.

Él le puso las manos en la cabeza, no con dureza pero sí con premura, empujándola hacia abajo. Ella cayó de rodillas, con sus faldas abultadas a su alrededor como una corola de marfil. Cordelia le agarró las nalgas, presionando con los pulgares los duros huesos de la pelvis, y frotó ciegamente su cara contra su vientre, lo acarició a lengüetazos, antes de envolver su erecto miembro con la lengua e introducírselo en la boca.

Movió su boca de arriba abajo alrededor del duro miembro palpitante, sin mover las manos de las nalgas, utilizando tan sólo su cara y su boca para sostenerlo y acariciarlo. Inhalaba profundamente el aroma de su excitación, saboreaba el gusto salado de su sexo en la lengua.

Leo la miraba desde lo alto de su propia felicidad. Aquella cara radiante vuelta hacia arriba quedaba realzada por el pañuelo de terciopelo negro que impedía ver el alma que asomaba a sus ojos. Con la cabeza hacia atrás, la garganta formaba una elegante curva blanca, mientras ella le daba placer con una concentración absoluta. Leo sabía, mientras contemplaba su cara ciega, que ella sólo era consciente de este cuerpo tan cercano al suyo, de su sabor, su aroma y su sensación, y su sangre se estremecía con una extraña sensación de profundo poder.

Cordelia estaba perdida en su propia sensación de poder, el poder que le daba ser capaz de causarle tanto placer. Notaba su alegría en la punta de los dedos, la notaba en su lengua, en lo más profundo de su garganta. Adoraba su cuerpo, se deleitaba con lo que le estaba haciendo, gozó del momento en el que supo que la

más mínima caricia le lanzaría al vacío, gozó en el momento en que así fue, y el grito de júbilo del hombre llenó la habitación, con los dedos hundidos en su cabellera, agarrándose a ella como si fuera la única roca en la tempestad que amenazaba con arrebatarle.

Finalmente dejó de apretarla con tanta fuerza, pero ella permaneció de rodillas, reclinando la cabeza en su vientre. Leo apuntalaba las piernas, como si tuviera que resistirse ante alguna fuerza, pero sus manos en la cara de Cordelia eran suaves, acariciaban la curva de su mejilla, alzaban su mentón para acariciar la piel suave y tierna que se extendía más abajo. Luego, la tomó de la mano y la levantó con firmeza.

—¿Quieres que te quite la venda?

Cordelia negó con la cabeza.

—No, a menos que tú lo quieras.

Leo sonrió y la besó, notando su propia esencia salada en sus labios.

—Qué amante tan maravillosamente complaciente eres, amor mío.

Cordelia sonrió.

—¿Quieres tú?

—No, tengo unas cuantas ideas más en la manga. —La hizo avanzar hacia el centro de la habitación y ella se agarró de su mano, dando pasitos vacilantes, temerosa de tropezar con algo—. Ya está, ahora quédate muy quieta.

Notó cómo se alejaba de ella, y se sintió de repente perdida, pero fue sólo un momento. Luego, estaba otra vez detrás y sus dedos desabrochaban los corchetes de la espalda del vestido. Se mantuvo muy quieta, mientras él iba desnudándola con movimientos pausados, soltando con calma cada corchete, cada botón, cada lazo, hasta que estuvo vestida sólo con camiseta, corsé, medias, ligas y zapatos. Parpadeó tras la venda de terciopelo, consciente del fresco aire de la noche en su piel desnuda, viéndose a sí misma mentalmente como si estuviera viendo su imagen en un espejo.

Esperó a que él desatara las cintas de su corsé, pero se le cortó la respiración cuando oyó un tijeretazo y la prenda cayó de golpe al suelo.

Sus manos la recorrían, presionando la fina camiseta contra su cuerpo, moldeando sus pechos, la curva de sus nalgas. Besó su garganta, acarició con la lengua la línea de su mandíbula, trazó la forma de cada oreja. Cordelia se estremecía, esperando el momento insoportable y sin embargo exquisito en el que le introduciría la lengua en el oído. Él sabía que ella se estaba volviendo loca, pero siguió martirizándola largos minutos, mordisqueando y tironeando suavemente cada lóbulo, dándole lengüetazos detrás de la oreja y tocando sólo su interior con rápidas y pequeñas intrusiones, retirándose en cuanto notaba que empezaba a temblar y a encogerse. La ceguera de Cordelia acentuaba cada sensación y cada instante de expectación. No podía verlo, sólo sentirlo, ni podía adivinar cuándo dejaría de atormentarla de aquella forma.

Le sujetó la cabeza firmemente con ambas manos y ella supo que estaba a punto de ocurrir, y ya se debatía y retorcía. Y entonces la lengua de Leo entró en su oreja, provocándole indefensos paroxismos en los que la línea divisoria entre el tormento y el éxtasis era tan fina que hubiera sido incapaz de trazarla.

Leo reía y la sujetaba, y notaba el calor de su aliento mezclado con la humedad de su lengua exploradora. Cordelia intentó escabullirse, riendo y rogándole a la vez que se detuviera. Pero su excitación aumentaba con cada intento inútil y las múltiples sensaciones se mezclaban de tal forma que ya no supo qué parte de su cuerpo estaba respondiendo.

Cuando por fin se apiadó de ella y alzó la cabeza, ella se derrumbó contra su cuerpo, exhausta de tanto debatirse, debilitada por la risa y la excitación latente en sus entrañas.

—Me gustaría que te desvistieras del todo. —Su voz casi la sobresaltó en su oscuridad de terciopelo, borrando todo rastro de risa. Hablaba en tono suave pero decidido, y ella notó que

retrocedía para separarse de ella y dejarla sola, de pie en la frescura de su propio espacio.

Se quitó los zapatos de un puntapié y notó la alfombra tosca bajo sus pies. Alzó el borde de la camiseta y se desabrochó las ligas. Enrolló las medias cuidadosamente hasta los tobillos y se las quitó. Cada movimiento estaba exagerado por su ceguera. Sabía que él no apartaba la vista de ella, observando cada movimiento, pero sólo podía imaginarse su mirada.

Dejó caer las medias al suelo y se incorporó. ¿Dónde estaba Leo? ¿Detrás, al lado, o enfrente de ella? Se quedó muy quieta, intentando sentir su presencia. Ni siquiera podía oír su respiración, ni notar el calor de su piel. Se giró lentamente, moviendo las manos en el aire. Y sólo encontró aire.

—Quítate el pañuelo, si lo deseas. —La voz venía de atrás. Se giró del todo.

—No... no, no lo deseo. Pero no sabía dónde estabas.

—¿Por qué no lo deseas? —Pronunciaba sus palabras con una nota baja y lánguida, una profunda y acariciante invitación para entrar en el mundo que él estaba creando para ambos.

—Quiero descubrir qué pasa —replicó ella sin vacilar ni un segundo—. Me siento tan distinta... todo es distinto, nuevo... Lo estoy experimentando todo como si fuera la primera vez.

—Quítate la camiseta.

Cordelia atrapó el borde de la fina prenda y se la quitó por la cabeza. La tiró a un lado, y se quedó desnuda. La brisa que entraba por la ventana abierta refrescaba su piel ardiente.

—Date la vuelta.

Obedeció y se quedó dándole la espalda, con las manos a los lados. Cada milímetro de su piel estaba vivo, esperando, preguntándose cuándo y dónde la tocaría. Sólo reinaba el silencio. La negrura más profunda.

Leo esperaba, esforzándose por permanecer quieto y limitarse a mirarla; la espalda estrecha, los omóplatos protuberantes que tanto deseaba tocar con la lengua, la línea de su columna vertebral,

profundamente tallada en su espalda, la entrada de su cintura, el ensanchamiento de sus caderas, las nalgas redondas y prietas. Esperaba, sabiendo que mientras lo hacía, el cuerpo de Cordelia, excitado, estaba ya llevando a cabo su propia magia, orquestada por la imaginación.

Cuando le rozó los omóplatos con la punta del dedo ella lanzó un gritito asustado. La tranquilizó con una mano en el hombro, luego trazó lánguidamente la línea de su columna con la almohadilla del pulgar. Le acarició entonces las nalgas con toda la palma, antes de deslizaría entre los muslos. Cordelia se estremeció y él volvió a estabilizarla con una mano en el hombro mientras los dedos de la otra la buscaban, bailando, sondeándola, comprobando cuan preparada estaba al deslizarse dentro de ella.

La lengua de Leo recorría de abajo arriba el hueco de su nuca, luego su mano abandonó el hombro de ella, se deslizó hasta atrapar un pecho, y empezó a estimular el pezón mientras Cordelia seguía notando la caricia cálida y húmeda en el cuello y los dedos del hombre que se abrían en su interior mientras el pulgar jugaba con el duro nudo de su sexo.

Cordelia ya no sabía qué parte de ella respondía a qué exquisita caricia. Las líneas concretas de su cuerpo se habían vuelto fluidas, y parecía flotar en un mundo sin limitaciones físicas. Su mirada estaba ahora dirigida hacia adentro, y podía casi distinguir la sangre que le corría por las venas, sus suaves labios inferiores rosados y henchidos de dichosa ansiedad, el latido de su corazón desbocado.

Y sin embargo, la explosión la tomó por sorpresa. Fue como si se hubiera consumido en una tremenda conflagración; su piel era un incendio, su sangre, lava fundida, mientras la devoraba la abrasadora felicidad.

Las llamas seguían rugiendo en sus oídos cuando Leo la inclinó hacia adelante. Notó el suave brazo del sofá bajo su vientre, sus brazos estirados al frente, los dedos de los pies rozando la alfombra. Sujetándola por las caderas, la penetró mientras la conflagración seguía arrasando y la nueva sensación de su miembro duro echó

leña al fuego. Ya no sabía quién era, qué era, sólo tenía conciencia de la carne y la sangre unidas, el punto que separaba el cuerpo de Leo del suyo era indefinible de tan borroso.

Leo tenía la sensación de contar con una potencia y una resistencia ilimitadas. Se sentía flotar como un dios por encima de los dos cuerpos unidos, capaz de elevarlos a ambos hasta la felicidad física suprema. Le colmaba la necesidad de llevar a su amante hasta la cumbre de su montaña, hasta el pináculo absoluto tras el cual sólo quedaba el infinito. Y lo haría no sólo una vez, sino muchas veces durante las siguientes horas. Quería marcarla con su amor, para que nada ni nadie pudiera borrar jamás el glorioso recuerdo de esa noche.

Mientras Michael la había violado y explotado su debilidad, él le enseñaría la alegría perfecta de la rendición. Pasó la palma de la mano por su espalda inclinada, presionando las vértebras con los pulgares. La espalda de Cordelia respondió arqueándose, sus músculos internos se cerraron alrededor del miembro del hombre. Leo garabateó un sendero con las uñas, espalda abajo y a través de las nalgas. El cuerpo de Cordelia se tensaba en oleadas. Se retiró por un segundo, y luego volvió a penetrarla profundamente, y las convulsiones ciñeron fuertemente su miembro. Permaneció dentro de ella con sus propias respuestas ahora bien controladas.

Cordelia sollozaba de placer con la cara hundida en los cojines del sofá y entonces él empezó a moverse de nuevo en su interior. Deslizó la mano bajo su vientre, y más abajo, hasta tocarla de manera que los músculos de su vientre se tensaron y el placer empezó a acrecentarse de nuevo, atravesándola en una serie de pequeños riachuelos que fueron convirtiéndose gradualmente en una poderosa corriente. En el momento preciso en el que el río desbordó sus orillas, salió de ella. Le dio la vuelta en el sofá, apoyó sus rodillas dobladas en el brazo, alzó las piernas de Cordelia hasta más arriba de sus hombros y volvió a penetrarla.

Cordelia existía en su propia oscuridad, cada uno de sus nervios estaba concentrado en la única parte de su cuerpo que parecía

realmente viva. Pensó que no podría soportar otra disolución, otro momento de este intenso placer, pero descubrió que sí podía. No una, sino muchas veces más durante las siguientes horas. Inconsciente, ciega, insaciable.

Las estrellas palidecieron, el cielo clareó, las pinceladas rojas del alba coloreaban ya el firmamento al otro lado de la ventana. Ninguno de los dos se dio cuenta, sumidos en el desquiciado mundo de su propio éxtasis. Pero finalmente, Leo ya no pudo aguantar más. Cordelia estaba sentada a horcajadas encima de él, al pie de la cama, con las manos en sus hombros, los labios entreabiertos, la cabeza echada hacia atrás, mientras mantenía su miembro firmemente agarrado dentro de ella, moviendo sólo sus músculos internos.

El momento antes de que estallara la ola, Leo cayó de espaldas en la cama, la abrazó con fuerza mientras rodaba de lado y finalmente separó sus cuerpos fundidos.

Cordelia yacía bañada en sudor, postrada, incapaz de moverse o pensar. Cuando Leo le inclinó la cabeza a un lado para deshacer la venda, protestó débilmente, tan acostumbrada estaba ya a su propia oscuridad privada que la intrusión del mundo visible le parecía una violación. Sus ojos se cerraron ante la luz desconocida y al momento perdió la conciencia y se durmió en un sueño de agotamiento total.

La mano derecha de Leo descansaba sobre el pecho de Cordelia, con los dedos extendidos; la otra mano le cruzaba la cintura. Su cuerpo parecía estar clavado al grueso colchón de plumas, y ni siquiera la luminosidad creciente en la habitación, ni la conciencia del peligro que corrían al dejar pasar el tiempo, pudieron impedirlo y se durmió.

Despertó sin embargo al poco rato, totalmente alerta, con el corazón martilleando mientras escuchaba los sonidos del pasillo. Alguien hablaba y se movía allí fuera. Desde el patio llegaba el toque de rebato de la trompeta de un heraldo, con el relevo de la guardia nocturna.

—¡Por todos los demonios! —masculló, alzándose sobre un codo para mirar la figura inconsciente a su lado. A pesar de su ansiedad, sonrió, apartando un rizo despeinado de su mejilla. Era tan hermosa. Y ¡qué amante increíble! Ni una vez se había quedado atrás, ni una vez se había quejado de cansancio, ni una vez había dejado de adivinar lo que él quería de ella.

La muchacha le había encadenado de tal forma con las cadenas del amor, sutiles como telarañas y sin embargo adamantinas. ¿Cómo era posible que en tan pocas semanas esta jovencita hubiera podido embrujarle hasta hacerle perder por completo el sentido?

Su mirada se detuvo en el brazalete que no le había visto abandonar jamás. Elvira también lo había llevado siempre, recordó. Era una joya muy especial, de una belleza innegable pero con un efecto casi repelente. Y sin embargo, sus dos propietarias apenas se la habían quitado. ¿No simbolizaba acaso los lazos matrimoniales con Michael? ¿El sometimiento a un hombre odioso? Cordelia se debatía a diario contra estos lazos. ¿Lo había hecho también Elvira? ¿Había sufrido ella de forma parecida? ¿También para ella la pulsera había simbolizado el sometimiento?

Cordelia se movió, parpadeó. Captó la expresión de Leo antes de que éste tuviera tiempo de borrar sus sombríos pensamientos.

—¿Qué pasa? —Alzó la mano para tocarle la cara—. ¿Estabas pensando en Elvira?

Su intuición era asombrosa. La tomó por la muñeca, bajándole la mano para poder examinar el brazalete.

—¿Por qué no te lo quitas nunca?

Cordelia frunció el ceño.

—No lo sé. No me había dado cuenta de que no me lo quitara. ¿No te gusta? Pertenecía a Elvira, ya lo sé. Lo vi en su muñeca en el retrato de la biblioteca de la rué du Bac.

—Ella tampoco se lo quitaba nunca —comentó—. Y no, no me gusta.

Cordelia lo examinó de cerca.

—Es una joya única. Estoy segura de que no hay otra igual en todo el mundo. Eso dijo el joyero de Schonbrunn. Pero es un poco siniestra, supongo.

—Las tentaciones de Eva —dijo él—. Pero ¿por qué te gusta llevar un regalo de Michael para sellar un compromiso que sólo te ha traído sufrimiento?

Cordelia frunció todavía más el ceño. Nunca había pensado en la pulsera de esta forma. De alguna manera, parecía estar destinada a adornar su muñeca.

—No la llevaré, si te molesta —dijo lentamente—. Pero ¿no crees que Michael puede extrañarse si descubre que he dejado de llevarla de repente?

—Sí, estoy seguro —descartó con un gesto el tema—. No tiene ninguna importancia, Cordelia. Sólo me intrigaba su curioso diseño. —Saltó de la cama—. Lo que sí es importante es conseguir que regreses a tus aposentos sin llamar la atención. El palacio entero está en pie.

Cordelia echó una adormilada ojeada al montón de ropa tirado en el suelo, en el centro de la habitación.

—No puedo volver a ponerme eso.

—No te queda más remedio. Ven, déjame que te ayude.

Cordelia se levantó con cautela de la cama.

—Me duele todo —se quejó—. ¿Cómo es posible?

Leo no pudo evitarlo y se echó a reír.

—Utiliza tu imaginación. Por si te sirve de consuelo, no eres la única que está dolorida.

—Me parece que no podría montar a caballo —dijo ella, exagerando una mueca de dolor, y dirigiéndose hacia él, lanzándole las manos al cuello y apretándose contra su cuerpo. —Y teníamos que salir de caza esta mañana.

Leo miró de reojo hacia la ventana, a plena luz del día. —En menos de una hora —dijo con aire compungido, alzando las manos para soltarse de su abrazo—. Pórtate bien, Cordelia. —Recogió su camiseta y se la metió en los brazos.

—Date prisa.

—¡Oh, Dios mío! —gimió Cordelia. Una noche de amor desbocado tenía sin duda su penitencia. Se puso la prenda por la cabeza—. No es necesario que me ponga las ligas y las medias, nadie se dará cuenta de que no las llevo... ¿Y mi corsé? No puedo atármelo con las cintas cortadas. Se puso sus primeras enaguas por los pies.

—Lo tiraré —Leo se puso rápidamente un batín y se dirigió hacia la ventana. Abajo, el patio rebullía, con numerosos caballos, carros y soldados ocupándose de sus asuntos en este nuevo día.

Cordelia formó una pelota con sus medias y sus ligas. Se sentó para ponerse los zapatos en los pies descalzos.

—Ya está, ya estoy tan vestida como puedo en estas circunstancias. ¿Nos vamos, pues?

—No, espera. —Se acercó a la puerta y la abrió, con una mano de advertencia alzada, mientras escudriñaba las escaleras y el pasillo a sus espaldas—. ¡Vale, rápido!

Cordelia corrió hacia la puerta y se puso de puntillas para besarle. Él estaba preparado para un ligero beso de despedida, pero ella le lanzó los brazos al cuello, con la mano abierta abarcando su cabeza, empujándola hacia ella con todo el fervor apasionado de la noche. Leo quería rendirse, pero sabía que no podían. Seguía sosteniendo la puerta abierta y se deshizo de su abrazo casi bruscamente.

—¡Por lo que más quieras, Cordelia! Que no tenemos ni una hora. —La empujó afuera y cerró rápidamente la puerta tras ella.

Con una risita, Cordelia bajó las escaleras bailando. A pesar de la noche en vela, del increíble gasto energético, se sentía fuerte y vigorosa. Le esperaba un día entero en compañía de Leo, aunque fuera a lomos de un caballo. Hizo una mueca al pensar en una actividad que normalmente le hubiera encantado. Matilde sabría cómo calmar su dolorido cuerpo, cómo disipar su rigidez. Pero en lugar de Matilde, sólo tenía a Elsie, voluntariosa pero corta de entendederas.

De todas formas, sacaría todo el provecho posible de la situación, se dijo a sí misma con firmeza. Es lo que Matilde esperaría de ella, y estas horribles circunstancias no durarían para siempre. Derrotarían a Michael.

Al doblar la esquina del pasillo que llevaba a sus aposentos, una doncella apresurada le hizo una reverencia, observando con cierta curiosidad a la señora despeinada en traje de noche trotando sobre sus altos talones a primera hora de la mañana. Cordelia le dedicó una displicente sonrisa, pero esperó hasta que se hubo ido para abrir la puerta de sus apartamentos.

El salón estaba desierto. Había dicho a Elsie que no la esperara despierta y si monsieur Brion se había dado cuenta de que no había vuelto en toda la noche, procuraba discretamente que su regreso pasara desapercibido.

Se deslizó dentro de su habitación, se quitó la ropa, que dejó amontonada en un rincón y se metió de un salto en su cama fría y sin deshacer. Sacó un brazo para tirar de la campanilla, luego se recostó, tiró del cubrecama para taparse mejor y cerró los ojos con fuerza.

—Necesito un baño, Elsie —declaró cuando su doncella apareció algo jadeante unos minutos más tarde, con la bandeja del desayuno—. Debo salir de caza antes de una hora, y necesito agua caliente. —Lanzó a un lado la ropa de la cama mientras hablaba y se levantó de un salto. —Date prisa, muchacha.

Elsie le hizo una reverencia y desapareció. Cordelia llenó una taza de chocolate caliente y atacó voraz el desayuno.

Estaba tan hambrienta como si llevara días sin comer. Plantó gruesas lonchas de jamón entre grandes rebanadas de pan de centeno y lo engulló todo mientras Elsie llenaba laboriosamente un baño de asiento de porcelana con humeantes jarras de agua caliente.

Cordelia rebuscó entre las bolsas de hierbas de Matilde, intentando identificar por su aroma las que su niñera utilizaba para relajar los músculos en el baño.

—Éstas me irán bien. —Esparció las hierbas por la superficie del agua y se dejó caer en la bañera con un estremecimiento de placer —. Oh, eso está mejor. Prepárame mi traje de montar, Elsie. El de terciopelo verde esmeralda, con el tricornio adornado con una pluma negra.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, sintiéndose inmensamente recuperada, Cordelia se reunió con la partida de caza que se congregaba en el patio exterior. Su palafrenero llevaba a Lucette de las riendas. Leo, ya a caballo, bebía la copa del estribo que le brindaba un lacayo.

—Buenos días, princesa. Espero que hayáis dormido bien.

—Muy bien, gracias, milord. —Sonrió serenamente, colocando la bota que llevaba calzada en la mano de su palafrenero.

—¿No es maravilloso volver a cazar con jauría, Cordelia? —La llamó Toinette excitada desde el grupo de jinetes reales, reunidos a unos metros de distancia—. Debes venir y cabalgar con nosotros.

Cordelia lanzó a Leo una mirada compungida y decepcionada y obedeció la llamada de la delfina. El rey la saludó amablemente, al igual que el delfín, que tenía la cabeza gacha y apartaba la vista. Toinette estaba radiante.

Resonó el cuerno de caza y el grupo de jinetes alegremente vestidos salió bajo el temprano sol, con un tintineo de bridas de plata y un destello de espuelas, hacia el denso bosque que rodeaba Versalles.

CAPÍTULO 19

La partida de caza se extendía en un amplio abanico a través de los árboles, moteada de verde y oro por los brillantes rayos de sol que atravesaban las nuevas hojas. La fragancia de la lluvia reciente se desprendía de la tierra, aplastada bajo los cascos de cien caballos. Los finos y elegantes lebreles ingleses corrían ladrando en cabeza de la cacería, y los monteros, sobre robustos ponys, les pisaban los talones. Los batidores avanzaban por la maleza, levantando a las aves para que los arqueros ejercitaran su puntería, y asustando a perdices y conejos hacia la trayectoria de los perros.

Durante la primera hora, Cordelia cabalgó con Toinette en el grupo de la familia real, pero cuando el delfín alcanzó a su esposa e inició una forzada conversación, Cordelia se disculpó discretamente y aminoró el paso para quedarse atrás. El delfín, parecía ser, necesitaba que le facilitaran al máximo las cosas para conocer mejor a su esposa. Y Cordelia no necesitaba facilidad alguna para acercarse a Leo, que cabalgaba justo detrás.

La saludó quitándose el sombrero, y con un formal:

—Espero que disfrutes de la partida de caza, princesa.

—Inmensamente, es un día tan precioso —respondió ella en el mismo tono—. Y ya he derribado dos faisanes —añadió, con el mal disimulado triunfo que solía marcar sus victorias en los juegos de azar. Con el arco, sin embargo, no había hecho ninguna trampa. La flecha había volado directa hasta su blanco, derribando a su presa,

muerta pero no destrozada, para que la recogieran los perros y la embolsaran los guardas.

—Ya lo he visto —dijo Leo, divertido—. Eres una arquera excelente, aunque no muy modesta.

Cordelia se echó a reír y acopló otra flecha en el arco apoyado sobre la silla. Sujetó las riendas con una mano, el arco y las flechas en la otra, con una seguridad que denotaba tanta experiencia como destreza. Su voz bajó de volumen hasta convertirse en un susurro conspirador.

—Leo, ¿se te ocurre algún motivo para que el delfín no haya consumado todavía su matrimonio?

—¿Cómo? —No podía creerlo.

—Es verdad. La pobre Toinette ya no sabe qué pensar. Cada noche la acompaña hasta su puerta y luego se marcha. Alguno de sus caballeros debe habérselo dicho al rey, porque ayer habló con Toinette del tema. Por eso vino a su tocador cuando todavía no nos habíamos vestido y yo iba descalza. Dice que fue muy delicado y amable, pero que se había sentido muy avergonzada al tener que admitir que no sabía cuál era el problema.

—¡Dios mío! Pobre niña, ¿qué puede saber ella de esas cosas? Quizá su marido necesite algún médico.

—Sí, Toinette me ha dicho que el rey iba a ordenar que lo examinaran. O sea que ahora está esperando sobre ascuas, a ver qué pasa. Tiene que quedarse embarazada.

—Por supuesto —asintió Leo con cierta ironía. Era tan consciente de las realidades del matrimonio como el personal más miserable de los lupanares de París.

¿Y si Cordelia estaba ya embarazada de Michael? Era una cuestión que había intentado ignorar, pero ya no podía. Si Cordelia le diera un hijo varón, quizá, pero sólo quizá, Michael podría renunciar a su mujer a cambio de su heredero. En un mundo de fantasía, quizá estaría dispuesto a renunciar a su mujer y a su progenie femenina a cambio de un heredero. Pero ¿cómo podría Cordelia renunciar a su propio hijo? ¿Cómo podrían ambos

contemplar la posibilidad de dejar a un niño en manos de semejante hombre? Sin embargo, Michael removería cielo y tierra para recuperar un hijo varón. No estarían a salvo, no estarían en paz jamás, a menos que vivieran fuera de la sociedad, en un mundo en el que los niños estarían privados de sus derechos de nacimiento, incapaces de reclamar el lugar que les correspondía en el mundo, y por lo tanto incapaces de adoptar incluso las decisiones más ordinarias de la edad adulta, como cuándo o con quién casarse. Estarían desposeídos. ¿Cómo podía él condenar a unos inocentes indefensos a semejante futuro? Pero ¿cómo podía condenar a Cordelia a vivir una muerte en vida, en manos del príncipe Michael?

¡Lo primero era lo primero! Refrenó los galopantes pensamientos antes de que se desbocaran. Si estaba encinta, cruzarían juntos aquel puente cuando llegaran a él.

La cabalgata desembocó en un claro más espacioso del bosque, donde les esperaba un grupo de carruajes. Madame du Barry sujetaba las riendas, sentada con elegancia en un landó[1] abierto, rodeada de sus damas de compañía. El rey tiró de las riendas de su caballo y la saludó. El delfín se inclinó ante la amante de su padre. La delfina apartó la mirada.

—Oh, Toinette, te estás comportando de una forma tan estúpida —dijo Cordelia en voz baja y exasperada, llamando la atención del absorto Leo.

—¿Por qué? ¿Qué está haciendo? —Leo se dio cuenta de repente de los murmullos que se alzaban a su alrededor.

—Se niega a reconocer a madame du Barry. Dice que sería una aprobación tácita de la inmoralidad en la corte. ¡Mírala, allí sentada como una monja remilgada en una orgía!

Leo sacudió la cabeza y tranquilizó a su nervioso caballo. Bajó la vista para ver qué había inquietado al animal y vio a un harapiento zagal que se apoyaba sigiloso contra el cuello del caballo.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó severamente.

El chaval sacudió la cabeza.

—Nada, milord. Es que me gustan mucho los caballos. —Lanzó una patética mirada a Cordelia. Su carita demacrada y sucia y sus ojos hundidos parecían más de un anciano que de un niño, envejecido antes de hora por la malnutrición.

—¿Tienes hambre? —preguntó impulsivamente Cordelia.

El niño asintió y se frotó la nariz cubierta de costras con la manga harapienta.

—Toma. —Cordelia se inclinó y puso una moneda en su mugrienta palma. Los dedos se cerraron como garras y el mendigo se marchó al momento zigzagueando entre los caballos, esquivando los cascos inquietos y los latigazos de los cazadores.

—Pobrecito —dijo Cordelia—. ¿No has observado nunca sus caras... a la gente del pueblo, quiero decir? Parecen tan apagados, tan desesperados. En Austria no lo había visto tanto como aquí.

—Ni en Inglaterra —repuso Leo—. Hay pobreza, claro, pero la gente normal no parece tan oprimida.

—No sé si Toinette se habrá dado cuenta —caviló Cordelia—. ¡Oh, me parece que me está llamando! Espero que no quiera cabalgar conmigo todo el día. —Guió a su caballo al paso hasta el lugar donde Toinette permanecía sentada en su montura, algo apartada del grupo que todavía conversaba alrededor del carruaje de madame du Barry.

—Habla conmigo —le dijo Toinette con un susurro apremiante—. Nadie me hace el más mínimo caso, ¡todo el mundo habla con esa mujerzuela!

—Esa mujerzuela es la amante del rey —le recordó Cordelia suavemente—. Y da la casualidad de que tiene más influencia en la corte que tú, mi querida amiga.

—Oh, déjame en paz —dijo Toinette presuntuosa—. Si sólo has venido para regañarme, ya no quiero hablar contigo.

Cordelia sabía que el enfado repentino se disiparía rápidamente, y su amiga se desharía en remordimientos y disculpas en pocos minutos, pero se limitó a inclinar la cabeza y se alejó de ella, decidida a dejar a la delfina sumida en sus propias reflexiones.

—¡Pssst! ¡Milady!

El sibilante susurro venía de un grupo de árboles a un lado del claro. Cordelia tiró de las riendas y el pilluelo de antes salió corriendo.

—Mi mamá está enferma, se está muriendo, milady. ¿Podéis venir a ayudarla?

—Te daré algo de dinero.

El niño negó vigorosamente con la cabeza.

—Dinero no, milady. Necesita ayuda.

¡Un mendigo rechazando dinero! Era extraordinario. Curiosa, Cordelia le indicó que le enseñara el camino y le siguió entre los árboles. El muchacho trotaba delante de Lucette, que elegía delicadamente su camino por la densa maleza. De repente, el mendigo había desaparecido.

Cordelia tiró de las riendas y miró a su alrededor. Llamó, pero sólo se oía el martilleo de un pájaro carpintero y el graznido de un grajo. El dosel de los árboles era muy denso, la luz del sol apenas conseguía filtrarse a través del espeso follaje y el aire estaba cargado con el olor de musgo húmedo y hojas podridas.

Cordelia empezó a inquietarse. Lucette también pareció sentirse inquieta, y empezó a piafar nerviosa, alzando su elegante cabeza para olisquear el aire.

—Venga, vámonos. Supongo que sólo era una broma. —Cordelia espoleó ligeramente el flanco de la yegua para que diera media vuelta.

Los dos hombres salieron de los árboles y se le lanzaron encima con tanta rapidez que apenas tuvo tiempo de respirar. Uno de ellos sujetó la brida de Lucette., y el otro agarró el estribo de Cordelia. Lucette estaba demasiado bien entrenada para recular sin que se lo ordenaran, pero resopló y puso los ojos en blanco.

Por la cabeza de Cordelia no pasó ni un pensamiento. El arco estaba en su mano, la cuerda se tensó y la flecha salió volando en una serie de fluidos movimientos, tan rápidos que resultaba imposible separarlos. El hombre que sujetaba la brida de Lucette

aulló y cayó de espaldas, con la flecha vibrando insertada bajo su clavícula.

La segunda flecha fue tan rápida y certera como la primera. El hombre que tenía agarrado el estribo dejó caer el brazo y se quedó mirando estupefacto la flecha clavada en su bíceps.

—¡Arriba, Lucette, vamos! —ordenó Cordelia, y la yegua Lippizaner se alzó sobre sus patas traseras y peinó el aire con las manos. Los dos hombres cayeron de rodillas con el terror pintado en sus groseros semblantes y los ojos transidos de dolor mientras Lucette les dominaba con toda su altura.

—¡Santo Dios! —El cuchillo de caza de Leo ya brillaba en su mano mientras cabalgaba por el bosque hacia ellos, con su caballo destripando el suelo, y tierra y piedras volando bajo sus cascos.

—¡Pero qué demonios! —Leo tiró de las riendas y Júpiter se detuvo de golpe. Cordelia ordenó a Lucette que volviera a posar las cuatro patas en el suelo.

—Asaltantes de caminos —dijo ella, con la voz algo insegura ahora que la crisis ya estaba superada—. Aquel zagal me ha traído hasta aquí y luego ha desaparecido. Supongo que querían robarme.

—He visto que te alejabas de la cacería. —Leo desmontó y se acercó a los dos hombres agachados.

—Déjenos ir, señor —rogó el más viejo—. Nos ahorcarán, seguro

—Una muerte compasiva, comparada con lo que seguramente le estabais reservando a la señora —contestó fríamente, pasando un dedo enguantado por el filo de su cuchillo.

—¡No, no íbamos a matarla, señor! Sólo a derribarla.

El portavoz retrocedió lentamente, como si pudiera escapar a la mirada glacial del alto y esbelto caballero inglés.

—Déjales, Leo.

Se volvió sorprendido.

—¿Dejarles? Sabe Dios qué iban a hacer contigo.

—Están hambrientos —repuso ella con firmeza—. Sus familias se mueren de hambre. Aquel desgraciado zagal seguramente es el

hijo de uno de ellos. —Buscó en su bolsillo y extrajo una bolsa de cuero—. Tomad. —La tiró al suelo, entre los dos hombres, que se quedaron mirándola boquiabiertos, como si no pudieran creer sus propios ojos.

Una reacción perfectamente lógica, teniendo en cuenta las circunstancias, pensó Leo. Envainó el cuchillo y volvió a montar. Una herida de flecha no era un simple rasguño, de manera que no salían ilesos ni su comportamiento quedaba impune.

—La próxima vez, te sugiero que controles tus impulsos Alotrópicos —dijo a Cordelia mientras salían de los árboles—. Los niños harapientos llevan un aguijón en la cola.

—Ellos no tienen la culpa —descartó ella.

Leo se la quedó mirando, mientras pensaba en cuánto podía sorprenderle todavía. Tenía tantas facetas como un diamante y era igual de valiosa. Cuando pensó en lo que podía haber pasado, se le heló la sangre. Pero Diana Cazadora también parecía ser perfectamente capaz de cuidar de sí misma. Ahora, sin embargo, estaba un poco pálida y observó que sus manos, en las riendas, temblaban un poco.

—Volvamos a palacio.

—¿Y abandonar la cacería? —parecía sorprendida.

—Creo que ya has tenido suficiente excitación por hoy.

—No soy tan blandengue —protestó Cordelia indignada—. Me he asustado un poco, pero ya se me ha pasado. Y no me han hecho ningún daño. Vamos. Te echo una carrera. Tampoco tardaremos tanto en oír los cuernos. —Y se lanzó al galope hacia el resto de la cacería.

Leo dudó un momento y luego salió tras ella. Parecía ilesa, pero algo en aquel incidente no acababa de cuadrarle. El asaltante de caminos que atacaba a un participante en una cacería del rey en el bosque de Versalles estaba pidiendo prácticamente la soga al cuello. Además, los cazadores no eran presas especialmente tentadoras, nadie necesitaba dinero o joyas para salir a cazar ciervos. No, todo aquel asunto era realmente extraño.

Amelia, Sylvie y madame de Nevry viajaban en un carruaje que avanzaba pesadamente tras el del príncipe. Las niñas estaban tan emocionadas que apenas podían controlarse, y sólo la cara larga de su institutriz y sus amenazas de denunciar su comportamiento a su padre les impedía arrodillarse en el asiento para mirar por la ventana el fascinante paisaje y la gente que pasaba. Estaban sentadas una al lado de la otra, agarradas de la mano, con las piernas oscilando con cada sacudida del carruaje y los ojos brillantes de excitación.

Finalmente, la institutriz se quedó dormida y las niñas saltaron sobre el asiento para mirar por la ventana, susurrando emocionadas en voz muy baja para no molestar a Louise, que roncaba y no se despertó hasta que el vehículo giró para entrar por las grandes verjas doradas del patio exterior de Versalles. Entonces se incorporó y se ajustó la peluca torcida con manos nerviosas. Las niñas estaban sentadas ante ella, con las manos en el regazo y mirándola fijamente con cara de inocencia. Madame de Nevry tosió, tomó un rápido trago de su petaca y miró por la ventana. No había estado nunca en Versalles y contempló atemorizada la magnífica sucesión de edificios dorados, sus persianas y tejados rojos resplandeciendo bajo el sol de la tarde.

Las niñas saltaron del carruaje en cuanto un lacayo empolvado bajó el estribo, ignorando la mano que les ofrecía para apoyarse. Miraron emocionadas a su alrededor. La mano de Sylvie se introdujo en la de su hermana. Se sentía como la hormiguita que una vez había visto atravesando laboriosamente el suelo de la sala de estudios. Amelia le apretó la mano con fuerza, totalmente aterrorizada por el tamaño del patio que se extendía ante ellas, hacia el enorme palacio dorado.

El carruaje del príncipe había llegado antes que el suyo, y éste se encontraba a cierta distancia de sus hijas, hablando con monsieur Brion, ya enterado de la llegada de su señor por un mensajero.

Michael miró de reojo a sus hijas. Parecían absurdamente pequeñas y asustadas, tal como debía ser, pensó. Ese lugar no estaba hecho para un par de niñas pequeñas.

—Llévatelas —le dijo a Brion—. Supongo que se les habrán reservado habitaciones.

—Sí, en efecto, milord. La princesa ha supervisado en persona todos los preparativos, con la aprobación de la delfina.

—Espero que la princesa se encuentre bien de salud. —Michael tomó un pellizco de rapé, con la voz neutra e indiferente.

—Perfectamente, creo, milord.

Michael estornudó bruscamente. Se secó la nariz con un pañuelo.

—Creo recordar que salía de caza con jauría esta mañana.

—En efecto, milord. Tengo entendido que ha pasado un día excelente.

Controló su furiosa decepción con dificultad.

—¿Ha regresado ya el rey de la cacería?

—Hace una hora, señor.

—Entonces iré a visitarle enseguida. —Michael se marchó enfurecido, sin dedicar siquiera una mirada a sus hijas y su desconcertada institutriz.

La corte estaba reunida en los apartamentos de gala, hablando de los placeres de la cacería de la mañana alrededor de las mesas de juego. Cuando el príncipe se inclinó ante él, el rey alzó la vista de su juego favorito, el sacanete.

—¡Ah, príncipe, veo que ya habéis regresado de vuestro recado! ¿Habéis traído a vuestras hijas? Madame la delfina está ansiosa por conocerlas.

—Están con su institutriz en estos momentos, majestad, pero se presentarán ante la delfina en cuanto ella lo desee.

—Oh, sí, por supuesto. Bien, supongo que querréis reuniros con vuestra deliciosa esposa. Nos ha acompañado en la cacería; espléndida arquera. Nos ha impresionado mucho... ha cazado dos

aves, por lo menos. —Inclinó amablemente la cabeza para despedirse del príncipe.

Éste atravesó todas las salas, saludando a sus conocidos, atento a cualquier habladuría interesante. En este semillero de escándalos, un solo día de ausencia bastaba para perderse las últimas novedades. Ni rastro de Cordelia en las mesas de juego, donde, sin embargo, la delfina jugaba animada con sus damas de compañía. Tomó una copa de vino que le ofrecía un lacayo en una bandeja y se dirigió hacia los grandes ventanales que daban al jardín. Las luces de las falsas ventanas venecianas a lo largo del canal acababan de encenderse.

¡Torpes, estúpidos! Era un plan infalible. No tenían que decidir nada por sí mismos, sólo identificar a su presa mediante una descripción inconfundible y seguir las órdenes del príncipe al pie de la letra. Una simple caída, un golpe en la cabeza, unas horas inconsciente en el bosque hasta que la echaran de menos y mandaran una partida de rescate en su búsqueda. ¿Cómo podían haber fallado?

—Supongo que mis sobrinas están muy excitadas con su nuevo alojamiento.

Michael se giró sobre sus talones. Leo le dedicaba una amable sonrisa. «Maldito idiota», pensó Michael furioso. Probablemente pensara que el palacio era un lugar perfectamente adecuado para sus sobrinas. Ese redomado imbécil no había pensado ni por un momento en el efecto disipante que ejercerían tantas distracciones y una ruptura tan violenta con sus rutinas cuidadosamente ordenadas. No se sentía con la paciencia necesaria para intercambiar estúpidos cumplidos sobre una situación que le habían impuesto claramente mediante manipulaciones, aunque no pudiera culpar a Leo de ella. Se inclinó y dijo apretando los dientes:

—Confío en que su institutriz podrá refrenar cualquier excitación indebida. —Y se marchó.

La sangre de Leo bullía de furia salvaje. El malestar de Michael era evidente y seguro que se lo haría pagar a Cordelia. Echó una

ojeada a su reloj de bolsillo. Las cinco de la tarde. Las mujeres del Pare aux Cerfs debían estar preparándose para la velada. Pero de momento, no debían tener visitantes. Sería un buen momento para descubrir si Tatiana había tenido ya la oportunidad de hablar con su cuñado sobre la adquisición de un pasaporte falso.

Michael, hirviendo de fría rabia, se dirigió hacia sus apartamentos, donde suponía que iba a encontrar a su esposa, ilesa y tan testaruda y desafiante como siempre. La encontró en efecto sentada ante el espejo de su tocador y observando atentamente su reflejo. Se levantó inmediatamente al verle entrar y le hizo una reverencia.

—Buenas tardes.

Él ignoró su saludo. —¿Has ido a cazar esta mañana?

—He tenido cierto éxito con mi arco y mis flechas —le informó, sentándose de nuevo ante el espejo y cruzando las manos en el regazo con una expresión de recatada atención que no llegaba a ocultar la insolencia subyacente—. El rey ha tenido a bien felicitarme.

—¿Y no ha ocurrido nada desagradable? —Sus ojos claros pinchaban como agujas mientras escrutaban su reacción.

Cordelia decidió rápidamente. Si le contaba el atraco frustrado, organizaría sin duda una batida en busca de los asaltantes y sería implacable si les encontraban. Aunque su mujer le importara un comino, su orgullo no le permitía dejar impune un delito contra su familia.

Cordelia se encogió de hombros. —Nada especial.

Un destello de feroz frustración cruzó como un relámpago la pálida superficie de sus ojos. Habló con cáustica satisfacción.

—Salir de caza es una actividad peligrosa. Estoy empezando a pensar que deberías renunciar a ella.

Cordelia se lo quedó mirando asombrada, con una expresión tan consternada como él había esperado.

—¿Renunciar a cazar, dices?

—Si estás embarazada, es peligroso —dijo con una sonrisita lúgubre. —No quisiera poner en peligro a mi heredero.

Cordelia no sabía si había concebido o no, pero sí sabía que él la estaba atormentando y disfrutando de la situación. Sólo podía derrotarle si no le daba la satisfacción de verla desgraciada.

—Estoy segura de que sabes lo que más me conviene —dijo encogiéndose de hombros con indiferencia—. Las niñas ya están instaladas en sus apartamentos. ¿Quieres verlas?

El cambio de tema funcionó. Michael enrojeció de ira.

—Pues claro que no. También he decidido que se quedarán con su institutriz excepto cuando las llame algún miembro de la familia real. En dichas ocasiones, podrás acompañarlas, pero también iréis escoltadas por un guardia.

—¿Un guardia, príncipe? —Las cejas de Cordelia parecían buscar la raíz de su cabellera—. ¿Qué peligros pueden amenazarles aquí, en Versalles?

—Harás lo que te digo, ¿comprendido?

—Por supuesto, príncipe. —Se alzó y se inclinó de nuevo, irradiando tanta insolencia que Michael dio un paso hacia ella con la boca tensa y la mano alzada.

Luego, se detuvo, y su sonrisa viperina relampagueó.

—Bien, solucionaremos este tema cuando venga a verte esta noche. Ya puedes prepararte. —Dicho esto, giró sobre sus talones y salió de la habitación.

Los temblores de terror empezaron a brotar en su vientre, pero Cordelia los reprimió resueltamente. Tenía el frasquito de Matilde. Michael siempre tomaba una copa de coñac antes de acostarse con ella. Seguro que esta noche la llevaría en la mano cuando se acercara a la cama y bajara la mirada hacia ella, que estaría acostada y esforzándose por ocultar su temor. Esforzándose y fracasando, como tan a menudo.

Pero nunca más. A partir de ahora, él no detectaría jamás ni el más mínimo estremecimiento de temor. Y esta noche utilizaría la pócima de Matilde.

CAPÍTULO 20

Michael entró en su vestidor cuando acababan de dar las doce de la noche. Cerró la puerta por la que había entrado y la que comunicaba con el vestidor de su esposa.

Abrió el candado del cofre reforzado con herrajes y sacó el libro encuadernado de púrpura, en llamativo contraste con las sombrías encuadernaciones de los diarios cotidianos. Hizo girar el volumen en sus manos, pasando el dedo sobre las letras doradas en el dorso. El apotecario del diablo. Un libro sumamente útil. Si los accidentes fallaban, aquí podía encontrar algo para causar a su mujer una grave indisposición. Suficiente para poder alejarla de Versalles. Siempre era mejor hacer las cosas uno mismo, pensó. Estaba clara la futilidad de confiar en torpes idiotas para llevar a cabo incluso las instrucciones más sencillas.

Lo último que quería era una enfermedad que recordara a la de Elvira. Mejor algo como una intoxicación alimentaria, quizá. Que no fuera fatal, sólo claramente desagradable. Aunque tampoco debería ser algo que pudiera poner en peligro un posible embarazo.

Cerró el libro de golpe, volvió a guardarlo en el cofre y cerró el candado con llave. Luego abrió la puerta que daba al salón y llamó a su ayuda de cámara. El vestidor de su esposa estaba en silencio. Había insistido en que la escoltaran hasta el apartamento en cuanto la familia real había abandonado el concierto de la velada, por lo que sabía que ahora ya estaría acostada, tras ser asistida por las manos inexpertas de Elsie. Acostada y esperándole, sabedora de

que le había ofendido horas antes. Sabedora de lo que le esperaba. Notó el despertar de sus entrañas.

—¡Coñac! —exigió chasqueando los dedos en cuanto apareció su ayuda de cámara.

Tomó un prolongado trago y la fuerte bebida alcohólica lo tranquilizó. Una vez alejara a Cordelia de Versalles, todo lo demás sería fácil. Tenía que separarla de todos sus amigos, todos los que la conocían de antes. Y sobre todo de la delfina. Podría censurar su correspondencia con la mayor facilidad, y cuando estuviera completamente aislada, podría hacer con ella lo que quisiera.

Torció el gesto de repente. Quizá Leo Beaumont presentara cierta dificultad. Podría hacer preguntas indiscretas si Cordelia quedaba súbitamente incomunicada. Pero ya se encargaría de Leo. En realidad, al vizconde sólo le interesaban las niñas. Michael le haría un par de concesiones en cuanto a ellas, para distraerle, y se aseguraría de que sólo viera a Cordelia en su compañía. Leo era un hombre crédulo; podría manejarlo.

Cordelia, acostada con los ojos muy abiertos y despiertos, oyó la campanilla de Michael y tuvo la sensación de que su piel se encogía sobre sus huesos. Estaría con su ayuda de cámara unos quince minutos, quizá veinte, y luego vendría hacia ella. Su mano temblaba ligeramente al abotonar el alto cuello de su camisón, en un gesto protector. Un gesto inútil, lo sabía, pero involuntario.

Cuando había visto a Matilde, la tarde anterior, su niñera le había dicho que el somnífero tardaría media hora, quizá tres cuartos de hora, en surtir efecto. Michael era un hombre corpulento.

Aunque media hora era más que suficiente para castigarla, se lamentó Cordelia. Pero si no podía evitarlo, tendría que soportarlo. Sólo podría asaltarla una vez esta noche, y si ella se concentraba en este hecho, podría soportarlo. No podía ser peor de lo que ya había sufrido.

Sin embargo, los temblores de su vientre se intensificaron mientras oía a su marido y su ayuda de cámara moviéndose en la habitación contigua. Las palmas de sus manos resbalaban de sudor,

el corazón le latía con fuerza. Pero cuando la puerta de su alcoba se abrió y la corpulenta silueta de su marido se recortó por un momento en el umbral, iluminada por el rayo de luz de la otra habitación, se sintió invadida por una gran calma. Cerró los dedos alrededor del frasquito y lo destapó suavemente con el índice y el pulgar.

Michael entró en la habitación y cerró la puerta a sus espaldas. Cordelia se deslizó de la cama y se quedó de pie junto a ella con una sonrisa temerosa temblándole en los labios, en cuanto atravesó el cuarto con la copa de coñac en la mano.

—Bienvenido, marido mío.

Michael pareció sorprendido. Era un hombre de costumbres fijas y Cordelia debería estar esperándole en la cama. Luego, esbozó una retorcida sonrisa. Esta demostración de temor y arrepentimiento debía ser una súplica de clemencia. Una súplica condenada al fracaso, por supuesto, pero no por ello menos gratificante.

Se le acercó y bajó la cabeza para mirarla. Ella apartó la vista ante la fría y despiadada crueldad de su mirada. Le atravesó un estremecimiento y el silencio de la habitación se extendió hasta el infinito, mientras él observaba el creciente terror que la atenazaba. Dejó la copa en la mesilla de noche y la agarró por el cabello a ambos lados de la cabeza, enroscando dolorosamente sus bucles en sus dedos, aplastando su boca bajo la suya en una asfixiante y agresiva parodia de un beso.

Pero de momento, sólo le agarraba del pelo. Cordelia luchó para mantener la cabeza despejada mientras el calor y el olor almizclado del hombre la envolvían. Su mano se movió a un lado, avanzando a ciegas. Había registrado y guardado en su mente la posición de la copa en la mesa. Sus dedos localizaron el borde de la copa. Creyó verter tres gotas, pero no podía estar segura de cuántas habían caído. Matilde le había dicho que la poción era insípida e inodora, pero eso era con tres gotas. Si añadía demasiado, quizá él se diera cuenta. Pero no podía arriesgarse a administrarle menos de lo necesario. Sus dedos taparon a tientas el frasquito y enseguida volvió a bajar la mano con el frasco bien escondido entre los

pliegues del camisón, mientras le daba por fin lo que él deseaba: resistencia. Se debatió por respirar, para librar su cabellera de los feroces tirones que le daba.

Cuando él levantó de repente la cabeza, la volteó y la lanzó boca abajo sobre la cama, ella aguantó la respiración. Michael le plantó la rodilla en la parte baja de la espalda, sujetándola, mientras vaciaba el contenido de su copa de un solo trago. La mano con el frasquito estaba atrapada bajo su cuerpo. Cuando él le arremangó el camisón de un manotazo y la penetró, ella cerró los ojos con fuerza y mordió un pliegue del cubrecama para acallar los gritos de dolor y mortificación. Pronto habría terminado...

Media hora más tarde, Cordelia yacía escuchando la respiración de su marido. La corpulencia del hombre hundía el colchón a su lado, de manera que tenía que aguantarse para no rodar hacia la profunda depresión y contra su cuerpo. Juraría que su respiración había cambiado. Antes había sido más ligera, y ahora era más profunda, estertórea. Notaba cierto cambio en su cuerpo, ahora más pesado, más inerte. Cautelosamente, le tocó. La piel estaba pegajosa. No se movió. Cordelia echó a un lado los cortinajes de la cama, que quedó iluminada con la luz de la luna que entraba por la ventana. Pero tampoco entonces el hombre se movió. Ella se apoyó en un codo y se inclinó sobre el durmiente, examinando su cara. Era una máscara, sin un parpadeo, sin un temblor. Le tocó la boca. Ninguna reacción.

Con el corazón en la boca, se deslizó de la cama. Él siguió inerte. Introdujo la mano con cuidado bajo el colchón de su lado de la cama, buscando a ciegas la llave del cofre. El corazón le latía con tanta fuerza que parecía increíble que no rompiera el sueño de Michael. Pero Matilde había hecho bien su trabajo. Con la pequeña llave en la mano, Cordelia se bajó de la cama sin perder de vista la forma yacente en el colchón. De repente, Michael rodó de lado y hundió la cara en las almohadas. Cordelia sintió náuseas.

Sus ronquidos volvieron a hacerse más profundos, reverberando por toda la habitación. Ella permaneció inmóvil junto a la cama,

dando vueltas a la llave en su mano y mirando a Michael con la cara todavía hundida en la almohada. Incluso ahogados, sus ronquidos resonaban en la habitación. No se despertaría hasta dentro de unas horas.

Si quería hacerlo, tenía que ser ahora. Cordelia corrió al otro lado de la estancia, atravesó su vestidor y entró en el de Michael. Cerró la puerta y encendió la lámpara, reduciendo la mecha al máximo, antes de caer de rodillas junto al cofre. La llave entró en el candado con aceitosa facilidad, luego hizo girar la llave y oyó el ruidito seco del candado al abrirse. Levantó la tapa. El contenido del cofre aparecía exactamente igual que la última vez, con el libro de venenos encima de la serie de diarios.

Su mano encontró enseguida el diario de 1764, el año anterior a la muerte de Elvira. Con dedos temblorosos, lo abrió por la primera página.

El libro cayó al suelo con un fuerte golpe; de su habitación surgía un rugido, un aullido de animal herido. Lo sabía. Sabía que había profanado su cofre. Pero ¿cómo podía saberlo?

¡Dios mío! Esperó, paralizada, que irrumpiera en la habitación para encararse con ella. La mataría. Otro bramido le estalló en el oído, pero Michael no vino.

Lentamente, consiguió moverse. Consiguió levantarse, aunque le temblaran tanto las piernas que apenas podían sostenerla mientras se dirigía hacia su dormitorio, abría la puerta y miraba por la rendija con un terror tan profundo que por un momento temió que se le parara el corazón.

Michael estaba sentado en la cama, con el torso desnudo, su batín abierto y caído a ambos lados. Tenía los ojos abiertos de par en par. Miraban fijamente a la puerta, parecían querer atravesar a Cordelia con los puntos oscuros de sus pupilas. Cordelia temblaba, le castañeteaban los dientes, las náuseas se apoderaban de su vientre mientras esperaba que Michael hiciera algo. Pero sólo estaba allí sentado, mirando. Y lenta, muy lentamente, ella cayó en la cuenta de que no la veía. Sus ojos estaban abiertos, pero no

podía verla. No estaba despierto, estaba sumido en una horrenda pesadilla.

Su alivio fue tal que casi cayó redonda al suelo. Obviamente, la poción de Matilde no se limitaba a ser un somnífero. También debía soliviantar los demonios del alma del durmiente. Y Matilde había elegido precisamente esta clase de bebedizo para esta clase de hombre.

Cordelia volvió a estremecerse. Matilde tenía muchos poderes y un instinto extraordinario para encontrar el castigo adecuado.

Regresó al vestidor de Michael, recogió el diario del suelo y se sentó en la alfombra, apoyada contra el cofre abierto para leerlo. El tictac del reloj, el crujido de las páginas eran los únicos sonidos en la habitación. Lentamente, y cada vez más horrorizada, leyó la relación de los acontecimientos de 1764.

La documentación de su marido era meticulosa. En febrero de 1764 había empezado a sospechar que Elvira le era infiel. Había apuntado el más nimio detalle, cada sospecha, cada momento de convicción. Sus esfuerzos nocturnos por dominar a su esposa estaban descritos con el mismo nauseabundo detallismo que Cordelia recordaba haber leído en la descripción de su propio tormento. Elvira había sufrido, pero según las entradas del diario de Michael, se había vengado tomando un amante.

Los argumentos de la acusación habían ido acumulándose, poco a poco, día a día. La lectura del diario era una horripilante excursión en la mente de un hombre obsesionado hasta la demencia por la convicción de que su mujer le estaba dejando en ridículo como marido engañado. Y sin embargo, Cordelia no encontraba ninguna prueba realmente incontrovertible. ¿Lo había visto Michael... o se lo había inventado en el paroxismo de los celos?

Cordelia había olvidado la hora, el lugar, y cualquier sensación de peligro. Devolvió el volumen de 1764 a su sitio y extrajo el del año siguiente. Y leyó las circunstancias de la muerte de Elvira. La incredulidad y luego el horror se filtraron, fríos y terribles, hasta el tuétano de sus huesos. Michael había registrado cada etapa de la

decadencia de Elvira, los vómitos, la debilidad, la pérdida de su hermosa cabellera, la vista enturbiada, los horribles dolores que atenazaban su cuerpo, tan terribles que ni el efecto del láudano conseguían calmar. La descripción de los síntomas era tan fría y carente de emoción como la descripción de lo que los había causado: el veneno y su administración constante.

Estaba registrada cada dosis que Michael había dado a su esposa. Tres veces al día, hasta una hora antes de su muerte. Su fallecimiento constaba con una sencilla frase: A las 6.30 de esta tarde, Elvira ha pagado por su infidelidad.

Cordelia cerró el libro y se quedó mirando, sin verla, la chimenea vacía. La mecha de la lámpara parpadeó ligeramente, casi agotado el aceite. Devolvió el diario a su lugar y sacó el libro de venenos. Lo hojeó con creciente repulsión, buscando y a la vez temiendo encontrar una descripción del veneno que había matado a Elvira. Pero la repugnancia pudo más que ella. Cerró el libro con otro estremecimiento de horror. Tenía la sensación de haberse mancillado las manos con su contacto. Se sentía completamente sucia tras ese viaje por la mente lúgubre y vengativa de un asesino.

Con un solo pensamiento en la conciencia, dejó el libro en su lugar, comprobó con frío pragmatismo que todo estuviera como antes y cerró el cofre con la llave. Las niñas y ella debían huir, salvarse de Michael. Por muchos peligros que corrieran en su huida, no podía compararse con el peligro que corrían a cada minuto que permanecieran bajo el techo del príncipe. Y todos los escrúpulos de Leo sobre el futuro que les esperaría se quedaban en nada si se comparaban con la perspectiva de carecer por completo de futuro.

Echó una ojeada alrededor antes de apagar la lámpara moribunda y salir del vestidor hacia su propio dormitorio. Michael estaba otra vez tumbado, de espaldas, pero por suerte con los ojos cerrados de nuevo. Cordelia volvió a esconder la llave bajo el colchón y cerró los cortinajes alrededor de la cama.

Ya amanecía. Leo y los miembros masculinos de la corte debían estar saliendo hacia el bosque para una cacería de jabalíes. Michael

le había comunicado su deseo de reunirse con ellos, pero Cordelia no tenía la intención de despertarle. En parte, deseaba incluso haberle dado una dosis excesiva de la poción, una dosis que le impidiera volver a despertarse nunca más. Pero su sueño era demasiado ruidoso como para que estuviera en las puertas de la muerte.

Se envolvió en un salto de cama y se acurrucó en una butaca, esperando hasta una hora razonable para llamar a Elsie y al ayuda de cámara de Michael. Su cabeza estaba ahora tan fría y clara como el mármol, el mármol de una tablilla grabada con cada palabra que había leído. Y su problema era sencillo. ¿Cómo podría encararse con su marido cuando éste despertara? ¿Cómo podría actuar como si no supiera lo que ahora sabía? A la más mínima sospecha, la mataría también a ella.

Michael despertó con un sol resplandeciente. Sentía el cuerpo pesado y sudoroso, la cabeza abotargada como si hubiera bebido demasiado la noche anterior. Por un momento, no supo dónde estaba. Parpadeó ante la brillante luz y luego se dio cuenta de que estaba en la cama de su mujer. Debía haber pasado toda la noche con ella. Giró la cabeza. La almohada a su lado estaba vacía. Estaba solo en la cama.

Se sentó... demasiado rápido para su cabeza, que notaba hinchada, agredida, como si fuera una roca atacada por picos y palas. Los ojos le escocían, tenía la boca seca y con mal sabor. Había bebido bastante brandy antes de acostarse. Pero no más que de costumbre, eso seguro. Hundió la cabeza en las manos, intentando pensar.

—Te has despertado ya, Michael. —La voz de Cordelia le arrancó de sus desesperadas cavilaciones—. ¿Estás enfermo? Tienes muy mal aspecto. —Ni rastro de preocupación en su voz.

Alzó la cabeza dolorida. Cordelia, en un salto de cama claro, con la cabellera suelta, estaba al pie de la cama.

—¿Qué hora es?

—Más de las nueve. Has dormido mucho.

—¿Más de las nueve? —Nunca había dormido hasta tan tarde.

—Quizá estés enfermo. —Cordelia le miró con expresión impasible—. ¿Te habrás resfriado, quizá?

—No digas tonterías, mujer. No he estado enfermo ni un solo día de mi vida. —Lanzó las mantas a un lado y se levantó. Inmediatamente, la habitación empezó a darle vueltas con violencia y sus piernas se negaron a sostenerle. Se dejó caer al borde de la cama y pensó que quizá Cordelia tuviera razón. ¿Estaría enfermo?

—Llamaré a tu ayuda de cámara. —Cordelia tiró de la campanilla.

—¿Qué pasó? —preguntó Michael con la voz espesa—. ¿Anoche? ¿Qué pasó anoche? —Se sentía presa de cierta sensación de temor. Ignoraba cual podía ser la causa, pero tenía la sensación de que había ocurrido algo espantoso, dejándole envuelto en pegajosas y frías hebras de aprensión.

—Nada fuera de lo normal —Cordelia se acercó a la cama—. Excepto que te dormiste luego. —No conseguía eliminar el desprecio de su voz, pero de alguna manera, sabía que en aquellos momentos su insolencia quedaría impune. Michael estaba demasiado preocupado con sus propias dolencias para detectar el tono de su voz.

Sacudió lentamente la cabeza. Algo andaba mal. Pero que muy mal. Su ayuda de cámara llamó a la puerta y entró.

—¿Os sucede algo, milord? Debíais salir de caza esta mañana, pero no me habéis llamado.

La cacería. ¿Cómo demonios había podido dormirse de esta forma? ¿Perderse una cacería real? No le había pasado nada parecido en toda su vida.

—Dame tu brazo —ordenó con dureza. Se levantó, apoyado en el robusto brazo de su ayuda de cámara, con los rasgos de la cara marcados por la sombría determinación de superar esta insultante debilidad—. Tomaré un ponche de leche caliente y un plato de filete. Luego tráeme las sanguijuelas para sangrarme. —Se envolvió en su batín. Echó una ojeada de desconcertada frustración a su mujer y

salió tambaleándose de la habitación de Cordelia, apoyado en su criado.

Cordelia sonrió tristemente. Tenía que preguntarle a Matilde cuánto duraría la debilidad de Michael. Si se veía obligado a permanecer en cama durante cierto tiempo, todo sería mucho más fácil.

Cuando llamó a Elsie, el reloj en la repisa de la chimenea dio las nueve y media. Los hombres regresarían de la caza de jabalíes hacia las diez. Cuatro horas de aquel deporte brutal eran suficientes incluso para el rey, que se desvivía por salir a cazar.

—Prepárame el traje gris, Elsie —ordenó a la apresurada muchacha, que entró en la habitación con su apariencia habitual de haber corrido una maratón. El rubor de sus mejillas era color escarlata, y la cofia no conseguía retener del todo el pelo encrespado. Hizo una reverencia y sonrió nerviosa mientras depositaba el desayuno de Cordelia en la mesa.

—¿Se trata quizá del traje con la combinación de color rosado, milady?

—Sí, el que cosiste ayer —dijo Cordelia pacientemente, mojando su bollo en el cuenco ancho y poco profundo de café.

—Y os lo pondréis con los zapatos azules de seda —anunció Elsie con tono triunfal.

Cordelia no pudo evitar una sonrisa.

—Exactamente.

Radiante de satisfacción, Elsie vertió el aguamanil de agua caliente en el lavamanos y se apresuró a ayudar a su señora a quitarse el camisón, preguntando con aires de importancia

—¿Cómo queréis peinaros hoy, milady? ¿Queréis que caliente las tenacillas?

Cordelia negó rápidamente con la cabeza. La última tentativa de Elsie con las tenacillas se había saldado con algunos rizos chamuscados.

—Lo llevaré suelto, con una cinta.

A las diez en punto entró en el salón, donde monsieur Brion estaba disponiendo los últimos periódicos encima de una consola.

—¿Cómo se encuentra el príncipe? —preguntó con naturalidad, echando una ojeada a su reflejo en el espejo situado encima de la chimenea.

—He llamado al doctor, milady. Permanece acostado, según tengo entendido —replicó impertérrito Brion.

—Si preguntara por mí, quizá puedas informarle de que me ha llamado la delfina. Quiere que lleve a las niñas ante su presencia a última hora de esta mañana.

—A vuestras órdenes, madame. —Se inclinó. Cordelia sonrió. Ambos inclinaron levemente la cabeza y el mayordomo abrió la puerta para su señora.

Cordelia bajó por las escaleras principales con toda la velocidad que le permitían sus altos tacones y su ancho miriñaque, y salió al jardín. Recorrió los caminos de gravilla y entró en el patio de los establos por una puerta lateral. Era aquí adonde regresarían los participantes en la cacería.

Al cabo de cinco minutos, los cascos de los primeros cazadores, encabezados por el rey, chacolotearon en el patio empedrado. Iban cubiertos de barro y de sangre. Sangre que ensuciaba sus pantalones y sus guantes, incluso manchaba sus caras, Los mozos de cuadra que les acompañaban llevaban las armas, los cuchillos y las lanzas que habían utilizado en el último y fiero encuentro con el jabalí. Una lucha a muerte y cuerpo a cuerpo con el animal enfurecido acorralado por perros y hombres, todos sedientos de su sangre.

Las mujeres no participaban en la caza de jabalíes, que se consideraba demasiado peligrosa, demasiado sangrienta. La cantidad de bajas mortales, entre perros y caballos, era a menudo escalofriante, y más de un cazador había quedado inválido por el desgarro de un colmillo.

La mañana había sido claramente satisfactoria. Un grupo de porteadores llevaba un enorme jabalí colgando de dos pértigas, y la

sangre de su garganta abierta regaba el suelo. A su alrededor, los perros cojeaban y babeaban esperando su parte de la presa. El olor de la sangre lo inundaba todo, e incluso Cordelia, que había cazado con jauría desde que aprendió a andar, se sintió asqueada.

Leo regresó con el segundo grupo. También él estaba bañado de sangre, y sus botas de cuero estaban cubiertas de barro. Seguramente, había sido uno de los cazadores que habían acosado a la bestia, cara a cara, mirándola a los ojos. No la sorprendía. Lo que sí la sorprendía de ella misma era su deseo de que Leo dejara para otros este tipo de arriesgada y temeraria hazaña, y permaneciera a salvo montado en su caballo.

—Princesa von Sachsen —Se giró rápidamente al oír la inconfundible llamada del rey, y le hizo una profunda reverencia. El soberano le dedicaba una radiante sonrisa desde lo alto de su caballo—. Qué fantástica mañana hemos tenido. Pero esperábamos a vuestro marido. —Alzó una ceja en señal de interrogación.

Cordelia abandonó su reverencial postura con la gracia de un cisne.

—Mi marido se encuentra indispuesto, majestad. Os manda su más profundo pesar.

El rey frunció el ceño.

—¿Indispuesto? Nada grave, espero.

—No, por supuesto que no, señor —respondió presta. En presencia del rey, la indisposición no estaba bien vista, la muerte estaba prohibida. Una regla absoluta establecía que jamás permaneciera una persona fallecida bajo el mismo techo que albergaba al monarca, y si alguien tenía el mal gusto de morir durante la noche, su cadáver se quitaba de en medio con indecorosa urgencia antes de que su fallecimiento llegara a oídas del rey.

—En este caso, espero verle esta noche —declaró el rey, aceptando la mano de un secretario privado para desmontar de su caballo.

Cordelia hizo una reverencia y se escabulló de la atención del monarca. Leo estaba a un lado, respetuosamente descubierto ante la presencia del rey, golpeando la palma de su mano con el látigo.

—¿Qué le sucede a Michael? —preguntó en voz baja cuando ella llegó a su lado.

—La poción de Matilde. Pero tengo que hablar contigo enseguida. Es terriblemente urgente, Leo. —Intentó mantener la mirada fija en algún punto distante al otro lado del patio, intentó filtrar el pánico de su voz, intentó parecer tranquila y despreocupada.

Pero Leo no se llamó a engaño, el corazón se le contrajo en un nudo de aprensión. No era propio de Cordelia dejarse llevar por el pánico. Miró a su alrededor y dijo:

—Dirígete hacia el laberinto de laurel; iré a encontrarme contigo.

—Pero pronto, Leo. Tienes que venir enseguida. —Cordelia se marchó presurosa, dejándole sumido en la ansiedad. Bajó la vista hacia sus manos ensangrentadas, su traje desgarrado y sangriento. Las salpicaduras de barro se le habían secado y endurecido en la cara. Tenía que cambiarse. Llamaría demasiado la atención si aparecía en los jardines en semejante estado.

Cordelia esperó media hora en la entrada del laberinto de laurel. Estaba situado en una zona apartada y no cultivada del parque, en una verde loma desde la que se divisaban buenas vistas de los parterres y fuentes de los jardines formales a sus pies. Podrían ver a cualquiera que se acercara mientras permanecían ocultos en el laberinto.

Pero ¿dónde estaba Leo? ¿Y cómo iba a contarle lo que acababa de descubrir? ¿Cómo iba a decirle que su adorada hermana gemela había sido asesinada? ¿Cómo podría soportar esta noticia, soportar la idea de que no había hecho nada para ayudarla?

Cordelia le vio subir la loma para ir en su encuentro. Iba vestido de satén color marfil y el forro de su chaqueta era de color azul eléctrico. Llevaba la cabeza, descubierta, sin peluca, y no se había

empolvado el pelo. Y a pesar del horrendo asunto que les había traído aquí, una corriente de deseo sacudió sus entrañas, le tensó los dedos de los pies. Era tan apuesto. Y la quería. Retrocedió para ocultarse en el laberinto, fuera de la vista de cualquiera que alzara casualmente la vista desde los jardines. Estaba demasiado lejos para que la identificaran al momento, pero había que evitar cualquier riesgo, por pequeño que fuera.

Leo alcanzó el punto más alto de la loma y miró a su alrededor, protegiéndose los ojos del sol con una mano, como si estuviera haciendo un balance de su entorno. Luego, entró sin prisas en el laberinto.

—¿Qué sucede? —preguntó en voz baja. Su cara estaba pálida y sus ojos fijos, su voz acompasada.

Cordelia se retorció las manos, como si hiciera nudos imposibles. Por mucho que lo hubiera intentado, no había sido capaz de encontrar las palabras adecuadas.

—Michael envenenó a Elvira —le espetó finalmente—. Lo siento, no quería decírtelo así.

La cara de Leo era una máscara terrible, sus ojos eran cavernas oscuras, y las superficies y contornos de su cráneo se veían recortados de repente en duro relieve.

—¿Qué has dicho?

Cordelia se humedeció los labios. Buscó sus manos, pero él las apartó de golpe, con un rechazo impaciente que le dolió, por mucho que lo comprendiera.

—Anoche leí los diarios de Michael. Es muy meticuloso con sus entradas diarias. Creo que guarda un volumen para cada año de su vida adulta. Leí lo que pasó con Elvira... —Se detuvo, tenía las manos extendidas con las palmas hacia arriba en un gesto de impotencia.

—Cuéntame —dijo con aspereza—todo lo que puedas recordar.

—Lo recuerdo todo —contestó ella con voz dolorida—. Tengo una de esas memorias que recuerdan todo lo que leo en una

página. Es... es... es muy útil para estudiar. —Tragó saliva, consciente de cuan estúpidas sonaban sus atropelladas palabras.

—Vamos, cuenta. —Leo empezó a recorrer el estrecho pasillo de arriba para abajo, mientras ella recitaba palabra por palabra las páginas del diario de Michael. Y cuando ella calló por fin, siguió andando, y el profundo silencio pareció un negro abismo en el que ambos se sumían lentamente.

—¿Crees... crees que Elvira le había sido infiel? —Cordelia no pudo soportar el silencio un segundo más.

Los ojos ausentes de Leo volvieron de golpe a la vida.

—Es posible —cortó—. Pero ¿qué tiene eso que ver con el asesinato?

—Nada... nada, por supuesto. Lo siento.

—¡Veneno! —Espetó de repente—. El más vil de todos los instrumentos. ¡Un arma débil, cobarde, de mujeres!

Cordelia no se sintió con ánimos de defender a su sexo en aquellos momentos. No sabía qué hacer ni decir. Leo estaba totalmente inaccesible. Cada línea de su cuerpo la mantenía a distancia. Ella había sido la mensajera de tan funesta noticia y los mensajeros siempre sufrían. Pero se le rompía el corazón por él, y deseaba tocarle, ofrecerle consuelo, aunque sabía que nada en su poder tendría la fuerza suficiente para calmar su dolor y su ira. Ni siquiera el poder del amor.

—¡Vete! —Era una orden cortante, y ni siquiera la miró al dársela.

Cordelia se deslizó loma abajo, fundiéndose con las brillantes mariposas de la corte que paseaban bajo el sol, entre los surtidores.

Leo giró sobre sus talones, con los ojos ciegos de lágrimas, y se refugió en la fresca soledad del laberinto. Quería gritar su rabia y su dolor al cielo, pero en lugar de ello recorrió impaciente los estrechos callejones entre los altos setos de laureles, golpeándose la palma de una mano con la otra, en una inútil expresión de desesperación.

Se culpaba a sí mismo. Debería haberlo sabido. Durante toda su vida, su hermana gemela y él habían estado inextricablemente

unidos. Habían comprendido lo que el otro pensaba antes de que lo hubiera formulado con palabras. Cuando eran pequeños, incluso estando separados, habían sabido a veces, misteriosamente, lo que el otro o la otra estaba haciendo o sintiendo. Cuando Elvira había contraído la escarlatina, Leo estaba en la escuela, pero la noche en que la fiebre alcanzó su punto álgido, el momento en que su hermana gemela había oscilado entre la vida y la muerte, se había despertado y se había encontrado contemplando un extraño paisaje interior. Un túnel oscuro, con una luz cálida y suave al fondo. Se había debatido, con dificultades para respirar, luchando para rechazar la invitación de aquella luz. Su cuerpo entero parecía estar en guerra, sacudido de un lado a otro por fuerzas opuestas, hasta que la luz se había desvanecido y él despertó completamente empapado en sudor, tan exhausto como si hubiera estado librando una encarnizada batalla durante muchas horas.

Había librado esta batalla contra la muerte, mano a mano con Elvira, a través de la distancia que los separaba. Pero cuando ella agonizaba, víctima de su marido, él se había dedicado a retozar en Roma, sin experimentar el más mínimo atisbo de malestar.

¿Cómo había podido abandonarla? ¿Cómo y cuándo había sucedido eso, cómo se había soltado y desintegrado el vínculo espiritual que les unía?

Las lágrimas corrían incontroladas por sus mejillas, mientras iba penetrando cada vez más en el laberinto. Lágrimas de culpabilidad y de un dolor indecible. Ambos habían sabido que se estaban separando, que las conexiones que les unían por ser gemelos iban dejando paso a la independencia de sus vidas separadas y adultas. Lo habían aceptado, lo habían reconocido. Pero ahora Leo volvió a sentir, por primera vez desde la muerte de Elvira, esta antigua conexión espiritual. Ahora sabía que realmente había perdido una parte de sí mismo, y sentía esta pérdida en su sangre, en sus huesos, en sus nervios.

CAPÍTULO 21

Con la primera ave cantora del coro matutino, cuando la cabalgata real salía para la caza del jabalí, Amelia había despertado a su hermana con un suave codazo. Sylvie abrió los ojos y se sentó en la cama, en un solo movimiento.

—¿Dónde estamos? —Contempló desconcertada el dormitorio extraño, con sus cortinajes de terciopelo azul y su techo dorado. Una brisa fresca y fragante entraba por los largos ventanales abiertos.

—En el palacio, tonta —susurró su hermana, sentándose a su lado—. Vamos a conocer al rey.

La boca de Sylvie se abrió para formar una «O» perfecta, cuando empezó a recordar.

—Con Cordelia. —Sólo en presencia de otras personas trataban a su madrastra con el título de cortesía de madame.

—Sí, y sin madame de Nevry. —Amelia aplastó la almohada contra su boca para ahogar las excitadas risitas que brotaban incontenibles en su pecho. —Cambiemos de lugar, Sylvie—. Se escurrió hacia su hermana.

—Aquí no podemos —protestó Sylvie—. ¿Y el rey, qué?

—No se enterará —repuso Amelia con total naturalidad—. Nadie se entera nunca. —Empujó a su hermana hasta el otro lado de la cama.

Sylvie seguía dubitativa. El truco que tanto les gustaba hacer en el palacio y en la sala de estudios de su casa estaba muy bien,

incluso cuando engañaban a su padre, pero en el palacio del rey, delante del rey, eso era muy distinto.

—¿Y Cordelia, qué?

—Ella tampoco se enterará —afirmó Amelia, ocultando ahora sus propias dudas con una bravuconada—. Nadie lo sabrá, sólo nosotras. Como siempre.

Si Sylvie hubiera perseverado con sus dudas, habría conseguido sin duda convencer a su hermana; pero la puerta se abrió para dar paso a su institutriz, todavía sin vestir, seguida de la niñera.

Louise blandía las dos cintas para el pelo y, sin desearles siquiera los buenos días, etiquetó a las mellizas mientras todavía estaban en la cama y creía saber con certeza quién era quién. Dio sus órdenes a la niñera con los labios muy apretados y se comunicó con las niñas mediante pequeños empujones y pellizcos, atándoles las cintas de su traje como si fueran muñecas inanimadas, rascando en lugar de peinarlas, insertando horquillas en las apretadas trenzas y volviendo a anudar las cintas del pelo hasta que ambas tuvieron la sensación de que su cuero cabelludo estaba a punto de reventar.

Cuando sus cuerpecitos encorsetados estuvieron vestidos con los formales trajes de ricos brocados, sobre rígidas combinaciones de damasco y anchos miriñaques, su institutriz las hizo avanzar a empujones hacia el saloncito contiguo a su dormitorio. Las sentó una al lado de la otra en un resbaladizo sofá de chintz con los pies apoyados en sendos taburetes para que no resbalaran, y les dijo con aire adusto que no movieran ni un músculo. Tenían que esperar allí hasta que la princesa viniera a buscarlas para su visita oficial a la delfina.

Amelia miró de reojo a su hermana, que hizo una mueca de desánimo. Las manecillas del bonito reloj de oro que había sobre la repisa de la chimenea no significaban nada para ellas, pero sabían que todavía era muy temprano y que Cordelia les había dicho, el día anterior, que vendría a buscarlas a las once. La delfina no solía madrugar.

Louise ordenó a la niñera que las vigilara y se asegurara de que no se les descolocara ni un pelo, y se marchó hacia su propia habitación para vestirse.

—¿Y no vamos a desayunar? —preguntó tímidamente Sylvie, mientras su estómago gruñía bajo el rígido corpiño.

—No lo sé, madame —respondió la doncella. También ella se sentía hambrienta y perdida en este enorme palacio. Los apartamentos de las niñas no disponían de cocina, y ella dormía en un delgado colchón en un pequeño armario situado en el pasillo. No sabía cómo pedir comida, ni combustible, ni agua, y se sentía tan incapaz de velar por sus propias necesidades como cualquier preso en la Bastilla.

Louise regresó al cabo de media hora, con las mejillas teñidas de un sospechoso matiz rosado, y sus ojos claros y llorosos, estaban amarillentos y enrojecidos como siempre. Estudió a las dos niñas.

—¿No vamos a desayunar, madame? —preguntó esta vez Amelia.

—Tenemos mucha hambre —añadió Sylvie.

Madame de Nevry también estaba hambrienta, pero no estaba más al corriente del funcionamiento de Versalles que la niñera. La víspera les habían traído la cena sin que tuviera que pedirla. Pero no tenía ni idea de cómo iniciar el proceso para que les sirvieran una comida. Sin embargo, no estaba dispuesta a reconocer su ignorancia ante sus pupilas y mucho menos ante la ansiosa doncella.

—Tenéis que esperar —declaró con altivez—. Un poco de mortificación es muy sano para el espíritu.

La consternación de las niñas aumentó al darse cuenta de que su institutriz no tenía la más mínima idea de cómo procurarles alimentos. Durante cuatro horas interminables, permanecieron sentadas una junto a la otra sin atreverse a mover un músculo, mientras la institutriz tomaba traguitos de su petaca para calmar sus propios retortijones de hambre, y dormitaba de vez en cuando. La doncella ordenó el salón y los dormitorios y luego se quedó abatida

junto a la puerta. Del otro lado de las puertas dobles cerradas venían sonidos de vida: pasos apresurados, murmullos,.algún grito. También se filtraban olores, aromas de comida. En el patio que había bajo sus ventanas, los cascos de los caballos chacoloteaban en el empedrado, crujían con estruendo las ruedas de hierro, se oían llamadas militares y sonaban las trompetas. Al parecer, todo el mundo en este vasto palacio se había olvidado de las cuatro recién llegadas, acurrucadas en un saloncito de una escalera exterior.

Hasta que la puerta se abrió para dar paso a Cordelia, vestida con su traje gris y su combinación de color rosado, el cabello en una cascada de bucles sueltos y negros como el azabache sobre sus hombros de crema.

—¡Buenos días a las dos! —declaró, inclinándose para tomar las manos de las niñas en ambas manos y besarlas en la mejilla. A pesar de la angustia de sus ojos, su sonrisa era tan cálida como lo permitían la ansiedad y la aprensión.

—¡Oh, pero qué frías estáis! —exclamó—. ¿Cómo podéis tener frío en un día tan hermoso? —Miró casi acusadoramente a la institutriz que se había levantado, parpadeando, de su silla—. Están heladas, pobrecitas. Deberían tomar un té o algo parecido para calentarse.

—¡Tenemos hambre! —anunciaron al unísono.

—¿Hambre? Pero ¿no habéis desayunado?

Louise resopló de forma audible.

—El príncipe considera que sus hijas deben ejercitar su autodisciplina de vez en cuando.

—Estoy segura de que es algo muy encomiable —respondió Cordelia cortante—. Pero no puedo creer que el príncipe desee que se mueran de hambre. —Examinó a la institutriz en tenso silencio durante un minuto, luego echó una ojeada a la pálida doncella—. ¿No será más bien que no sabíais cómo pedir el desayuno? —murmuró sorprendida. Se volvió rápidamente para tirar de la campanilla junto a la puerta. —Esta campanilla suena en nuestros

apartamentos. Vendrá Frederick, de nuestro propio servicio. Podéis pedirle todo lo que queráis.

—Lo sé, madame —dijo la institutriz, frunciendo la boca—. Pero como he dicho, a las niñas les conviene...

—A las niñas no les conviene empezar el día con el estómago vacío —interrumpió Cordelia rotundamente—. Les espera un largo y agotador día, y parecen fantasmas. ¿Cuánto tiempo lleváis aquí sentadas?

—Desde primera hora de la mañana, madame —interpuso la doncella, envalentonada por su propia hambre y la evidente turbación de la institutriz.

Cordelia se giró hacia Louise.

—Abusáis de vuestra autoridad, madame. Según tengo entendido, os pagan para cuidar de las hijas del príncipe, ¡no para torturarlas! —Se dirigió hacia la puerta en un torbellino de faldas grises y rosadas—. ¡Frederick, trae chocolate, y bollos y mermelada para las niñas, y enséñale a la doncella dónde puede ir a romper su ayuno!

Tras la marcha del lacayo y la doncella, se hizo el silencio. La institutriz echaba chispas, su pecho estaba henchido como el de un sapo ofendido. Las niñas, con los ojos brillantes de curiosidad y excitación, seguían sentadas en el sofá, pero sin apartar la vista por un momento de la cara de Cordelia. Ella caminaba preocupada de un lado a otro del salón y su cerebro trabajaba furioso. Había roto una de sus reglas en esta nueva vida al declararle la guerra a la institutriz en lugar de ofrecerle una alianza. Pero esa mujer era tan odiosa que le resultaba imposible cualquier acercamiento.

Detuvo su inquieto deambular por un momento y miró a las niñas. Había algo raro en su aspecto, pero ¿qué debía ser?

—Princesa, debo protestar por vuestro tono. —Finalmente, la institutriz pudo expresar su enfado—. Mi pariente, el príncipe Michael, ha confiado sus hijas a mis cuidados y mi autoridad desde su primera infancia y...

—¡Ah, aquí está Frederick! —Cordelia interrumpió bruscamente este apasionado comienzo—. Frederick, pon la bandeja aquí mismo. —Tras reducir así a la institutriz a la categoría de un simple mueble, dio una serie de órdenes al lacayo, que dejó su cargada bandeja y se afanó en colocar dos sillas con cojines adicionales, levantar a Amelia y Sylvie para sentarlas en ellas y servirles chocolate caliente, sacudiendo las servilletas y pasándoles una cestita de bollos.

Cordelia no se apartó de la mesa, partiendo los bollos, untándolos con mermelada, animando a las niñas, que pocos ánimos necesitaban para atracarse con este suculento festín, tan distinto de su desayuno habitual a base de pan con mantequilla y té aguado.

Cuando Louise comprobó que estaba excluida de esta comida, salió indignada del salón hacia su propia habitación, dando un portazo. Cordelia sacó la lengua en dirección de la puerta y las dos gemelas se atragantaron con el chocolate caliente, salpicando toda la mesa.

—¡Oh, me he manchado el vestido! —gimió Amelie, frotando con fuerza una mancha de chocolate de su corpiño, perdidas por completo las ganas de reír ante tamaño desastre.

—¡Oh, no es gran cosa! —Cordelia mojó con saliva la punta de la servilleta y frotó la mancha—. Nadie se dará cuenta. —Dio un paso atrás para examinar la diminuta mancha y sus arqueadas cejas se juntaron con el mismo gesto de extrañeza.

—Pero... pero... tenemos que ir a ver a la delfina —musitó Sylvie, espantada por esta despreocupación.

—Toinette sabe que es muy fácil derramar algo —la tranquilizó Cordelia, tras ahuyentar el momento de extrañeza.

—Pero... pero ¿y el rey? —Sus ojos, idénticos, la miraban atentos desde el otro lado de la mesa.

—¿Qué pasa con el rey? —dijo una voz desde la puerta.

—¡Monsieur Leo! —Chillaron al unísono—. ¿Nos has encontrado?

—Eso parece, seguro —contestó con tono solemne, y cerró la puerta a sus espaldas—. Me ha enviado el rey, que desea conocer a mis sobrinas. —Esta última frase estaba más dirigida a Cordelia que a las niñas.

Su expresión era serena, su porte relajado. Leo era un consumado maestro en el arte cortesano del disimulo. Sólo en sus ojos se reflejaba la verdad. Ya no estaban apagados, sino que ardían con una rabia tremenda, parecida a la desesperación, y el cuero cabelludo de Cordelia se encogió de frío pavor. Se estaba culpando a sí mismo. Ella ya había previsto que ésta sería su primera respuesta, pero no sabía cómo acercarse a él en este amargo abismo de culpabilidad. Cualquier palabra de consuelo habitual sería insultante, especialmente teniendo en cuenta que ella no había conocido a Elvira.

Seguramente, Michael seguía en cama, pero sabía que Cordelia debía acompañar a las niñas para visitar a Toinette, por lo que no corría peligro de que la echara en falta. No podía exigirle que se negara a obedecer una orden real, mientras esperaba recuperarse.

—Entonces, no debemos perder tiempo —dijo con voz neutra. No miró a Leo, porque sabía que sus propios ojos estaban llenos de compasión y temor, y no quería aumentar todavía más su tormento con ello. Limpió el chocolate de la boca de una de las niñas y la mermelada de los dedos de la otra.

La puerta de la habitación de la institutriz se abrió y Louise apareció con cara de silenciosa acusación en el umbral.

Leo le dijo, con fría autoridad:

—El rey me ha mandado buscar a sus pupilas para acompañarlas ante su presencia. Quizá deba asegurarse de que su aspecto es correcto.

—La princesa ha dejado muy claro que no se requieren mis servicios —dijo Louise despechada, torciendo el gesto—. La princesa parece creer que puede cuidar de sus hijastras sin mi asistencia. Aunque yo lo haya hecho con plena satisfacción del príncipe durante casi cuatro años.

Leo no se dignó a responder, sólo miró a través de ella, como si fuera un insecto transparente. Cordelia dijo con tono cortante:

—Si tiene alguna queja, madame, éste no es el lugar adecuado para airearla. —Levantó a Amelia y luego a Sylvie de sus sillas, alisándoles las faldas y ajustando sus pañoletas de muselina.

Amelia, todavía preocupada por la mancha apenas visible en el corpiño, la rascó a escondidas con la uña, mientras echaba ansiosas ojeadas a la institutriz.

—Vamos. —Leo las tomó de la mano—. No debemos hacer esperar al rey.

Louise no se movió de su sitio en la puerta hasta que todos hubieron abandonado la habitación. Entonces se acercó a la mesa. Fruncía la boca y su mirada era dura y especulativa. Con glotonería, empezó a comer los restos del desayuno de las niñas, atiborrándose la boca de bollos, como si llevara una semana en ayunas, y tragando cucharadas de mermelada entre tragos del chocolate que quedaba en la jarra, ahora ya frío.

Se quejaría directamente al príncipe. Sin duda, consideraría cualquier afrenta a la autoridad de su institutriz como una afrenta a su propia persona. Y por toda la casa corría el rumor de que trataba a su joven esposa con la misma mano de hierro con la que dominaba al resto de su personal.

Se limpió la boca de migas con el dorso de la mano, sin darse cuenta de unos restos de mermelada, que pasaron a ensuciar su vestido. Tomó un largo trago de su petaca y se sentó junto a la chimenea vacía. Era obvio que la princesa estaba compinchada con el vizconde, lo cual hacía la situación todavía más intolerable, pero repercutiría a su favor ante el príncipe. El padre de las niñas no toleraría una alianza entre su madrastra y su tío carnal. El príncipe Michael gobernaba en solitario.

—¡Ya sé qué es! —exclamó de repente Cordelia mientras empezaban a andar pasillo abajo. Se detuvo y bajó la vista hacia las

niñas, y dio un paso atrás para verlas mejor—. Amelia lleva la cinta de Sylvie, y Sylvie la de Amelia.

—¿Cómo? —Leo soltó las manos de las niñas y miró asombrado a las gemelas, sumidas ahora en la mayor confusión, ahogando sus risitas con la mano y ruborizadas hasta las cejas—. ¿Cómo las distingues?

—Bueno, al principio no podía, pero Sylvie tiene una peca en la nuca. —Tocó la marca casi invisible en el cuello de la supuesta Amelia—. Tengo razón, ¿no es cierto? —La niña asintió, todavía convulsa de risas.

—¡Maldita sea! —Leo sacudió la cabeza—. ¿Y esa broma, la gastáis a menudo?

Ninguna de las dos contestó, sólo se cubrieron la cara con las manos.

—Debe ser tan divertido engañar de esta forma a todo el mundo —dijo Cordelia, impresionada por las posibilidades de aquella pequeña farsa—. ¿No te parece, Leo?

Por un momento, las sombras retrocedieron. Leo no pudo evitar una sonrisa al pensar que la institutriz, por no hablar de Michael, nunca sabían con cuál de las niñas estaban hablando. Ese juego debía de haber animado sus lúgubres días.

—¿Cuántas veces me habéis logrado engañar a mí? —preguntó.

—¡Oh, ninguna! —le aseguraron al unísono—. ¡Ninguna!

—No sé por qué, pero lo dudo —comentó irónico—. Aunque ahora ya no volveréis a hacerlo, gracias a vuestra observadora madrastra.

La sonrisa de Leo se desvaneció y reanudaron la marcha por el transitado pasillo, él y Cordelia con una niña de la mano cada uno.

—Tendré pasaportes para ti y para las niñas en un par de días. —Sus labios apenas se movían mientras hablaba en dirección a su oído—. Tengo que encontrar algún pretexto para alejar a las niñas de Versalles. Algo que te dé unas horas de ventaja.

—Matilde vendrá con nosotras —repuso ella con el mismo murmullo casi sordo, respondiendo como si sólo fuera la

continuación de un largo diálogo previo. Por supuesto, no había otra opción, ni decisión alguna que adoptar, excepto la del cómo y el cuándo. Y no necesitaba que le dijeran que Leo no iría con ellas. Michael podría sospechar de su participación, pero no había que darle pruebas. Cordelia debería encargarse de la seguridad de las mellizas.

Las niñas, colgadas de sus manos, contemplaban con los ojos muy abiertos el lujo que las rodeaba, mientras sus piececitos ejecutaban los pasitos deslizantes que les habían enseñado. La sala de audiencias del rey estaba atestada de cortesanos, pero una palabra de Leo a uno de los cancilleres del rey les abrió paso hacia donde estaba el monarca, sentado con la delfina y el marido de ésta. Amelia y Sylvie se vieron sepultadas. Sólo veían piernas y miriñaques mientras las arrastraban a través del gentío. Sus mejillas rozaban ricas sedas y terciopelos, y sus piececitos, calzados con chinelas, apenas tocaban los suelos de mármol. Se agarraron desesperadas a las manos de sus acompañantes, aterrorizadas por la posibilidad de soltarse y perderse en el mar de trajes, ahogadas bajo las olas cada vez más altas del ruido, a gran distancia por encima de ellas.

Tenían tan poca experiencia del mundo exterior, fuera de sus aislados apartamentos de la rué du Bac, que se quedaron mudas, con la vista baja, cuando llegaron ante el rey. Sólo se acordaron de hacer una reverencia cuando vieron a Cordelia prosternándose profundamente a los pies del soberano.

Toinette se inclinó hacia adelante, indicándoles que se acercaran al lugar donde estaba sentada.

—Tengo unos dulces —dijo con voz cálida, haciendo un gesto a un lacayo con una bandeja de plata repleta de pasteles y dulces. Las niñas alzaron la vista hacia Leo y Cordelia, demasiado tímidas para mover un músculo. El rey se echó a reír, seleccionó dos rosas de mazapán de la bandeja y le dio una a cada niña, luego, con evidente buen humor, se giró hacia madame du Barry, dando así por terminada la audiencia.

Toinette se levantó.

—Vamos a dar un paseo con las niñas, Cordelia. ¿Nos acompañáis, vizconde Kierston? —Esta última frase fue algo imperiosa, interrumpiendo la conversación de Leo con madame du Barry, que se encontraba al lado derecho del rey.

Leo sonrió cortésmente pero sus cejas se alzaron un poco al inclinarse ante la joven. La actitud de la delfina era claramente desdeñosa y apartaba deliberadamente la vista de la amante del rey.

—Estoy a vuestras órdenes, por supuesto, madame.

—Entonces, os ordeno que nos acompañéis —declaró Toinette, intentando sonar ahora alegre y juguetona. Pero ese intento no llegó a tiempo para invertir el efecto de su declarado desaire a madame du Barry, que la miraba furiosa y desencajada, con las mejillas blancas bajo el colorete. El descontento del rey era evidente, pero Toinette pareció no darse cuenta.

—No creo que mi madre esperara de mí que tuviera trato con prostitutas —dijo en voz baja pero desafiante mientras se alejaban del adulador círculo a los pies del monarca.

—Supongo que la emperatriz esperaría de su hija que se comportara con cortesía —dijo Leo. A pesar de sus propias desgracias, no podía quedarse impasible viendo a esa jovencita cometer un error tan terrible—. Si os enemistáis con la Du Barry, estaréis haciéndoles el juego a aquellos que quisieran servirse de vos para sembrar discordias en la corte. Esto no le agradará al rey.

—Yo sólo me atengo a mi conciencia, milord —declaró Toinette en tono altivo—. Y mi conciencia sólo debe rendir cuentas a Dios. —Una pequeña inclinación de cabeza remató esa declaración—. Salgamos al jardín, les enseñaremos a Amelia y a Sylvie los pavos reales y los surtidores.

Las niñas, que estaban empezando a recuperarse de la dura prueba de la audiencia del rey, y a examinar con interés su exótico entorno, exclamaron encantadas su aprobación ante la propuesta y tiraron de las manos de Leo.

Leo se inclinó con marcada ironía y renunció a seguir discutiendo. Tenía otros asuntos mucho más urgentes de que ocuparse.

—Si me disculpáis, madame. —Y se marchó.

Toinette apenas pareció darse cuenta.

—Tengo un concierto esta tarde, Cordelia; debes traer a las niñas. El señor Percossi tocará para nosotros. Y también actuará una bailarina.

—¿Una bailarina?

—Sí, se llama Clothilde, creo. Ha insistido mucho en su participación.

—Oh. —A pesar de todo, Cordelia sonrió complacida. Christian debía de haber hecho acopio de valor para acercarse a la bailarina —. ¿Os dan clases de música, Sylvie?

Sylvie arrugó la nariz.

—Madame de Nevry nos enseña.

—Pero nos parece que no sabe tocar —se interpuso Amelia—. Hace un ruido espantoso.

—Sí, sólo aporrea. No suena para nada como si fuera música —prosiguió su hermana—. Y nos manda hacer muchas escalas. —Ambas imitaron con las manos unas escalas imaginarias en un teclado imaginario, cantando las notas en sus voces agudas y bastante desafinadas.

—Oh, qué desagradable. —Cordelia hizo una mueca compasiva, pero su cabeza trabajaba febrilmente mientras iba urdiendo un nuevo plan—. Tendré que encontraros otro maestro de música, uno mejor. Todas las niñas deben aprender a tocar, ¿no es cierto, Toinette?

La delfina asintió con fervor.

—Y a cantar y a bailar también. Ya veréis, puede ser muy divertido.

Las niñas no parecían convencidas, pero ya habían llegado a los jardines y olvidaron rápidamente las clases de música ante todos los placeres que les esperaban al aire libre.

—Su Alteza no recibe hoy —informó monsieur Brion a la institutriz, con aire altanero. La mujer permanecía en el pasillo, delante de los aposentos del príncipe. El mayordomo sostenía la puerta a sus espaldas, impidiéndole así la entrada.

—¿Y cuándo recibirá el príncipe? —Louise se armó de toda su supuesta importancia. Estaba emparentada con el príncipe, no podían ahuyentarla como si fuera una mera sirvienta.

—No lo ha dicho. Sugiero que regreséis a vuestros apartamentos, madame, y el señor os mandará a buscar en cuanto desee veros. —Brion retrocedió para entrar en la habitación y empezó a cerrar la puerta.

—¿Le diréis que deseo hablar con él? —rogó Louise desesperada mientras la puerta se le cerraba en las narices. No hubo respuesta.

Se quedó merodeando por el pasillo, refunfuñando entre dientes. No confiaba en que Brion transmitiera su mensaje, o por lo menos, no con la premura adecuada. Y era de importancia vital que pudiera informar al príncipe lo antes posible. Le diría que si su autoridad debía ser desacatada abiertamente, después de tantos años, ella necesitaba oírlo de labios del príncipe. Por supuesto, se inclinaría ante las órdenes del príncipe, pero seguro que éste entendería su postura. La princesa era tan joven, jugaba con la novedad de ser madre. Pronto se aburriría y los placeres de la corte la alejarían de la sala de estudios. Y entonces la institutriz tendría que habérselas con unas niñas rebeldes, decepcionadas y consentidas.

Se quedó rondando junto a la puerta, ensayando su discurso en voz baja, intentando parecer segura de sí misma, como si tuviera un buen motivo para estar donde estaba, escorada ante la marea de sirvientes presurosos y parloteantes cortesanas que hacían fiorituras con sus abanicos y cuyos tacones enjoyados repiqueteaban en los suelos de mármol con sus pasos vivos y ligeros. Todo el mundo parecía tener prisa, y nadie miró de reojo a la institutriz de nariz roja y ojos llorosos, con su peluca pasada de moda y su traje sin estilo.

Louise echó una ojeada ansiosa a su reloj de bolsillo. Era casi la una y las niñas llevaban ya dos horas ausentes. Debería regresar a sus habitaciones, pensó, pero siguió esperando a que el príncipe saliera por la puerta. Aunque Brion hubiera dicho que el señor no recibía, eso no quería decir que fuera verdad. Brion era un bruto malicioso que se alegraría de su frustración, pensó apretando los labios.

Un criado avanzaba por el pasillo con un par de perros Spaniel tirando de su correa. Los perros se detuvieron para olisquear los zapatos de la institutriz, y el borde de su vestido. Con una mirada desdeñosa, el criado evaluó a madame de Nevry, y decidió que no era más que un caso de beneficencia, una parienta pobre, quizá incluso una sirvienta de categoría superior, aunque su traje era demasiado desastrado para los criados de más alto rango en la sala de estar del servicio de cualquier casa que se preciara. Dejó de tensar la correa y una nariz húmeda se introdujo husmeando bajo las faldas de Louise. El criado miraba indiferente a su alrededor, sin intentar en lo más mínimo apartar a los animales, como si la institutriz no fuera más que un tronco de árbol dispuesto para las necesidades de los perros.

—¡Oh, fuera, fuera de aquí! —chilló, retrocediendo contra la pared.

El criado sonrió burlón.

—Sólo pretenden ser amables —dijo.

—¡Llévatelos de aquí! —Intentaba apartarles, mientras se arreglaba la falda—. Animalitos horrendos.

—¡Que no la oiga decir eso Su Excelencia de Borgoña! ¡Dios mío, no! —El hombre sacudió la cabeza con fingida reprobación—. Ésos dos son más valiosos para el duque que sus propios hijos.

Se estaba burlando de ella y ella no podía hacer nada al respecto, acorralada como se encontraba contra la pared, con los perros babeando y olisqueando sus tobillos. Lágrimas de frustración empezaron a escocerle en los ojos. Sabía que era el blanco de muchas chanzas en la cocina de la rué du Bac, pero que un

completo desconocido se riera así de ella, eso era algo que le resultaba incomprensible.

—¡Madame de Nevry! —La voz de la princesa le llegó desde detrás del odioso lacayo—. ¿Queríais algo? Pero por Dios, hombre, aparta a esos perros. ¿No ves que a madame de Nevry no le gustan los animales?

El sirviente, reconociendo la voz de la autoridad, saludó con una reverencia y se llevó a los perros. Cordelia estudió a la ruborizada institutriz, alzando una ceja.

—Las niñas están con la niñera. Deben comer y descansar antes de asistir al entretenimiento musical de la delfina esta tarde.

El frío y arrogante tono de la princesa le recordó al momento todos los agravios sufridos. Erguida al máximo, y con los labios tan tensos que casi desaparecían, respondió:

—Creía que habíais asumido la responsabilidad de las niñas, princesa. Habéis dejado muy claro que ya no me necesitáis.

—¿Y quizá pretendíais hablar del tema con mi marido? —preguntó suavemente Cordelia, entrecerrando los ojos.

Louise casi se derrumbó.

—Deseaba aclarar la situación con mi primo.

Cordelia permaneció en un sombrío silencio durante un momento.

—Venid un momento conmigo, madame. —Tomó a la institutriz por el brazo y se puso a andar con ella por el pasillo, antes de que Louise hubiera podido recuperarse de su asombro—. Escuchadme bien —prosiguió Cordelia con un tono de voz coloquial que no llamaba la atención entre la charla de los numerosos cortesanos—, sólo puedo dar por supuesto que mi marido no ha advertido que apestáis como un barril de encurtidos, pero os aseguro que todos los demás lo saben. Yo misma, el vizconde Kierston, monsieur Brion, todos y cada uno de los miembros del servicio, hasta el último lavaplatos.

Louise lanzó un grito ahogado de indignación, e intentó liberar su brazo, pero la fuerza física de la princesa, a pesar de su delgadez,

superaba con creces la de la institutriz.

—No permitiré que me hablen...

—¡Chitón! —Interrumpió Cordelia—. Vais a escucharme, madame. Tengo la intención de involucrarme en el bienestar de las niñas y en todos los aspectos de su educación. No diréis nada de todo esto al príncipe Michael, ni intentaréis en modo alguno oponeros a mis planes. Si lo hacéis, os prometo que el príncipe se enterará de que sus hijas están en manos de una borrachina. No creo necesario explicaros las consecuencias.

Louise estaba sin aliento. Boqueaba como un pez ensartado en un arpón, con la cara grisácea. Nunca se le había ocurrido que sus numerosos escarceos a la petaca de plata dejaran rastro alguno. No tenía ni idea de que apestaba a coñac. Ni idea de que sus ojos enrojecidos, sus andares a veces vacilantes, ni sus frecuentes siestas la hubieran delatado. Se creía completamente a salvo, pensaba que era imposible detectar su hábito en la sala de estudios con dos niñas pequeñas.

—¿Estamos de acuerdo, madame? —preguntó Cordelia secamente, plegando su abanico con la mano libre. Sonrió y se inclinó ante una conocida, mientras seguía arrastrando a la institutriz —. Vuestro silencio a cambio del mío.

La cabeza de Louise daba vueltas. Deseaba más que nada en el mundo un traguito de su petaca para aclararse las ideas.

—Lo... lo negaré. ¿Cómo os atrevéis a hablarme de esta guisa? —consiguió decir.

Cordelia lanzó una corta carcajada.

—Hay demasiados testigos para que vuestra negativa sea creíble. Y puedo prometeros con absoluta seguridad que todos darán un paso al frente si se lo pido. No sois demasiado popular, sabéis —añadió casi zalamera, cambiando súbitamente de táctica —. Y yo sólo pretendo lo mejor para las niñas, como, estoy segura, es vuestro caso. Trabajaremos juntas para que sean felices.

La única respuesta de Louise fue un gemido inarticulado, pero Cordelia supuso que había ganado la batalla.

—Empezaremos mañana —dijo animosa—. Presentaré a las niñas a un amigo músico. Un amigo muy influyente —mintió—que se ocupará de su educación musical. Y puesto que estoy segura de que harán grandes progresos con sus enseñanzas, su padre se alegrará muchísimo. Y, por supuesto, todo el mérito recaerá en su institutriz.

Se detuvo en la intersección de dos pasillos; el de la izquierda llevaba hacia los apartamentos de las niñas.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo?

Louise estaba furiosa, pero no se le ocurrió nada que decir. Inclinó la cabeza en un gesto que podría interpretarse como un asentimiento, liberó su brazo del de Cordelia y se escabulló rápidamente.

Cordelia se mordió el labio inferior, preguntándose si no se habría excedido. Le había planteado un chantaje y un soborno. ¿Sería suficiente para asegurarse del silencio de la institutriz y de que haría la vista gorda durante el tiempo necesario? Leo había dicho que tendría sus pasaportes en un par de días. Si pudiera llevarse a las niñas a la ciudad, llevárselas a Matilde, en la posada de Christian, sin que Michael se enterara, ya habría dado un importante paso. Siempre que Louise no dijera nada de una supuesta clase de música...

Volvió sobre sus pasos y regresó meditabunda hacia sus apartamentos. Cuando entró, se encontró con Michael sentado en el salón, pálido y con mala cara.

—El rey ha estado muy complacido con tus hijas, Michael —dijo en un tono casi indiferente—. La delfina ha paseado con ellas por los jardines y les ha invitado a su concierto de esta tarde.

Michael la fulminó con la mirada. Las sanguijuelas le habían extraído una copiosa cantidad de sangre y se sentía demasiado débil para reaccionar ante su tono de voz.

—Os acompañaré yo mismo —anunció, tomando un largo trago del ponche de leche caliente que esperaba le devolviera sangre en las venas.

Cordelia se inclinó.

—Suponiendo que te encuentres recuperado.

—¡Maldita seas! ¡Claro que estoy recuperado! —Se la quedó mirando y le asaltó de pronto la horrenda sospecha de que quizá fuera ella la culpable de su estado. ¿Brujería? ¿Sería quizá una bruja? Absurda idea. Pero no se la quitaba de encima. Algo le había arrebatado todas sus fuerzas mientras dormía. Mientras se encontraba inconsciente, algo había llenado su cabeza con aquellas imágenes espantosas, aquellas terribles premoniciones que seguían atormentándole bajo la viva luz de un nuevo día.

¿Su mujer? ¿Su infantil esposa? ¿Esa mocosa testaruda, desafiantes incorregible?

Bajo su mirada fija, Cordelia se sintió paralizada como un conejo hipnotizado por el zorro. No podía imaginar qué pensamientos podían producir una amenaza tan espantosa. ¿Había mirado a Elvira de aquella manera? ¿Cuando había decidido matarla?

Oh, Dios mío, ayúdame. La plegaria daba vueltas y más vueltas en su cabeza. Ella, que tan poco creía en rezos y oraciones. Con un esfuerzo supremo de su voluntad, sonrió a aquellos ojos pálidos y terribles y se disculpó. A solas en su habitación, apoyada en la cómoda, fue presa de arcadas secas, como si pudiera así librarse de su terror.

CAPÍTULO 22

El maestro de esgrima abatió su arma y dio un paso atrás cuando el botón que protegía la punta del florete del vizconde Kierston tocó su hombro.

—Ha sido demasiado rápido, incluso para mí—reconoció, secándose la frente con un pañuelo bordeado de encajes—. Hoy tenéis alas en los pies, milord Kierston.

Leo negó con la cabeza y también se secó la frente. Era temprano por la tarde, y hacía calor en la galería situada sobre los establos, donde los cortesanos medían sus floretes contra la destreza del maestro Leclerc. Leo era un asiduo, venía a batirse en duelo con el maestro varias horas al día siempre que tenía la oportunidad. Pero hoy, tras esa práctica, había un objetivo más peligroso que el simple deporte, algo que se reflejaba en cada músculo de su cuerpo, en su concentración letal, en la ferocidad subyacente a la impasible superficie de sus ojos.

—¿Estáis planeando un duelo, milord? —Leclerc no se andaba nunca con rodeos y sabía interpretar las señales tras años de experiencia.

Leo se limitó a reír y alcanzó la botella de agua del pretil que había bajo una piedra a sus espaldas. Bebió con avidez, luego echó la cabeza hacia atrás y dejó caer un fresco chorro sobre su cara. Llevaba el pelo muy estirado y recogido, acentuando las líneas limpias de su mandíbula, sus pómulos prominentes, la amplia extensión de su frente.

—Compadezco a quien se haya enemistado con vos, milord —dijo Leclerc flemáticamente, y tomando la botella que Leo le ofrecía. Bebió—. ¿Otro asalto? Vuestro juego de pies en el ataque está a pocos milímetros de la perfección. —Ilustró la diferencia juntando casi el índice con el pulgar.

El concierto de la delfina no empezaría hasta las tres. Leo alzó su punta, saludó al maestro de esgrima y las hojas entrechocadas y el suave batido de los pies calzados con medias fueron de nuevo los únicos sonidos que se oían en la larga galería.

Mientras luchaban, llegaron otros cortesanos dispuestos a medirse contra el maestro. Varios empezaron a practicar entre ellos; otros se congregaron alrededor del maestro y su contrincante. Leo era algo consciente de su público, pero deliberadamente borró a todos los espectadores de su conciencia, concentrándose hasta que sólo vio la hoja del arma de su maestro, relampagueante, titilante, buscando siempre una apertura. Redujo a su contrincante a esta simple hoja, tal como sabía que debía ser cuando ya no se trataba de practicar, sino de batirse de verdad. También entonces sería observado, pero por un público mucho menos disciplinado que estos expertos esgrimistas. Habría entonces, además, el frufrú de las faldas y el cuchicheo de las mujeres, y los lánguidos comentarios de petimetres y dandys que preferían los pasatiempos menos activos de la corte. Y tenía que borrar todas estas distracciones de su mente.

Así como cualquier pensamiento sobre Cordelia.

Falló su defensa. Monsieur Leclerc se deslizó bajo la guardia de Leo y la delgada hoja de su florete se curvó en un elegante arco mientras el botón que protegía la punta presionaba las costillas del vizconde. Éste bajó el arma y extendió la mano.

—Buen combate, monsieur.

—Algo ha pasado por vuestros ojos —dijo simplemente el maestro—. Sólo vos lo sabéis.

Leo asintió brevemente y recogió su gabán de una silla. Contestó de manera informal a los saludos de amigos y conocidos, volvió a

secarse la frente, se puso los zapatos y luego descansó por un momento, apoyado en el alféizar de la ventana y extendiendo sus largas piernas, cruzadas por los tobillos.

Nadie que lo hubiera contemplando tranquilamente haciendo las prácticas de esgrima habría adivinado la rabia candente que sentía por su error. Una rabia que tenía sus raíces en el miedo. Miedo de morir. Sólo podría vencer a Michael si no permitía que nada se interpusiera en su concentración. El príncipe era un excelente espadachín, famoso en todo el ejército prusiano por su destreza. Era más viejo y más pesado que cuando joven, cuando había enviado a la muerte en el terreno de duelo a diez de sus compañeros cadetes en otros tantos meses. Y seguía siendo casi imbatible. Seguía practicando religiosamente. Y podía matar.

Pero debía apartar de su mente cualquier pensamiento sobre Cordelia. Debía asegurarse de que tanto ella como las niñas estaban a salvo. Si él caía bajo la espada de Michael, Cordelia y las niñas estarían indefensas, a menos que pudiera esfumarse en el aire. Su hermana las escondería si conseguían llegar a Inglaterra y allí estarían a salvo durante un tiempo. Por lo menos, hasta que todo el revuelo hubiera remitido.

Debía apartar de su mente el hecho de que si conseguía matar al príncipe, Cordelia quedaría libre.

Elvira estaría vengada; Cordelia sería libre; las hijas de Elvira pasarían a estar bajo su propia protección. Tres objetivos conseguidos con una sola estocada. Pero debía concentrarse sólo en vengar a Elvira, en castigar a su asesino, como era su derecho legal y moral. Si se permitía ir más allá de este objetivo, pensar en un futuro, una vida de amor con Cordelia, en la que sus hijos pudieran crecer amados y seguros, entonces corría el riesgo de perder la concentración, un arma tan decisiva como su espada. La concentración, que era lo único que se interponía entre él y el golpe mortal de Michael.

—Os he visto practicar, lord Kierston.

Leo alzó la mirada. Christian Percossi le sonreía con cierta timidez. Todavía no tenía plena confianza en el vizconde.

—No quisiera ser impertinente, pero parecíais muy feroz, como si no fuera un deporte.

Leo se separó del alféizar.

—Muy bien observado. Ven, vamos a dar un paseo. Tengo que hablar contigo de ciertas cosas.

Christian, complacido por esta invitación, salió con Leo de la galería de esgrima. Pero ahora la expresión del vizconde era sombría y cerrada, sus ojos miraban duros como el acero, y quienes levantaron la vista hacia él al cruzarse en su camino se estremecieron como si un viento helado se arremolinara en su estela. Y la sangre de Christian temblaba de aprensión.

Pasearon por los caminos de grava entre los surtidores, parecían dos cortesanos conversando como cualquier otra pareja a su alrededor. Aunque su conversación no tenía nada de ordinario.

—Tengo la intención de retar al marido de Cordelia bajo la antigua ley del duelo judicial —decía Leo y su voz sonaba absolutamente tranquila a pesar de lo incendiario de sus palabras—. Tendrá que celebrarse una acusación pública ante el rey, y un juicio. Cordelia no debe estar presente. Si yo perdiera, quedaría inmediatamente a la merced de su marido, y debe por lo tanto estar en una posición que le permita huir de Francia con sus hijastras.

—¿Le acusaréis y lucharéis con él porque maltrata a Cordelia? —preguntó vacilante Christian. Sin duda, semejante acusación levantaría inmediatamente todo tipo de habladurías sobre la relación entre el vizconde y la esposa del príncipe.

—No —dijo simplemente Leo. —Le acusaré de asesinato. De asesinar a su primera esposa, mi hermana.

Christian palideció, boquiabierto.

—¿Eso ha hecho?

—Sí. —Leo arrancó una rosa del enrejado de la pérgola bajo la cual se encontraban ahora—. Eso hizo. Y reclamaré el derecho familiar de vengar la muerte de una hermana.

—Pero... pero sin duda, sería más sencillo... menos inseguro... acusarle ante un tribunal de justicia... —tartamudeó Christian.

—Quizá. Pero él ha vertido la sangre de mi hermana, y yo verteré la suya. —Tanto su cara como su voz carecían de expresión, y Christian tuvo la sensación de que el vizconde estaba recubierto por una capa de hielo. Una escultura de hielo muy alejada del contacto humano normal. Un hombre arrebatado por la furia más terrible.

—¿Y qué... qué queréis que haga yo?

La respuesta de Leo fue sucinta, sus palabras todavía estaban carentes de expresión.

—Si muero, quiero que acompañes a Matilde, Cordelia y mis sobrinas hasta la costa y allí les consigas pasaje en un paquebote hacia Dover. Seréis perseguidos por el príncipe Michael, pero tendréis todos los pasaportes y la documentación necesaria; deberéis disfrazaros de alguna manera y viajar sin descanso. ¿Crees poder llevar a cabo esta tarea para ayudar a Cordelia?

—Sí, sí, por supuesto lo intentaré —dijo Christian—. Pero Cordelia querrá encargarse de todo, como siempre. —Pareció impactado por su propio reconocimiento, como si de alguna manera estuviera fallando a Leo, pero el vizconde sonrió por primera vez. Era una sonrisa fugaz, pero consiguió a pesar de todo tranquilizar a Christian.

—Sí, estoy seguro de que lo hará. Pero necesito saber que la ayudarás en todo lo que sea necesario.

—Tenéis mi palabra. —Impulsivo, Christian le tendió la mano. Leo la apretó en la suya, fuerte y seca.

—Bien. Gracias, amigo mío. —Estrechó un momento la mano del músico, luego dejó caer al suelo de gravilla la rosa que había conservado hasta entonces. Con una ligera inclinación de cabeza, se dio la vuelta y se marchó en dirección del palacio.

Absorto, Christian se inclinó para recoger la rosa. Se sentó en un banco de piedra bajo la pérgola, inhalando el delicado aroma de la flor. Tendría que pedir permiso a su patrón para ausentarse, y éste

no se lo daría de buen grado, teniendo en cuenta el poco tiempo que llevaba a su servicio. No podía contarle la verdad al duque de Carillac, por supuesto, de manera que tendría que inventarse alguna excusa infalible. Pero ¿cuándo tenía el vizconde la intención de dejar caer semejante bomba? Christian se reprochó duramente no haberlo preguntado. No sabía si disponía de un día, una semana o un mes para prepararse.

Echó una ojeada a su reloj de bolsillo y se puso de pie de un salto, con una exclamación de horror. Eran ya más de las dos y media, y debía tocar para la delfina a las tres en punto. No podía llegar tarde. Salió corriendo y llegó sudoroso y jadeante a la pequeña sala oval de música junto al Salón de los Espejos.

Secándose la frente, examinó el clavicémbalo. Era un instrumento elegante, con brillantes incrustaciones de madera y finas teclas de marfil. La perturbadora conversación con el vizconde fue desvaneciéndose de su mente cuando se sentó en el taburete de terciopelo azul y tocó unos acordes, con la cabeza inclinada a un lado para escuchar las notas.

—Espero que el instrumento os parezca satisfactorio, señor Percossi.

—Sí, gracias —repuso distraído al solícito lacayo, sólo vagamente consciente de la actividad que se desarrollaba en la habitación a sus espaldas, donde los criados disponían hileras de pequeñas butacas doradas y colocaban a su lado botellas y bandejas de frutas, tartas y dulces.

—Si no os importa levantaros un momento, señor, tenemos que enrollar la alfombra —se disculpó un lacayo.

Christian pareció sobresaltado, pero se levantó y se apartó complaciente a un lado, mientras la alfombra turca enrollada iba revelando el liso suelo de madera de roble.

—¿Por qué estáis haciendo esto?

—Para la bailarina, mademoiselle Clothilde, señor.

Ah, sí. ¿Cómo podía haberlo olvidado? Christian sonrió involuntariamente. Había conseguido que Clothilde bailara esta

tarde, gracias a la influencia de su mecenas. El padre de la muchacha había estado encantado por el honor con el que se distinguía a su hija, y parecía ver ahora con buenos ojos al joven señor Percossi. Christian no estaba todavía muy seguro de la opinión que le merecía a la propia Clothilde; era tímida como una cervatilla. Pero Christian había descubierto que él mismo disponía de tanta paciencia como un experto cazador.

Se alejó del clavicémbalo y fue a mirar por el largo ventanal que se abría a una terraza pavimentada con losas de piedra. Todo estaba tan tranquilo como siempre, los céspedes y caminitos estaban salpicados de figuras con plumas de mil colores, las faldas henchidas por los miriñaques oscilaban con elegancia, las sedas y satenes de sus acompañantes brillaban como joyas bajo el sol de la tarde.

Era todo tan lujoso y tan artificial, pensó Christian. La vida estaba centrada alrededor de todo tipo de frivolidades; nadie albergaba una idea seria en la cabeza. Estaban todos ocupados con la caza, el juego de azar, los festines, los bailes y el chismorreo constante desde el momento en que abrían los ojos hasta que el último cortesano desaparecía de los pasillos de mármol con el primer canto de un pájaro.

Un estremecimiento le recorrió la columna vertebral al recordar la cara de Leo, al oír de nuevo su voz. No había nada artificial ni superficial en la furia profunda, fría y contenida del vizconde, y su venganza haría saltar en añicos este mundo apacible y ordenado con tanta eficacia como un pedrusco lanzado contra uno de los enormes espejos de la galería. Y no había tampoco nada fantasioso ni liviano en la responsabilidad que le había impuesto a Christian. Una responsabilidad a vida o muerte para salvar a Cordelia y a dos niñas pequeñas de un asesino.

La última vez que había visto a Cordelia había sido en la posada donde se alojaba, cuando ella había ido a visitar a Matilde. Supo entonces que algo definitivo había sucedido entre ella y el vizconde, y supo entonces que la situación era tan frágil que algo tenía que

romperse. Leo, Cordelia y Matilde se habían reunido formando un concentrado círculo del que se había sentido excluido. Parecían compartir una información, una experiencia de algún mal que no le había tocado a él directamente. Pero ahora, ya había llegado hasta él. Ahora ya no estaba excluido. Y tenía que cumplir con su papel. El fuego de la determinación ardía en sus entrañas, armándole de valor y produciéndole la exultante sensación de ser alguien que no era. De romper alguna barrera de su carácter.

—Oh, perdone, señor, pero... pero me gustaría saber qué música va a tocar.

Christian se giró hacia la tímida voz que había surgido a sus espaldas. Era una delgada muchacha de pelo castaño vestida con una sencilla túnica de muselina blanca, y con el pelo recogido para revelar el pálido oval de su cara.

—Ah, Clothilde. —Sonrió complacido y embargado por una maravillosa sensación de fuerza y experiencia, al lado de esta frágil jovencita. Era un hombre con una misión.

—Buenas tardes, señor. —Se inclinó con elegancia.

—No tienes por qué asustarte, niña. —Niña. Le encantaba el sonido de la palabra en su lengua. La tomó por la barbilla, alzándole la cara, y le sonrió. Qué pequeña y delicada era.

Tan joven, tan tímida, y le miraba con unos ojos tan llenos de admiración, a él, un genio reconocido, un músico que había tocado para las casas reales de todo el continente.

—No he bailado nunca ante la realeza, señor —confesó, con otra reverencia, sus piececitos calzaban chinelas que asomaban bajo el borde de su túnica.

—No tienes nada que temer —le dijo él, desde su vasta experiencia de la vida cortesana. Había tocado para públicos imperiales desde la infancia—. ¿Qué pieza te gustaría que tocara? —La tomó suavemente de la mano, acercándola al clavicémbalo—. ¿Qué tienes la intención de bailar?

—Cualquier cosa, lo que quiera, señor —repuso Clothilde, tan temblorosa como antes. Christian se sintió crecer, henchirse como

un árbol alto y protector que cobijaría a esta tímida habitante del bosque.

Se sentó al clavicémbalo y le tomó las manos en las suyas para que se acercara a él.

—Déjame tocar un fragmento de un ballet de Cavalli, a ver si lo conoces.

Clothilde escuchó con la cabeza ladeada. Su sonrisa era radiante.

—Lo conozco muy bien, señor.

—Entonces, entretendremos a la compañía con Cavalli —dijo Christian con otra resplandeciente sonrisa—. ¿Cuántos años tienes, Clothilde?

—Catorce, señor.

La misma edad que la delfina, pensó Christian. Pero esta niña parecía mucho más joven, mucho más inocente.

En la antesala de la sala de música se produjo un revuelo. Christian se levantó cuando entró la delfina, del brazo del delfín, con toda su corte detrás. Se inclinó, Clothilde hizo una reverencia, y la delfina les saludó inclinando la cabeza antes de sentarse en la primera fila de butacas.

Cordelia, vestida con un traje de seda color amarillo canario y adornada con pendientes y collar de brillantes topacios, entró en la sala del brazo de su marido, las dos niñas les seguían justo detrás con la vista a veces fija en el suelo, a veces atreviéndose a mirar el fastuoso gentío a su alrededor.

Toinette hizo señas a Cordelia, llamándola con su voz clara y aguda:

—Ven a sentarte conmigo, Cordelia. Y las niñas también.

Cordelia miró de reojo a su marido. Su tez todavía era grisácea, y el sudor perlaba su frente, pero sus ojos eran tan pálidos y fríos como siempre.

—Con vuestro permiso —dijo puntillosa, antes de avanzar en compañía de Amelia y Sylvie.

Las niñas, emocionadas, se sentaron en unos taburetes bajos a los pies de su madrastra y de la delfina. El delfín rebulló incómodo en su butaquita dorada, con una breve inclinación hacia Cordelia cuando ésta le dedicó una reverencia. La actitud del delfín no parecía muy afable, pero supuso que todavía se sentía incómodo en compañía de su esposa. No parecían haber intimado mucho, sin duda, y no intercambiaban ni una sonrisa ni un gesto, sentados rígidamente uno al lado del otro. El pobre muchacho debía saber que su desinterés por la alcoba nupcial era ya la comidilla de la corte.

Michael se sentó dos filas por detrás de la pareja real. Distinguía la nuca de su mujer, los bucles oscuros recogidos en lo alto de la esbelta columna de alabastro de su cuello. Echó una rápida ojeada al músico y reconoció en él al joven de quien Cordelia había declarado ser amiga de infancia. Tensó los labios. Tenía que sacar a Cordelia de Versalles, pero se encontraba demasiado enfermo para concebir un plan coherente. Sin embargo, enfermo o no, no le quitaría la vista de encima a su mujer. Se cruzó de brazos con expresión adusta y miró fijamente al frente.

Leo entró en la sala de música unos minutos más tarde. Se quedó al fondo, apoyado contra la puerta, estudiando toda la escena. La visión de Cordelia junto a la delfina, alejada de Michael, le aportó cierto alivio, aunque sabía que era un consuelo espurio. Aunque estuviera con su marido, Cordelia no peligraba jamás en público.

—He pensado que preferirías alejarte de tu marido —dijo Toinette en voz baja.

—Llama al señor Percossi —le susurró Cordelia—. Quiero decirle algo, pero mi marido me ha prohibido hablar con él.

Toinette la complació sin reparos. Sabía que Christian y Cordelia habían sido amigos en Schonbrunn.

Christian se acercó, con una profunda inclinación.

—Su Alteza, me honráis demasiado.

—No digas eso —contestó Toinette con una sonrisa—. Siempre estamos encantados de ayudar a nuestros viejos amigos. —Se giró hacia su marido—. Mi señor, permitidme que os presente a Christian Percossi. Era un protegido muy especial de mi madre.

Christian se sonrojó de placer. El delfín le dedicó una breve inclinación de cabeza y un movimiento de los labios que podía interpretarse como una sonrisa. Christian se giró para inclinarse ante Cordelia.

Ella le sonrió ocultándose tras el abanico y le dio la mano. Se inclinó sobre ella y recibió así el papelito doblado en su palma, con toda la discreción de un experto conspirador. Luego regresó hacia el clavicémbalo.

El público rebulló y se acomodó como una bandada de pájaros posándose en un bosquecillo. Con considerable destreza, Christian saludó a los presentes y presentó a la bailarina. Con una cálida sonrisa, la hizo avanzar para que hiciera su sonrojada reverencia.

—Clothilde es un poco tímida, milords y miladys —dijo—. Pero sé que su actuación les embelesará.

Empezó a tocar y lo hizo para la muchacha que bailaba. Cada nota tenía como objetivo inspirarla, ayudarla a perderse en la magia de la música. Por primera vez en la vida, no estaba tocando simplemente para sí mismo y para Cordelia, que tantas veces le había escuchado, tanto en sus prácticas privadas y sus autocríticas, como en sus agonías creativas. Ahora, Clothilde aportaba una dimensión adicional a su arte. Flotaba en sus dedos, brillaba en sus ojos embelesados y su público estaba presa del embrujo, extasiado por la exquisita bailarina que parecía volar con las notas que él tocaba, una pura encarnación de la música.

Por un momento Cordelia pudo olvidar la mirada de su marido, clavada en su nuca. Sólo cuando las manos de Christian descansaron finalmente sobre las teclas le asaltó de nuevo la sensación de peligro, erizándole las raíces del cabello. Sabía que Michael estaba planeando cómo hacerle daño, mientras contemplaba la vulnerable y expuesta columna de su cuello y

apenas podía mantenerse quieta en su asiento. Pero no podía huir todavía. El plan aún no estaba maduro del todo y había que pensar en todos los detalles para evitar el horror de caer de nuevo en sus manos.

Intuyó que él se le acercaba y su cuerpo se tensó. Instintivamente, puso las manos en los hombros de las niñas, que permanecían sentadas a sus pies.

—Espero que te haya gustado el recital —dijo Michael con fría indiferencia.

—Mucho, en efecto —contestó ella con igual indiferencia al levantarse.

—Las hijas del rey han expresado el deseo de conocer a mis hijas —le informó el príncipe—. O sea que será mejor que las acompañes y te encargues de hacer las presentaciones oportunas. —Tomó una pizca de rapé, contemplando con la misma falta de emoción a sus hijas, que se habían levantado rápidamente al verle acercarse y estaban ahora muy quietas y atentas, cogidas de la mano—. Por mucho que desapruebe mezclar a los niños con los adultos, supongo que hay que doblegarse ante los caprichos de la realeza.

Cordelia le dedicó una irónica reverencia, tomó a las niñas de la mano y las llevó hacia la zona donde las infantas de Francia, las hijas solteras del rey, estaban reunidas formando un círculo junto a la ventana, tomando champán y mordisqueando sabrosas tartas de una bandeja que sostenía un inmóvil lacayo. Para las princesas reales, el sirviente podría haber sido perfectamente un maniquí o un muñeco. Se giraron al unísono cuando Cordelia se acercó con las niñas.

—Pero qué niñitas tan encantadoras —declaró la princesa Adelaida—. Como dos muñequitas perfectamente idénticas. Tomad, una peladilla de almendra. —Cogió dos dulces de la bandeja y los introdujo en la boca de las niñas. Sylvie y Amelia parecían sorprendidas pero contentas. Desde que habían llegado a este palacio encantado, no hacían más que recibir dulces de unos dedos

reales. Chuparon la dulce almendra con solemne placer y recibieron el alud de cumplidos de las princesas en asombrado silencio, acordándose de hacer una reverencia cuando les parecía más adecuado.

—Pero, Dios mío, ¿cómo pueden diferenciarlas? —exclamó la princesa Sophie, palmeteando con exagerado asombro.

—Con muchas dificultades —contestó risueño Leo a la pregunta —. Señoras. —Se inclinó ante las hermanas reales—. Y mis pequeñas señoritas. —Realizó el mismo gesto de cortesía ante las dos niñas, que se echaron a reír, antes de girarse hacia Cordelia—. La delfina desea hablaros, princesa. ¿Me permitís que os acompañe?

—Dejadnos a las niñas mientras habláis con la delfina —insistió la princesa Sophie—. Venid, queridas mías, ¿os gustaría ver mis aves cantoras?

—Y yo de mascota tengo un monito —añadió la princesa Louise —. Es un animalito divertidísimo, os encantará.

Al parecer, las princesas, siempre ansiosas de nuevas diversiones, habían decidido disputarse la atención de las gemelas idénticas del príncipe von Sachsen. Seguramente la novedad no duraría mucho, pero Michael no podría reprocharle a Cordelia que dejara a sus hijas disfrutando de la competición real para divertirlas.

Puso su mano en el brazo de Leo y se dejó llevar por su acompañante.

—Tengo un plan —le dijo en voz baja. Los grupos numerosos eran ideales para intercambiar secretos, siempre que se mantuviera la expresión neutra y la voz baja. De todas formas, nadie se preocupaba en lo más mínimo de lo que los demás decían, a menos que se tratara de algún chisme especialmente picante—. Llevaré a las niñas a la habitación de Christian en Versalles, con la excusa de que van a tomar una lección de música. La Nevry cooperará. Le he dado una carta a Christian en la que le explico el plan; estoy segura de que hará todo lo posible para ayudarnos.

—Bien. Quiero que las niñas y tú salgáis de palacio mañana por la tarde. No lleves nada contigo y vete directamente en busca de Matilde y Christian. Ellos sabrán qué hacer.

—¿Pero y tú? ¿Qué harás tú?

Habían llegado junto a Toinette, y Leo no le respondió; en lugar de ello, dijo:

—Madame, os he traído a la princesa, como me habíais ordenado.

—Oh, muy bien. Quiero jugar a los cientos, Cordelia. —Toinette blandió una baraja de cartas—. Hace años que no juego contigo.

—Me gustaría saber si os hacéis tantas trampas entre vosotras como soléis hacerlo con los demás.

—¡Qué calumnia, lord Kierston! —declaró Toinette, ruborizada—. ¿Qué motivos tenéis para decir semejante cosa?

—Un largo viaje en compañía de la princesa —respondió Leo con una sonrisa divertida.

—Pues para que lo sepas, Toinette y yo no hemos tenido nunca la más mínima necesidad de hacernos trampas —dijo Cordelia muy digna, adoptando fácilmente el papel que él le estaba dictando. En la corte, todo el mundo apreciaba bromear con ligereza y cierto coqueteo—. Es una estrategia que desarrollamos, como te dije, para combatir los manejos poco limpios de otros. Ojo por ojo, milord. —Miró por encima del hombro al decir esto, con una mirada que reflejaba su doble sentido. Leo se limitó a sonreír, se inclinó y se desplazó hacia el centro de la habitación.

Se estaban montando las mesas de juego. Las niñas parecían haber desaparecido con las hermanas reales. Michael estaba sentado en una mesa de whist. A Leo le pareció que al príncipe le costaba mantenerse recto, sentado en su silla. Los hombros se le derrumbaban sin cesar. Por primera vez, Leo recordó la poción de Matilde y lo que le había dicho Cordelia a propósito de ello, que le había impedido al príncipe participar en la caza del jabalí. Tantas cosas de capital importancia habían sucedido desde entonces que lo había olvidado por completo.

Por el momento, sólo tres jugadores estaban sentados en la mesa que había detrás de la de Michael. Leo se acercó a ellos.

—¿Puedo entrar en esta partida de rubber? ¿O estáis esperando a alguien?

—En absoluto, querido amigo. Por favor, sentaos. —Un jugador de whist manchado de rapé le indicó jovial la silla vacía con un gesto de la mano. Michael miró por encima del hombro y respondió al sonriente saludo de Leo con una rígida inclinación. Su aspecto era horrible, pensó Leo. Y entonces le vino a la cabeza el deprimente hecho de que si Michael estaba enfermo, no podría batirse en duelo contra él. Leo debería esperar hasta que su contrincante estuviera otra vez en forma.

Pero siempre podía lanzarle el reto. Una vez formulado, Cordelia ya no estaría en peligro. El asunto caería bajo la jurisdicción del rey hasta que se resolviera el duelo.

Recogió sus cartas y las ordenó. Quería lanzar su acusación de la forma más dramática posible. Al día siguiente, por la tarde, después de la función, subiría al escenario y hablaría. Tenía su discurso preparado y sabía que causaría un revuelo que permanecería en el recuerdo de esta corte hasta la siguiente generación.

Puso un as de espadas encima del diez y se hizo una baza. Una mano tocó su brazo. Una manita regordeta.

—Monsieur Leo.

Bajó la mirada y vio a las mellizas, de pie junto a su silla. Le hicieron una reverencia y se quedaron quietas, mirándole solemnes, como algo inseguras de su recibimiento.

—Cordelia ha dicho que podíamos venir a presentar nuestros respetos. Tenemos una pregunta muy especial que haceros.

—Son sus sobrinas, según tengo entendido, ¿verdad, Lord Kierston? —Una anciana duquesa examinó con la ayuda de sus impertinentes a las niñas, tan fascinadas por las plumas de avestruz que coronaban su empolvada montaña de pelo que por un momento se quedaron abiertamente pasmadas ante la visión de las plumas

que oscilaban peligrosamente cerca del borde de una copa de champán.

—Haced vuestras reverencias —les recordó suavemente Leo, y ellas se apresuraron a obedecer.

—¿Podemos observar? —Amelia se acercó un poquito más a su lado, mirándole con los ojos de Elvira, unos ojos en los que se mezclaban el ruego y la malicia.

—Si nadie tiene nada que objetar... —dijo Leo, mirando de reojo la espalda de Michael, en la mesa contigua. Éste no parecía haberse enterado de la llegada algo heterodoxa de sus hijas.

—En absoluto —dijo la duquesa con ligereza—. Tomad un dulce, mes petites. Seleccionó dos peladillas de chocolate de una bandeja de plata. Las niñas, ya acostumbradas, abrieron la boca para recibir el dulce y sonrieron cortésmente a su benefactora.

—¿Qué es un pasaporte, monsieur Leo? —preguntó Sylvie cuando hubo ingerido su chocolate.

La mano de Leo se petrificó en el aire, al ir a recoger su nueva mano.

—¿Por qué lo preguntas?

—Le has dicho a madame Cordelia que ibas a conseguirnos uno —terció Amelia—. ¿Es un regalo?

—No sé de qué me estás hablando, Amelia —dijo Leo con una risita displicente, examinando sus cartas—. Y además, las niñas con las orejas demasiado grandes no reciben regalos.

Ambas quedaron alicaídas, y Leo lo lamentó, pero no podía hacer otra cosa.

—Ahora, regresad con vuestra madrastra —les ordenó—. No me dejáis concentrarme en el juego.

Desconsoladas, hicieron una reverencia y se escabulleron, aunque se recuperaron a tiempo para tomar unas tartas de fresa que un lacayo les ofrecía servicial, inclinándose con una bandeja.

—Qué niñitas tan bonitas —dijo la anciana duquesa—. Tan parecidas a su madre. Los mismos ojos. —Se inclinó hacia un lado, y gritó a voz en cuello a la atenta espalda de Michael—. Estaba

diciendo, príncipe... que vuestras hijas... tan bonitas... la pura imagen de su madre, que en paz descanse —añadió piadosamente, santiguándose.

Michael la miró por encima del hombro. Sus ojos estaban vacíos.

—Muy amable por vuestra parte, madame. —Y se volvió de nuevo hacia sus cartas.

CAPÍTULO 23

Michael alcanzó una copa de vino de borgoña de un lacayo que pasaba y bebió un largo trago. Era su cuarta copa en una hora, pero a pesar de la opinión médica, el vino no parecía darle fuerzas tras el sangrado al que se había sometido por la mañana. Todavía se sentía débil y sus manos tenían un temblor muy poco característico.

—Espero que te sientas mejor. —Su esposa le hablaba, junto a él. Sus ojos, más grises que azules esta noche, reflejaban la tonalidad gris neblinosa, casi opalescente, de su vestido. Ambos lados del traje estaban recogidos sobre el miriñaque para revelar una combinación color verde esmeralda, adornada con aljófares. Una tiara de esmeraldas anidaba en la negra cabellera, un collar a juego le ceñía la garganta y en la muñeca llevaba el brazalete de serpiente; el zapatito de cristal, la rosa de plata y el cisne de esmeralda brillaban a la luz de las velas cada vez que movía su antebrazo bellamente redondeado.

Elvira había lucido al máximo la intrincada pulsera con su extraño, casi siniestro, diseño medieval. La llevaba constantemente y presumía de ella de la misma manera que presumía de la admiración masculina que se originaba a su alrededor. Una admiración que ella misma había provocado con todas sus artes seductoras. Cordelia tampoco se la quitaba nunca. La tocaba a menudo, pero casi con distracción, como si fuera una especie de ritual en torno al talismán.

Cada vez que miraba el brazalete, se sentía supersticiosamente convencido de que había entrado en su vida por algún terrible infortunio. Las dos mujeres que lo habían llevado con tanta constancia eran corruptas. Ambas eran tan falsas, tan infieles, tan manipuladoras como Eva, representada en la joya.

Se sintió embargado por un mareo y tuvo que agarrarse al respaldo de una silla.

—No te encuentras bien, Michael. Quizá deberías retirarte —dijo Cordelia de nuevo, aunque no le importara lo más mínimo su estado, ni si se encontraba en su lecho de muerte. Algo sí estaba claro, que esa noche, en ese estado, no entraría en su cama. Tuvo ganas de cantar de alivio.

Pero luego él la miro y sus temblores y náuseas habituales empezaron de nuevo. Cómo la odiaba. Sus ojos reflejaban más maldad que nunca. Parecía atravesarla con la mirada, escrutar los rincones más oscuros de su alma.

—Me retiraré cuando lo crea conveniente —dijo—. Y vendré a verte cuando lo crea conveniente. Tendrás que esperarme.

Cordelia se alejó, incapaz de soportar aquellos ojos. No le había creído con fuerzas para hacerle daño aquella noche, pero ahora ya no estaba tan segura.

Michael torció el gesto. Dio la vuelta a la silla que le servía de apoyo, sin soltarla, y se sentó pesadamente. Pasaportes. La niña había hablado de pasaportes con Leo. Un regalo prometido por su tío.

Leo Beaumont había acompañado a su mujer durante todo el largo viaje desde Viena. Veintitrés días en su compañía. Más que suficiente para entablar una relación. Y más tarde ¿le habría confesado ella los lóbregos secretos de su matrimonio? Por supuesto, habría confiado en un amante. Y el amante impulsivo planearía algo para llevársela.

Los orondos gusanos de la sospecha se retorcían en la cabeza de Michael, tal como lo habían hecho desde que había oído la pregunta de su hija aquella tarde. Elvira había sido falsa. Elvira

había sido infiel. ¿Por qué debería ser distinto su hermano? A Michael nunca le había gustado el hermano de Elvira. Le había utilizado, pero nunca había confiado realmente en él. Y mucho menos desde la muerte de Elvira. El hombre tenía algo de taimado. Y algo definitivamente muy extraño, esa atención obsesiva hacia un par de niñas pequeñas. ¿Qué hombre adulto, sin un motivo oculto, podría interesarse tanto por un par de objetos tan poco gratificantes?

Una vez despertadas, las sospechas crecían y crecían, como lo habían hecho en el caso de Elvira. Michael ya no podía pensar en otra cosa, su cabeza estaba llena de una masa gris de sospechas retorcidas, abrasadoras, que en pocas horas se convirtieron en una certeza. Ése era un razonamiento perfectamente lógico.

Leo estaba planeando raptar a las hijas de su hermana y escaparse con la mujer de Michael. Michael sabía que tenía razón. Había tenido razón en cuanto a la infidelidad de Elvira. Siempre acertaba, si escuchaba a sus instintos. Notaba en su sangre cuando algo amenazaba sus costumbres, sus deseos, su dignidad, su propia persona. Desde que era pequeño había sabido cuando algo o alguien amenazaban el camino que se había trazado. E incluso siendo niño, había sabido cómo defenderse.

Siempre tenía razón, si actuaba como le dictaban estos instintos.

Su mujer había sido virgen la noche de bodas, podría jurarlo sobre la tumba de su madre. Pero si no se había limitado exclusivamente a su propia cama desde entonces, podía estar embarazada de Leo Beaumont. Y él no iba a darle su nombre a un bastardo. Quería un heredero, y no toleraría la más mínima sospecha sobre su linaje.

Esta noche, se aseguraría de borrar cualquier posibilidad. Luego, se encargaría del hermano de Elvira. Cerró los ojos, el dolor punzante de la cabeza era inmisericorde. Se recostó en la silla, apoyando la cabeza, pero las atormentadoras imágenes del pálido cuerpo de su esposa moviéndose contra la carne sinuosa de Leo Beaumont no querían dejarle en paz. Parecían avasallarle, llenarle

de una furia que lo consumía todo, una rabia tan fuerte que creyó vomitar. Sus dedos se agarraron con fuerza al brazo de la silla.

—Príncipe, parecéis encontraros indispuesto.

Michael abrió los ojos. Uno de los secretarios privados del rey le miraba con una expresión tan preocupada como molesta.

—El rey se ha dado cuenta —explicó el secretario. El mensaje era muy claro. O bien recuperaba el príncipe su actitud habitual, animada y diplomática, o bien retiraba su débil y ofensiva carcasa de la vista del soberano.

Michael se levantó, incapaz de disimular el esfuerzo que le costaba.

—Me encuentro algo fatigado —dijo—. Majestad, le ruego que me disculpe. —Se dirigió hacia la puerta del salón, concentrándose en poner un pie delante del otro.

¿Le habría echado una maldición esa esposa engañosa? La sospecha no le abandonaba, por mucho que se dijera que no era una posibilidad racional. Pero la brujería no era racional, y en cambio existía sin lugar a dudas. Esa sirvienta de Cordelia, esa Matilde. Una bruja redomada, eso seguro. Quizá le había echado el mal de ojo cuando la había despedido. La encontraría, debía de estar por allí, muriéndose de hambre en cualquier callejón. No podría haber ido muy lejos.

Entró tambaleándose en sus apartamentos, llamó a Brion para que le trajera coñac y se encerró en su vestidor. Tenía ciertos preparativos que hacer antes de que su mujer subiera a acostarse.

Leo, frunciendo el ceño, había visto cómo Michael abandonaba el salón. Era evidente que todavía no había recuperado las fuerzas, ni mucho menos, y Leo se sorprendió maldiciendo la poción de Matilde. Una reacción paradójica, puesto que sin ella no habría podido proyectar la destrucción de Michael. Una destrucción que no podría llevar a cabo hasta que se hubiera recuperado del todo.

¿Habría oído Michael la pregunta de su hija acerca de los pasaportes? La niña había hablado en voz bastante baja, y ¿por qué motivo rompería el príncipe con una costumbre de toda la vida, y se

pondría a escuchar a una de sus hijas? Sería una ironía suprema que un hombre que no prestaba jamás la más mínima atención a las incursiones verbales de sus hijas, hubiera oído la única cosa que no debía oír. Pero si lo había hecho...

No se podía hacer nada al respecto. Después de la función de la tarde siguiente, todo eso ya no importaría.

—Leo, Michael se ha ido. —Decía Cordelia con voz entrecortada a su lado—. Me parece increíble que me haya dejado sin vigilancia, pero lo ha hecho.

—Ya lo he visto. —La miró, y sintió deseos de abrazarla. De alzarla al vuelo y probar la cálida dulzura de su boca, sentir la flexible esbeltez de su cuerpo, inhalar la fragancia de su piel. Ella lo leyó en su mirada y sus propios ojos se llenaron de deseo y añoranza.

—¿Adonde podemos ir?

Casi se echó a reír, eso era tan típico de Cordelia... Nada de preámbulos, nada de reflexiones previas, sólo la sencilla pregunta que ella daba por supuesto que también él se estaba haciendo. Pero el momento para reír y hacer el amor había pasado, y no volvería hasta que su futuro estuviera asegurado.

Negó con la cabeza y vio cómo la decepción vencía al deseo en su abierto semblante.

—Cariño mío, ahora no podemos correr ningún riesgo. Ven conmigo, vamos a andar por la galería. —Le ofreció su brazo.

Cordelia lo aceptó y tuvo que tragarse su decepción.

—Tienes un plan para mañana —afirmó, mientras avanzaban entre la gente—. Cuéntamelo.

Leo se detuvo junto a la profunda jamba de una ventana y miró al exterior con expresión atenta, murmurando en el aire:

—Mañana por la tarde quiero que recojas a las niñas y te las lleves con Matilde y Christian, como ya te he dicho.

—Pero ¿por qué?

—Para ver si es factible —dijo simplemente—. Una especie de prueba, si lo prefieres. —Fue marcando con los dedos cada frase,

su voz era tranquila pero autoritaria—. Tenemos que asegurarnos de que contamos con la cooperación de la institutriz. Debemos estar seguros de que podéis salir las tres de palacio sin llamar la atención. Y tenemos que asegurarnos también de que las niñas no planteen ninguna dificultad llegado el momento, porque no comprenden lo que está pasando. —Se giró para mirarla—. ¿Está claro, Cordelia?

—Supongo que sí —dijo con cierto recelo. ¿Por qué tenía la sensación de que Leo le estaba ocultando algo? Alzó la vista hacia él—. Tú no me mentirías nunca, ¿verdad, Leo?

—¿Por qué tendría que hacerlo? —alzó una ceja, con la voz un poco sardónica.

Cordelia se encogió de hombros.

—No lo sé. —Pero todavía no estaba convencida.

Leo se puso en marcha de nuevo. Había estado devanándose los sesos para encontrar la manera de que Cordelia y las niñas no estuvieran presentes en el teatro la tarde siguiente. Las niñas no debían tener jamás ni la más mínima idea de lo que su padre le había hecho a su madre, y no podía arriesgarse con Cordelia. Un solo movimiento impulsivo cuando comprendiera lo que estaba haciendo bastaría para revelar su relación y desacreditar el reto que lanzaba a su marido. Una vez lanzado, y dispuestos todos los requisitos para el duelo, ella y las niñas debían huir hacia Inglaterra, acompañadas por Christian... sólo por si acaso algo salía mal...

Pero no lo haría. Una desesperada determinación sacudió sus entrañas.

Cordelia retiró su mano del brazo de Leo.

—Me estás mintiendo —le acusó, y su voz era apenas más audible que un susurro—. Lo intuyo. Lo veo en tus ojos.

Leo negó con la cabeza.

—Estás cansada, Cordelia. Anoche apenas dormiste, y ha sido un día muy largo y lleno de emociones.

Todo lo cual era perfectamente cierto. Y sin embargo, Cordelia sabía que no se equivocaba.

—Si no confías en mí, no puedo hacer nada al respecto. —Sus ojos brillaban dolidos—. Haré lo que me dices, porque casualmente yo sí confío en ti. Que pases muy buena noche. —Con una reverencia, se apartó de él.

Leo maldijo en voz baja y pensó que quizá hubiera podido encontrar mejor modo de hacerlo. Cordelia era tan intuitiva...

Mientras se alejaba de Leo, Cordelia se sintió embargada por una aplastante sensación de cansancio. Cansancio, decepción, y ahora, soledad. Necesitaba a Matilde con una necesidad acuciante, atormentadora. Necesitaba meterse en la cama y que Matilde le trajera un vaso de leche caliente, le pusiera en la frente un pañuelo mojado en agua de lavanda, la arropara y le dijera que todo iba a ir bien.

Pero en cambio, sólo tenía a Elsie. Voluntariosa pero torpe, alguien que no sabía cepillarle el pelo con los sedantes movimientos que eliminaban toda la tensión de su cuero cabelludo; ni tenía los hábiles dedos que sabían relajar los tensos músculos del cuello y los hombros.

¡Oh, no debía ser tan infantil! Cordelia se reprendió a sí misma y se dijo que Leo tenía razón. No había dormido la noche anterior y se había pasado todo el día cargándose de tensiones emocionales. Se acostaría para que el sueño reparador borrara este presentimiento fatal, esta ridícula sensación de agravio. Por supuesto que Leo no le había mentido. ¿Por qué tendría que hacerlo? Habían sido imaginaciones suyas, porque estaba agotada y alterada.

Con repentina decisión, giró hacia la escalera que salía de los apartamentos de gala. Esta noche, por lo menos, estaba a salvo de Michael, y la pobrecita Elsie hacía todo lo que podía.

Al entrar en su dormitorio saludó a la muchacha con una sonrisa decidida y se dejó caer en el sofá.

—Ayúdame con los zapatos, Elsie. Apenas puedo mover un músculo.

—¡Jesús, madame! ¿Qué os habéis hecho para estar así? —Elsie acudió presurosa y, a pesar de muchos titubeos y sus

correspondientes excusas, consiguió por fin liberar a su señora de su pesado atavío cortesano, deshacerle los corsés y ayudarla a ponerse el camisón—. ¿Queréis que os cepille el pelo, madame?

—Sí, pero con mucho cuidado. —Cordelia se sentó ante su tocador. Sentía el cuero cabelludo tenso y dolorido de cansancio. Elsie lo intentó, pero no supo emular a Matilde, y al cabo de un minuto Cordelia le quitó el cepillo de las manos y terminó de cepillarse ella misma.

Se metió en la cama con un suspiro de alivio y su cuerpo se hundió en el mullido colchón de plumas.

—Apaga las velas, Elsie, y cierra las cortinas.

Apenas le había obedecido la sirvienta cuando Cordelia ya estaba sumida en un sueño negro y tranquilo.

Michael esperaba, dormitando en la butaca de su vestidor. Necesitaba que su mujer estuviera dormida porque esta noche no se sentía con fuerzas para dominarla sin restricciones, y sin duda ella intentaría debatirse. En el caso de Elvira, le había administrado las dosis iniciales del veneno mezcladas con el ponche de champán que tanto le gustaba. Al cabo de un par de días, cuando el bebedizo había empezado a surtir efecto y ella ya estaba demasiado débil para resistirse aunque hubiera sabido lo que le estaba dando, se lo había administrado solo. A pesar de todo, tampoco se había dado cuenta entonces. Hasta las últimas horas Michael no vio aparecer un atisbo de comprensión en los ojos hundidos de su mujer.

En el caso de Cordelia, no tenía ningún motivo para ocultarle sus planes. De hecho, incluso deseaba que lo supiera.

Estaba empezando a notar que su paralizante debilidad se iba disipando cuando estaban a punto de dar las dos de la mañana. Cada vez que se despertaba de un corto período de duermevela, se sentía más fuerte y seguro, y para su gran alivio, el mareo parecía haber desaparecido. La cabeza ya no le daba vueltas cuando se levantaba. Debía de haber sufrido una pequeña infección, decidió.

Era absurdo pensar en alguna brujería. La infección le había debilitado el cerebro.

El palacio permanecía tranquilo, sus propios apartamentos estaban absolutamente silenciosos, y el servicio se había acostado desde hacía rato. Cordelia llevaba una hora en la cama. Sin duda, estaría ya dormida.

Recogió los cuatro trozos de cuerda finamente trenzada y tiró de ellos para comprobar su resistencia. Bastarían para sujetar el delgado cuerpo de Cordelia, a pesar de su flexible fuerza. Se los enrolló alrededor del brazo y luego tomó un cuenco de plata que esperaba en el tocador. Olisqueó su contenido. Una sonrisa desabrida despuntó en sus labios. Era el zumo de la planta llamada sabina. No por nada se la conocía en los bajos fondos de celestinas y comadronas con el apodo de «cubre vergüenzas». Era famosa como «restauradora de siluetas esbeltas y frágiles reputaciones», precisamente el propósito que debía cumplir esta noche.

Atravesó sigiloso el vestidor de Cordelia y giró el pomo de la puerta de su alcoba. La habitación estaba a oscuras, una oscuridad rota solamente por la tenue luz de la luna en la ventana abierta. Se dirigió de puntillas hacia la cama y sin un ruido abrió los cortinajes junto a la cabecera. Cordelia era una forma quieta bajo el cubrecama blanco, profundamente dormida cara arriba, con los brazos oportunamente reposando por encima de la cabeza.

Se situó detrás del lecho y ya le tenía la muñeca derecha atada al pilar de la cama cuando Cordelia se despertó.

Ésta se debatió para salir de su profundo sueño pues la intuición de algo terrible empezó a abrirse paso a través de su inconsciencia. Sólo estaba medio despierta, desorientada, intentando descubrir qué pasaba, cuando la cuerda le ciñó la otra muñeca. Antes de poder abrir la boca para gritar, ya estaba atada al otro pilar.

—Grita todo lo que quieras. Nadie te hará caso. —La fría voz de Michael le llegó como a través de un largo túnel. Se debatió, se retorció, y de repente él entró en su campo de visión. La estaba

mirando desde arriba y sus ojos desbordaban una amenaza indescriptible.

Oh, Dios ¿qué iba a hacer? Iba a matarla.

Cordelia tiró desesperada de sus muñecas aprisionadas, levantó las piernas para patearle. Él la agarró por un tobillo y lanzó una carcajada, una áspera explosión de satisfacción, y ella supo entonces que eso era precisamente lo que él esperaba de ella. La amarga experiencia le había enseñado que cuanta más resistencia presentaba, más aumentaba el placer del hombre.

—¡No! —El grito de protesta surgió de su garganta cuando él tiró de su pierna y ató su tobillo al pilar al pie de la cama—. ¡No! —Pero ya tenía atada la otra pierna antes de que el grito hubiera muerto en el aire, y allí estaba, abierta de brazos y piernas en la cama, temblando de terror y fijando en él sus ojos negros de temor.

—Vamos, querida. —Michael se sentó en la cabecera de la cama —. Voy a darte algo de beber. Cuanto antes te lo tomes, antes terminarán estas molestias.

Sacudió la cabeza, el pelo enmarañado enmarcaba su cara, era el negro más negro contra la mortal blancura. Iba a matarla, igual que había matado a Elvira

Intentó gritar de nuevo, pero el sonido parecía sólido, parecía cuajarse en su garganta, tan grande era su terror. Intentó girar la cabeza a un lado cuando él se acercó con un cuenco de plata.

Se inclinó sobre ella y le apretó los orificios nasales con el índice y el pulgar. Cordelia abrió la boca, intentando respirar. Y él vertió directamente el contenido del cuenco en su garganta. Se atragantó, ingirió para no ahogarse. Tenía un sabor amargo, de medicina, de hierbas.

Michael mantuvo su nariz apretada hasta estar seguro de que lo había ingerido todo, luego la soltó y se levantó.

—No tendrás un bastardo —le dijo cruelmente—. Sea lo que sea lo que llevas en el vientre, lo perderás antes de que amanezca. Y luego, mi falsa y embustera ramera, yacerás bajo mi cuerpo día y noche hasta que concibas y des a luz a mi hijo.

Sin comprenderle, ella fijaba la mirada en él, con el horror de lo que había sufrido, de lo que había temido, indeleble en sus ojos.

—Ahora, te dejaré con tus reflexiones. —Desató las cuerdas que la retenían prisionera y volvió a bajar la mirada hacia ella, con su sonrisa viperina—. Dudo que pases una noche agradable, querida, pero creo que el castigo es muy apropiado para la ofensa.

Se alejó de su lado. Ella le oyó cerrar la puerta del salón y salir por la puerta que daba a su vestidor. La puerta se cerró a sus espaldas y la llave giró desde fuera. Estaba sola.

Dios todopoderoso ¿qué le había dado?

—Se esforzó en controlar el pánico que amenazaba con arrastrarla, con borrar cualquier pensamiento racional. ¿Qué había dicho? «No tendrás un bastardo.»

Ahora comprendía lo que había hecho. Le había dado un preparado abortivo. Para frustrar un embarazo ilegítimo. Debía de haber descubierto su relación con Leo. Pero ¿cómo? Si ni siquiera sabía si estaba embarazada, y oh, suprema ironía, suponiendo que Cordelia tuviera un hijo en sus entrañas, éste sería el de Michael. Leo era demasiado cuidadoso.

Se sentó en la cama, mirando la habitación, ahora familiar, a su alrededor. ¿Cuándo empezaría a surtir efecto? ¿Qué efecto tendría en ella? La idea de que alguna sustancia extraña y destructora estaba trabajando en su interior era tan terrorífica que esta vez la niebla negra del pánico estuvo a punto de sumergirla, pero ella la apartó con cada fibra de su ser.

¿Qué pasaría si gritaba? Nada. Él había cerrado las puertas, se había llevado las llaves. Y además, los criados estaban acostumbrados a los sonidos que salían de esta habitación durante las largas horas de la noche. Y su señor los tenía demasiado aterrorizados como para que intervinieran. Su alianza con Brion no le permitía esperar que arriesgara su sustento.

Cerró los ojos llenos de amargas lágrimas e intentó borrar cualquier pensamiento de su mente para poder dormir. Aunque sólo

fueran diez minutos, serían diez minutos menos en esta noche interminable.

Los calambres empezaron justo antes del amanecer. Gimió, acurrucada de lado para aliviar el dolor, intentando relajar los músculos de su vientre. Era un dolor más violento que el que solía sufrir durante su período menstrual, y la hemorragia parecía más copiosa. De repente, se sintió demasiado débil para moverse, para examinar lo que le estaba pasando. Pronto, la sábana que había bajo su cuerpo quedó empapada y pegajosa, y ella fue presa de grandes oleadas de cansancio, casi hasta el punto de dejarla inmóvil.

Iba a morir desangrada, indefensa en esa cama.

Cordelia abrió la boca y gritó. Gritó y gritó hasta que le dolió la garganta. Y ahora se oían ruidos en el salón. Voces, pasos. El pomo giró, se encontró con la resistencia de la llave. Volvió a gritar.

La puerta del vestidor se abrió de golpe. Michael entró en la habitación.

—¡Basta ya de aullar, mujerzuela! —Tiró de la sábana y se quedó mirando la enorme mancha roja bajo su cuerpo. Luego, la miró a la cara y dijo con tranquila satisfacción—; No tendrás ningún bastardo.

Pocas fuerzas le quedaban a Cordelia, pero volvió a gritar. Al parecer, era lo único que sabía hacer. Gritó de dolor, de miedo y de odio.

Michael volvió a contemplar la cama ensangrentada. Demasiada sangre, sin duda. No quería que muriera desangrada.

Todavía no había terminado con ella. Abrió de golpe la puerta del salón y bramó:

—Brion, vete a buscar al doctor.

Cordelia se incorporó sobre un codo. Le miró fijamente a través de la maraña de su pelo.

—Si no quieres que muera, vete a buscar a Matilde. —Hablaba lentamente, con mucho esfuerzo, las palabras se arrastraban en su

boca—. Matilde sabrá cómo detener la hemorragia. —Se derrumbó de nuevo en la cama.

Michael dudó. No quería que muriera. Quería hacerle daño. Castigarla. Arrancarle cualquier vida que no fuera de su propia sangre. Pero todavía no había terminado con ella.

—¿Dónde está?

Incluso a través de su agonía, Cordelia sabía que al divulgar el paradero de Matilde, ponía en peligro todos sus planes, pero no quería morir. Y sólo Matilde podría ayudarla. Cabía la posibilidad de que Michael la estuviera engañando para sonsacarle su dirección, pero era un riesgo que tenía que correr.

—En el pueblo. En la posada del Jabalí Azul. —Cerró los ojos contra el dolor desgarrador en sus entrañas.

Cuando abrió de nuevo los ojos, su mirada borrosa cayó sobre la cara de Matilde y un torrente incontenible de lágrimas inundó sus mejillas. Matilde se inclinó para besarla.

—Todo irá bien, mi niña, todo irá bien.

—¿Me voy a morir?

—Por Dios, no. —Le sonrió, pero con una sonrisa que no atenuaba la gravedad de sus ojos—. Ya no sangras tanto.

—¿Cómo?

—Tengo mis sistemas, niña. Siéntate y bebe esto. —Le deslizó un brazo bajo la espalda y la ayudó a incorporarse y reclinarse contra las almohadas.

Las sábanas estaban limpias y frescas y su camisón, recién lavado. En toda la habitación no se veía ni rastro del terrorífico horror empapado de sangre y dolor de aquella noche. Excepto el líquido rojo que Matilde le acercaba a la boca.

—¿Qué es? —Con instintiva repulsión intentó apartarlo.

—Bébetelo. Necesitas recuperar fuerzas.

—¿Es sangre? —Miró con asco a su niñera.

—Y algunas cosas más.

Cordelia cerró los ojos y dejó que el líquido caliente y maloliente corriera por su garganta. Curiosamente, no tenía mal sabor. No era salado como la sangre.

—Tomarás un poco más dentro de una hora. —Matilde se llevó el cuenco.

Cordelia permanecía reclinada sobre sus almohadas y se sentía cálida y soñolienta.

—¿Matilde?

—¿Sí, cariño? —Matilde se acercó de nuevo a la cama.

—¿Estaba...? Quiero decir ¿he perdido...?

—Si estabas embarazada, querida mía, era demasiado pronto para saberlo —dijo Matilde briosa.

—¿Dónde está Michael?

—¡Ese cabrón, ese hijo de mala madre! —Matilde no solía maldecir, pero la expresión de su cara era tan brutal como sus palabras—. Todavía no he terminado con él.

—¿Está aquí?

—No, se ha ido a ver cómo se levanta el rey. Y yo tengo que marcharme de aquí antes de que regrese —contestó adusta.

—¿Y no te ha dicho nada más?

Matilde negó con la cabeza.

—Sólo me ha dicho que creía que estabas sufriendo un aborto y que tenía que venir a cuidarte.

—Me ha dado algo para que abortara —dijo Cordelia con voz débil—. No sé qué era, pero debe de haber descubierto lo de Leo.

Matilde alzó la mirada, y sus ojos, negros, brillantes y totalmente herméticos, reposaron un momento en la cara de Cordelia. Luego asintió con la cabeza, con la misma expresión inescrutable, y volvió a su tarea. Estaba empaquetando algo en la bolsa de cuero que la acompañaba dondequiera que fuera. A lo largo de los años, Cordelia había aprendido a confiar en el contenido de aquella bolsa, de la misma manera que confiaba en la mujer que lo administraba.

—Esa chica —preguntó Matilde indicando el vestidor con un gesto de la cabeza—. ¿Es tan corta de entendederas como parece?

Una débil sonrisa le respondió.

—Sí, pero es muy voluntariosa y tiene buen corazón.

Matilde chasqueó la lengua, enojada.

—Bueno, será mejor que le explique lo que tiene que darte y cuándo.

—Dímelo a mí. Ya me siento mucho más fuerte.

—Has perdido muchísima sangre —afirmó Matilde—. Y tienes que recuperarla. —Blandió una jarra llena del líquido rojo—. Tómate un vaso cada hora hasta que se acabe.

—¿Qué es? —volvió a preguntar Cordelia.

—Médula, hígado y corazón molidos, salsifí, jengibre... Oh, cantidad de cosas; no tienes por qué preocuparte con eso. —Matilde dejó la jarra en la mesita de noche—. Ahora, si la hemorragia vuelve a arreciar, más que en tu período normal, manda a la muchacha a buscarme.

Cordelia asintió.

—Matilde, Leo quiere que las niñas salgan de palacio esta tarde. Su institutriz cree que van a una clase de música. Ayer por la tarde le di una nota a Christian, pidiéndole que informara oficialmente a la de Nevry de que les impartiría una clase de música a las tres en punto de esta tarde, en su residencia del pueblo. Tenía que acompañarlas yo misma, pero no creo que pueda. ¿Te asegurarás de que lleguen allí?

—Claro, déjalo en mis manos. —Matilde se inclinó de nuevo hacia ella, apartándole el pelo de la cara—. Dime dónde puedo encontrarlas, en este laberinto.

Cordelia le dio minuciosas instrucciones y Matilde asintió para indicar que lo había comprendido todo.

—Yo me encargaré de todo, niña. Ya has recuperado un poco de color en las mejillas. ¿Te duele mucho todavía? —Sólo el tipo de dolor habitual.

—Quédate en cama todo el día y mañana estarás fresca como una flor. —Besó a Cordelia y le palmeó la mejilla—. Saldremos de ésta, tú no te preocupes.

La sonrisa de Cordelia seguía siendo lánguida. Estaba sorprendida por la falta de reacción total de Matilde cuando le había dicho lo que Michael le había hecho, pero Matilde la sorprendía a menudo. Ahora, su ama de cría le dio otro rápido beso y se dirigió presurosa hacia el vestidor. Cordelia oyó cómo le daba instrucciones a Elsie, muy lentamente, como si la muchacha sólo pudiera comprenderla a medias.

No lograría superar todo esto a menos que escapara de su marido. Cordelia lo sabía, como nunca lo había sabido hasta entonces. Michael no se detendría ante nada si en su retorcida y malvada mente lo consideraba necesario.

Y Leo estaba planeando algo. No le había dicho todos sus motivos para alejarla de Versalles esa tarde. Cordelia había intentado convencerse de que le había dicho toda la verdad, pero sabía que no era así. Cerró los ojos de nuevo, pensando. A las cuatro de la tarde se celebraría una función en el teatro de madame de Pompadour. Toinette estaba encantada con la sala del teatro exquisitamente diseñada y decorada, que tanto le recordaba las representaciones de su niñez, en el pequeño teatro de Schonbrunn, donde todos los niños de la realeza entretenían tanto a los demás miembros de la casa real como a los dignatarios extranjeros.

Sólo estaba prevista la función. Y nada más, hasta las celebraciones habituales por la noche.

Pero ¿por qué querría Leo que no acudiera al teatro?

—¿Deseáis que os traiga algo, milady? —Elsie se inclinaba en una reverencia junto a la cama, y Cordelia abrió los ojos.

—Sí, dame un poco de este bebedizo asqueroso, el de la jarra —dijo. Si quería levantarse de la cama y llegar hasta el teatro, necesitaba recuperar todas sus fuerzas.

Cuando el príncipe Michael regresó a mediodía, encontró a su esposa plácidamente dormida. La sirvienta había cumplido bien con su tarea y había desaparecido, tal como le había ordenado. Examinó a Cordelia. Era casi la de siempre, ahora con las mejillas ligeramente rosadas, contra la blancura de la almohada. Si la criada

hubiera fallado, habría terminado sus días en la Bastilla. Pero había cumplido. Recompensaría este éxito, por una vez, dejándola en paz siempre que desapareciera de su vista.

Cordelia parpadeó y abrió los ojos, y por un momento el terror asomó puro y descarnado desde el fondo de sus profundidades azules cuando vio la mirada ceñuda de su marido.

—Veo que ya estás mejor.

Asintió débilmente. Cuanto más débil creyera que estaba, más probable era que de momento la dejara en paz.

—Te quedarás en cama —declaró. Giró sobre sus talones y salió de la habitación.

Se quedaría en cama hasta cerca de las cuatro. Entonces, de alguna manera, se arrastraría hacia el teatro.

CAPÍTULO 24

—¿Dónde está Cordelia? —Christian se levantó de un salto de la espineta cuando Matilde entró con Amelia y Sylvie en su habitación de la posada del Jabalí Azul—. El vizconde dijo que vendría con las niñas. —Se pasó una mano por el pelo con una expresión que reflejaba toda el ansia y el trastorno que sentía desde que el vizconde le había confiado sus planes y le había cargado con una responsabilidad de tanto peso.

—Se quedará en cama todo el día —dijo Matilde, inclinándose para desatar los gorritos de las niñas.

—¿Es que está enferma? —Christian sonaba casi aterrorizado —. El vizconde dijo que tenía que quedarse aquí hasta esta noche.

—No es nada grave, sólo un poco de indisposición femenina — respondió Matilde impasible, ignorando el repentino rubor de Christian—. Ahora, tranquilízate ya, y déjame que te presente a las niñas.

Christian recobró la compostura. De alguna manera, en presencia de Matilde le resultaba imposible dejarse llevar por sus ansiedades. Desvió su atención hacia las dos niñitas que lo estaban contemplando con caras solemnes.

—Te hemos visto en el concierto, con la bailarina —dijo una de ellas.

—Era tan bonita —dijo la otra—. Ojalá supiéramos bailar así. Cordelia nos ha dicho que podemos tomar lecciones.

—Ésta es Amelia y ésta es Sylvie —presentó Matilde, tocando a la niña correspondiente.

Las niñas intercambiaron una mirada de asombro. Habían cambiado de lugar esta mañana y sólo habían visto a Matilde una o dos veces en su vida. ¿Cómo podía adivinar quiénes eran, sin saberlo?

La sonrisa de Matilde era apacible.

—A mí no me engañaréis, niñitas.

—Oh —dijeron al unísono.

Christian parecía perplejo, pero les dio un entusiasta apretón de manos.

—Voy a daros clases de música.

—Sí. —Las naricillas idénticas se arrugaron a la vez.

—¿No os gusta la música? —preguntó, incrédulo. A su edad, él ya estaba componiendo y era un destacado intérprete del clavicémbalo y la espineta.

—Madame de Nevry dice que lo hacemos muy mal —confesó Sylvie.

—Pero ella sí que lo hace mal —terció Amelia—. Cuando toca ella no suena en absoluto a música.

—Venid. —Christian les indicó que se acercaran a la espineta. Luego se sentó.—. Escuchad esto y decidme si os suena a música.

Tocó una pieza alegre, pero por una vez la música no conseguía calmarle. Cordelia debería haber estado aquí. ¿Cómo podría cumplir sus responsabilidades con el vizconde si los planes habían cambiado? El vizconde había dicho que no creía que tuvieran que abandonar Versalles aquella misma tarde, pero debía estar preparado para cualquier eventualidad. Un carruaje y unos veloces caballos de tiro estaban preparados para marchar en cualquier momento. Matilde había conseguido ropa de niño para las niñas y pantalones y un jubón de mozo de cuadra para Cordelia. Christian tenía los pasaportes y documentos.

Pero Cordelia no estaba allí. No podían marcharse sin Cordelia. Estaba confundido y preocupado. Bastante arriesgada era ya toda la

operación como para empezar encima a encontrarse con complicaciones inesperadas.

Dejó caer las manos sobre las teclas en un acorde final y se quedó sentado, con la mirada fija en una grieta de la pared más arriba de la espineta, hablándose severamente a sí mismo. Matilde no parecía preocupada. Y se suponía que esto sólo era una prueba. Cuando llegara el momento de marchar, Cordelia aparecería. Y entonces, todo iría según el plan. Y si no podía controlar su ansiedad en una prueba, ¿cómo sería capaz de dominar la situación cuando todo fuera de verdad?

Se giró sobre el asiento y miró a las niñas que estaban de pie a sus espaldas, cogidas de la mano.

—Bueno, ¿esto os ha sonado a música?

Asintieron con la cabeza al unísono.

—¿Os gustaría aprender a tocar así?

Otro vigoroso asentimiento.

—Entonces, sentaos. Tú... Sylvie, ¿verdad? Tú primero.

—Soy Amelia.

—Oh. Bueno, empieza tú, entonces. Enséñame lo que habéis aprendido hasta ahora.

Matilde se afanaba en ordenar la habitación mientras Christian escuchaba con cara de pena y la niña aporreaba el instrumento. La expresión de Matilde era plácida, no revelaba en absoluto su sombrío monólogo interno. Dejar a Cordelia sola de nuevo en las garras de aquel monstruo había sido una de las cosas más difíciles que había tenido que hacer jamás. Pero el vizconde también se había sincerado con ella, y sabía que Cordelia no podía desaparecer demasiado pronto del techo de su marido. No podía marcharse sin peligro hasta que el vizconde hubiera formalizado el duelo. Y estaba todavía tan débil que no podía abandonar su cama de enferma aquella tarde sin levantar sospechas.

Matilde apretó los labios. Sólo conocía una sustancia que pudiera causar una menstruación tan rápida y severa: la sabina.

Seguro que el príncipe había obligado a Cordelia a tomar zumo de sabina.

Matilde había asistido a muchos abortos involuntarios y normalmente podía verse alguna señal del embrión perdido. En los restos que había limpiado aquella mañana no había encontrado nada, pero en todo caso el príncipe Michael pagaría un alto precio por aquel acto de brutalidad gratuita.

Cordelia permanecía en la oscuridad, al fondo del teatro que madame de Pompadour había construido en el palacio para entretener a su regio amante. Se apoyó contra una columna; deseaba poder sentarse, pero si quería mantener su presencia en secreto, debía quedarse en las sombras del auditorio. La función en sí le interesaba tan poco como a los cortesanos, cansados tras la semana de fastos nupciales y necesitados de algo más estimulante que una pieza de teatro para divertirse. Incluso el rey dormitaba de vez en cuando, y la pareja real parecía aburrida e insatisfecha.

Cordelia avanzó un poco, para poder observar mejor el público del teatro. Su marido estaba sentado con unos amigos en un palco del primer piso, enfrente del palco real. Tenía los ojos cerrados y su expresión era de absoluta indiferencia hacia el escenario. Cordelia se preguntó si podría jamás volver a mirarlo sin temor. La noche anterior había conseguido doblegarla, y él lo sabía. Este reconocimiento le trajo una nueva oleada de debilidad y las rodillas se le volvieron de trapo. Se agarró a la columna y apoyó la mejilla contra la fría piedra hasta que hubo pasado la ola. En cuanto terminara la función... en cuanto descubriera por qué no debía estar ahí... podría volver a la cama.

Había visto a Leo sentado en la platea, en primera fila, riendo y hablando en el intervalo con sus compañeros. No miró en ningún momento en dirección del príncipe Michael, y se comportaba como si no tuviera la más mínima preocupación. ¿Sabía lo que le había ocurrido a Cordelia? ¿O creía que se encontraba en la posada de

Christian, como había planeado? Cordelia empezó a sentirse mareada, inquieta por la espera teñida de cierta premonición.

La apoteosis final de la obra fue recibida con un desganado aplauso y el público se preparaba para salir de la sala cuando Leo entró en acción. Se levantó con un movimiento casi displicente y saltó con ligereza al escenario.

El corazón de Cordelia empezó a martillear contra sus costillas y por un terrible instante creyó que se iba a desmayar. Se aferró a la columna, con la vista casi dolorosamente fija en la figura esbelta, vestida de oscuro, que ocupaba el escenario.

Leo se acercó al borde del escenario y se inclinó ante el rey, que estaba en el palco real.

—Majestad, tengo una petición acorde con la ley. —Su voz era clara y resonó en toda la sala. El público dejó de rebullir y quedó paralizado. El rey parecía atónito. Las peticiones de los cortesanos eran constantes, ya fueran favores, pensiones o ascensos para sus familiares, pero siempre se formulaban en privado, y siempre a través de sus ministros.

—Nos dejáis perplejo, vizconde Kierston. —Posó sus manos enjoyadas en la barandilla de terciopelo azul del palco—. ¿Veremos quizá un tercer acto de la obra? —Se sonrió con su propia ocurrencia y toda la gente de su alrededor emitió corteses risitas.

—En cierta medida, majestad —respondió Leo, sin un simple parpadeo, sin mover un músculo—. Reivindico el antiguo derecho de un hermano a vengar el asesinato de una hermana mediante un lance de honor público.

El grito ahogado que recorrió el teatro pareció casi sincronizado. Los cortesanos se revolvían e intercambiaban miradas, pero nadie dijo una palabra. Sólo podía hablar el rey.

—Bromeáis sin duda, vizconde. —Su voz estaba cargada de desagrado. Los conflictos estaban prohibidos en Versalles por decreto real.

—No, mi señor, no bromeo. —Leo se giró y miró directamente al príncipe Michael—. Con una orden de registro y confiscación puedo

aportar las pruebas de que el príncipe Michael von Sachsen envenenó a lady Elvira Beaumont, su primera esposa.

Esta vez la exclamación colectiva reverberó desde las vigas del techo. Todos los ojos se fijaron ahora en el palco del príncipe Michael. Éste estaba pálido, inmóvil.

En la sombra, Cordelia se esforzaba en aclarar su mente. ¿Qué quería decir Leo? ¿Qué era un lance de honor público?

—¿En qué consisten estas pruebas, lord Kierston?

—En las propias palabras del príncipe von Sachsen, plasmadas en sus diarios.

Al oír estas palabras, Michael se sobresaltó como una marioneta de la que hubieran tirado los hilos. Involuntariamente, fijó su mirada horrorizada en el soberano, que le miraba desde su palco con la expresión gélida de descontento.

—Si se emitiera una orden de registro tal, señor, ¿tendríais algo que objetar? —preguntó adusto el rey, en el mortal silencio de la sala. Todos los ojos permanecían fijos en Michael. Tenía toda la atención del teatro; tantas personas poco habituadas a prestar atención a la música más sublime, a la poesía más elocuente, a la prosa más majestuosa, estaban sumidas ahora en un silencio petrificado.

Michael se incorporó, levantándose a medias de su asiento. Se humedeció los labios resecos. Buscaba desesperado sus palabras. En el escenario, a sus pies, su acusador permanecía quieto contra el telón de fondo escarlata y oro del teatro.

El silencio en el teatro era absoluto. Luego, el rey dijo con el mismo frío descontento:

—¿Podríais encaminar a nuestros investigadores hacia estas pruebas, lord Kierston?

—Podría, majestad. Pero reclamo el antiguo derecho al duelo judicial.

Una vez más, Leo alzó la mirada hacia Michael, y el gélido triunfo en sus ojos dorados heló al príncipe hasta la médula.

—¿Príncipe von Sachsen? —La voz del rey era ahora apremiante—. ¿Aceptáis el desafío del vizconde Kierston?

Michael se levantó. Se inclinó ante el rey y luego hacia Leo.

—Demostraré mi inocencia según la antigua ley, majestad.

—En vuestra condición de acusado, podéis elegir el arma.

—Elijo estoques, majestad.

Cordelia cerró las manos con fuerza, hasta que las uñas se le clavaron en las palmas. Le zumbaba la cabeza. Quería gritar. Quería lanzarse sobre Leo, darle una paliza tumbado en el suelo. ¿Cómo podía haber hecho semejante cosa? ¿Arriesgarlo todo? Su vida, el futuro de ambos. Las niñas. ¿Qué clase de venganza era ésa en la que la espada podía volverse tan fácilmente contra el vengador?

Ahora ya comprendía por qué había intentado ahuyentarla: para evitar que presenciara este reto orgulloso y suicida.

—El duelo judicial público se celebrará en la plaza del pueblo mañana al amanecer —anunció el rey—. Los dos os marcharéis fuera de Versalles hasta entonces, hasta que este asunto quede resuelto y manifestemos nuestro placer.

El rey abandonó majestuosamente su palco, el delfín y su esposa fueron a sus talones. La corte silenciosa permaneció con la cabeza descubierta hasta que la familia real hubo desaparecido.

Cordelia, todavía petrificada por la conmoción y el horror, se dirigió tambaleándose ciegamente hacia la salida, en medio del tumulto que estalló en el auditorio tras la marcha del rey. Tenía que regresar a su habitación y meterse de nuevo en la cama antes de que Michael volviera. De momento, había decidido jugar la carta de la inocencia, fueran cuales fueran sus sospechas, mientras pensaba en qué hacer.

Leo la estaba abandonando. Si moría en manos de Michael, ella estaría condenada. Pero mientras se apresuraba con paso inseguro por los pasillos que llevaban a sus apartamentos, la furiosa agitación de su traición empezó a amainar. Leo había querido que las niñas y ella salieran de palacio antes de que explotara el escándalo. Así,

estarían preparadas para huir. Pero ¿de qué le serviría a ella esta huida si no tenía fin? Podría soportar todo un año esperando a Leo, si fuera necesario. Pero si moría en el duelo, ella ya no tendría futuro. Al presentar este reto, la estaba abandonando. Estaba renunciando a su felicidad por una venganza personal.

Sólo veía la imagen del cuerpo inerte de Leo en el suelo, sangrando por la estocada de su marido. Quizá ganara Leo. Pero cualquier cosa que no fuera una certeza le parecía intolerable, y en un duelo no había certeza alguna.

Entró en el apartamento, jadeando por las prisas y la debilidad. Monsieur Brion se la quedó mirando, primero asombrado y luego con preocupación.

—Madame, ¿os sucede algo?

—Mándame a Elsie. —Cruzó el salón tambaleándose y entró en su propio cuarto. Captó su imagen en el espejo y comprendió por qué Brion había parecido tan conmocionado. Sus ojos relucían casi salvajes en su cara blanca, el pelo se había desprendido de sus horquillas. Parecía haber visto a un fantasma y haber huido de él.

Empezó a desvestirse febrilmente; los dedos, resbaladizos de sudor, luchaban torpes con corchetes y botones.

Elsie entró corriendo.

—Oh, madame. Sabía que no debíais haberos levantado —dijo retorciéndose las manos—. Todavía no estáis bien. ¿Debo llamar al doctor?

—No. Sólo ayúdame a acostarme.

Al cabo de cinco minutos Cordelia estaba recostada contra las almohadas, rogando que el corazón aminorara su doloroso martilleo. Estaba exhausta, todavía consciente del flujo constante de sangre que manaba de su cuerpo. Por suerte, sin embargo, no parecía haber empeorado a pesar de haber estado tanto tiempo de pie y de haber corrido tanto.

La puerta del salón se cerró de un portazo y la voz de Michael, dura, fiera, rompió la espera silenciosa.

—Brion, haz una maleta y mándala con Frederick al Coq d'Or en el pueblo. Debe esperarme allí. ¡Ahora mismo, vamos! ¡No te quedes aquí pasmado como un imbécil!

Cordelia contuvo la respiración, esperando. Entonces la puerta se abrió de golpe y Michael entró.

—¡Fuera! —despidió a Elsie con un brusco movimiento de la mano y la muchacha, ahogando un grito de temor, hizo una reverencia y salió corriendo de la habitación.

Michael se acercó a la cama. Su semblante estaba blanco, más blanco todavía alrededor de la boca apretada. Bajó la vista hacia ella, la atravesó con sus ojos pálidos y fríos.

—¿Qué sabes tú de todo esto, puta? —Su voz era sorprendentemente suave.

Cordelia no dijo nada. Sólo apartó la cara.

Con una imprecación obscena, se inclinó sobre ella, obligándole a girar la cara hacia él.

—¿Has maquinado esto con él? ¿Cómo se ha enterado de la existencia de los diarios?

Sus dedos le sujetaban el mentón con fuerza y ella apenas pudo reprimir un grito. Pero estaba decidida a no darle muestras de su temor.

—No sé de qué me estás hablando. He estado acostada todo el día. Te has asegurado bien de que así fuera.

—No me engañas con tu lengua traicionera —escupió, acercando su cara a la de ella, tanto que Cordelia olió la acidez de su aliento, el olor almizclado de su piel—. Mataré a tu maldito amante, y luego, juro por Dios, mujerzuela, que no escaparás de mí nunca más, hasta que yo decida que ha llegado el momento de tu muerte. ¿Me has entendido? Su boca casi rozaba ahora la de ella, en una horrenda parodia de un beso—. ¿Me has entendido? —Los salpicones de saliva mojaron su cara.

—Te he entendido —consiguió decir a través de las oleadas de asco—. Y tú tienes que entender, marido mío, que no conseguirás someterme jamás. Antes moriré.

Él se echó a reír y soltó de repente su mentón.

—Si ya te tengo sometida, mi querida esposa. ¿No te das cuenta? —Se enderezó—. Te irás con mis hijas a París inmediatamente. Me esperaréis en la rué du Bac. Cuando haya matado a tu amante, iré a buscarte.

Cordelia se incorporó contra las almohadas. Se secó la cara con una punta de la sábana.

—¿Y cómo tienes la intención de matarle?

Se la quedó mirando con expresión sorprendida.

—¿No lo sabes?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —Sostuvo su mirada tranquilamente y tuvo la satisfacción de ver un atisbo de inseguridad cruzar su semblante.

—Mañana al amanecer le ensartaré en la punta de mi espada —articuló Michael lentamente—. Lamento que no puedas estar presente para verlo, mi querida, pero quiero que estés a buen recaudo. Gracias a tu maldito amante, seremos persona non grata en la corte después del duelo, hasta que el rey esté dispuesto a olvidar este desagradable incidente. —Michael torció el gesto al remedar el austero eufemismo del rey para describir el duelo a muerte que se celebraría en su presencia—. La delfina ya no podrá protegerte.

Esperó su reacción, pero ella permaneció quieta, mirándole casi indiferente, hasta que la creciente incertidumbre del príncipe le hizo girar sobre sus talones y salir de la habitación pasando por el vestidor de Cordelia

Cordelia no hubiera creído posible llegar a sentir tanto odio hacia una persona. Pero Michael no estaba dentro de esta categoría, pensó. Era un demonio, un monstruo salido del Averno. Y regresaría a los fuegos que lo habían engendrado. Leo le mandaría directo de vuelta al infierno. No se permitía ni pensar en la alternativa. Tenía que planificar. Tenía que evitar que Michael la mandara a París. Tenía que quedarse aquí. Tenía que estar aquí cuando se celebrara

el duelo. Y las niñas. Tenían que ponerse a salvo esa noche. Matilde debería encargarse de las niñas, porque ella no podía. Ahora, no.

Estaba repasando sus planes cuando Elsie volvió a entrar, con los ojos reverentemente fijos en la carta que reposaba en una bandeja de plata. La cera llevaba el sello de la delfina.

—Un mensajero os ha traído esto de su alteza, madame. —Extendió la bandeja, demasiado impresionada para tocar el augusto papel con sus propias manos.

Cordelia tomó la carta y abrió el sobre. El mensaje era corto y sabía que Toinette lo había escrito al dictado. Seguramente dictado por madame de Noailles:

Querida princesa von Sachsen, lamento profundamente no poder recibiros hasta que el rey lo permita.

María Antonia.

Cordelia se mordisqueó el labio, contemplando las frías palabras que sellaban el fin oficial de una amistad. Luego vio que una esquina del papel estaba doblada. La abrió.

Querida amiga, no puedo evitarlo. Pero siempre te querré.

T.

Cordelia acercó el mensaje a sus labios en un breve y simbólico adiós. Cuando todo esto hubiera terminado, ya encontraría la manera de escribirse con Toinette. Siempre habría canales extraoficiales.

Elsie permanecía junto a la cama, con los ojos como platos por la importancia capital de los acontecimientos. Su mirada estaba llena de simpatía por su pobre señora. Perder un embarazo y luego enfrentarse a la posibilidad de enviudar a la mañana siguiente. Era algo espantoso.

—Todo el mundo dice que el príncipe es un fantástico espadachín, madame —intentó tranquilizarla equivocadamente—. Dicen que no ha sido vencido nunca en un duelo, y que siempre se bate a muerte. Una vez mató a diez hombres en diez meses... aunque entonces era mucho más joven.

«Eso explicaría seguramente la confianza de Michael en sí mismo», pensó Cordelia con amargura. «¿En cuántos duelos se habría batido Leo? ¿A cuántos hombres había matado?»

—Tráeme un té, por favor, Elsie. —Tenía que librarse de la muchacha, con su torpe simpatía y sus retorcimientos de manos, antes de que se echara a llorar.

Monsieur Brion fue su siguiente visitante. Se quedó parado, incómodo, en el umbral de la puerta.

—El príncipe me ha ordenado que os acompañara a vos y a las niñas, Sylvie y Amelia, de regreso a París inmediatamente, madame. ¿Tendríais la bondad de dar vuestras instrucciones a vuestra doncella para que os ayude a levantaros?

—Monsieur Brion, no voy a regresar a París esta noche —declaró Cordelia—. Y las niñas tampoco.

—¡Pero, madame! —Parecía atónito.

—No tendrás ningún problema, te lo prometo —dijo ella—. Si el príncipe sobrevive a este duelo, te daré suficiente dinero para que puedas librarte de estar a su servicio. —Apartó las ropas de la cama y se levantó algo temblorosa. Se dirigió hacia el tocador y abrió su joyero—. Toma. Pago por adelantado, monsieur. —Le alcanzó un anillo con un zafiro—. ¿Sabrás cómo venderlo?

Brion asintió y lentamente avanzó la mano hacia la sortija. Tenía ciertos contactos en París que le darían un buen precio y no harían preguntas. Con esta chuchería conseguiría suficiente dinero para comprar una pequeña posada en la aldea de Cognac, donde había pasado su infancia. Ya tendría la vida asegurada.

—¿Qué queréis que haga, madame?

—Simplemente, informar al príncipe de que todo está dispuesto para nuestra marcha. Pídele al cochero que atraviese todo el pueblo. Asegúrate de que todo el mundo lo vea, que te vean a ti marchándote con él. Oh, y será mejor que te lleves a madame de Nevry —se le ocurrió en el último momento—. Dile que, por órdenes del príncipe, vas a buscar a las niñas a su clase de música para llevártelas con ella a París. Cuando atravieses el pueblo, si es

posible, procura pasar por la posada donde se aloja el príncipe, pero demasiado rápido para que no pueda deteneros. La decisión de irte a París con la institutriz, regresar o ir a cualquier otra parte, será únicamente asunto tuyo, y yo no te preguntaré nada. —Se derrumbó en una butaca, debilitada por el esfuerzo de ganarse este apoyo vital.

—Muy bien, madame. —Brion le hizo una profunda reverencia—. Y permitidme que os diga que ha sido un placer serviros.

Cordelia sonrió sorprendida y distinguió un asomo de sonriente respuesta del mayordomo...

—Gracias, Brion.

—Os deseo el mejor de los desenlaces para mañana —dijo.

—Gracias —repitió Cordelia. El mayordomo se marchó y ella se reclinó contra el respaldo de la butaca, recuperando fuerzas, segura de que el hombre cumpliría con su papel. Estaba a salvo de Michael, por el momento.

Y ahora debía ir en busca de Leo. Decirle lo que había hecho. Disponerlo todo para la marcha de las niñas. Volvió a cerrar los ojos.

¿Cómo podía haber hecho eso? ¿Cómo podía haber sacrificado su amor, su futuro?

¿Debía por lo tanto creer que este amor y este futuro eran secundarios para él y que lo primero era su amor por la hermana asesinada?

CAPÍTULO 25

—¿Dónde está Cordelia? —preguntó Leo al entrar en la habitación del Jabalí Azul donde se alojaba Christian. No necesitaba mirar a su alrededor para saber que no se encontraba allí, no necesitaba ojos para detectar su vibrante presencia.

—¡Monsieur Leo! —Las niñas abandonaron de un salto el banquillo de la espineta—. Christian nos está dando clase de música. Estamos aprendiendo muchísimo, ¿verdad, señor? —Se volvieron confiadas hacia Christian, cuyos métodos didácticos se concentraban en alabar los progresos en lugar de criticar los errores. En consecuencia, había conseguido dos fervientes alumnas.

Por una vez, su tío no tuvo ni una sonrisa, ni una palabra de saludo para ellas.

—¿Dónde está? —volvió a preguntar.

—Se ha quedado en cama hoy, milord —le informó Matilde con su placidez habitual.

—¿Está enferma?

—Indisposición femenina —respondió la mujer—. Necesitaba descansar.

Leo se la quedó mirando, intentando asimilar esta información y las implicaciones que la ausencia de Cordelia tendría en sus planes, elaborados con tanto esmero. Había viajado con Cordelia, había montado a caballo, había hecho el amor con ella, había pasado días

enteros en su compañía y ni una sola vez había sufrido una «indisposición femenina». O por lo menos, él no lo había sabido.

—¿Ha guardado cama todo el día? —Su voz estaba ronca de ansiedad.

Matilde asintió.

—Eso tengo entendido, milord. He estado aquí con las pequeñas desde primera hora de la tarde.

—¿Lo habéis hecho? —preguntó Christian, con cierta vacilación.

Leo asintió con un breve gesto.

—El rey ha ordenado que se celebre mañana al amanecer. Quiero que te marches enseguida con las niñas y Cordelia. Así tendrán más de doce horas de ventaja.

—Pero Cordelia no está aquí —señaló Christian.

—Matilde, vete a buscarla. El príncipe ha sido expulsado de la corte, y yo también, de manera que no estará en el palacio. Pero ¿y si se la había llevado consigo hacia el exilio parisino?

—¡Por todos los demonios! ¿Por qué Cordelia no coopera nunca? —exclamó; injustamente, lo sabía, pero su frustración pudo con él. Notó de repente dos pares de brillantes ojos azules mirándole solemnes y un poco dolidos.

—¿No está mal decir esas palabrotas, monsieur Leo? —preguntó Sylvie, o por lo menos, la niña que debería ser Sylvie.

—¿Decir qué?

—«Por todos los demonios» —terció Amelia.

—¡Amelia! —exclamó su hermana gemela, y ambas fueron presas de un ataque de risa.

Leo alzó la mirada al cielo.

—Aquí está Cordelia.

De una zancada, Leo alcanzó la ventana a la que se asomaba Christian. Cordelia acababa de doblar la esquina de la calle. Llevaba una capa oscura sobre su traje de montar y una capucha que cubría gran parte de su cabeza. Se sintió invadido por una oleada de alivio. Ahora podría actuar.

Pero cuando ella empujó la puerta y entró en la salita, su palidez, las profundas sombras bajo sus ojos, aquella boca tan hermosa consumida de dolor, y la evidente fragilidad de toda su persona, le hicieron avanzar hacia ella con una exclamación consternada. Tenía el mismo aspecto que aquella noche, cuando la había encontrado en el alféizar de la ventana, esperando a Matilde. Aquella noche que parecía pertenecer a otra vida, aunque increíblemente, sólo hubiera pasado una semana desde entonces.

—Cariño, estás enferma. —Le tomó las manos entre las suyas —. ¿Pero qué estás haciendo, corriendo así por las calles? —Olvidó que la necesitaba aquí, lo olvidó todo excepto el sufrimiento que irradiaba.

—¡No estoy enferma! —Dijo ella con una energía impaciente que desmentía su aspecto—. O por lo menos, no es nada grave. ¿Qué has hecho, Leo? —No tenía la intención de hacerle reproche alguno, pero las palabras brotaron de su boca a pesar de todo—. Estaba allí —dijo con fiereza—. Te he visto. Te he oído.

—Me llevo a las niñas al jardín —dijo Matilde, con un elocuente gesto hacia Christian, que no necesitaba más insinuación. Salieron todos de la habitación sin que Leo ni Cordelia se dieran cuenta.

Leo soltó sus manos y se dirigió hacia la ventana.

—Te pedí que no estuvieras.

—Me has engañado. —Cordelia tenía ganas de llorar. No quería tratarle con amargura, pero de repente, se sintió despojada de cualquier vestigio de comprensión.

Él permanecía junto a la ventana, el sol de la tarde cruzaba su mejilla izquierda, sus manos blancas y fuertes se apoyaban en el alféizar a sus espaldas. Furiosa, con dedos temblorosos, ella se desató la capucha y la tiró hacia atrás. El forro de seda de la capa, de color turquesa, contrastaba con el negro del resto de la prenda, enmarcaba su cara y acentuaba su palidez y las sombras grises y azuladas bajo sus ojos hundidos..

—No te he engañado, Cordelia. Te he pedido que confiaras en mí —dijo en tono cansino—. No podía poner en riesgo mi reto por

cualquier cosa que hubieras podido decir o hacer.

—¿Y tú no podías haber confiado en mí? —Su voz era amarga como el acíbar.

—No podía —dijo sencillamente.

—Porque entonces te habría dicho lo que te estoy diciendo ahora. —Dio un paso hacia él—. No puedes hacerlo, Leo. No puedes batirte contra Michael. Quizá no venzas. —Extendió las manos suplicante, con los ojos desesperados—. No puedes hacerlo, Leo. Seguro que te das cuenta.

Él no la tomó de las manos. Sólo dijo:

—Es lo que voy a hacer, Cordelia. Me vengaré del asesino de mi hermana.

—¡Pero es que no lo harás, si él te mata a ti! —Exclamó ella, agarrándole por los brazos, cualquier rastro de dignidad, de gentileza, de comprensión quedó borrado bajo esta necesidad desesperada de seguir teniéndole a su lado—. Estarás muerto, y Elvira estará muerta, y Michael saldrá indemne. —Intentó sacudirle, pero era como sacudir un viejo roble.

—Es la manera que he elegido —dijo él, con la voz súbitamente fría e inexpresiva, distanciándose de ella—. Y correré el riesgo.

Ella le soltó los brazos.

—¿Por qué no podías simplemente pedir una orden de registro, conseguir que confiscaran los diarios como prueba? ¿Por qué no podías dejar que la justicia siguiera su curso? —Pero ella misma podía oír la nota de la derrota en su propia voz.

—No podía —se limitó a contestar.

—No lo entiendo.

—Todos somos un misterio para los demás, Cordelia. No espero que entiendas cómo me siento. Me basta con que Elvira lo hubiera sabido comprender. —Elvira también le habría aplaudido. Casi podía ver su leve gesto de asentimiento, de comprensión y aprobación. Siempre habían entendido los motivos del otro, incluso cuando no los compartían.

Los ojos de Cordelia parecían negros de emoción. Por lo tanto, debía creer que este amor y este futuro eran secundarios, y que para él lo primero era su amor por la hermana asesinada.

—Tú no me quieres —dijo en voz baja.

Leo fue consciente de todo su dolor, pero de momento no podía hacer nada para que ella le comprendiera.

—Te quiero —contestó rotundamente—. Pero tengo que vengar la muerte de mi hermana. Una vez hecho esto, lo tendremos todo.

—No tendremos nada si mueres.

Era inútil, y ambos lo sabían. Leo volvió a dirigirse hacia el centro de la habitación, y ahora su voz era ecuánime, segura:

—Las niñas y tú saldréis con Matilde y Christian esta noche. Mañana por la mañana ya estaréis muy lejos.

—Las niñas pueden irse. Yo no me iré.

—¡Cordelia, por lo que más quieras! —Dio un paso hacia ella.

—Tú esperas que yo acepte tus necesidades, Leo. Pues tú debes aceptar las mías. Si es preciso, te veré morir. —Se apartó de él, volviéndose a cubrir la cabeza con la capucha—. Christian y Matilde se encargarán de acompañar a las niñas. Michael cree que sus hijas y yo ya estamos en París, de manera que todavía tendrán más ventaja. Y si Michael vive, no importará mucho lo que me pase a mí. —Se encogió de hombros—. Si puedo huir, huiré. Si con eso te resulta más fácil morir.

Se marchó sin otra palabra.

Leo volvió a asomarse a la ventana, esperando que reapareciera abajo en la calle. Su corazón era un negro vacío. Había conseguido que quedara así, exangüe de cualquier posibilidad de emoción, de sentimiento. Había tenido tanto miedo de no ser capaz de ello, pero al fin y al cabo sólo había tenido que transportarse mentalmente a la escuela de esgrima. Allí se había entrenado para ver sólo una cosa, la hoja de su contrincante. Se había entrenado para ver a su enemigo sólo como un arma pensante. Había aprendido a excluir cualquier otra cosa de su vista, tanto física como mental.

Había excluido a Cordelia. Sus palabras resonaban en su mente, sabía que la fuerza del amor era la que las engendraba, pero sólo existían como simples palabras. Para él no tenían ninguna conexión con la mujer que las pronunciaba. Cualquier pensamiento sobre Cordelia, sobre su posible futuro, no se inmiscuirían ahora cuando se batiera por su vida y la muerte de Michael. La pureza de sus motivos y su objetivo no se vería empañada. Sólo así podría vengar cabalmente a Elvira.

Cuando Cordelia llegó a la planta baja se encontró con Matilde que entraba del jardín, Christian y las niñas iban detrás de ella. La cara de Cordelia lucía una palidez espectral, sus ojos eran unos orificios enormes, llenos de dolor.

—¡Oh, mi niña! —Matilde corrió a abrazarla—. Todo saldrá bien. Te prometo que todo saldrá bien.

Cordelia negó con la cabeza. —Creía... creía que me amaba. Me parecía imposible... todavía me lo parece... que pueda amarle tanto, y que él permanezca insensible. —Alzó la cabeza y su cara era una máscara de perplejidad y pena—. Ha estado tan frío, Matilde. Tan frío. ¿Cómo es posible que no sienta lo mismo que yo, Matilde?

—El hombre con una misión, querida niña, no es fácil de entender para una mujer. —Matilde le acarició la nuca y la espalda.

—¿He sido una imbécil? —Preguntó Cordelia sombría—. ¿Una imbécil ingenua, que se engaña a sí misma? —Se apartó del abrazo de Matilde, su expresión ahora era severa—. Christian y tú debéis llevaros a las niñas esta noche.

—¿Te quedarás tú aquí? —Matilde ya conocía la respuesta—. Pues entonces me quedaré contigo, Cordelia.

—No, tienes que irte con las niñas. —Cordelia se giró hacia Christian, que estaba en el umbral de la puerta a sus espaldas, con una cara tan acongojada como desamparada, y las dos niñas que contemplaban solemnes la escena—. ¿Tienes los papeles, Christian?

—Sí, sí, por supuesto. Pero tienes que venir con nosotros. El vizconde ha dicho que tenías que hacerlo. —Intentó hablar con

autoridad, pero nunca había asumido este papel con Cordelia, y sabía que estaba condenado al fracaso, incluso antes de empezar.

—Leo ya sabe que me quedo. Pero las niñas tienen que irse.

—¿Adonde vamos? —dijo con vocecita aflautada Sylvie.

Cordelia se acercó. Se inclinó para tomarlas de las manos, y mirarlas cara a cara, a su nivel.

—Os iréis de aventura —dijo—. Iréis a visitar a la hermana de vuestra mamá en Inglaterra. Vuestra tía Elizabeth.

—¿Y nuestro padre ya lo sabe? —Amelia estaba asustada; le temblaban los labios, le brillaban los ojos.

—Sí —afirmó rotundamente Cordelia—. Y yo también iré, pero un poco más tarde. Os daré alcance antes de que subáis al barco.

—¿En un barco? —Parte de la alarma abandonó sus ojos.

—Es una aventura —afirmó Cordelia, sonriente—. Será muy emocionante, y no hay motivo alguno para asustarse ¿verdad, Christian?

Las niñas alzaron inmediatamente la mirada hacia Christian, pidiendo confirmación con la mirada.

—Pues claro que no —contestó intentando sonar jovial—. Será muy divertido, ya lo veréis.

—Y Matilde también...

—No, yo me quedaré aquí —interrumpió Matilde impasible—. Este muchacho podrá arreglárselas en la primera etapa del viaje. Pronto les daremos alcance.

—Pero Matilde...

—Tengo mucho que hacer —declaró la anciana apretando los labios—. Y me marcho ahora mismo para ocuparme de todo. Tú vuelve a tu cama, Cordelia, y no me esperes hasta mañana. —Con estas palabras, salió de la posada sin lanzar una mirada atrás.

—Oh, Dios mío. —Cordelia se masajeó las sienes—. Lo siento, Christian, pero tendrás que marcharte tú solo.

—Pero... pero, Cordelia, ¡yo no soy una niñera! —exclamó, mesándose los encrespados bucles con una mano trastornada. Sus expresivos ojos castaños estaban consternados.

—Tienes que hacerlo —dijo ella—. Las niñas no te causarán ningún problema. ¿Verdad que no? —Sonrió tranquilizadora a las gemelas, que asintieron sacudiendo vigorosamente la cabeza—. Irán vestidas de chicos, y no tendrás que preocuparte por todos esos lazos y botones. Serás su tutor, que las lleva de viaje a visitar a unos familiares. Nadie buscará a un grupo de personas como éste, y nadie sospechará que estás involucrado en el escándalo. Es mucho más seguro que si viajáramos todos juntos. —Se volvió hacia las niñas, antes de que Christian pudiera responder—. ¿Os gustaría vestiros como chicos? Los chicos se lo pasan siempre mucho mejor que las chicas. Siempre lo he pensado. Y su ropa es mucho más fácil de llevar. Vestidas con pantalones, podréis correr y saltar, y trepar a los árboles.

Las niñas se quedaron boquiabiertas ante semejante catálogo de actividades inimaginables.

Cordelia tomó las manos de Christian en las suyas, apretándolas con fuerza.

—Por favor, Christian. Hazlo en nombre de nuestra amistad.

Era una súplica irresistible. Y el razonamiento de Cordelia era impecable. Nadie buscaría a un tutor con dos niños pequeños.

—Vístelas —dijo—. Su ropa está en el dormitorio de Matilde. Llamaré al cochero y reuniré toda la documentación.

Cordelia se puso de puntillas para besarle.

—Me reuniré con vosotros en Calais. Pero no me esperéis allí si el viento es favorable y podéis embarcar enseguida. En ese caso, esperadme en Dover. —Matilde y ella conseguirían llegar hasta allí de alguna manera, si fuera necesario. Y ellas dos podrían viajar mucho más rápido que Christian y sus dos jóvenes compañeras de viaje.

Christian asintió a regañadientes. Si tenía que embarcarse hacia Inglaterra, su carrera como protegido del duque de Carillac habría terminado. Podía explicar un viaje de ida y vuelta a Calais, pero ¿un viaje por mar? En esta catastrófica situación, sin embargo, había que dejar de lado toda consideración personal.

Media hora más tarde, un tutor y dos muchachitos silenciosos pero con los ojos muy abiertos salieron del pueblo de Versalles en un carruaje anónimo tirado por veloces caballos.

Cordelia regresó a palacio, a esperar el amanecer.

En la cocina del Coq d'Or, Matilde estaba cómodamente sentada junto a los fogones, conversando con la cocinera, con quien había trabado amistad unos días antes, tras ser expulsada del servicio del príncipe. Su anterior asociación con la casa de Von Sachsen la convertía en una invitada muy bien recibida esta noche. Todo Versalles salivaba con los acontecimientos del día y el duelo previsto para la mañana siguiente. Los detalles más nimios, cualquier chisme sin importancia, eran recibidos como los santos evangelios, y Matilde sabía servirse de los mejores de ellos, cuando era preciso, para fraguar una buena historia.

Frederick, el ayuda de cámara del príncipe, también estaba en la cocina, y sus opiniones también eran muy apreciadas. Mucho se hablaba, con sabrosos detalles, acerca de la pobre princesa y de cómo sufría por la noche en manos de un marido brutal.

—Pobrecita niña —declaró la cocinera, golpeando con el rodillo la masa extendida sobre la restregada mesa de pino—. ¿Sólo dieciséis años, dices, Matilde?

—Sí. —Matilde revolvió servicialmente el contenido de un caldero de sopa que había en el fogón de al lado—. Y tan pura e inocente como un corderito.

—Pero le plantaba cara al príncipe —afirmó Frederick, alzando la nariz de una espumosa jarra de cerveza—. El viejo Brion dice que aquello era algo digno de ver.

De nuevo los suspiros y los murmullos recorrieron la cálida y fragante cocina, la bóveda del techo ennegrecida con el humo de la leña.

—Pero no sé qué vamos a hacer si el vizconde mata al príncipe —comentó Frederick preocupado—. Me extrañaría que se hubiera acordado de nosotros en su testamento. —Lanzó una carcajada sardónica ante lo absurdo de esta idea.

Matilde se limitó a sonreír y revolver la olla.

En una salita privada de la primera planta, el príncipe Michael estaba cenando cuando el posadero llamó a la puerta y entró.

—¿Está todo a vuestra entera satisfacción, milord? —Sus ojillos brillaban de curiosidad y satisfacción por albergar a semejante celebridad bajo su techo. La marcha del negocio en su bodega era esta noche mejor que en muchos meses.

—Bastante bien. —Michael tomó un bocado de su chuleta de cordero asada con cebollas y alcachofas—. Pero tráeme otra botella de ese clarete.

—Sí, milord. Ahora mismo, milord. —El hombre recogió la botella vacía—. ¿Necesitaréis algo más esta noche?

—No, tráeme la botella y dile a mi criado que me despierte a las cuatro con un plato de filete y una jarra de cerveza.

El posadero se inclinó con cierto respeto. La reputación del príncipe como insigne espadachín no era, sin duda, ninguna exageración. Había que tener mucha confianza en sí mismo para enfrentarse a la muerte con el estómago lleno.

Bajó a la cocina para transmitirle esas instrucciones a Frederick, que las recibió con un gruñido taciturno. La cocina ya estaría en marcha una hora antes, por lo que estaba seguro de que se despertaría a tiempo.

Matilde se recostó en su asiento y se preparó para pasar las horas dormitando.

Michael llenó su copa con el último clarete de la botella. Bebió lentamente con la mirada fija en el espacio. Tenía la vista clara, la cabeza clara, no notaba los efectos de las dos botellas de vino. Aunque eso no le extrañaba. Siempre bebía copiosamente antes de un encuentro al alba. Le relajaba. Recorrió la habitación con la vista, hasta detenerla en el cofre de cuero que casi le había buscado la ruina. Seguía ignorando cómo había podido Leo leer sus diarios. Pero ahora ya no importaba. Ese vanidoso estúpido había dejado pasar la oportunidad de condenar al asesino de su hermana al elegir

un camino tan ridículamente incierto para vengarse como un lance de honor.

Su mirada siguió avanzando, hasta reposar en el largo estuche de cuero repujado apoyado en la pared, junto al cofre. Un camino incierto para Leo Beaumont, pero no para su contrincante. Michael esbozó una ligera sonrisa y tomó otro sorbo de vino. No estaba dispuesto a dejar su vida en manos de su propia destreza, por mucho que confiara en ella. Leo era más joven, más ligero, seguramente más resistente. Todas estas circunstancias podían resultar decisivas, aunque su manejo de la espada no fuera tan bueno, y Michael no tenía ninguna intención de jugar sin tener todas las de ganar.

Dejó su copa en la mesa, se levantó y se dirigió hacia el estuche. Lo abrió y sacó las dos espadas que contenía. Hojas letales de acero templado y cincelado, con empuñadura de plata lisa. Nada de joyas o grabados que se clavaran en la mano. Sólo metal liso y frío. Las sopesó con ambas manos, las flexiono, atacó con ellas y tocó su acerada punta con la almohadilla del pulgar.

La gracia y velocidad de sus movimientos no parecían afectadas por el vino consumido, y sonrió satisfecho. Como acusado, había contado con la ventaja de luchar con un arma familiar. Leo no se había batido nunca con espada. Tendría que acostumbrarse a su peso, la sensación de la empuñadura en la mano. Pero a Michael no le bastaba con esta ventaja.

Tras cinco minutos de ejercicio, Michael depositó cuidadosamente una de las espadas en la mesa, y apoyó la otra contra la pared. Se inclinó sobre el cofre de cuero y lo abrió.

Cuando volvió a incorporarse, llevaba un frasquito en la mano. Lo dejó en la mesa y volvió a inclinarse sobre el cofre, de donde extrajo un par de guantes de cabritilla. Se los puso, flexionando los dedos para que le quedaran bien ajustados. Luego se dirigió de nuevo hacia la espada que había sobre la mesa.

Desenroscó el tapón del frasco, levantó la espada con la otra mano y mojó la punta en el contenido del frasco. Su expresión era

hermética, concentrada, sus ojos eran puro cuarzo claro.

Curare. La más mínima cantidad insertada a través de un corte causaría la parálisis y la muerte. Bastaría con un mero pinchazo y Leo empezaría a flaquear. Sus movimientos serían más lentos, como si estuviera cansado, y su contrincante podría asestarle el golpe de gracia. Sería un combate limpio. Ni la más mínima sospecha de juego sucio. El príncipe habría estado a la altura de su reputación, y el vizconde habría demostrado su inferioridad como espadachín. Y Michael habría demostrado su inocencia de todas las acusaciones, según el antiguo sistema. Correrían las habladurías, por supuesto. El rey no le recibiría durante cierto tiempo. Pero podía esperar. Tendría a Cordelia. Sola, sin protección. Totalmente suya.

Sacó un trozo de hilo del bolsillo y lo ató alrededor de la empuñadura de la espada limpia, apoyada contra la pared. Luego, con las manos enguantadas y sumo cuidado, volvió a colocar ambas armas en su estuche, que se cerró suavemente con un clic.

Se dirigió hacia el dormitorio contiguo, se quitó las botas y se tumbó vestido, con las manos en la nuca. La sonrisa no se había borrado de su cara, pero sus ojos seguían siendo tan duros y fríos como el cuarzo.

Abajo, en la cocina, los únicos sonidos eran algún chisporroteo del fuego cubierto de cenizas, el tictac del reloj, y los guturales ronquidos de Frederick, dormido en el banquillo con la cabeza apoyada en el bulto de su capa. Matilde estaba ahora despierta y recuperada tras su sueñecito. Miró el reloj. Todavía faltaba una hora para que el príncipe se tomara su filete y su cerveza.

La fregona llegó primero, parpadeando adormilada, recién levantada de su plataforma de madera en la antecocina. Encendió las lámparas de aceite, luego se inclinó para rastrillar las brasas y reanimar el fuego hasta convertirlo en una fogarada. Otros sirvientes aparecieron entonces, bostezando, maldiciendo. Frederick se despertó, bostezó, se estiró y salió a hacer sus necesidades fisiológicas.

Cuando volvió, la cocinera le indicó con un gesto la bandeja dispuesta sobre la mesa.

—Aquí tienes el desayuno del príncipe.

Frederick estudió el contenido de la bandeja. Conocía las preferencias de su dueño, y no le apetecía mucho que éste le rompiera la bandeja en la cabeza. La carne del filete era roja, en su punto, el pan estaba crujiente, la jarra de cerveza iba bien coronada de espuma. Cargó con la bandeja y se fue a despertar al príncipe.

Matilde se inclinó hacia el fuego y lanzó un trocito de papel a las llamas. El residuo del fino polvo blanco que había contenido produjo un sonido sibilante al entrar en contacto con el fuego. Luego, salió de la cocina hacia las luces grises del amanecer, y atravesó el pueblo, que dormitaba acurrucado junto a las grandes puertas del palacio, cruzó el gran patio exterior del palacio, y entró en su interior.

Cordelia ya estaba levantada y vestida cuando Matilde entró en su habitación. No había llamado a Elsie, sino que se había vestido con una sencilla túnica matutina de muselina azul. No necesitaba vestirse de cortesana para aquella ocasión. Era persona non grata en la corte, y si alguien la veía, se limitaría a ignorarla. Se refrescó la cara con el agua fría de la jarra del lavabo, se cepilló el pelo y se lo trenzó, sujetando las trenzas para que formaran una diadema alrededor de la cabeza. Lo hacía todo como una autómata. Su mente y su espíritu estaban con Leo, preparándose en esta fría hora antes del alba. ¡Cuánto deseaba poder estar con él! Aunque sabía que él no quería tenerla cerca. Mientras que para ella Leo era una parte absoluta, intrínseca de su vida, su verdadera alma, como si no hubiera existido del todo antes de que él se convirtiera en su vida, él en cambio tenía una vida que no la incluía a ella. Un pasado que no le pertenecía. Ella le había abierto su pasado, se lo había ofrecido como parte de su entrega total. Pero Leo no podía corresponderle en este sentido.

Se volvió de un salto al entrar Matilde.

—¡Oh, ¿dónde te habías metido? —Cayó en brazos de Matilde con un suspiro de angustia—. Me he sentido tan sola.

—Ya lo sé, cariño, pero tenía algo que hacer. —Matilde la obligó a incorporarse y la examinó con aire crítico—. ¿Cómo va la hemorragia?

—Ya casi se ha detenido. —Cordelia frunció el ceño. Estaba acostumbrada a la placidez de Matilde, pero aquella terrible mañana parecía incluso más flemática de lo habitual. Casi se diría que no simpatizaba con la agonía mental de Cordelia.

—Vamos, pues. —Matilde lanzó una capa alrededor de los hombros de Cordelia—. La necesitarás. El aire del amanecer es muy fresco.

La Plaza Mayor estaba llena de aldeanos. Vendedores ambulantes recorrían la muchedumbre vendiendo tartas y vino caliente contra el frío de la mañana. Improvisadas gradas de bancos habían sido levantadas de la noche a la mañana para acomodar a la corte en pleno, que incluía incluso a los cortesanos más reacios a madrugar. La familia real estaba reunida bajo un palco de terciopelo. Cordelia se cubrió con la capucha de su capa y, seguida de Matilde, se abrió camino a duras penas entre el gentío, hasta situarse en primera fila, bajo la primera grada de cortesanos.

Michael estaba en el centro de la plaza, con actitud relajada. A su lado, dos guardas sostenían las espadas. Llevaban guantes para protegerse de las afiladas hojas y de sus puntas letales. No sabían sin embargo cuan letal era una de ellas mientras examinaban las armas para comprobar que su peso y su filo fueran equivalentes.

Un murmullo y una oleada de expectación recorrieron la multitud. El vizconde Kierston salió a la plaza. Ningún guarda le escoltaba. Venía solo. Se inclinó ante el príncipe, que le devolvió el saludo. Ambos se quitaron los gabanes, se dirigieron hacia el palco real y se inclinaron ante el rey.

—Que Dios guíe la mano del justo —declaró el soberano—. Y que Dios perdone al culpable.

Cordelia tenía la mirada fija en el frente, hacia el centro de la plaza. Parecía paralizada. Incapaz de mover un solo músculo. Incapaz de parpadear, de mover la boca, apenas capaz de respirar. Era absolutamente inconsciente del gentío que la rodeaba, parecía existir en un frío vacío.

Empezaron lentamente, tras los saludos de rigor. Evolucionaron dando vueltas, cercándose mutuamente sobre la arena recién rastrillada de la plaza, observando, tanteando, tratando de ganar tiempo. Michael no tenía prisa en asestar el primer corte que le aseguraría su victoria final. Seguro del éxito, podía permitirse jugar con su contrincante, entretener al público.

El sol era una esfera difusa que enrojecía el horizonte. Leo se había convertido en la danzarina punta de su espada. Era un solo ojo, una sola voluntad enfocada hacia el destello de plata del arma del adversario. No sentía temor alguno. No sentía nada. Sabía que tenía que fatigar a su enemigo. De mayor edad, se cansaría antes que él, de manera que debía mantenerle en movimiento, no darle respiro, acosarle pero sin acercarse demasiado.

Michael tardó unos minutos en darse cuenta de lo que estaba sucediendo. Creía controlar la danza, pero de repente comprendió que estaba reaccionando, no iniciando. Había sucedido insidiosamente, pero ahora se sentía presionado, como si le acorralaran contra una pared, y sin embargo sabía que tenían toda la Plaza Mayor como arena. Paró, hizo una finta, atacó. Pero Leo había retrocedido de un salto y la espada sólo le rozó la camisa.

Leo respiraba sin apuros. Los ojos le brillaban como la punta de su espada. Michael avanzaba, demasiado cerca. Leo atacó, resbaló y cayó sobre una rodilla. Un murmullo rompió el concentrado silencio de la plaza. El arma de Michael cortó la manga del brazo de Leo que blandía la espada. Pero éste se había levantado ya, con la agilidad de una liebre. Había cambiado el arma de mano, y la blandía ahora con la izquierda, casi sin que Michael se hubiera dado cuenta, y de repente el príncipe se encontró lidiando con un nuevo

adversario, un zurdo cuyos movimientos no podían pararse con facilidad.

Leo no era tan rápido o seguro con la mano izquierda como con la derecha, pero sabía que la izquierda le daba una ventaja, por lo menos hasta que Michael se hubiera acostumbrado al cambio. Tenía que aprovechar esos minutos.

Michael intensificó su acoso. ¿Habría su hoja atravesado la piel? No veía sangre alguna, pero bastaba con un simple pinchazo. El sol pareció deslumbrarle, y parpadeó, fintó, retrocedió, intentando desplazar a su contrincante para que el sol le diera de cara. Se le empañaron los ojos. Quería frotárselos con la manga, pero no tenía la más mínima oportunidad. Entonces, se encontró por fin de espaldas al sol, y volvió a parpadear para despejar la vista. Pero seguía estando nublada. Leo no era más que una figura danzante, su espada un borroso destello, y Michael se dio cuenta de que estaba luchando por instinto. El miedo se fue apoderando de él. Sacudió la cabeza, intentando disipar la neblina, rogando que llegara el momento en que Leo flaqueara, cayera. Tenía que haberle rozado la piel. Por favor, Dios mío, que haya vertido una gota de sangre.

Luego, milagrosamente, su vista se aclaró. Pero la claridad y la luz eran casi tan cegadoras como la neblina anterior. Algo estaba afectándole los ojos. Incapaz de contenerse, se los frotó con la mano.

Cordelia, todavía petrificada como una roca, notó el ligero movimiento de Matilde, su tenue espiración.

Mientras Michael luchaba para ahuyentar su miedo y su confusión, Leo atacó, extendiendo al máximo su hoja. Michael, en el último minuto antes de que su visión se enturbiara de nuevo, vio su oportunidad. Ejecutó con su arma un froisse, un ataque que si se asestaba con suficiente fuerza, desarmaría a su contrincante. Pero Leo se movió con la agilidad de un gimnasta y sus hojas entrechocaron en el aire. El brazo de Michael estaba totalmente extendido. Tuvo un segundo para recuperar el equilibrio, y en este

segundo, la respuesta de Leo guió su hoja bajo el brazo de Michael y la hundió profundamente entre sus costillas. Lentamente, Leo retrocedió, retirando su espada.

La espada de Michael cayó a la arena. Se dejó caer de rodillas, con la mano apretando la herida. La sangre salía a borbotones entre sus dedos.

Un silencio sepulcral reinaba en la plaza, apenas se oía una respiración. Cordelia no se movió. Todo había sucedido tan rápido que el terror seguía embargándola, incluso cuando Michael cayó de rodillas en la arena. Leo estaba a su lado, con la punta de su espada negra de sangre.

Luego, cuando el absorto gentío empezó a rebullir con la primera reacción, Cordelia salió al centro de la plaza y corrió hacia los dos hombres.

—¡No lo hagas! —dijo Leo mientras ella corría hacia él con los ojos salvajes de alegría. Se lo ordenó en voz baja, pero con tanta fuerza que ella se detuvo en seco. Este asunto todavía no había terminado del todo. No podía abrazarle en público, sobre el cuerpo de su marido agonizante, por muy vital que fuera su necesidad.

Se quedó quieta al lado de los dos hombres, mirando a su marido, que permanecía de rodillas, agarrándose la herida con fuerza, como si creyera poder detener la sangría, curar la herida. Sus ojos parecían extrañamente desenfocados.

—¿Te he hecho sangrar, Leo? —Preguntó en un susurro—. Dime que sí.

Leo echó una ojeada a su manga desgarrada. Debajo, la piel estaba intacta. Mientras Leo estudiaba su brazo, Michael, con un último esfuerzo, levantó su espada del suelo y atacó a su enemigo. Cordelia le arrancó el arma de un puntapié, con un acto reflejo tan rápido que su pie apenas fue una sombra. Michael cayó de lado sobre su propia espada y empapó la arena con su sangre, cuando su propia hoja le atravesó la camisa y el cuerpo.

Leo miró a su enemigo caído con los ojos desbordantes de desprecio. —Muere en la deshonra, príncipe —dijo, y sonó como

una maldición. La chispa de la vida fue alejándose de la mirada de Michael, mientras se estremecía con aquella horrible ironía. Sentía el frío de la hoja envenenada contra su piel y la sangre que manaba de la herida, y sus ojos se cerraron.

Entonces, el triángulo mortal quedó roto cuando acudieron corriendo los médicos, oficiales y guardias, que rodearon al agonizante, quieto ahora en el suelo.

Leo se apartó, su expresión era fría, sus ojos miraban duros como piedras pardas. Cordelia dio un paso hacia él. Él la detuvo alzando una mano y ella retrocedió.

Leo atravesó la arena de la plaza en dirección del palco real. Se inclinó ante el rey. Su voz resonó en toda la plaza.

—Se ha hecho justicia, majestad. Os pido permiso para abandonar vuestra corte.

—Permiso concedido, vizconde Kierston. —El rey se levantó y abandonó la plaza con toda su familia. Toinette miró por encima del hombro en dirección de Cordelia, una figura desamparada al lado del cuerpo de su marido.

Cordelia había oído las palabras de Leo, que cayeron como gotas de sangre helada en su conciencia. Había pedido formalmente permiso para abandonar Versalles. El protocolo exigía que un invitado del rey no pudiera abandonar la corte sin su permiso. Pero ¿la abandonaba también a ella? Ahora, Leo le parecía un extraño. Después de lo que había visto, lo que había sido dicho entre ellos, ya no sabía qué esperar de él.

Leo avanzó hacia ella, su cara de repente parecía más joven, sus ojos brillaban como si todas las sombras hubieran desaparecido de sus profundidades. Tenía el mismo aspecto que recordaba de su primer encuentro, cuando ella le había lanzado las rosas y él se había reído, alzando la vista hacia su ventana. Había pasado una eternidad desde entonces, una eternidad de terror, de pasión y de confusión. Una eternidad en la que ella había crecido tanto, se había alejado tanto de la niña que había sido, que ni ella misma se reconocía ya.

Pero ahora, esperaba que él pronunciara las palabras que pondrían fin a aquella eternidad y a su propia felicidad, o que marcarían el principio de su nueva vida.

Leo la tomó por la muñeca, la que ceñía el brazalete de la serpiente. Lo desabrochó y lo sostuvo en la palma de la mano, contemplando su brillo bajo los rayos del sol naciente. El zapatito de cristal y diamantes destellaba; la rosa de plata resplandecía; el cisne de esmeralda refulgía con el más profundo de los verdes. Piedras preciosas que ahora sólo le recordaban la muerte y la deshonra. Una joya que no llevaría jamás su esposa. Que no les acompañaría hacia el futuro.

—No volverás a ponértelo —dijo. Se arrodilló junto al cuerpo de Michael y abrió su mano, todavía tibia. Le colocó el brazalete en la palma y lo encerró con los dedos muertos—. Que se lleve a la tumba el símbolo de su propia deshonra.

Se incorporó y tomó las manos frías de Cordelia en las suyas, tan calientes, y le sonrió. La primera sonrisa que le había dedicado.

—Ven conmigo, ahora, Cordelia.

Ella se asomó a los ojos dorados, animados por los alegres destellos castaños que la calentaron hasta la médula.

—¿Entonces, me quieres?

—Mujer de poca fe —dijo él. Sosteniendo su cara con ambas manos, la besó ante todos los habitantes de Versalles, y la corte que, fascinada, no se había marchado todavía, y Cordelia supo que con esta afirmación pública, él había dejado atrás el pasado y se la llevaba hacia un futuro que no estaba lastrado por sombrías venganzas ni vinculación alguna con el algodón de azúcar de la corte de Versalles.

EPÍLOGO

El Reposo del Pescador, Calais.

¿Dónde se habían metido? Christian miró a su alrededor, en la penumbra del granero contiguo a la posada, escudriñando especialmente los rincones sumidos en la sombra. El rayo de sol que entraba por la puerta abierta a sus espaldas era un hervidero de motas de polvo procedente del pajar en el altillo y el suelo cubierto de paja.

—¡Niñas! —llamó en voz baja. No había nadie cerca que pudiera extrañarse por la forma en que el tutor se dirigía a sus pupilos—. ¡Amelia, Sylvie! ¿Dónde estáis? La cena está lista.

Se quedó quieto, escuchando. Una rata correteó entre las balas de heno almacenadas al fondo del granero.

Amelia se presionó los labios con un dedo, aunque su hermana no necesitara la advertencia. Se hundieron todavía más en el fragante heno del pajar, metiéndose el puño en la boca para ahogar la risa. Oyeron los pasos impacientes de Christian, su voz que les llamaba de nuevo con el mismo susurro insistente y frustrado. Entonces, con las cosquillas de una brizna de paja, Sylvie estornudó.

Christian alzó la mirada hacia el pajar; luego, con un suspiro, empezó a trepar por la escalera. Se detuvo al llegar arriba y examinó el altillo de techo bajo. No se habían atrevido a ir demasiado lejos. Los dos bultos cubiertos de heno sólo estaban a treinta centímetros del lugar donde se encontraba, encaramado en

la escalera. Estiró una mano, y atrapó uno de ellos. Amelia emergió del heno, un puro manojo de traviesas risas, sonrosada y con los ojos brillantes.

Christian se la echó a la espalda y tiró del segundo bulto. Sylvie salió de igual manera, sorbiéndose la nariz y con los ojos brillantes.

—Si no hubiera estornudado no nos habrías encontrado —dijo risueña, y no protestó cuando Christian le hizo bajar la escalera delante de él, que la seguía cargado con Amelia.

—No sé por qué has hecho eso —declaró Amelia desde su postura cabeza abajo.

—¡No lo he hecho a propósito, tonta!

Christian depositó a Amelia en el suelo e intentó poner cara de severidad, pero no era el tipo de expresión que le saliera de forma natural.

—Madame Boucher ya tiene lista la cena —regañó—. Es de muy mala educación hacerla esperar, por no hablar de hacerme sudar la gota gorda a mí, buscándoos por todas partes. —Se las quedó mirando, con cierta desesperación. Habían perdido sus gorras, y el pelo, que caía ahora desgreñado alrededor de sus sucias caritas, estaba lleno de briznas de paja.

El cabello de las niñas era una verdadera cruz. Cordelia le había enseñado a peinarlo en apretadas trenzas, para ocultarlo así bajo las gorras, que formaban una parte esencial de su disfraz, pero sus largos y sensibles dedos de músico se volvían muy torpes cuando tenían que habérselas con los finos, sedosos y dorados mechones.

—¿Dónde están vuestros gorros?

La mano de Amelia voló hacia su cabeza.

—Se ha ido —declaró innecesariamente.

—El mío también —asintió su hermana.

—¿Adonde se han ido? —preguntó Christian.

—Debemos de haberlos perdido en el pajar —sugirió Amelia.

Christian echó una ojeada a la escalera. Tendría que volver a subir y buscarlos, puesto que las niñas no podían aparecer en el comedor de la posada con la cabeza descubierta. Pero, ¿qué haría

con las mellizas mientras subía al pajar? Si les daba la espalda, volverían a escaparse.

Se sintió, absurdamente, como el desventurado barquero de la adivinanza, que tenía que cruzar el río con una zanahoria, un conejo y un zorro, pero sólo podía transportar uno de ellos a la vez.

—Amelia, sube tú a buscarlos —dijo, señalando a Sylvie. Había renunciado por completo a distinguir quién era quién. Aparte de lo idénticas que eran, estaba convencido de que de vez en cuando se intercambiaban para despistarle. Ahora, las llamaba por el nombre que se le ocurría primero, excepto en público, cuando daba a ambas el nombre de Nicolás. Parecía funcionar perfectamente, y ese sistema y ese nuevo nombre no parecían molestar a las niñas en lo más mínimo.

Sylvie trepó corriendo por la escalera mientras él se quedaba en el suelo, sosteniendo a su hermana de la mano.

—¡Ya los tengo! —fue el grito triunfal. En su excitación, la niña perdió pie en el último travesaño y cayó de cabeza en los brazos que le esperaban, todavía risueña y agarrando los gorros de estambre.

—Quedaos quietas. —Luchó con las trenzas medio deshechas hasta que consiguió meterlas en los gorros y encasquetárselos en sus cabecitas. Con sus bombachos de mahón y sus chaquetas de estambre, con sus caritas sucias, ojos brillantes y manos pegajosas, eran un par de muchachitos totalmente convincentes.

Salió con ellas del granero al patio de las caballerizas exterior, justo en el momento en que dos jinetes cruzaban las puertas delante de un carruaje tirado por cuatro caballos.

—¡Es monsieur Leo...!

—¡Y Cordelia! —chilló Sylvie, sumándose al grito extático de su hermana.

Christian soltó un profundo suspiro de alivio y dejó caer los hombros aligerados ya de su responsabilidad.

Cordelia saltó del caballo un minuto después de Leo, que se había inclinado para recibir los dos cuerpecitos lanzados como

cohetes hacia sus brazos abiertos. Estaba tan asombrado como encantado con este saludo tan desinhibido. El comportamiento rígido, formal y reprimido de las niñas, controladas en exceso, se había transformado con el cambio de vestimenta.

Se volvieron rápidamente, de Leo a Cordelia, balbuceando sobre las emociones de su viaje, la gente fascinante que habían conocido, los barcos en el puerto, enfrente de la posada.

—Pero madre mía, menudo par de cotorras —declaró Matilde, que bajaba con cuidado del carruaje, del brazo de un atento mozo de cuadras.

—¡Es Matilde! —Gritaron al unísono las niñas—. ¿Nos vamos todos a Inglaterra?

—No —dijo Christian, con una presteza, un fervor algo excesivos.

—Pobrecito mío —dijo Cordelia, comprendiéndole al instante—. Estás totalmente agotado. ¿Se han portado muy mal?

Christian se echó a reír, devolviéndole su cálido abrazo. Las niñas lo contemplaban con ansiosa solemnidad.

—No, claro que no. Pero me temo que no estoy hecho para ocuparme de los niños. Es mucho más complicado de lo que creía.

—No sabe peinarnos —afirmó Amelia.

—Pero en cambio sabe contar cuentos muy buenos antes de ir a dormir —terció diplomáticamente su hermana.

—Mucho mejor que madame de Nevry. Ella sólo nos lee la Biblia.

—Sí, venga a hablar de Job. Y es muy triste. Por bien que se porte, siempre le pasan cosas malas. ¿Te parece justo?

—Probablemente, no —respondió Leo con una sonrisa—. Christian, estaré en deuda contigo toda mi vida.

—Tonterías —dijo el hombre más joven, ruborizándose ligeramente. Sus ojos se encontraron con los de Leo por encima de la oscura cabeza de Cordelia, y a su ansiosa pregunta, Leo asintió rotundo. Todo había terminado.

—Tengo que regresar a París —dijo Christian.

—¿No quieres venir a Inglaterra con nosotros? —Cordelia se protegió los ojos de los últimos rayos del sol poniente para alzar la vista hacia él—. Ah, claro que no. Clothilde te está esperando. Y tu mecenas. Por supuesto, tienes que volver.

—¿Y nuestro padre también vendrá a Inglaterra?

Se produjo un momento de silencio a la pregunta de Amelia, luego Leo se arrodilló junto a ellas, tomándolas de la mano.

—Vuestro padre ha tenido un accidente —dijo con suavidad.

—¿Está muerto? —La directa pregunta venía de Sylvie.

—¿Como nuestra madre?

—Sí. —Leo atrajo a las niñas hacia sí y las mantuvo por un momento apretadas contra su pecho, ambas se chupaban un dedo mientras asimilaban esta información.

Luego, Sylvie dijo

—¿Pero tú y Cordelia sí venís?

—Sí, ahora seremos todos una familia. —Cordelia se arrodilló junto a Leo en los adoquines del patio, sonriendo a las dos caritas ansiosas—. Vosotras dos, Leo, Matilde y yo.

—¿Y madame de Nevry, no?

—No. Ha regresado a París.

Hubo otro momento de silencio, luego las niñas saltaron como un solo cuerpo del abrazo de Leo, se tomaron de las manos y empezaron a dar vueltas en círculo.

Cordelia se levantó, contemplándolas sorprendida.

—No pretendo poner en entredicho a tu hermana, Leo, pero ¿estás seguro de que esas dos niñas son las hijas de Michael?

Leo, a su lado, pareció reflexionar debidamente sobre la cuestión, mientras observaba el remolino formado por las niñas danzando.

—Sumamente improbable —dijo finalmente.

—Bueno, toda esta excitación acabará en lágrimas antes de ir a la cama —declaró Matilde, interrumpiendo el baile de las niñas—. Vamos, venid. Debéis tomar vuestra cena.

—Oh, lleva años lista y esperándolas en el comedor —dijo Christian, acordándose de repente—. Madame Boucher debe de estar preguntándose qué ha sido de ellas.

—Iremos a tranquilizarla. —Matilde empujó a las niñas y salió tras ellas hacia la entrada de la posada.

Christian, Leo y Cordelia se quedaron inmóviles, en el rosado esplendor de la puesta de sol, con media sonrisa en los labios.

—¿Vendrás a visitarnos? —preguntó Cordelia, tomando a Christian de la mano.

—A menudo. —Le apretó la mano con fuerza—. Y nos escribiremos.

—Sí, por supuesto. ¿Y te casarás con Clothilde?

—Sí —afirmó categórico, y ambos sonrieron.

—Que seas feliz. —Cordelia se puso de puntillas para besarle.

—Sé que tú lo serás.

—Sí. —Se volvió hacia Leo con los ojos radiantes—. ¿Cómo podría no serlo ahora? Me parece increíble ser tan afortunada. Estoy segura de que no me lo merezco.

—Después de lo que has sufrido... —empezó Christian con repentina exaltación.

—Se acabó. —Ella le silenció con un dedo en los labios.

Leo se le acercó por la espalda, abrazándole los hombros, arrimándola contra él.

—Adiós, Christian. Y recuerda que te debo un inmenso favor... siempre que quieras reclamarlo. —Extendió la mano y Christian la apretó con fervor. Luego, con una sonrisa casi violenta, Christian regresó a la posada.

—Se acabó de verdad —susurró Cordelia, casi para sí misma, rodeando a su vez los brazos de Leo, que también la envolvían.

—Amor mío, sólo está empezando. —Besó su oreja y ella se estremeció de deleite, se giró en su abrazo, alzó los brazos para rodearle el cuello, buscando la boca del hombre con la suya.

Matilde estaba asomada a la ventana de la posada, el parloteo de las niñas en la mesa de la cena era un murmullo apenas

perceptible a sus espaldas, mientras miraba hacia el patio de las caballerizas con tranquila satisfacción. Cordelia no desperdiciaría su vida con un amor inútil, como lo había hecho su madre. Así era como tenía que ser.

FIN

Notas

[1] Carruaje cubierto de cuatro ruedas. El **landó** es entre los carruajes un vehículo sumamente cómodo y considerado de lujo que va montado tan pronto sobre simple como sobre doble suspensión. <<